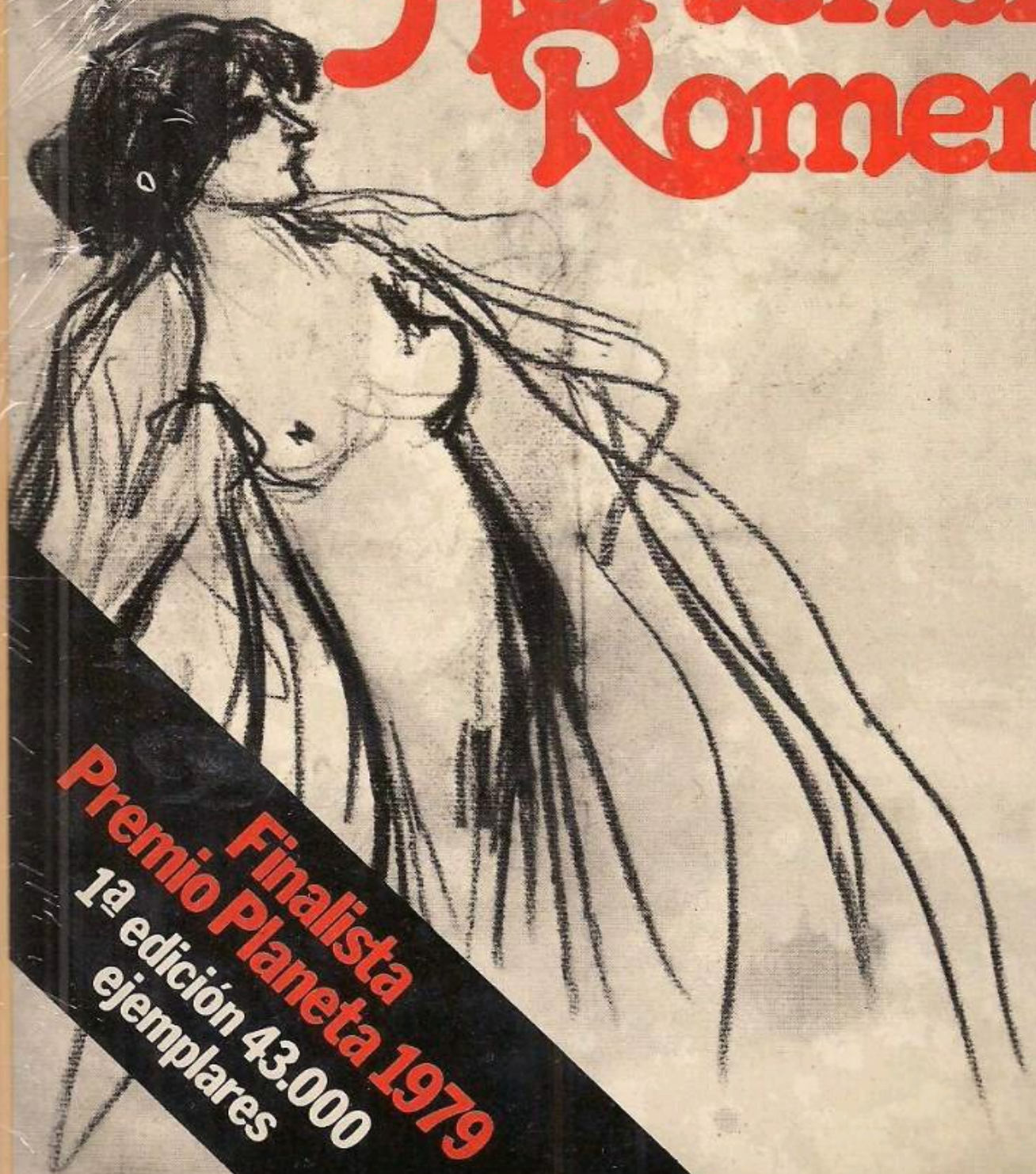


Fernando Quiñones **Las
mil noches de
Hortensia
Romero**



**Finalista
Premio Planeta 1979**
1ª edición 43.000
ejemplares

Datos del libro

Autor: Quiñones, Fernando

ISBN: 9788422611509

Generado con: QualityEbook v0.72

Fernando Quiñones

Las mil noches
de Hortensia Romero

Finalista Premio Editorial Planeta 1979

Cubierta, Yzquierdo
Círculo de Lectores, S.A.
Valencia, 344 Barcelona
234567899712

© Fernando Quiñones, 1979
Depósito legal B. 10795-1980
Impreso y encuadernado por Printer, industria gráfica sa
Sant Vicenç dels Horts 1980
Printed in Spain
ISBN 84-226-1150-3

NOTA

Como los variados y veloces desarrollos de este trabajo pudieran levantar algunas confusiones, doy sobre su proceso algunos datos aclaratorios, tal vez convenientes.

Las mil noches de Hortensia Romero partió de un asunto corto que «me llegó» y redacté en la primavera de 1978 y que, con el título «Legionaria», es uno de los trece relatos testimoniales de mi «Libro de los andaluces».

Aquel escrito embrionario y breve, de unas veinte páginas, esboza la primera parte de éste largo (es decir, las tres cintas del «Primer día de

grabación», que ahora cubren unas setenta páginas).

El actor Ramón Rivero conoció el «embrión» dos meses después de redactado y realizó con él un montaje teatral, dirigido y escenificado por Pere Francesch. Ahora se representa conservando el título «Legionaria» y sin alterar el texto primitivo que, entretanto, fue publicado, mientras el asunto se me iba alargando en sucesivas grabaciones hasta llegar primero a ciento veinte páginas y, luego, a las que este libro tiene.

Tal doble e imprevisto crecimiento se produjo de un modo natural; empezaron a afluir datos, personajes, situaciones, ambientes, y a exigir su sitio en la biografía de Hortensia; no tuve más que seleccionar ese material narrativo y ajustarlo al decurso del texto. Estando en ello, me fue deparado el intercalado o mirilla «culturalista» de las cartas incluidas entre las tres grabaciones o partes.

Ahora, ya ultimado el trabajo, creo advertir que las historias del Friti, la del enano del coñac, y las narraciones del Maera, de la quincallera, de Joaquín El Loco y de la abuela Pepa (transmitidas por la protagonista, pero no vividas por ella), podrían por un lado, mejorar las sospechas de andaluzada que el libro acaso suscite en algunas mentes de privilegio, y, por otra parte, representar esas seis líneas de la desapareciente narrativa popular española-andaluza, de tradición oral anónima, que son las historias «con gracioso» o «con valiente», las de viajes y aventuras, las de aparecidos y fantasmas, las crónicas negras «de muertos y crímenes» (siempre entre veraces, abultadas y un tanto inconexas) y la leyenda fantástica añeja, para chicos y grandes.

Espero cumpla aceptablemente su tarea el corto subsidio final de términos y expresiones locales y regionales.

Incorporo a esta nueva edición tres breves pasajes y algunos retoques, nacidos después del lanzamiento de la primera.

F. Q.

Diciembre, 1979.

*Pourquoi larron me faiz nommer?
Pour ce qu'on me voil cscumer
en une peliote fuste?
Se comme toy tne petisse armer*

comme toy empercur je feusse.

FRANÇOIS VILLON

¿Por qué me llamas ladrón?
¿Porque me han visto navegando
en una embarcación pequeña?
Si me pudiese armar como tú,
sería emperador como tú.

... dejando en él la mancha de las manos
y las goteras de la ortografía.

PABLO NERUDA

PRIMER DÍA DE GRABACIÓN

Primera cinta B 12/1.ª Sinfonía Mahler (Final)/ LEGIONARIA (1)

....., no, no, eso sí que no: si usted va a tener conmigo esa atención y su trabajo es ése, callarme no me voy a callar nada que me se venga a la boca. Ni media palabra. Me dijo que hace usted de ¿socialista era?... socióloga, eso, socióloga, pero que el nombre no había que darlo; por mí, como si lo quiere dar: Hortensia. Hortensia Romero Vallejo. De Málaga y del veinticuatro.

La que usted ve aquí, y este amigo suyo que viene con usted, es una sombrita de lo que era, aunque todavía hay quien se vuelva por la calle, que se vuelve más de uno. Así que, como ya me han dicho ustedes a lo que vienen y ya está andando ese aparato, ustedes me dirán por dónde empiezo. Yo hablo y si luego se molesta alguien, pues qué se le va a hacer, mira, que se moleste; ya

les dije que, de callarme, nada, eso seguro porque cogí con mi Julio la costumbre de soltar siempre lo que sea y por derecho. Lo que sea.

Bueno, yo ya estoy, de manera que se ponen ustedes cómodos y vamos p'alante. Ahora: ¿los vicios y todo?... Porque si yo me dejo ir y cuento todo lo que me acuerde, ¡uh!... se iban a tener que traer ustedes un camión de bobinitas de ésas.

¿Iniciación qué?... ¿Cómo, cómo?... Ah, bueno, echarme a la vida, ya lo entiendo. Pues echarme a la vida fue porque no me casé, y de eso mismo me salió también el mote, "La Legionaria".

Yo no me casé y me iba a casar hasta de traje blanco, y ese traje blanco estaba ya en su silla, en mi casa. Lo que es que cada cual tiene su genio y que a una le ha dado siempre por no cortarse con lo que le gusta: total, si me hubiera casado a lo mejor no estaba más contenta ni más triste que ahora, cualquiera sabe. Yo del matrimonio no me fío ni un pelo, así que...

Allí lo que pasó fue que mi novio, Cornelio, era un hombre bueno pero soso, del Telégrafo y ganándolo bien; un noviazgo de cuatro meses me parece que fueron, y él de boca al casamiento. Al poco de hablarme, todo el día con lo mismo, que a casarnos pero cuanto antes, y dale con que nos casáramos. Me convenía a mí y, ya saben ustedes, las mujeres tenemos la manía esa de la boda y la boda, así que venga, los dichos y el anillito y todo.

Pero en esto viene de África un sobrino de él que estaba en la Legión. Un tiarrón con veintidós o veintitrés años y unas espaldas así de grandes, lo más guapo del mundo y lo más alegre aquel Yori, un poquito calvito... Se presenta allí y me entra a mí el latigazo ese que no engaña a nadie, que me crujían los dientes por sus carnes, mira. Y buscándonos, y pegándonos ya las manos del uno a las del otro como un clavo al limán sin darnos ni cuenta, "*¡pero, chiquillo, que es tu tío!*"

Ahora tengo que decirle a usted lo de antes, que yo ya no soy la que era, ojalá.

Me estará mal el hablarlo, pero de lo primero que andaba una más que bien era de cruz, eso hasta con más de cuarenta y de cuarenticinco: de cruz, divina andaba. Y todavía. Lo que es la cruz de la mujer, o sea, esa cinturita chica y larga, y luego ancha-ancha de arriba y de abajo, y una pechera que era un alboroto: bien altas, juntas y con pezones de pelea, mira, miren ustedes si no

es molestia, fíjese usted si no son piezas, y el musulmen, esto, que caían los hombres de rodillas con los ojos cerrados y se hundían ciegucecitos ahí, como en la mar, y ahí morían. Cómoda de abajo para cualquier medida y con la peluquera a lo justo, ni mucho ni poco, y cara de niña chica que ya la perdí va para nueve o diez años pero que eso hace mucho, ¿no?: una carita de nena pero con un cuerpazo, eso hace mucho, eso tira mucho de los hombres y no es porque una lo diga; si lo sabré yo... Estos ojos en raja (¿a que son como los de una chinita aunque sean grandes?) y el pelo castaño pero natural, sin tinte y sin na, que lo llevé un tiempo hasta aquí hasta el talle, y a la Paqui le daba por reliármelo todo por la cabeza y comerme la boca por entre el pelo. Y luego la narí y la boca, que fue la que salió perdiendo: ahora es corriente y mira cómo está, ya medio chuchurría, cuando era de esas frescas-frescas y un poco así salidita p'afuera, de las que parece que siempre están esperando algo, como las de los altramuces o los pescaos de colores. Y por mi madre que no hacía más que colocársela en el cuerpo a un hombre, y ciego. Bueno, que daba gusto verme y no es porque lo diga una.

Pues a lo de antes: el del Telégrafo y el sobrino, lo más guapo y lo más malo del mundo y con aquella alegría el Yori, cantando flamenco que quitaba el sentío, y esas manitas, y esos besos en la campanilla ya casi en la cara de Cornelio. Y Cornelio que va y me dice la víspera de casarnos:

—Mañana eres mi mujer y hoy me quiero quedar contigo toda la noche, qué más da; me levanto temprano, salgo y hago como si viniera de mi casa.

Porque yo ya me había acostado con él unas pocas de veces en un tapao por detrás de la Catedrá, y un sábado hasta en mi cama; esto era cuando la guerra o poco después, y yo vivía con mi abuela Pepa que no se enteraba de nada; tenía diecisiete o dieciocho años y hacía lo que a mí me daba la gana.

Mi calle en Málaga era de casas bajas y con su tejado, azotea muy pocas tenían. Primero había un llanito ya casi en el campo, con el monte encima, que allí en el llanito mataron a mucha gente, uh. Pero a montones. Bueno, estaba ese llanito y luego empezaba la calle. Y en mi calle todo el mundo se conocía y yo andaba siempre con los hombres detrás y las mujeres malmirándola a una, las casadas lo mismo que las solteras, porque es lo que yo digo: si los hombres están lampando siempre y una también, a qué viene tanto esconderse lo de una y hacer padecer a las criaturas quitándoles esa ilusión; no hay más que tener ojo con el preñe, ¿no?

Así que las mujeres, la calle entera, me la tenían sentenciada, y más cuando vinieron del periódico, por uno del periódico que yo le gustaba, y me hicieron

tres o cuatro fotos y él sacó una en el periódico. Y ponía abajo que, con toda el hambre que había y todo, la mujer malagueña era lo más bonito, y que no había que irse fuera a ver las *mis*.

Bueno, pues a cuenta de ese de la foto, que era más feo y más pegajoso que la madre que lo parió, a cuenta de él cogí yo una de las mías. Pero de las que me llevo por delante lo que tenga alrededor y no hay quien me pare, ay: una cosa mala que me entra a mí. Aquella vez no rompí nada en mi casa y es porque allí dentro no había más que dos sillas y media mesa, pero fue la primera vez, que yo me acuerde, que me entró a mí eso tan malo que yo misma me asusto luego; y es que yo ya no veía forma de quitarme de encima al tío del periódico y no me gustaba, me daba fatiga hasta mirarlo. Pero se salió con la suya. Y como se salió y me entró la picá según me viene, donde la armé aquel día fue en la calle. Del mismo acoso que tenía yo adentro, me lié a partir macetas y a partir cristales, y formé una que me eché todavía más tierra encima que con la foto que salió. Porque, ya después de sacarme en el periódico, yo me daba cuenta de que las mujeres no podían ni mirarme a la cara, y en cambio los hombres ya era hasta un agobio, Horte p'acá y Horte p'allá.

¿Por dónde iba yo?... Ya, ya... Ea, pues el sobrino de mi novio, el legionario, que traía él tres semanas de permiso y tenía luego que volverse al Tercio, se quedó en Málaga en lugar de irse a Sevilla, que él era sevillano y tenía allí a su gente, y yo y mi novio, la tarde de un domingo, le buscamos por allí por mi calle de quedarse a dormir y le encontramos un sitito bueno tres puertas más p'allá de la mía, como un corralón donde había habitaciones a dos duros, un catre pero aquello limpio, encalao y sin chinches ni pulgas, que primero pregunté y me enteré yo bien porque entonces eso de los bichos era una cosa mala.

La tarde antes de casarnos llega Cornelio con el traje blanco de novia, que lo alquiló dos días, y por la mañana iba a venir su gente de Coín, con idea de irnos todos después del casamiento a comernos en El Palo unas sardinitas al espetón, si las había, y ya yo luego me iba a vivir con él por la parte del cementerio de San Miguel que él ya había encontrado casa; yo ni la había visto la casa.

Ibamos a vivir allí con mi abuela, que no mareaba en nada y ni comía por no ofendé, más buena... Pepa, la madre de mi madre. Que una de las cosas que me contaba a mí, yo no sé por qué la tengo fija últimamente: que ella fue de jovencilla al Moro en un barco, mucho antes de casarse, a Melilla o no sé

adonde. Y como el barco no podía llegar a tierra ni con las lanchas, pues la levantó en volandas a mi abuela un moro grandísimo que la sacó a la playa en brazos y ella asustá, y el moro no le hizo na ni na, a todos los del barco los llevaron a tierra lo mismo, maletas y bultos y todo; por qué me acordaré otra vez de eso...

Pero que yo no pierda el hilo: ah, lo del casamiento... Bueno, pues esa noche antes, que él se quedó en mi casa, le migué a Cornelio en el vino una pastillita muy fuerte que yo tenía y que las traían de Tánger, a ver si se fijan ustedes en el bicho que era una a la hora de salirme con la mía, una pastillita de dormir que cayó en la cama frito; mano me estaba metiendo al botón del sostén cuando se quedó con la boca llena de moscas, ¡anda a dormir hasta por la mañana!...

Así que me levanto, me echo el vestido y me voy muy despacito para el corralón, descalza, que yo sabía el cuarto del Yori.

Serían las dos o las tres de la noche y ni un alma en la calle ni en el patio, que además entonces no dejaban salir de noche.

Fui, empujé la puerta y allí estaba el muchacho durmiendo sin sábana y sin nada, en cueros vivos que daba gloria verlo porque era el mes de agosto.

Me desnudo del todo, levanto un pie, se lo planto en medio de la cara, y cuando me vio se cagó. No movía la vista y me fijé en que se le salían dos lágrimas rodándoles por la cara abajo. De gusto. Las dos lágrimas más lindas que yo me acuerde. Le alargué una mano, me la trincó y, del jalón que me dio, por poco si me arrevelea al suelo por la otra parte del catre. Un ratito estuvo apretándome esa mano sin soltarla, fuerte-fuerte por la muñeca, mirándome con los ojos como dos candelas y de ahí no salía.

Yo estaba temblando y no era de miedo, qué va, me daba lo mismo que se hundiera el mundo, estaba como si estuviera borracha sin haberlo probado... En el catre no cabíamos bien los dos; el Yori se hincó en el suelo encima de la sahariana, me puso de lado y me fue metiendo la cara un rato grande desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Me hablaba de cuando en cuando como tartajoso, sin poder él ni acabar de decir lo que me estaba hablando, que me aguantara como se aguantaba él y que eso era el sufrimiento más rico del mundo y que, contra más durara, mejor, "*mátame, Horte*", tirándome mordiscos hasta en las manos, y que ojalá y se le murieran en mi cuerpo los labios y la lengua y no me los pudiera ya quitar ni con agua hirviendo, qué sé yo, si yo estaba lo mismo; cuando se le desmandó la boca, a pique estuve de ahogarlo allí con los muslos o de descabezarlo, dos locos no son peores, yo

creo que hasta me desmayé.

Ya les dije a ustedes que ni me corto ni las pienso, de manera que, aunque el detalle no le importe a nadie, yo fui la que se montó primero encima y luego él encima mía: cuatro o cinco sin parar, y en esto se vuelca el catre. Claro, como no podíamos quejarnos a gusto y dar voces, porque por allí dormía más gente y no había ni puerta en el cuarto del Yori ni en muchos, pues nos faltaba ese desahogo, que es que te lo pide el cuerpo en una de esas. Con que yo no sé cómo me moví o qué pasaría, que se vino abajo el catre y nos fuimos al suelo, y allí lo mismo. Y, después, allí en el suelo nos dormimos, medio dentro y medio afuera de la colchoneta.

Me quedé dormida con la cara contra el cuello del Yori, tocándole la nuez así con la puntita de la lengua, y cuando vinimos a darnos cuenta eran las diez y media o las once de la mañana y Cornelio estaba allí, mirándonos con otros tres o cuatro al lado de la colchoneta, y la puerta así de gente hasta con la madre que había venido de Coín, y no vean ustedes. No quieran ustedes saber el chillerío que se fue alevantando, porque allí tomó venganza de la Horte aquella calle hijalagranputa.

Yo en la bulla no encontraba por ninguna parte el vestido ni las bragas ni el sostén, algún gracioso se los llevó. Lo que no sé es cómo salí de allí, salí corriendo y no llevaba puesto más que el anillo.

Y, desde luego, si allí no llega a estar el Yori, si él no llega a estar, para mí que me dejan en el sitio, ya ustedes se figuran; yo creo que allí afuera estaba espetándome hasta el Ejército, las tías como locas, todo, los perros ladrando, hasta el "Caneli", que era el del almacén y me quería una jartá, animalito. Y menos mal que aquello, como caía tan a trasmano, no les dio tiempo de llegar a los guardias ni nadie dio parte.

Aqué fue el último día que pasé en la calle donde yo me crié, y que no quiero ni volver a verla, yo no. Pero por nada del mundo piso yo esa calle más. A Málaga sí, y luego he ido dos veces ya sin el hambre, primero con un ingeniero de Bilbao y luego con mi Julio, que Málaga es presiosa, no hay quien se lo quite, y es la tierra de una.

Me fui con el Yori a Sevilla sin maleta y sin nada, y él mismo fue el que habló con la dueña de El Chalé, en la Alameda de Hércules; qué iba a hacer el muchacho sin tener ni dónde caerse muerto y teniendo que irse otra vez pa

la Legión, que además, si no vuelve el día que tenía que volver, le dan más palos que a una morena, ¡pues no es nadie esa gente!

El viaje en el tren me lo pagó el Yori de lo que él tenía y luego compró en una estación un puñado de algarrobas con media pieza de pan de estraperlo y dos sardinas arenques grandes, de esas de barril, que estaban riquísimas, o sería el apetito. Fuimos a la vera de la ventanilla el uno enfrente del otro, con el tren que iba casi vacío y tardó en llegar a Sevilla muchísimo, a las tantas de la noche se coló; yo llegué cansaíta-muerta, con el asiento de madera del tren que el culo ya ni me parecía mío, y él todo el camino pensando a ver qué hacía con una.

Salimos de Málaga temprano, a las cuatro o a las cinco de la tarde, y yo al principio estuve llorando dos o tres veces, pensaba en mi abuela Pepa y lloraba porque me llegó el barrunto de que por mi calle yo no podía volver, llevaba esa corazoná, así que lloré dos o tres veces pero luego me se fue pasando porque el tren me gustaba, no había ido nunca ni en tranvía y los coches nada más que de vista, y además el campo y los pueblos estaban la mar de bonitos por la ventanilla, y ya me fui yo animando.

Esa noche, en Sevilla, me metió el Yori en la fonda de una gente que él conocía, se fue a su casa y al otro día ya habló por la mañana con uno que le dijo lo del Chalé y lo encaminó de su parte, y el Yori me llevó por la tarde a que me viera la señora del Chalé y ya me mudé. Fíjate tú qué mudanza, ¡si yo no llevaba más que lo puesto!

En verdá en verdá, tardé luego un tiempo, pero mucho, en darme cuenta de lo curioso que era que el ratito aquel del corralón, en pelota por la calle y con los chiquillos detrás... bueno, que aquel rato tan malo hubiera acabado con cualquiera o la vuelve loca para los restos, ¿es mentira?, y que a mí no me causara daño, oye. Y yo me acordaba mucho de aquello. Me veía en el sofocón, en cueros, y luego me acordaba bien de lo que iba sintiendo, y decía yo para mí:

"¿Pero qué sofocón ni sofocón, Horte, si tú en el fondo estabas más serena que si le pasa a otra?", que a lo mejor hasta me hubiera dado mucha más lástima si veo que le pasa a otra.

Y yo sin aclararme, porque esas cosas es como todo, que hay que mirarlas despacio, todo hay que mirarlo despacito. Y venga a darle vueltas que esa mañana estuviera yo en el fondo tan tranquila y tan pancha. Y cuando ya lo supe bien y me convencí yo misma, me quedé a gusto porque comprendí de que, siendo una muy mujer, a ver si me explico, que siendo muy mujer,

también me habían tocado dos cojones y mucha fuerza que echarle a la vida, este ánimo que yo tengo.

Como tampoco lo lloré ni me pesó a mí verme en una casa de pago, ni antes ni cuando me vi: cada cual tiene su genio.

Así que el Yori me dejó allí en El Chalé, ya no sé si seguirá con su jardincito y todo, y a la dueña le caí bien al momento. Pero al momento. Dijo "*juy ésta!*".

No pude quedarme a vivir allí mismo con las demás por el compromiso de que era menor. De edá, ya ustedes saben, porque de menor, nada; era una mujerona como ahora.

Iba por las noches y entraba por atrás, si no me mandaba a llamar la señora a las seis o las siete de la tarde para algún servicio. Y, como entonces estaban las cosas tan malas, creo que le dieron un dinero a no sé quién, a un caballero con mando en plaza, para que no pasara na ni fuera a haber un disgusto con que yo era más joven de la cuenta; que ese señor también fue el que mandó arreglar lo de mis papeles y el carné.

Como de lo de Málaga llegaron a enterarse allí, y como fue de legionario el Yori a hacer la gestión, y con mi aguante en la cama, me se quedó lo de "La Legionaria".

El Chalé me acuerdo que tenía unas puertas grandes, grandísimas, y

SEGUNDA CINTA B 13/LEGIONARIA (2)

....., una cosa que he tenido yo siempre, y la tengo, es mucha salú, que a lo mejor por eso es la fuerza y este ánimo grande. Tiene que ser eso, una salú, porque si no... con lo que yo llevo ya encima y con lo que se ha aprovechado de mí todo el mundo... Y todavía no me han echado a mí abajo ni me han cambiado la manera de pensar y que yo sea alegre. Porque es que es muy difícil que se me ahúme a mí el pescao o que me desespere, pero muy difícil, y eso mismo le pasa a mucha gente de aquí de esta parte de Andalucía, que hay que picarla cantidá pa que se amargue y se rebele, no como en otros sitios.

Con nada estoy yo contenta, y eso me lo han envidiao y me lo envidian más de una y más de uno, no es por lo que yo tenga ni por lo que haga o deje de

hacer; y caerle, le caigo bien a la gente y estoy a gusto y bien, cuando yo he pasado lo mismo o más que nadie y he vivido lo que viven treinta, no uno. Y eso, ya se lo he dicho a ustedes: sin una salud grande y que no falte por afuera ni por adentro, a ver quién va a poder con eso...

En El Chalé estuve muy bien. Paraba en una fonda de por allí cerca, salía mucho y ya al caer la noche me iba a la Casa. Y luego me sacó de allí, a los cuatro o a los cinco meses, un señor de Heliópolis, con toros y de las Obras Públicas, que me puso un piso cerca de La Campana.

De ése, de lo que me acuerdo como si fuera hoy, es de que se la pegué ligero y del nombre, don Buenaventura. Don Buenaventura y era un mala sombra. Lo más egoísta del mundo. Gordito pero con la cara entrelarga, rara y blanca como una cigala pelá. Y mu sátiro, mu caliente, pero luego nada: un flojingango. O sea, mala sombra y mala bragueta.

La señora y las mujeres del Chalé le decían El Cagajón de Oro, porque de pasta ése, lo que fuera. Y él mandaba allí de regalo comida y aceite y cosas, que ahora se encuentra lo que sea pero entonces no había de na, la canina y las cartillas del racionamiento, y había que ver lo que era entrar por las puertas seis cajones de garbanzos, de papas y de arroz, con medio cochino fresco en lo alto, que luego venía un hombre a partirlo.

Claro: como una no hacía más que poner los pies en la calle y ya estaban los hombres encima, al buen señor le dio porque yo no me asomara ni a las ventanas, allí sola en aquel piso y con veinte años sin cumplir que tenía.

—Tú aquí, que ya te sacaré yo alguna noche.

Y yo cómo iba a estar allí siempre, cabrón, ni que fuera una monja de retiro o un carrillo'mano viejo, si ni me sacaba ni nada, y el almuerzo y la comida me los traían ya hechos. Así que yo salía y él se enteró y me pegó. Pero yo fui más viva, yo me estuve quieta y callá. Porque si me lío con él entonces, una mierda de tío que era, igual lo dejo en el sitio y me busco una ruina, o me pongo como yo me pongo de cuando en cuando, que pierdo la cabeza cuando me encuentro ya muy mal-muy mal, y no veas; menos mal que eso no me ha pasado a mí más que tres o cuatro veces, que yo me acuerde, y la primera en mi calle en Málaga, ya se lo conté a ustedes... Es como una pataleta, pero no es eso... No es eso... es malo. Malo.

Con que él me pegó y yo quieta, yo qué va; ya me las iba a pagar de otra

forma el don Buenaventura: como que me enredé con el mismo que me había puesto de vigilante, que me enteré quién era, que lo había quitado de mecánico en un garaje suyo y lo puso a que no me despegara el ojo por la mañana, por la tarde ni por la noche, sin que lo viera ni lo supiera yo: qué inocentes son los hombres.

De manera que qué te parece el tío: encerrá y vigilá con lo bonito que es Sevilla y irse por ahí, y así una semana detrás de otra y un mes detrás de otro; ya podía ser la Feria, estar el sol fuera, la calor, o andar lloviendo y venteando: ¿cómo no iba a salir yo a la calle nunca, cabrón? Y, por Feria, me acuerdo que llega un día muy contento porque los toros suyos habían quedao muy bien por la tarde, a uno le dieron hasta la vuelta al ruedo, al toro, fíjate si sería bueno. Pero a mí, en lugar de llevarme o buscar la manera de que yo fuera, no hizo más que contármelo por la noche el hijoputa, él a desahogar su engreimiento y a mí nada, yo a escucharlo y ya está, a mí que me dieran por culo. Y encima aquellos dos bofetones, y lo del vigilante, y sola allí. Lo que te dije: que él no iba más que a lo suyo.

El vigilante... yo estaba ya harta de ver a aquel tonturrio en el café de enfrente, mirando y mirando si una se movía o lo que hacía, así que una mañana temprano le mandé a decir con el lechero que el señorito le había dejado arriba por la noche un mandao de urgencia en un papel y que subiera para dárselo, que tenía que llevar al Chalé dos o tres cajones grandes de fideos, vino, arroz y matanza, y que en el papel decía dónde tenía que ir a recogerlos: ¡cómo picó, inocente!... Subió las escaleras de cuatro en cuatro. Yo había dejado entorná la puerta del piso y él la empujaba un poquito:

—Buenos días, ¿se puede?

Lo preguntó tres veces, cada vez más alto y más nervioso el muchacho hasta que le dije:

—¡Sí, pasa! ¡Pasa y cierra!

Y luego, sólo por el corredó alante:

—¿Se puede?

Y yo:

—Que siiií.

En la cama grande me encontró y todavía seguía hecho un lío, alterao como si no pudiera él creerse lo que estaba mirando.

Y yo:

—Oye, ¿tú eres el que me ha puesto don Buenaventura para que tengas cuidao con esto?, y me eché de un tirón hasta los pies la ropa de la cama, que

se quedó él tieso.

Le digo:

—Tanto mirar... Que se te va a salir la cabeza en ese café de tanto mirar p'arriba y pa la puerta. A ver si miras menos y haces más.

Tiempo le faltó. Se acurrucó a mi vera, alobao y encogido como si lo estuviera pariendo, pero en seguida se fue él despabilando y, en cuanto le eché los brazos y le fui colocando despacito la boca, perdió el miramiento.

Y todo aquello fue para que el don Buena me las pagara, aunque luego no: el mecánico tenía su gracia, estaba muy bien de cara y de abajo, y le cogí ligero el gusto. Bueno, yo creo que he estado siempre a gusto menos con pocos, con muy poquitos, por ahí es otra de las cosas con las que no tengo queja ni problema.

Se conoce que el Yori me aficionó a base de bien y para los restos; digo yo que sería él, porque de su tío y de los de antes de su tío, quitando una vez uno por mí calle, de éstos ni me acuerdo.

Ya cuando me vine de Sevilla aquí a Cadi, entré en la Casa de La Barquillera y estuve unos pocos de años con cuatro o cinco servicios al día o los que fueran, y de dormida, rara era la noche que no. Y luego, en la Casa de la calle La Plata, igual.

Allí en esas Casas, la que no quería salir era yo. Contra menos saliera, mejor, de lo que me achuchaban por la calle así fuera sola como con otra, en la playa peor todavía. Y que yo no he podido nunca ponerle una mala cara a algo simpático que me digan, no lo puedo remediar. Así. que, en ese plan, no vean ustedes cómo me miraban y cómo me quitaban la vista las *señorasss*, sobre todo las señoras de oscuro, oy Jesús. Tampoco es que me hiciera mucha falta salir; tomaba el sol y el aire en la azotea y muchas mañanas en la playa pero lejos, por El Chato pero todavía más p'allá, que entonces por allí no había nadie, ya cerca de Torregorda, que cogía yo un taxi la mar de bien en la parada de la plaza, allí en la misma esquina, y luego, para volver, siempre pasaba de vacío alguno de los que venían de San Fernando, o el tranvía, o paraba yo alguna camioneta, que siempre me paraban a mí si no venía llena-llena.

El cine me gustaba y me gusta mucho. Pero muchísimo... ¿Sabes lo que pasaba?: pues que como siempre caía a la hora de los hombres, de los

clientes, no podía ir más que los jueves y los domingos a las tres y media, a las de combóis y las de muñequitos, y el finá casi siempre lo veía en pie; cuando se iba a terminar la película, ya yo me levantaba y me ponía allí a un lado con el abrigo echado por encima o lo que llevara, para salir corriendo antes de que encendieran las luces.

Por esos años fue cuando empecé a ganar un buen dinero. Pero bueno. Si no lo hubiera ganado y no tuviera lo de mi Julio, cualquiera sabe dónde estaría ahora.

Y lo dicho: que con todo el mundo a gusto, yo sí. Claro: con unos más que con otros. Pero es que, mira, el arte de la cama, eso se tiene o no se tiene, y el que lo tiene es el que disfruta y hace disfrutar. Lo que pasa es que no... todo el mundo está en eso pero no, no es tan corriente. Desde que te guste a ti la cama en cualquier momento, en cualquiera, que eso lo nota él y es lo principal, hasta ponerte así o asao, menearte ligero o despacio según el hombre y según el momento, ligero pero suave o despacio pero a lo loco, o al revés... saber repartir lo suave y lo loco. La manera hasta de mirar, de tocar. Y sin pensarlo: ése es un arte que no se aprende ni se enseña, entérate. Y en el hombre lo mismo, para eso ni libros ni nada, ¡tantos libros ahora y tantos libros!... Eso te sale o no te sale y, como no es estudio, tú ni te enteras bien y muchas veces coge de sorpresa verlo al otro cagarse por las patas abajo con esto o con aquello que te se acaba de ocurrir. Pero cagarse. Como la postura mía de muslos, que eso era oro. Oro era.

¿Cómo?... espérate y no me cortes ahora, no me cortes. Déjame terminar que, si no, se me va: te estaba hablando de que a mí esa postura no me la enseñó nadie... Los ponía los muslos (bueno, y los pongo cuando se terciaba) así p'arriba, sin estorbarle al hombre que me llegue adonde quiera pero sintiendo él mis muslos desde los suyos hasta medio pecho, esa caricia grande ahí fija y, ya te digo, sin quitarle a él de llegarme a gusto al cuerpo entero y a los brazos y a la cara; uno me dijo un día, después de estar conmigo, que le parecía que había estado con tres, qué gracia, lo decía por los muslos.

Y con los pies y los toques con los pies, lo mismo: locos. Como que muchos no estaban pendientes casi más que de los pies y del trabajo con los pies, que ni es trabajo ni lo hacía yo adrede, que me sale a mí así y disfruto muchísimo yo misma.

¿Qué de participación: yo? ¿Mis participaciones?... Ni esto... Una vez en los ciegos. ¿Qué?... ¡Ay, hija, que me creí que era la lotería!: como dijiste lo

de las participaciones, ea, ya te estaba yo diciendo que en la lotería no me ha tocao nunca ni esto... Nunca: el reintegro una vez en los ciegos... A ver, a ver que yo me entere... mi participación pero en la cama... ¡ah sí, sí!: pues eso, bien casi siempre; menos con muy poquitos, ya te dije que siempre a gusto. Raro era que no tuviera yo ganas, de jovencilla o de mayor. Por lo menos a lo justo como para no costarme a mí un trabajo encamarme, como les costaba a otras, yo no. Yo ni regla ni na, que eso de la regla yo ni me entero, es como tomarme un vaso de agua. Fuera aparte de algunos días, así muy de cuando en cuando, que a lo mejor sin la regla y sin na, le coge a una el cuerpo raro y no se te apetece. Pero ya te digo que eso era muy raro: de chochofría ni esto; no tener un día ganas es una cosa y otra muy diferente lo de las chochofrías, o sea, los pichafrías pero en mujer, que ahora les dicen las frígidas, ¿a que les dicen eso?, yo lo sé. Lo sé y conocí a unas pocas. A bastantes, porque de éstas hay más de las que parece. Ahora: lo que te estaba diciendo de no tener ganas un día, eso es otra cosa, eso no tiene nada que ver, hija: ¿de frígida yo?: yo no. Es que ni lo entiendo. Eso es que tienen muchos melindres y muchos cuentos, o que fueron unas nenitas mimaitas, o que no se la rempujaron a su tiempo y por su sitio: cómo no va a gustarle a una mujer echar sus polvos, cállate, si eso está hecho a que se ajuste. ¡A más de una de éstas de frígida se le da un día una paliza buena y ya verás qué pronto se arreglaba!...

Pero bueno, correrme siempre-siempre, eso ni yo ni nadie, y más con todo el trabajo que yo tenía. Eso no puede ser. Como que cuando me cogía a mí bien una racha animaita, que también me cogían, me asustaba yo misma porque venga y venga a pasar esos gustos y ya asustá, ya con el miedo de caer mala del pecho o de algo, porque era mucha tela. Y yo decía: "*ya con éste no, ya con éste no*", y lo mismo me se iban las cabras cinco y seis veces al día. Pero eso tampoco pasaba siempre, claro. A rachas. A rachitas. Algunas largas, eso sí.

Otra cosa distinta era cuando había algún servicio especiá, aunque a mí muchas veces tampoco me daba fatiga ni nada si era un jorobao o alguno torcido o con una falta grande. Ni siquiera con el del parálí de junto a "La Viña Malabar", ese menudito con tanto dinero y con las rifas y esas cosas, que lo llevan en una silla con ruedas a todas partes y que en la cama no podía ni moverse. Ni fuera de la cama, tú lo conocerás: está como un cuatro en su

carrito y en la cama también se echa doblado, siempre como si estuviera sentado, esté él como esté. Y me lo traían, y yo:

—Hola, Jerónimo,

porque además no veas lo que es ese hombre de simpático y desprendió y buena persona.

Y me lo subían los dos muchachos que lo llevan siempre en brazos al cine y a los toros y al Gran Teatro en Carnavá y a todas partes, porque él va a todas partes. Llega la furgoneta y los muchachos meten primero el carrito donde él se vaya a quedar, bueno, la silla, y luego lo saca uno a él, lo alevanta en volandas y se lo lleva, ¿tú no has visto cómo lo mueven?: así al hombro y p'arriba como si fuera una escopeta.

Bueno, pues a mí me lo subían sin el carrito ("*hola, Jerónimo*") y me lo ponían en la cama a que yo le diera sus gustos abrazándolo y dándole besos y tocándole abajo, y luego esa gallorda buena que le hacía porque él otra cosa no podía, a ver: si tiene las rodillas casi en la barriga, así que yo tenía también que arrimarme mucho a que me magreara, porque él los brazos, alargarlos no los puede alargar el hombre, ojalá.

Y a Jerónimo también le gustaba a rabiarse lo de los pies, que se los pasaba yo así despacito por el cuerpo, así reliándome a él, y él:

—Legionaria, qué gusto, qué grande eres —él loco con los pies.

De manera que se quedaba bien desahogado y bien, y luego venían los muchachos, que uno era su sobrino, y se lo echaba uno al hombro y ya se lo llevaban p'abajo a la furgoneta de él.

Pero volviendo a lo de antes, fuera aparte de lo de los pies y del disfrute en la cama y todo eso, a mí, fijarse ustedes, me han agradado siempre los hombres que tienen un orgullo, no sé; no verlos hechos un perrito temblón en cuanto me ponían la vista encima, ni faltándoles tiempo para irse a la cama de sopetón, sin tomarse primero un café, una copa, un algo, alternando con la señora y con las demás.

Y yo también les calaba las ganas a los del aguante y el disimulo, claro que se las calaba, yo me daba cuenta de que los tenía en el bote y fuerte. Pero me gustaba que allí, en el salón o en la salita, tuvieran el detalle y no anduvieran con esa prisa ni refregándose los ojos ni con lamioserías. Y así, al ver al hombre en su sitio, tragándose la ardentía que tenía conmigo y sin mirarme

mucho ni hacerme mucho caso, me iba cayendo a genio y a mí también me iban entrando ganas de estar con él: los tíos con un mando me ganaban.

Maltratos, eso no. Menos con dos, que yo misma les di lugar, yo misma: uno, un chaval sin haber hecho todavía la mili, que luego la hizo en Infantería Marina y fue boseado. Menos con esos dos, que perdí yo la cabeza un tiempo y hasta me gustaba que me hicieran las perrerías que me hicieron dentro y fuera de la alcoba, conmigo chuleos y maltratos, no. Pero mirar a los hombres a mis pies y muy comidos por mí, eso menos, porque entonces ya no me parecen hombres... bueno, quitando a uno o a otro que se enamoraba, que eso se nota y ya es otra cosa. Pero los quitapelusas lamiosos y esos jibias temblones, al momento, eso no, oye, que no se me apetecían.

A lo mejor es también una manía mía, no digo que no. Ahora: si nos metieran a cada uno una lamparita por la boca y miraran bien, ¡cualquiera sabe lo que se iba a ver!: todo el mundo (sin quitar ni a uno, ¿eh?: todo el mundo) está hasta las trancas de líos y de manías y de caprichos y de cosas raras que ni ellos las entienden ni saben siquiera que las llevan dentro, qué rara es la gente, ¿no?

¿Y en la cama? Ahí sale lo que no está en los escritos. Por mi madre que en una cama pasan más cosas que en el cine.

Más que en el cine. Que a mí empiece por darme lástima una muchacha de La Barquillera, se llamaba Paqui, porque la veo yo por todos mis huesos y sabiendo yo que le gustaban los hombres lo mismo que a mí, y que ya ni comía ni dormía con mi antojo; que me acueste por lástima una tarde con ella, hasta llorando ella de ganas y de vergüenza esa primera vez, y luego me gustara la Paqui tantísimo como me gustó, que me dejaba para el arrastre; y que después, a los dos o a los tres meses, se terminara aquello y hasta hoy, a ver si eso tampoco es raro... Ya de mujeres no he tenido yo nada que ver ni con las más bonitas del mundo y eso que las he tenido así, antes y después de la Paqui, que algunas querían darme hasta las pestañas. Pero lo de estar con mujeres, me se fue tal como vino: ella y se acabó.

Ahora: de caprichos y de vicios... Si empiezo yo a contarle a ustedes la que hay por ahí de caprichos y de vicios...

Kiti, una inglesa de Gibraltá, eso era un cromo.

Un cromo muy chiquitito, menudita, me llegaba por la pechera, y fina que

la podía yo levantar con una mano. Flaca-flaca, con los cachetes así chupados, dos ojos negros que daban gloria, grandes-grandes, y ese tipo de figurin. De pecho nada: como dos pajaritos y casi con más pezón que molla, de esos pezones de mancha anchotes y oscuros, sin estos picos de los míos, que eran dos navajas. Simpática y educá la Kiti, una cosa mala: hablando con quien fuera, ya podía ser de donde fuera, y siempre con un libro y algunos hasta de poesías, yo creo que había estudiao y todo.

Bueno, pues esa calcumanía de mujer, ese papelito de fumá, que era un papelito de fumá, no estaba en todo lo suyo más que con los que no cabían por la puerta. Y yo:

—¡Pero chiquilla, un día te va a matar uno de éstos!

Y ella nada.

Claro, a muchos de los tíos grandes, aunque les agradaba ver a la Kiti, porque era muy agradable, y les gustaba hablar con ella, yo me daba cuenta de que a la cama no querían llevársela: ¿qué iban a hacer con ese tití?

Pero oye, la Kiti yo no sé cómo se las apañaba para que se fueran con ella, y eso era su delirio. Una cosa esagerá. A mí me lo contaba, que le gustaba sentirse como una aljofifa en el cubo, sin respiración, me contaba que le decía a aquellos grandones que la taparan entera con el cuerpo y que la aplastaran con todo el peso aunque se aficiara allí abajo, ése era su gusto, dolerse y aficiarse de hombre, como el que se estaba bañando y se le echó encima el barco de Canarias.

Y algunas veces nos daba hasta pena la Kiti cuando se iba el hombre, que yo no sé cómo pero se iban muy contentos y ella no podía ni levantarse ni moverse, medio aficiá, rendidita, una noche con un brazo dislocao y, más de una vez, con sangre ahí abajo pero no de su regla: claro, con eso tan chiquitito y tan estrecho... Pues mira: le faltaba tiempo para antojársele otro todavía más grande, ¡tiempo le faltaba!... Hasta la noche misma que se le salió el brazo, se fue luego con otro tiarrón, a ver quién lo entiende. Si no lo entendía ni ella...

—Yo qué sé, Legionaria —me decía.

Tú fijate qué cosa la de la Kiti. Porque todo lo que sea pasar gusto, bueno, claro. Como sea. Pero que ya te dejen más o menos pa el Hospitá y que tú tengas que salir de estar con un hombre arrastrando los pies y que teníamos medio que irla aguantando para que no se cayera, eso ya...

Bueno, ¿y una de Barcelona que no me acuerdo cómo se llamaba?... Ésa no se lo gastaba todo en ropa interiód porque decían que tenía dinero por su casa.

Alta, muy guapa. Y ahora verás la manía de ésa. A ésa le daba por no quitarse la ropa interi6 cuando le había gustado a ella un hombre, ni que el hombre se la quitara, sino que 6l tenía que partirle la combinaci6n, el sostén, los cucos y las medias: contrimás emperre y trabajo pusiera el hombre en dejarle las prendas a cachitos, más se calentaba la catalana, a ver si no te choca; pero ponía mucho interés en que no se corriera la vo.

Lo que pasó fue que Antonio El Friti, el de las Pescaderías Unidas, que le gustaba mucho la catalana pero que estaba ya harto de esa trabajera, fue y me lo contó a mí.

¡Lo alegre y lo salao que era El Friti, de mearse, y la de chistes que sabía ese hombre!; que 6l fue el que sacó por Carnavá la copla del moqui-moqui que la cantaron "Las Cotorras Borrachas", la copla con el lío de Paco el del Ibérico, ¡mujer, el Ibérico, el café del Paseo Canalejas: cuando le pasó aquello al dueño que ya 6l era mayor y quería a la fuerza seguir funcionando con una muy joven y!... ¿pero cómo que qué dueño?: ¡Paco, hija!... aquello que tuvieron que llevarlo por fin al Seguro a bajarle urgente el mandao, que la cantó esa copla aquel año la chirigota de Santiago Galván, la de las cotorritas:

*Un industrial de esta plaza
sha tomado una pastilla-có
y se l'ha quedado el tranco-có
como el palo de una silla.
Moqui-moqui del trancoqui
quiquiriquí-cocó*

: del Friti clavao.

O si no, que yo lo vi, cuando visti6 de niño a Pepe el Chaveta tan viejo, tan chiquetito y tan feo, eso fue otro Carnavá hace más tiempo, y 6l sali6 de niñera: el Chaveta en el cochecito con su pipo, sus patincitos de lana, el sonajero, su babero de encaje, o sea, lo que es una criatura chica, y El Friti con sus medias y las naguas y el gorro ese de niñera.

Y le dice El Friti al Chaveta:

—Ya tú sabes los repujones y las bullas que se forman; en una de éstas, lo mismo te tiran del coche o te caes o lo que sea, así que va a ser mejor que te amarre, José.

—Venga —dice el Chaveta.

Lo amarra El Friti al cochecito, pero bien, y el biberón era el vino, un biberón muy grande, esagerao, con Valdepeñas de Casa Nicanor, y la tata se lo daba al niño, "toma, nene, toma"; la gente, tirándose al suelo.

Y coge El Friti y, sin que el otro se diera cuenta, empieza a echarle jalapa en el vino, con lo que eso suelta el vientre y que casi ni se le nota el gusto con el vino fuerte. Y de pronto, el Chaveta: "mamá, caca", y al rato, "ay, ay, Antonio, suéltame". Y El Friti venga a darle el biberón, "toma, nene", ya por la calle La Pelota unos peos que no veas y "¡suéltame, suéltame!". Y El Friti, ese biberón: "¡Toma y calla, nene!, qué nene éste más malo..." Pero sin desamarrarlo. Y el Chaveta, por la calle Nueva, medio llorando: "¡que me cago, suéltame con tus muertos, Friti, ay!"... Y "que me cago-que me cago" y, ya en San Francisco, prrrrá, salpicando la mierda por las barandillas del coche abajo.

Que al Chaveta, olvidársele no se le llegó eso a olvidar. No se lo perdonó. Pero nunca, ¿eh?... Lo veía y se ponía malo. Tanto es así que, la tarde que se murió El Friti, se emborrachó de la alegría, me dijeron.

Ah, pero yo con El Friti, yo es que me tiraba al suelo, a mí me se iba el reló en la cama con él, aunque nunca le permití a las dueñas ni a nadie de que me llamaran a mí la atención, o me tocaran en la puerta, porque me tardaba con un hombre, eso nunca. Y siempre me lo respetaron.

Uy El Friti y la catalana, qué arte... Y yo con El Friti, el tiempo que fuera, ¡si es que estaba sembrao!... Es que era... Hay que ver la que lió en Jeré. Es que era... La que armó en Jeré no se le ocurre más que a él; así con esa picardía, nada más que a él. Y luego, verlo al final como lo vi, qué lastimita me dio, parece mentira, ya casi sin poder valerse y...¿qué, que te cuente lo de Jeré?

Bueno, El Friti siempre andaba con cuatro o seis cachondos de aquí, los más juerguistas del mundo: Curro Villalonso, Pepito Távora el de la botica de Puerta Tierra, don Paco Ros, que le decían El Solterón (que entonces nadie gastaba güisqui y don Paco lo tenía en su casa hasta en palanganas), Julio Camargo el sastre de la Plaza Candelaria, que era compadre del Friti y ése iba siempre de baldivia, le pagaban los gastos entre todos porque tenía su gracia y sabía estar; Teodoro el de los mariscos iba también algunas veces.

Y ellos estaban siempre a la que salta, buscándose sus fiestas y sus cachondeos aquí y por ahí afuera, porque Antonio El Friti y don Paco Ros tenían coche cuando aquí en Cadi no había más que cuarenta o cincuenta coches, fuera aparte de los de caballo, que había muchísimos. Así que se iban

de fiesta a Sanlúcar y a los toros de Algeciras y a Sevilla y a cualquier sitio donde hubiera algo. O aunque no lo hubiera. Por Jeré caían mucho, allí tenían ellos unos pocos de amigos del mismo pelo...

...se juntaban en *El Gallo Azul*, de la Calle Larga de Jeré, y llegó a Jeré un extranjero mu orgulloso, que lo conocieron don Paco y Curro Villalonso, y empezó a irse con ellos porque le gustaba también el juergueteo, y al Friti no le hacían ni chispa de gracia los orgullos de ese hombre; lo tragaba porque no estaban todos más que pendientes de lo que cayera y de la fiesta que fuera y de pasarlo bien, pero a él no le iba a genio. Y ya mucho menos cuando le gastó Antonio una broma simpática, un dicho, que ésos se los soltaba El Friti a todo el mundo, trabalenguas de cachondeo y eso, y no se molestaba nadie. Pero el otro se molestó y le llamó malamente la atención en *El Gallo Azul*, delante de la gente y de los amigos.

Y El Friti se calló su boca y se la guardó pero bien guardá; dijo: *ya verás*. Y esa ocurrencia que él tuvo luego y la que lió de pronto con el forasta, ¿eso?: nadie más que él en el mundo.

Fue una noche de juerga, también en Jeré y con toda aquella banda, ya muchos días después de que el otro le hiciera el feo. Creo que estaban en La Venta La Peque y que al extranjero le cayó mal el vino esa noche y se puso de perder la vista y dormirse en el suelo o en un charco o en donde lo soltaran, porque es que era un bulto sin conocimiento.

Entonces va y le dice El Friti a su compadre Camargo el sastre, le dice:

—Compadre, vamos a llevarnos a este hombre a su hoté y a acostarlo para quedarnos tranquilos porque, si no, nos va a dar la noche. Ahora venimos, señores, hasta ahora.

Lo cogen entre los dos al forasta, lo meten en el coche del Friti, y en lugar de llevarlo al hombre para el hotel donde estaba de güésped, hace así El Friti y tira para un tapaíllo por el barrio de Santiago, que por aquella parte ya habían estado todos ellos hacía un rato grande dando una vuelta, antes de irse a lo de La Peque, y por allí y por la calle Rompechapines estaba el ambientito de las mujeres y de los ligues y eso, y habían parado allí en dos o tres bares, ya con el forasta borrachísimo pero todavía en pie.

De manera que llegan el sastre y El Friti al tapaíllo con aquel bulto, serían la una o las dos de la noche, y El Friti habla con la encargada y le dice:

—Mirusté qué plan, señora: un amigo de fuera que se ha puesto así con las copas, y a ver si puede de quedarse a dormir aquí. Lo deja usted tranquilo toda la noche que nadie lo moleste, y yo le pago la cama ahora.

Le paga la cama a la mujer, tiran con el tío para el cuarto, lo desnudan, lo acuestan y se saca El Friti del bolsillo un pimiento chi de esos que te abren un boquete en la lengua como descantilles, de los chiquitillos fuertes-fuertes, que ya lo había pedido en La Venta La Peque antes de llevarse al tajao. Parte el pimiento por la mitá, le da con salivita así con el dedo pa que soltara bien esos picores, le baja al borracho los calzoncillos y le refriega un rato grande ese pimiento por el mismo ojo'l culo. Luego le pone dos billetes de veinte duros allí en la mesilla de noche, y lo dejan durmiendo y se volvieron adonde estaban los demás.

A las doce o la una de la mañana, recalca el forasta por *El Gallo Azul* con dos ojeras como dos pianos y la resaca en lo alto, que se había despertado en el tapaíllo y se vistió y se echó a la calle sin ver a nadie ni querer él saber cómo había llegado allí, ni decírselo a nadie.

Y ya estaban todos los de la banda en lo que tenían que hacer y tenían que decir, porque todos eran iguales en eso: cachondeo que hubiera, allí de boca todos. Y al principio lo de siempre: "*hola, buenos días*", "*buena la cogiste anoche*", lo propio. Pero el forasta, notando que estaban todos como apuraos con él; él arrascándose la ardentía del culo de cuando en cuando, de la forma más disimulá que podía pero con toda su alma, hasta con un tenedorcito de las tapas, y los otros haciendo como que no se daban cuenta del raskayú. Pero el tío veía que le hablaban a lo justo y que, desde que él llegó, había en la mesa un ambiente raro-raro... todos callados, serios... vaya, que no estaban como siempre ni a gusto, así que acabó preguntando qué pasaba y "*nada, hombre, nada*", y el que le contestaba miraba para otra parte, como apurao y en un compromiso. Y ya con un mosqueo el hombre, que venga a preguntar y a preguntar qué pasa conmigo, y entonces dice El Friti medio serio y medio triste:

—Bueno, vamos a decírselo porque así es peor. Perdona, Fulano, pero es que anoche pasamos un mal rato y una vergüenza, tú sabes como estabas, que estabas sin vista. Y entonces, en un bar por Santiago, se te echa uno encima que se conoce que le gustaste. El más *loca* de Jeré. Apretándote el brazo, descompuestito, y que te daba todo lo que llevara encima pero que te fueras con él... ¿cómo nos íbamos a meter nosotros en eso? Y venga y venga hasta que te fuiste con él. Ya luego no sabemos lo que pasó pero la verdá es que

nos quedamos todos fríos porque no te conocíamos ese tirón ni esos ligues. Ahora: cada cual es libre de hacer lo que quiera, tú no te preocupes, tú tranquilo.

Escucha eso el forasta, que ni era homosesuá ni le gustaban los hombres ni el ambiente de la piompa, y figúrate los cabos que amarró al minuto: sobre todo, los cuarenta duros en la mesilla de noche y esa picazón comiéndole el ojete. Se fue al momento del *Gallo Azul* y sin despedirse siquiera. Se levantó así encorvao y muy despacito, blanco como la paré, sin un "cuánto debo" ni un na, mirando como si se hubiera vuelto tonto... Cogió el tren esa misma noche y no volvió ya nadie a verlo por Jeré.

... ¿Pero cómo que "demasiao"? ¿"Demasiao" te parece?... Y el feo que le había hecho el otro, ¿eso qué?... Amás, que en lo que hay que fijarse es en la cabeza y las ocurrencias del Friti. Y aquella salsa con que te contaba las cosas; a mí, cuando me lo dijo lo del pimiento chi en la cama, yo es que me tiraba al suelo... "Demasiao"...

Es que era...

Y otra vez que estuvo él un tiempo llevando en Sevilla lo de las Pescaderías Unidas aunque venía por aquí mucho, paraba El Friti en el "Alfonso" (él solo, la mujer se quedó aquí con la familia). Y un día, a las ocho y media'la mañana, se cuelan a buscarlo al "Alfonso" los amigotes, dos o tres de los de siempre y otros más de aquí, que acababan de llegar todos a Sevilla; tenían que hacer allí en el día unos encargos y unas cosas, y como Antonio El Friti conocía a medio mundo, pues a que él los envereara y los ayudara con las personas que iban a ver, para que los atendieran mejor. Porque El Friti era entonces en Sevilla como el representante o como el Ministro Capitán Generá de los gaditanos...

... así que lo despiertan al Friti en el hoté, se le echan todos encima y cada uno le habla del encargo que llevaba.

Uno tenía que arreglar un papeleo de un permiso o de yo qué sé, otro tenía que comprar los toros para la corrida del Corpus de aquí, otro era con un encargo en el Servicio del Trigo, de un embarque de trigo que iba a hacerse aquí en el muelle de Cadi, y así seis o siete. Toman café y todavía no eran las nueve de la mañana, El Friti con los ojos pegaos. Luego pidieron una copa. Y el que me lo contó esto a mí, le dice al Friti:

—Antonio, y si acabamos pronto y bien, nos vamos a última hora a celebrarlo a gusto y echamos un polvito bueno con las de la Casa del Chalé, que creo que son una cosa maravillosa. O donde tú digas, que en eso también estás tú más puesto que nadie.

—Un momento, un momento (dice El Friti), a ver un papé y un lapi, lo que hay aquí es que sacar una lista de todo eso que tienen ustedes que hacer: vamos a ver la gente y los sitios y el tiempo, porque si no nos encaminamos ahora, no vamos a sacar na en limpio.

Le dan el papé y el lapi, y empieza El Friti a hacer la listita de las cosas:

—Vamos a ver: tú, los toros; a ver si veo contigo a Pepe Luis Vázquez, en el "Sport" o en el bar del Pinto, que él cae en uno o en otro sobre las doce y media y nos da una idea... Tú, lo del Trigo: eso, lo mejor es ir a media mañana por la Plaza Nueva y entrarle a don Mengano, que él da un toque bueno por teléfono pa que te atiendan bien los del Trigo: lo malo es que entonces no nos va a dar tiempo a coger a Pepe Luis a las doce y media, a ver qué hacemos... Tú, lo del permiso... Tú, lo otro. . Tú, lo de más allá.

No veas la lista, y él venga a echarle cálculos.

—Es que esto es muchísimo —dice El Friti de pronto—, todo esto en un día es muchísimo. Pero en fin... A ver si les parece a ustedes bien una cosa, yo creo que es lo mejor: nos tomamos ahora otra copa aquí, nos vamos de momento al Chalé y ya salimos de eso.

Un hombre ese que... No, que no me se olvida: ahora va... Pues eso, volviendo a lo de los vicios, lo último que me contó El Friti de la catalana destrozona fue que, como le gustaba y quería seguir acostándose con ella, pues se compró unas tijeritas: *"anda, dije yo, así acabo antes. Pero en cuantito las saqué y las vio, me dice: ssss, no, Antonio, así no. Con lass mans"*.

Y entonces saltó El Friti y le dijo que se terminó y que se metiera en una fábrica de las que pican los papelillos de Carnavá, que ahí sí que iba a estar en sus glorias, ya me dirán ustedes el vicio de aquélla.

Ay qué hombre... Con sus gafitas... Ya se ha muerto el pobre, hace dos o tres años se murió. Y las últimas veces que lo vi por la calle, no sé lo que me daba, hija. Acordarme de él tan alegre y verlo en un medio temblaque, agarrao del brazo a la mujer y asustao con los coches para cruzar...

Incapacito. Y eso que él no era tan mayor.

Bueno, el vicio de la catalana... ¿pero y el de uno que siempre se llevaba a la Casa en el bolsillo unas gomas largas, así anchas, y se las tenía que poner en los tobillos a la mujer que él se llevara a la cama?: como te lo estoy diciendo. Se las ponía aquí, aquí, por cima del pie, sin ella estar endeble de los tobillos ni nada; esas gomas apretás-apretás, que acababa ella con los pies blancos y heladitos como los de una muerta, que es que luego tardaban en quitársele las señales de las gomas en los tobillos. Y así es como el tío gozaba, y una de Ronda llegó a cogerle afición a eso...

Es lo que yo digo: ¿quién es el que mira adentro de la gente?... Pero adentro-verdá que llegue a verla bien, lo que es verla hasta el fondo-fondo, ¿me quieren ustedes decir? ¿Qué sabios ni qué Papa: quién conoce a nadie?

Entre eso, y que tan pronto ves a cualquiera que no vuelves ya a verlo nunca más porque la gente se va, se muere, cambia, y lo mismo pasa con un sitio, un bicho, con lo que sea... la vida te parece de pronto una mojiganga, yo qué sé, una película de muñequitos que te distraes-te distraes con lo que tú estás viendo y to es mentira.

¿Cómo, cómo? ¿Que de vicios no he estado hablando más que a base de mujeres? ¡Bueno! ¡No, no, hija: los hombres lo mismo! O más. El de la risa... Ah, pero no vayan a creerse ustedes que llegaba borracho o que era un cualquiera, qué va, era de lo mejor de aquí, uno de los barandas del Ateneo de la Plaza San Antonio, que a ése y a la mujer los conocía mi Julio.

Y a ése, después de su polvito, le entraba la risa. Una risa y una risa que terminaba hasta tosiendo y malo, traspuesto, con una media congestión en lo alto y colorao como un tomate que se le saltaban los ojos. Pero una angustia grande: una noche casi tuve que decir que avisaran a don Pedro el médico, y él "*que no, que no*" Y me dijo el hombre que esa risa le entraba a él cuando acababa de estar con una mujer, que ya hacía tiempo que no le hacía caso a la suya pero que con ella no le pasaba. Y que no sabía por qué le entraba esa risa y terminaba siempre sintiéndose fatal; ¡digo, si no había más que verlo!... Luego se quedaba allí un rato echado y ya iba entrando en caja.

Y bueno, el colmo ya, aquel marino mercante que no estuvo nunca conmigo

ni con nadie, nada más que con La Mora. Capitán o contramaestre creo que era, y tú fíjate que ese hombre avisaba con tiempo a la dueña cada vez que iba a ver a La Mora; la avisaba para que le tuvieran comprado lo que él quería: un calamar.

El meneo de aquel hombre con La Mora, los ruidos que llegaban de aquel cuarto, uy uy: fuera de lo corriente. Al cabo de una hora o dos, La Mora se asomaba por la puerta del cuarto y llamaba a la dueña:

—¡Señora, ya! ¡El calamá!,

y una de las criadas, la Tina o Angelita (que Angelita era un hombre), se lo llevaba corriendo en un plato pero crudo, medianito, sin abrir ni preparar ni nada, tal como había llegado de la pescadería.

Y entraba allí ese calamar y se acababan los ruidos y los quejidos. Pero comérselo no se lo comían porque, amás de crudo, estaba luego allí medio roto, con la tinta espurreá por toda la cama... Niña: se quedan ustedes con la mitá de lo que han dicho que van a darme, si me explican ustedes, que yo me lo crea, qué pasaba allí dentro con ese calamar, que todavía los como y me acuerdo. A ver si es que se lo encajaban cualquiera sabe por dónde o qué hacían con él. Porque esa mujer, que parecía muda, punto en boca siempre. Ella, ni pío. Y mira que se lo preguntamos: ¿no era antipática La Mora!...

¿Y el del carretito? Otro caso. Bueno, yo se lo aguantaba porque era cariñoso y buena persona, pero eso no se le ocurre ni al que asó la manteca, qué cosa más chocante, oye: que se venía a la cama con un carretito de hilo tonto de ese gordo, blanco o negro, y, en cuanto llegaba la hora del calentamiento, venga ese carretito a la boca y a pasármelo a mí en mi boca como si fuera un caramelo, "*tú déjame, Legionaria*", y el hilo a soltarse y a estorbar, to ensalivao, hasta que se le iba reliando por la lengua y los dientes, medio atragantao ya él con el hilo, y en el mismo momento de vaciarse le pegaba al carrete un bocao que lo crujía y que, si me lo pega a mí, se queda con el pedazo de carne en la boca. Y venga luego sacando la cabeza y escupiendo media hora en la alfombrilla hilo y pedacitos de madera, to satisfecho, ¡toma ya!

Y de cuando en cuando, también me trompezaba con unas inocencias y unas cosas que me se caían los palos del sombrero.

Éste era. un muchacho de Algeciras la mar de bueno y la mar de cariñoso, que venía aquí dos veces al mes a cosas de trabajo y de papeleos, porque tenía en Algeciras una agencia o estaba trabajando en una agencia con los permisos de los coches y de los camiones y eso, los permisos de la gasolina.

Y este muchacho siempre recalaba por la calle La Plata a echarse una siesta buena con una mujer. Hacía sus cosas de la gasolina por la mañana, y después de almorzar ya estaba allí en la Casa La Plata y se iba luego a Algeciras en la camioneta de las ocho la tarde, y yo:

—Chiquillo, que ya son más de las ¡siete.

Pues a ése lo apañé yo.

Porque ése tenía cerca de treinta años y no sabía ni que las mujeres tenemos nuestra regla. Ni eso.

Las primeras veces llegaba, nos veía un rato a las mujeres en el salón, él venga a mirar, y luego se iba. No había una que lo embarcara, hablando entrecortao que se le trababa la lengua que no podía ni barajarla, hasta que un día se tiró a matar y se vino conmigo.

Oye, que en todo lo demás era normá y corriente pero, en cosa de cama y de mujeres, no veas de lo que yo lo saqué sin hacerme ni cargo; luego con el tiempo, ya me fui dando cuenta.

Esa tarde que por fin se vino conmigo, con un alobamiento que me hizo una señilla así con la cabeza que no sé ni cómo la vi, luego en el cuarto no quería desnudarse; ¿sabes lo que hizo?, pues empezó a preguntarme si yo le iba a pegar una enfermedad o algo.

Y, yo:

—Chiquillo, no, mira: nosotras pasamos todas las semanas la ispección con el médico, o sea el reconocimiento, que nos conviene a nosotras mismas, y además ésta es una Casa buena, aquí hay de todo y todo está mu limpio y mu bien; luego cuando tú termines, te lavas y el permanganato se lleva y mata todas las miasmas y to. Aquí en esta Casa tú no te tienes que preocupar con eso.

Y entonces él me preguntaba otra cosa, lo que fuera, y se ponía las manos abajo tapándose por sus partes sin notarlo él mismo, igual que cuando las mujeres estamos sentadas y nos tiramos de la falda así p'abajo de las rodillas sin darnos ni cuenta, y blanco como el papé, yo ya creyendo que lo que le estaban haciendo falta eran dos soldaos bien despachaos, y diciendo yo "*qué raro*", porque es que también le estaba notando unas ganas de estar conmigo, mirándome la pechera como un loco, que se le caían las babas, y pendiente de los muslos, yo ya en la cama.

Pero nada, él seguía allí en pie y preguntando, y cada vez peor porque ya no le quedaba qué preguntar. Y así hasta que ya me harté: le pego un jalón de la correa y le echo abajo los pantalones y se metió en la cama, pero con una

temblaera una cosa mala, que le traqueteaban los dientes. Una cosa mala.

Miro p'abajo y veo que estaba ya duro pero que tenía la magallana como un garabato, toa doblá y muy chica y en malas condiciones.

Le digo:

—¿Eso qué es?: a ti te tienen que cortar el frenillo o algo, así con esa alcayata tú no puedes. Ni conmigo ni con nadie. Ni aunque resucitara la Mae Güé.

Que eso siempre lo quitan en la mili. Te lo operan y lo que hacen es que te ponen al lado un platito con pedacitos de hielo para que se los pongan abajo los quintos operaos de eso y no se empalmen si se calientan, y algunas veces también les echan en la comida una cosa pa que no armen, porque, si arman recién operaos, ven las estrellas.

Pero como él no había hecho la mili porque era hijo de viuda y sin hermanos ni hermanas, pues no lo habían operao y la tenía fatal. Y además, ni idea; pero oye, es que siendo un muchacho fino no sabía ni eso ni nada, y entonces ya me di cuenta de que ni miedo a una enfer- medá ni nada: que es que no se había ido nunca con ninguna mujer y tenía que estar con un miedo muy grande a las mujeres y matándose a pajas.

Y me di cuenta también de que él había hecho un poder y una fuerza muy grandes para irse con una, por eso se iba siempre sin mojar y, ahora que estaba conmigo, preguntaba tanto y se hacía el remolón y le entró toda aquella temblaera. Le dije:

—Tú vente con eso arreglao y ya verás.

Y se operó y vino ya con la perlana arreglá y con el frenillo y el pellejo en su sitio, pero, con todo y con eso, las primeras veces no podía y esos lagrimones como garbanzos chorreándole por la cara abajo. Hasta que a las dos o a las tres veces, como yo lo animaba, ya se ajustó; se le asentaron los nervios y ya le vino rodao y lo pasaba ya la mar de bien, contentísimo, y yo le conté de las mujeres cosas que las saben hasta los niños chicos.

Y me decía él, me decía:

—Horte, si de alguien voy a acordarme el día de mañana, es de ti.

Oye, y me lo decía con un sentimiento grande.

La de veces que no me habré acordado yo luego de ese muchacho... Verlo, ya no lo vi más.

¡Y ahora espérate, espérate!... Que también me estoy acordando de aquel señorón de la Audiencia, don Román, don Román Matute Boné, uno de los peces gordos que venían por la calle La Plata y que ya no podía ni con su alma, una cosa horrorosa... Ay don Román, ay don Román, con cerca de ochenta años, más largo que un día sin pan y feo. ¡Pero feo!... Porque hay viejos hasta bonitos dentro de lo viejo. ¿Pero aquél?... Había que verlo. Había que verlo a don Román.

Llegaba, y todas impresionás y sobresaltás, deseando que le tocara a otra irse con él; a ver quién decía que no, con lo que se dejaba allí ese viejo y con la influjensia que tenía que tener: no había que estar más que en el detalle de que él ni pisaba el salón ni la salita, sino que íbamos a que nos viera al dormitorio mismo de la señora, que a la señora le mandó un año por Navidad, para ella y para nosotras, como doce botellas de moscatel con cinco o seis cajas de amarguillos y de alfajores de Medina, y la tarta de almendras de las Angustias de Chiclana pero así de grande; una habló de que a lo mejor había mandado todo eso para quitarnos el sabor de boca que se nos venía ya con verlo, hggg.

Menos en pleno verano, siempre traía puesta una bufanda oscura de lanilla que algunas veces no se la quitaba ni en la cama, y en cueros era enteramente una fantasma, yo no he visto nunca una cosa más fea ni más estropeá; educao, claro, a ver si no iba a serlo.

Y los calzoncillos tampoco se los quitaba porque para qué, si tenía el bienmesabe engurrumío que aquello era una colilla. A él lo que le gustaba ya, era sentir el cuerpo de la mujer, él al sobeo y pasarle la lengua a la mujer y que ella le endiñara. Pero fuerte.

Tenía que ser con un zapato de ella, con aquellos tacones de antes, finitos y duros.

—Fuerte, pero siempre del pecho para abajo —decía.

Conmigo estuvo tres o cuatro veces, venga con que le endiñara más fuerte, pasándome despacio esa lengua a lo mejor por un hombro, por donde cayera, una lengua lacia y más grande que el Diario, y yo ese zapato, jin jin jin, "*más fuerte, hija, Legionaria, mía, ay*", que una noche estaba yo con tres copas y, entre él "*más fuerte*", y el asquito que le tenía, me se fue la mano y le di un cosqui en la cabeza y luego por la cara, ya con el zapato, que salió con dos verdugones moraos, a la vista hasta con el sombrero puesto, y señalao entero como un Santo Cristo. Dijo que iba a poner una denuncia y no veas la que me echó a mí la señora, con razón.

Pero don Román ni denunció ni hizo nada, volvió al mes y vengan otra vez los taconazos y los lengüetazos. Con lo que da de sí una lengua cuando se baraja bien, y la de él, hay que ver, no daba más que un repeluco y luego ganas de bañarse.

Don Román... Ahora: verlo en aquel desquicio, no es que se calentara una, eso no. Pero, ¿cómo diría yo?...: te daba una impresión.

Una tarde, en una de esas, se murió del tirón en Casa La Mery.

La que estaba con él dijo que, de pronto, le entraron al viejo unos temblikes de pies a cabeza, que ella creyó que se estaba viniendo y era que se estaba yendo: menos mal que no fue conmigo ni en la Casa.

Y a ese vicio de gustarte que te peguen, que él no era el único, le dicen ahora de una manera, soguista o algo así.

Cuando yo.....,

TERCERA CINTA B 14/LEGIONARIA (3)/

«*Tangerine Dream*»

....., la guasa es que no fuera con el mismo hombre, sino con dos, mi Julio y el Lucas. Los dos. Pero fue cuando yo he gozado de verdá del amor, ahí fue cuando me di cuenta que lo del Yori y lo de otros no había sido más que asomarse.

Ya ustedes han visto la de vicios y la de cosas raras que les estoy contando a ustedes, ¿no?: pues bueno, fíjate que el amor es una cosa todavía más rara. Pero bastante más. Porque ahí, si el cuerpo y el gusto no funcionan y no andan como tienen que andar, todo se va a la mierda. Y si no se siente por la cabeza un cariño sin pejugueras y no hay un agrado, pues también se va a la mierda, que además es que lo uno va con lo otro: lo del cuerpo va ligado con lo de la cabeza.

Pero como cada uno y cada una son hijos de su padre y de su madre y además han vivido antes cada uno a su estilo, pues a ver. A ver si no es difícil que se junten en los dos el sentimiento y la cama, que todo eso se junte y vaya seguro y dure. Sobre todo, que dure. Porque es que la gente se va conociendo luego, ¡jajay!, y además va cambiando, y cuando no te harta esto, te harta lo otro. La pareja tiene que estar pendiente el uno del otro y ya te harta lo que sea; si no es antes, es después.

De manera que cualquiera va y habla del amor, eso de hablar es muy

facilito, eso lo hace cualquiera. Pero a mí me parece que es muy poquísima gente la que lo trinca entero el amor y mucha menos la que le dura, y por eso está medio mundo intranquilo por adentro, como con tener que morirse.

Bueno, lo que es yo, yo estaba ya en que eso del amor es una engañifa. Después ya no sé, no lo sé... Pero, antes de lo de mi Julio y el Lucas, yo convencida: el amor, la engañifa más grande que hay en el mundo. Aquí y en la Conchinchina. Y a lo mejor no es más que eso. Como una maña para que la gente trague y se embarque, lo vea todo muy bien con la ilusión del gusto y los cariños, y se junte como las moscas y siga el mundo p'alante porque, si no, no iban a quedar más que los viejos y los muertos, a ver.

Y luego, en cuantito esa maña de la vida se sale con la suya, se acabó: se le cae a la gente la venda de los ojos cuando ya está la cosa hecha, di que no. Viene un día detrás de otro y a morir; ya eso es como la casita del jabonero, que el que no cae, resbala.

Y te hartas de alguien, pero con el que venga o la que venga detrás, lo mismo; un día detrás de otro y fuera: se acabó lo bonito. Imagínate tú y no me cortes... ahora no me cortes, luego me dices lo que sea y yo te lo escucho... imagínate tú esos hombres casados que le ponen su piso a otra, anda, se lían con la otra ¿y qué pasa? Pues lo que pasa casi siempre es que les tocan dos "*¿por qué has llegado tan tarde?*" y dos suegras y dos gastos y dos quebraeros de cabeza con todo en vez de uno, me hace una gracia a mí... ¡Si es que es lo mismo pero doble, joé!

Mira, ¿tú no viste "Los secretitos del matrimonio", la película?... El invierno pasao. A mí este invierno pasao me llamó la atención el título, y fui a verla yo sola al Andalucía. Y yo creía que era otra cosa, yo esperando muchas camas y mucho cachondeo y mucha calentaera, pero qué va, allí las caras hablando y venga a hablar, la cosa más aburría del mundo la película y larguísima que hasta se fue renegando ese que le dicen el Bisconde, que estaba delante mía, ese de la gandinga con un ojo p'acá y otro p'allá. Pero yo me quedé hasta lo último, yo sí. Y había en el cine cuatro gatos: ¡igualito que cuando pusieron El Tiburón o La Guerra'los Mundos!... Ahora: los artistas mu buenos, eso sí, buenos-buenos, ella buenísima llorando y hablando y cada vez que salía. Y además, por lo que yo cogí, los artistas de esa película sabían lo que es la vida pero bien... uh que si lo sabían; no había más que fijarse en

cuatro cosas de lo que estaban hablando y lo que hacían, y ya te dabas cuenta de que esa gente sabía tela. Tela. Fíjate tú que cuando ellos dos están juntos a gusto-verdá, es cuando ya se han separao, que se ha casao él con otra y ella con otro y tampoco han sacao nada en limpio, y entonces es cuando quedan y cuando se ven con unas ganas grandes aprovechando que se han ido los nuevos, el marido de ella y la mujer de él; se ven y se van los dos a una casita por la playa a echar la noche, y mientras están allí están contentos, ya sin peleas ni tener que cargar más el uno con el otro. Y también me gustó muchísimo otro detalle de la película, ¡eso sí que es un detalle güeno!: todos los demás matrimonios que salen, que estaban todas las parejas a matarse, pues todos creyendo que ellos dos no, que ellos dos andaban dándose el pico. Y todos envidiándolos, y ellos mismos se lo creían y se hacían la ilusión, y resulta que estaban, sin darse cuenta, igual o peor que los demás, ya a pique de separarse, que él le pega a ella y todo, y luego se separan. Y eso es verdá, ¡uh!: es que a la gente la miras tú por fuera y te da el pego, cada uno pone su cara y engaña pa no sacar los trapos sucios, y muchas veces hasta a ellos mismos les parece que están bien y que se llevan bien, y lo que están es amargaos, di que no. Y por eso era la película "Los secretitos del matrimonio" y se llamaba así. Que, por cierto, me dijo un embarcao que él también la había visto por ahí fuera, pero fuera de España, y que por ahí se llama de otra manera, "Las escenas de la vida del casao" o algo por el estilo. Pero es la misma película. Igualita-igualita.

Y otra película que tenía en eso mucho que ver fue la de "El último tango de París", que, como estuvo tantísimo tiempo sin dejar que la echaran, la gente también se creyó que iba a ver ahí yo qué sé, pero yo fui ya sobre seguro porque me lo dijo Juanito, el chiquillo de Luis el de abajo, que yo hablo mucho con él y que le gusta muchísimo el cine. Me dijo que, en esa película, lo de la mantequilla en el culo no se ve na y que, de verdes, se ven ahora cuarenta más verdes que "El último tango de París", pero que a él le gustó. Y a mí me parece que esa película, para el que se fije bien, pues es lo mismo: la jartura del amor. Yo muchas cosas no las entendí; cuando él enseña el culo en el baile, eso no lo entendí por qué lo enseña... que no, nada, ni borracho ni nada, tampoco estaba tan borracho... a mí que enseñara el culo me hizo gracia pero no pegaba, y lo de la muerta que era su mujer y eso, pues tampoco lo cogí; lo que pasa es que de esa película también hace más tiempo y me acuerdo yo menos... Lo que cogí fue que no se entendían bien los dos y que, cuando se jartaron de cama, se acabó porque no se entendían ellos más

que en el follisqueo y, ya sacándolos de ahí, nada; es como si cuando yo estuve en el campo, hubiera estado sin mi Julio, nada más que con el Lucas, luego voy a contarte eso. O sea que, con todo lo que me gustaba el Lucas, aquello con él solo no hubiera durado más que unos mesecillos porque no era más que eso, con él no había más que la cama. Y eso gusta mucho pero, ya con el tiempo, así solo empalaga, tiene que ir con lo otro. Tiene que ir con lo otro como sea; si no, viene el último tango. Pero de prisa y ligero.

Ahora: lo de la gente con las dos suegras y las tres suegras, sobre todo los hombres, los *señoresss*, ya me dirás. Con eso del querido o de la querida pasa como con lo otro, no empieza más que con un recalentón y unas ilusiones grandes que duran un tiempo. Y luego viene lo mismo, muchos hasta con los suegros, y dar o coger un tanto todos los meses, y todo: la misma jartura que con la mujer o el marido y con el puñetero matrimonio. O sea, que se termina igual pero peor porque, ya, a cargar con dos en lugar de uno o una. Por eso estaba luego llenita de hombres una Casa de pago, y ellos tan anchos: distrayéndose un poquito de las obligaciones por la fuerza, y de los echarse en cara y los "*¡ven p'acá, Pepe!*" Porque en las Casas no, ahí no. Ahí no tenía nadie que hacer nada por la fuerza: su dinero, su buen ratito y si te vi no me acuerdo, solteros o casaos. Eso sí, ese mérito lo tenían las Casas de nosotras, ¿es mentira?

Y en cambio los líos formá, a soltar mierda. Mira, mira aquella muchacha que vivía por esa calle ya cerca de Santa María, ¿cómo es?: Jara Quemada. La calle Jara Quemada. Toya. Tan monísima ella. Ea: pues señalé. Y encima con ese hijo en el mundo y buscando por ahí unos ojos que no se apartaran y que le dijeran aunque no fuera más que "buenos días o buenas noches, Toya". Dos o tres se lo decían. Los demás, "la puta" y ni mirarla, vecinos y sanvecinos: ella allí sola con el niño, en aquella casa tan vieja y tan grande.

Bueno, ahí es que la pringó todo el mundo. A mí me lo contaba también uno de los hijos de él, de don Fermín Cumbrera. Porque un hijo suyo, Ricardito Cumbrera, iba por La Plata y me lo contaba a mí todo y, como no sabía que yo la conocía también a ella, entonces me lo contaba a su aire: que Toya era una hijaputa que tenía atontao al padre y que había metido la ruina en su casa. Como si no supiera yo lo que había pasado... Lo que es que cómo iba yo a meterme a porfiar con Ricardito ni con nadie, y a echarle encima a aquello más odio y más mierda.

Fue lo de siempre: que don Fermín estaba ya cansado de la mujer, que estaba muy estropeá y muy delicá, y se tiró para esa muchacha que trabajaba

en el depósito de los muebles, ahí en el Paseo de la Aduana enfrente al muelle. Y como él estaba con las tiendas de los muebles y con el corretaje de los muebles y eso, la conoció allí en el despacho y se enamoró como un loco, un hombre con un empuje y con los ojos como dos candelas, todavía en toda su fuerza don Fermín Cumbrera, si lo sabré yo: no es que lo conociera nada más que de vista, a ver si me entiendes... Y se lió con ella pero ciego, que ya le daba igual que la vieran con él la familia o quien fuera, y la llevaba a todas partes y tuvieron ese niño; creo que él lo reconoció, eso sí.

Pero lo de siempre: él tan campante y la muchacha, señalá. Linda y diecinueve o veinte años que tendría Toya entonces, y esa cara que era una muñeca de bonita. Y luego la barriga, el niño y p'alante en esa casa, que ya ella vivía allí sola antes de enredarse con don Fermín, y toda la familia de él y medio Cadi diciéndole "La Puta", ¿sabes tú?, así con todas las letras cuando la Toya, de puta, nada; otras, vaya, ¿pero ella?...

Y es que también la mujer de don Fermín sufrió muchísimo, pobrecita, y era una persona muy buena y además con muchos conocimientos y muchas amistades, y a todo el mundo le daba lástima porque con eso estaba hecha una pavesa, amás de que andaba mal del corazón. Pero de la Toya a nadie le dio lástima, ésa fue la que salió perdiendo. Y él, nada. ¿Don Fermín? Nada. Claro, ésas son las cosas de los hombres y hacen bien. Las mujeres no, mira qué gracia.

Bueno: pues con esa muchacha, que tan fuerte iba lo de don Fermín Cumbrera y lo de ella, pues terminaron lo mismo, hartitos los dos. Sin el cura y sin los papeles, pero igual: ya la obligación, y hartitos. Por eso. Porque viene un día detrás de otro, y fuera.

Pero si es verdá lo del amor así fijo, largo, si es que eso es verdá, yo estoy en que lo encontré... Me parece a mí que sí. Y ya era trancona y me duró; se lo llevó mi Julio a la tierra a los tres años y medio de vivir con él. Lo de él fue al minuto. No me se despinta la noche que lo conocí: ese hombre entra en el patio (en otra Casa donde yo estuve luego, en la calle San Telmo), pisa el patio, me ve entre las demás, y yo noto corriendo una cosa distinta, ALGO. A la media hora me estaba diciendo:

—Tú te vienes conmigo, yo no salgo de aquí sin ti.

Y yo:

—Vale,

yo más segura que nadie desde que nos echamos el ojo, parece mentira. Lo mismo que él. Y sin saber ni cómo nos llamábamos.

Mira, tú eres muy joven pero ya tienes que haber conocido a mucha gente: yo te voy a decir que, si ha habido una persona buena de verdá, Julio Sánchez. En lo que fuera. Hasta en la manera de consentirme que, viviendo yo ya con él, tuviera mis caprichos y me echara allí mismo en la cama con quien luego no fuera a encoñarse y a meter la pata, sobre todo con su encargao del campo, el Lucas, que eso era el toro padre, yo no he visto en una cama nada igual ni de bien despachao. Ni la del Moro Juan. Y guapo. Ahora: lo que es de cabeza el Lucas, más bruto que una bota nueva, eso desde luego. Pero...

A ver si puedo yo explicártelo... El Lucas, ése era el cuerpo, y mi Julio, lo otro. Claro, Julio un hombre ya un poco mayor y conociéndome y queriéndome, y como allí en la casita de campo no había quien se metiera ni quien criticara, pues diría él:

"¿Y por qué no va a darse esta fiera los gustos que no voy a darle yo?"

Claro, era bastante mayor... Así que, de mes en mes, él se echaba su polvito como un caballero, y yo tan contenta viéndolo disfrutar y porque me desahogaba con el Lucas, que era un borrico en pie pero cariñoso y mirao, y me partía por la mitá en la cama, qué alegría, hija. Como que muchas veces, en medio de aquellos bullarengues con el Lucas, yo sentía por él lo mismo que por mi Julio, lo mismo. O más todavía. Aunque ya luego no, ya luego me daba cuenta de quién era el uno y quién era el otro: tonta no; yo me daba cuenta... La guasa es que los dos no fueran un solo hombre, eso ya es mucho pedir. Demasiaio.

Con lo del Lucas pasaba que, claro, cuando la parten a una por la mitá, una se confunde y, en ese momento, el macho que te está quemando y crujiendo bien, el que sea, es una cosa, yo qué sé, como sagrá, que quisiera una meterse dentro de él o que te deje allí en el sitio, y luego viene un agradecimiento grande, tú lo tienes ya que saber. Vamos, que es más que pasar gusto, amás de todo el que se pasa.

El Lucas no es que fuera pegón, pero del primer manotazo que me tiraba en la cama ya estaba yo en mis glorias, y al primer repujón, loca. Aquello terminó poniéndose que, no hacía más que verlo al Lucas y era como si me bajara por el cuerpo una calor con ruedas como un coche, así de la garganta a los muslos, y, pun, la boca sequita de buenas a primeras y esos pezones en pie como dos lapi, que eran hasta un compromiso; bueno, compromiso lo han sido siempre, porque eso era una cosa... Con copete y puntas largas. Y todavía, todavía tienen que ver.

Pera es que antes, hasta hace nada, aunque me los tapara con un ladrillo por debajo la ropa, ellos siempre corneando y apuntándoles a los tíos: ¡alto!... Y a más, este pecho tan arriba, pues... Así que, si había alguien, me daba a mí un apuro y lo que tenía era que echarme algo por cima de la blusa o del vestido aunque no hiciera fresco. Y hablaba sin enterarme de lo que me estaban diciendo ni de lo que yo decía, ya nada más que pendiente de la cama y la cama, que me tenía que sentar donde fuera y sujetarme las rodillas porque me temblaban por su cuenta.

El trabajo de ese hombre por abajo, en el talle y aquí por la pechera, yo no sé qué arte se daba que era como si el desahogo no fuera un momento sino un cuarto' hora o media hora, con un sufrimiento entreverao maravilloso. Pero del bonito. Porque ése era también como la Paqui o el Yori o el de Infantería'Marina, de los que les gusta alargar, de los que te ponen que, al finá, si a alguien se le ocurre encender un fósforo por allí cerca, sale volando hasta la mesilla de noche.

Muerta me dejaba pero, oye, con unas ganas de seguir como si nada. Sin parar.

Y lo mismo era con mi Julio en lo de entendernos, lo mismo; eso es también lo más bonito que hay y a ver quién pide más: sentir las mismas cosas en el mundo, desde lo que nos gustaban los bichos a los dos (allí teníamos palomos, teníamos conejos, gallinas, cuines, el gato, el perro, yo qué sé) hasta lo que pensábamos y lo que hablábamos, sin callarnos ninguno de los dos ni una letrita de lo que se nos viniera a la cabeza en aquel momento, y dándole vueltas a lo raro que es to, si bien se mira. Ahí cogí yo la costumbre de no callarme ni esto de lo que siento cuando estoy hablando, que unas veces es para bien y otras para mal, pero yo la tengo ya esa costumbre y no hay quien me la quite.

Se nos iban las horas muertas allí sentados y queriéndonos sin decirlo, y sin cansarnos ni molestarnos ni chispa, más a gusto que un maricón con lombrices. Como que a Julio hasta le gustaba que le contara las cosas y alguno de los cuentos de mi abuela Pepa, y yo pues se los contaba, y algunos quería él hasta que se los contara otra vez. A ver si eso no es entenderse.

Y como él me tenía dado ese consentimiento, me decía Julio algunas noches, comiendo los dos solos allí fuera al fresquito, me decía:

—¿Qué, y el Lucas, cumple?

—Sobrao, mi alma.

Y él:

—¿Pero disfrutá-disfrutá?

Y a eso le contestaba con un beso fuerte; claro, el cuerpo y el corazón agradecen lo que les dan sin miedo y sin un interés.

El arte fino de mi Julio, aquel arte suyo... era que yo... en algunas de esas charlas... a mí sí me daba miedo de que él se fuera a meter en muchos detalles. Y nunca se metía. Nunca nunca. Un miedo tonto el mío, según era él. Pero que me daba a mí un reparo de que me fuera a preguntar, no lo que el Lucas hiciera o dejara de hacer conmigo, eso no, sino lo que a mí misma me se ocurría en la cama con ese hombre, que, como él me embalaba, pues me se antojaban unas cosas y hacíamos unas cosas de lo más fuera de lo corriente, que acabábamos sin vista.

Para mí que Julio se figuraba algunos detalles, ya lo creo que sí. Pero siempre tuvo la atención de no meterse en eso ni preguntarme. Siempre.

Y bueno, él me lo dejó todo. No tenía familia, ni un sobrino, nadie, así que me dejó lo que tenía, que ya me lo había dicho: los dos campitos con las dos casas, la del campo y la otra de aquí. Se murió en dos semanas y tal como era él: sin marear a nadie.

El Lucas, que se quedaba sin trabajo y era padre de familia, se fue con la familia por la parte del Canalillo y los americanos, que le salió trabajo. Y lo que yo tenía con lo que Julio me dejó, eso es lo que me ha salvado, porque yo nunca he querido hacerme cargo de una casa de trato, eso no era lo mío, ¿yo?, ¡yo no!

Ni de vedete, que me iban a llevar ya hasta con un contrato y vi yo lo que era aquello: ¡anda ya, sin saber cantar ni na, meneando el culo, haciendo morisquetas y a trompicones de un pueblo pa otro, anda ya!...

Y de dueña de casa, menos. Y mira que también me salió, dos veces, y que eso sí que era hacerse rica: ¿cuántas hay que no se han hecho ricas? Todas se han hecho ricas, todas-todas, y la que no, es porque le dio por el trinquí y se lo bebió todo, o porque la engañaron como a un chino: Doña Lola la del Serrallo, que yo sé que la engañaron. Las demás, ricas.

Pero no era lo mío ni lo quiera Dios. Hay que andar tirándoles de la levita a unos y a otros, y otras cosas más difíciles, yo no sé qué ni me importaban. Pero no me gustaban. Una vez hasta de política, que decían que estaba escondido en la Casa La Plata un muchacho político y además era verdá, y otro jaleo que hubo por las alturas de la política con la dueña por medio, una cosa algo delicá a cuenta de unos señores que vinieron y una que armaron: eso llegó hasta Madrí... Quitando a quince o veinte mártires antiguos y gente

antigua de la política, y dos o tres de ahora con una verdad y el corazón caliente, a mí me suena la política a un forcejeo y al egoísmo, que cada uno va a lo suyo, mujer, ¡a lo suyo!: que el mundo es malo cuando lo que más le gusta a la gente es mandar, y eso es lo que le gusta a medio mundo, ya está. Por no decirte entero. Los chalaos esos criminales de los tiros a traición y las bombitas, se llevan por delante a los inocentes que caigan y encima se crearán los mejores y los más valientes del mundo, pero sin dar la cara; y eso, los que no estarán cobrando. Y los de arriba... los de arriba se entienden entre ellos y los pobres no se enteran de na, no se enteran na más que de lo que les quieren decir, a ver si es mentira.

Una cosa que le escuché las otras noches a Luis el de abajo, y que me sonó a mí bien, es que antes estaba la mierda tapá y ahora, con la democracia, destapá, eso dijo. Que es mejor que esté destapá mientras no rebose, pero que sigue habiendo la misma mierda y que el que sea sigue matándose por quitarle al que sea una peseta y un sitio, y eso es lo legá y es lo bueno...

Me sonó a verdá, hay mucho egoísmo. Pero muchísimo. Como con los hijos, ya me dirás tú eso de los hijos, que se hacen sin darse cuenta de lo que se hace, y luego, o como si fueran una propiedá o un seguro, o a no echarles ni caso y dejarlos a todo lo que ellos quieran y les dé su gana: así va el mundo, joé. Al hombre yo comprendo que le importa menos, al hombre le da casi igual, pero una mujer tiene que tener un hijo, eso claro. ¿Y luego qué? Ya criado y bonito, la guerra o la primera o el primero que llegan cuando menos lo piensas, las cosas de la vida o la familia misma, lo que sea, tiran el bocao y, lo más fijo, otro desgraciao en el mundo. Como si no hubiera ya pocos...

Eso fue, porque yo así lo siento, lo que me alivió a mí de perder a la hembrita que tuve en el campo y que a los cinco meses vino muerta. Quién sabe si por su bien, quién sabe. Porque yo no me veo a mí madre de familia, yo misma no me veo madre de familia: lo mío es las cuestiones sesuás.

Yo creo que la niña era de mi Julio y por eso me cuajó endeblita, de un padre ya bastante mayor. Lo más natural es que, con aquellos tantarantanes y correderas con el Lucas, esa niña fuera del Lucas. Pero no sé por qué se me hace a mí que era de Julio; si tuviera que meter mi mano en candela, la metía que era de él. Y eso que él se corría de mes en mes y casi no me enteraba. Yo casi no me enteraba. No como con el otro charrán.

En el campo acabé aburriéndome y me equivoqué; vendí una de las dos casas y volví a lo mío, pero por el aburrimiento y en otro plan.

Menos mal que no vendí más y que así voy tirando, porque aquello me salió malo-perro: un bar en un cuartito a la calle cerca del "Pay-Pay", con quince o veinte botellas de güisqui y de licores, su vino de marca, tres luces raras, oscurito, su poquito de música en un picú y cuatro niñas monas para el descorche y el alterne: una cosita al estilo moderno.

Pero aquello no salió y acabé mal hasta con las muchachas, que se picaban conmigo.

A lo mejor yo no entendía el negocio y... pero espérate, que se me está viniendo a las mientes una cosa... qué gracia... ay, yo es que estoy loca, hay qué ver de lo que me estoy acordando... Una cosa que pasó por allí cerca y que no tiene nada que ver, pero que me estoy acordando de pronto. Y a ver si no es también de llamar la atención. Fíjate si lo será que yo no la vi y, sin verla, no se me ha olvidado, porque de aquello se estuvo hablando cuatro o cinco días. O más.

Me lo contaron dos que lo vieron, y una de las que me lo contó fue Conchi la Cojita; lo que ésa te cuente, es de creérselo: como que no me se ha olvidado. Claro, a pesar de que fue un caso muy mentao, si es uno solo o una sola la que te viene con una cosa así, tú dices *"Ésta es que se emborrachó anoche, o que tuvo durmiendo un sueño raro, y se le ha quedao"*. Pero si ya son dos y cada una te viene por su cuenta con lo mismo y la Conchi es una de ellas, que la Conchi era muy formá y no le dio nunca por tonterías ni pamplinas, ya eso es otra cosa.

Además, que lo vio mucha gente, como que fue en "Los Marinos", a cuatro puertas de lo mío, ahí en la primera esquina de la calle Mesón con la Bajada de Escribanos y a las doce o la una de la noche...

... cuando está eso en todo lo suyo, con los embarcaos y las mujeres parando en el bar a ver quién cae, y con el "Pay-Pay" allí al lado, figúrate.

Pues ahí en la barra de "Los Marinos" estaba uno muy chiquitito. Pero bueno: un enano ya. Así de chico y con una mujerona más que hermosa, de fuera ella. Y él, además, feo, que lo conocí yo y también era de fuera, pero tenía que ser de un pueblo de por aquí cerca porque aparecía de cuando en cuando: ya hace unos pocos de años que no lo veo.

Y esos dos se estaban tomando allí en "Los Marineros" su media botella de *Carta Blanca*, que él se la había ligado a ella, y él, fíjate, sentado en uno de los taburetes altos de la barra, le llegaba por el cuello a ella que estaba de pie; allí charlando y tomándose sus copitas los dos.

En esto aparece un primer maquinista de un barco grande, que iba siempre muy bien vestido y también lo conocí yo, y se queda mirando fijo para ella. Y ése se tomaba dos y se ponía el más chulo y el más sieso del mundo, yo lo sé, con unas espaldas como Tarzán, guapo y alto. Pero muy liso.

Y empieza a mirarla y empieza a mirarla, que ya te dije que la que estaba con el enano era un bombón de mujer, una morena de no te menees. Y de pronto el tío se va para ellos y se pone a hablar con ella así por las buenas, y ella toda cortada. Y el chiquitito allí tranquilo. El otro pegado a él volviéndole las espaldas, tapándolo con aquellas espaldas, y todo el mundo mirando. Y el chiquitito, tranquilo.

Y de pronto dice el grande:

—Anda, que ahora convido yo a una copa de coñá, ¡camarero!

Y llega Paco el camarero, y dice el chiquitito:

—Yo no, yo no tengo ganas de coñá.

Y el otro:

—¿Cómo que no? Usté va a tomarse una copa de coñá porque tengo yo ese capricho de convidar.

—No, si es que no quiero coñá.

—¡Venga, hombre, que no ni que no!... Camarero: tres copas de coñá.

Y el chiquitito:

—A mí no. Otra copita *de Carta Blanca*, sí.

—¡Yo a lo que convido es a coñá y ya mismo se lo está usté tomando!, ¿a que sí? ¿A que sí, guapa?, ya con ella medio en el bote, porque ella qué iba a hacer.

Bueno, pues llega Paco con la botella y con las tres copas barrigonas, y empieza a servir los tres coñá que le temblaba el chorro del coñá, todo el mundo ya disimulando pero pendiente del chiquitito, no fuera a ponerse farruco porque es que aquello no se podía aguantar y lo que tenía que haber hecho ya el enano era pagar la consumición de antes y echarse abajo del taburete y coger la puerta, porque, si no, iba a forzarlo el chulo a tomarse el coñá, ya se estaba viendo que eso lo iba a hacer aunque fuera abriéndole la boca con una mano y echándole el coñá p'adentro con la otra, porque como se había emperrao tanto, ya no podía bajarse del burro.

Pero el chiquitito ni se iba ni nada, él allí tranquilo. Y dice:

—Bueno, hombre, pues me tomare el coñá ya que está puesto.

Y el grande:

—Así me gusta, así. Y luego un purito. Pero habano. De los buenos. Porque yo no gasto más que cosas buenas. Más grande que tú es el puro.

Y en esto el chiquitito coge el coñá y mira lo que hizo: coge su copa, la mira bien al traslú, levanta un poco la cabeza cogiendo aire por la narí, hace así revoleando el otro brazo y se tapa bien con el dedo uno de los agujeros de la narí. Se pega la copa de coñá al otro agujero y se la echa de un suerbo por el boquete de la narí (*¿esto qué es?!*), sin parar y levantando la cabeza despacito para que entrara bien el coñá, que entró seguido y él respirándolo con la narí con un ruido como cuando se suerbe uno los mocos y sin saltársele una lágrima, que, por lo menos, eso. Pero ni eso, ni con los ojos coloraos ni na y sin quitarle al chulo la vista de la suya.

Termina, que no quedó una gota, y le dice el chiquitito al tío:

—Bueno, muchas gracias, con un pronto y una cara muy fría, sin retirarle la vista al otro y como si tal cosa, él tan tranquilo.

Allí se quedó callado todo el mundo que no se escuchaba ni una mosca. Tú sabes que aquello es chico, "Los Marineros", así que, aunque había bastante gente, todo el mundo estaba al tanto; tardó un buen tiempo en que volviera a moverse alguien ni a oírse una palabra, porque estaba la gente haciéndose la tonta pero acojoná y asombré y a ver lo que iba a pasar: el Tarzán con la cara desencajó y disimulando, porque ya me dirás tú: si una persona, y además más chico que un trompo, se toma una copa'coñá por la narí sin siquiera saltársele las lágrimas, a ver qué es la que puede liar luego contigo o con el que sea, si ha hecho eso.

Total: que al señor maquinista se le paró la máquina. Se estuvo allí otros dos o tres minutos, a lo justo para no quedar tan mal y siempre con el chiquitito sin quitarle la vista de los ojos, puso el puro en el mostrador, que el chiquitito se lo pidió (*«¿y el puro?»*), le dijo), y el otro le dejó el puro, pagó y se fue.

Cualquiera sabe: a lo mejor el chiquitito no tenía más que esa gracia en la narí, y ya, si le da al otro por machacarlo, lo pega con dos dedos a la barra como a una chinche. Pero es que el otro estaba ya impresionao. El otro y cualquiera... si a aquello le dieron muchas vueltas: ¿el aleó por la narí, así del tirón y sin un detalle de descomponerse, ni una tos ni una lágrima? Vamos: yo jalo nada más que dos gotas por la narí, y de lo que me entra... A lo mejor

es que el chiquitito estaba operao y tenía por dentro de la narí un canuto de plomo o cualquiera sabe.

Ea, ¿y por dónde iba yo, hija? ¿No te digo que es que estoy...? ...Bueno... ¡ah, sí, sí, lo del negocio que puse!... Me se van las, cosas porque me acuerdo de muchas, y como quieres que te cuente todo lo que me acuerde...

Pues yo en aquello perdía dinero. Pero cantidá. A lo mejor no lo manejé bien aquel negocio porque de eso hay que saber para hacerlo bien-bien, como pasa con todo, y que ya eran otros tiempos y no los míos.

Aquello no dejaba un duro y no traía más que gastos, vengan gastos y vengan recibitos, ya yo con unos cuantos años en lo alto, pero fijarse ustedes: a un montón de los que entraban allí a ligue, se les empestillaba de venirse al finá conmigo y no con las jóvenes, que llamaba yo la atención y eso fue lo que les sentó mal a dos de las muchachas: yo qué iba a hacerle, si eso pasaba sin yo mover una mano. Al revés, yo misma les decía:

—Pero, hombre, ¿se da usted cuenta de lo que deja y de lo que coge?

¡Oye y que no: conmigo!... Me daba una satisfacción grande y no ya como mujer sino como persona que está en algo, que vale para algo porque sí, porque estaba escrito, como "Manolete" o Charló en lo suyo: La Legionaria era La Legionaria hasta morir y el carbón sin acabarse. Un sueco, o era alemán, ¡digo, que para el barco con él, que salía por la mañana!

Y me acuerdo del último, el último día que estuvo aquello abierto: un niño que se estrenaba. Simpatiquísimo. Ya estaba con una de las chiquillas, poniéndose él muy derecho en la barra, con su cigarrito en alto y su medio güisqui, y con más labia y más gracia que nadie la criatura. Pero a ver si no iba a darme yo cuenta de que, con quien tenía el tirón, era conmigo.

Total, que lo ayudé un poquito, dejó a la muchacha allí en la barra y se vino para mí.

Luego me daba hasta vergüenza, la única vez que me ha dado un apuro desnudarme, porque él ya estaba en la cama y era una pinturita, yo no he visto una cosa más linda.

De pronto eché la vista atrás; yo no era una vieja, eso no, pero ¿con aquello tan chiquillo, tan empezando a vivir?... Mira: me se formó una bola aquí en la garganta, una cosa mala. Bueno: él mismo me sacó del apuro el chavea, como si un macaco le enseñara a la maestra a leer. Y de tontorrón, eso nada: ¡más

listo!... La que habrá liado ése luego por ahí... Estuvo feliz y yo también me lo pasé fenómeno, pero yo con el amargorcillo de saber que era el último día que abría.

Ahora lo que más me gusta es mirar, y cuando se me apetece un desahogo no me falta, qué va. Pero lo que es mirar me encanta, claro que eso no es tan fácil, es cuestión de suerte...

Y me acuerdo que me dijeron, me lo dijo uno de aquí, el Lolo Adrada, un poeta, que en Barcelona, y sobre todo en París hasta antiguamente (pero en París mucho antes de que yo fuera, que eso también tiene lo suyo que contar, ese viaje mío), pues ponían unos cuartos con unas rendijitas al disimulo, hasta de pago las había, para los que les gusta de mirar: los vuallé; si yo tuviera a mano una de esas vigilancias, me apuntaba todas las noches, lo que es que eso no es tan fácil ni las hay por aquí. Algunas veces, sí, me avisa una amiga de un sitio que yo sé, me voy allí un rato grande antes y luego me veo mi funcioncita por un tabique si la pareja no apaga la lu, que alguna dejan casi siempre, es raro que no dejen por lo menos la ventana entorná, si es por la tarde, o la lu de la mesilla de noche.

Pero, cuando miro, ni me caliento ni nada: debe ser que, como siempre me ha gustado tanto esa guerra, pues me gusta verla, y más cuando es una pareja guapa y juguetona y con un empuje, y saltan del juego al quejío en un momento y como ni queriendo ellos, que eso es bonito verlo, eso siempre, y contra más tranquila, mejor. Como todo en el mundo, todo hay que mirarlo despacito, ¿no?, aunque luego se hable ligero como yo hablo.

Hasta esos sueños raros por la noche, si tú vas y te fijas despacio, entonces ya no son tan raros: si tienes un sueño alegre o triste o de susto, es porque estabas contenta o amargá o asustá, o tenías calor o te ha sentado mal algo de comer, cualquier cosa, y todo sale por ahí en el sueño sin darte tú cuenta, por eso te se ocurren por la noche esas cosas las más raras del mundo, que a mí me encantan. Y eso que yo sueño pocas veces.

Ah, bueno, y por lo de mirar despacio, una cosa que he caído yo que hay que mirarla despacio, pero mucho, es lo de los maricones y las tortis, ¿sabes?, que a mí me da lástima; bueno, de ellos no, sino de que no los entiendan bien

y no les respeten que eso es lo que a ellos les agrada; cuando no me gustan es cuando no son claros y se van de medio lao para los niños o para el inocente que sea, a lo mejor a estropear una criatura que iba a lo suyo y que ni le gusta eso, y lo embarcan y ya la criatura no sabe luego por dónde tirar.

Ahora: si el homosesuá es claro y no se aprovecha, él o ella, si no se aprovecha de la inocencia y la curiosidá (como tampoco se tiene que aprovechar el hombre corriente con una niña, ¡lo mismo, lo mismo!), entonces que los dejen tranquilos con sus amores y sus cosas, ¿no?, que los respeten y no los achuchen ni los persigan: ¿de qué y por qué? Que ellos, sin hacerle la puñeta a nadie, hagan con su vida lo que les dé la gana, ¿pues no lo hacen los demás?...

Me se monta a la memoria la Clavela, en San Telmo. Y el Culichi, lo alegre que era y lo que sufría en el fondo, igual que la Angelita, que sirvió luego en Casa de la Barquillera...

Un día de fiesta, era por Corpus, la Angelita perdió la cabeza porque quería irse vestida de gitana canastera a un baile por allí cerca, en la Plaza del Mentidero, y todas nosotras muertas de risa:

—¿Pero qué dices, való?... Te van a matar, Angelita.

Y él que sí, que sí, que yo voy.

Muy delgao y muy alto la Angelita, altísimo. Loco siempre porque le pusieran un rabo en el tranvía o en cualquier bulla; oye, y no se lo ponían ni por equivocación. Con las ganas que tenía de ese rabo y qué va: eso para la Angelita era más difícil que vender un peo.

Y nos decía:

—¡Con todos los que hay!... ¡Con todos los arrimateguis que hay y nunca me toca ninguno: todos para ustedes, todos para ustedes!

Ea, pues como se le había puesto en la cresta de irse, se va de gitana canastera al baile, con su batilla de lunares, su flor en el pelo, sus zapatos de tacón y su pañolillo; hasta la canasta de gitana canastera llevaba. Y al principio, bien, todo el mundo muerto de risa y la Angelita sin meterse con nadie, haciendo y diciendo sus cosas.

Pero cuando se volvió para la Casa, ¿sabes lo que pasó? Pues lo estaban esperando tres, allí en la esquina de Vea Murguía. Tres. Le dieron una paliza que llegó destrozaíta y llorando, y le hicieron hasta la mosqueta, "*¡toma, por maricón!*" A ver si no hay que ser cabrones y cobardes: entre tres...

Es lo que mi Julio decía:

—Los que se creen que están en la verdá de todo, de lo que sea, y que los

demás ni la huelen, éstos son los peores estén donde estén, con éstos es con los que hay que tener toda la vista del mundo. Y están por ahí a barullo, no son quince ni veinte.

Pues en lo del amor y esas cosas también están por medio y siguen estando por medio los que lo saben todo y quieren un mando, que te lo digo yo, y traer a todo el mundo al retortero; los que dijeron: "*esto tiene que ser así y asao, y lo que no vaya por ahí, se castiga y a otra cosa*". Y dicen ellos que lo castiga Dios: mentira: lo castigan ellos, ¿qué saben ellos lo que tiene dentro de su cabeza Dios o el que sea?...

¿Bueno, y los que hablan que no les importa eso?: "*uy, a mí no, qué va, a mí no me importa*"... Y les falta tiempo para poner en evidencia y sacar malamente en los papeles y en los libros a la que sea o al que sea, pase lo que pase y tanto si es verdá como si es mentira lo que ponen. Y así es como suben.

Mira, vamos a tomarnos abajo un cafelito en el bar de Luis, que ya está bien. Me parece que no se van ustedes de vacío, ¿no?

¿Qué?... ¿Los derechos de la mujer, cómo, cómo?... Ah, o sea: que si hay que tratarnos lo mismo que a los hombres. De eso, todo. Yo creo que hasta hablarlo es un atraso: como si a las mujeres hubiera que defendernos de algo, a quién se le ocurre... ¡Pero qué cosas se escuchan de pronto, joé!

Ah, que me da usted eso que me dijo. Bueno, pues gracias... no está mal. Se lo cojo porque, con lo malo que está todo, ya una no sabe; si no, no se lo cogía. Dicen que la vida son tres días; para mí que llevo ya dos y que me queda uno enterito.

Adiós y suerte.

Lo dicho: ¡muchas gracias!... ¡Y a ver si se vienen ustedes otra tarde y yo estoy, que lo mismo me acuerdo de otras pocas de cosas!

Si yo les contara,

PRIMERA Y SEGUNDA CARTAS,

EN AGOSTO, DE DON RODRIGO PALMA

A DON JACOBO DEL BARCO

Cádiz, 11 de agosto de 1978

Iltn.º Sr. D. Jacobo del Barco y Yáñez-Blumentahl

López Robledales, 6

MADRID

Mi querido y no olvidado maestro:

Recordando nuestros «buenos tiempos» de la Facultad (que mucho me alegra sigan siendo buenos para Vd.), y en nombre de su gran interés por estas cosas, tengo el gusto de adjuntarle el curioso trabajo que acaba de realizar en ésta una estudiante de Tercero de Sociología, ISABEL LOPEZ LUNA.

La chica es de aquí y veranea aquí con su familia, pero estudia en ésa y es muy probable que, en el próximo curso, ella tenga la suerte de que la cuente Vd. entre los alumnos de su clase, cosa que ya le haríamos saber a Vd. En cuanto al personaje de su trabajo «La Legionaria», fue en esta ciudad una mujer muy conocida y todavía lo es.

Si tuve algún pequeño reparo, digamos «moral», en enviarle este testimonio, en seguida pensé (sobre todo, conociéndolo a Vd.) en lo interesante que puede resultarle desde el punto de vista puramente científico. Además ya se sabe, y Vd. mejor que nadie, que el tema de la mujer pública no es ninguna novedad en la bibliografía española ni en la extranjera, desde Villon, la «Fanny Hill» o «La Lozana Andaluza» hasta esa dichosa Hollander que tanto se vende ahora, pasando por «Nana», «La romana» o nuestra burguesa «Lola, espejo oscuro», cada una con su guerra por su cuenta y con su alma en su almario, como esta «Legionaria» que le envío. Por suerte, ya estamos en otros tiempos, en los que nadie se escandaliza con la verdad.

Quiero detallarle que el texto ha sido pasado, de las cintas magnetofónicas al papel en que se lo mando, por la misma chica que hizo las grabaciones. Como verá, no se ha preocupado gran cosa por la transcripción fonética; ha escrito «en andaluz» lo que le sonaba mucho, y en castellano lo que le ha parecido y cuando le ha parecido, todo así por las buenas... Como director que he sido, en cierto modo, del trabajo escrito, soy consciente de los

inconvenientes de ese método, pero ella (que acudió a mí en busca de orientación) insistió en que redactarlo así le daba claridad al texto y, como tal vez tenga razón en eso y es, al fin y al cabo, la autora del trabajo, pues así va, ya que, además, lo que a nosotros nos interesa realmente son las conclusiones sociológicas y no el lenguaje. En cuanto a fidelidad de transcripción, la muchacha hasta «se ha pasado», llevando al escrito incluso todo lo que anotó en las etiquetas de las cintas, dos de las cuales ya había utilizado en parte para unas grabaciones musicales. He colaborado bastante en el problema de la puntuación que, de oídas, se presentaba difícil y hemos resuelto como mejor nos pareció que podía quedar, así como ayudé a distribuir el material por párrafos, ya que no se imagina Vd. la salada pero endemoniada rapidez con que habla la tal «Legionaria». Esto ha hecho que se perdieran algunas frases de las cintas, y por problemas de sonido también. Pero muy pocas (el magnetófono no era una maravilla que digamos). La joven ha empezado ya a escribir sus conclusiones, que le enviaré a Vd. en cuanto estén.

Y ahora voy a permitirme molestarle pidiéndole que, si puede interesarse Vd. por mi solicitud para el encargo de Cátedra de su Facultad, que está allí presentada desde Mayo, haga cuanto esté en su mano para que me la concedan con vistas a este próximo curso, pues la situación aquí no es buena que digamos, ni estoy haciendo profesionalmente lo que debería hacer. Le aseguro que, de lograr ese puesto de trabajo, he de responderle en TODOS los terrenos, obligado también al hecho de que Vd. siempre me honró con su deferencia y su amistad, y es quien me recomienda.

Mi más cordial enhorabuena por su último libro, que me he «bebido» de una sentada y que me ha enseñado muchas cosas (cómo no, tratándose de algo suyo. Ex abundantia cordis...).

Con un saludo para su esposa, reciba un cordial abrazo de su ex alumno, que no le ve desde hace tanto tiempo (menos por la TV) pero que le es fiel, tanto en la situación anterior como en la actual,

RODRIGO PALMA

PD: Me costó bastante dar con su dirección particular pero prefiero remitirle todo a ella, ya que sé que en agosto se despuebla Madrid y pienso que, caso de que Vd. no esté, desde su casa se lo harían llegar. ¡Perdón por esta carta tan larga!

Cádiz, 27 de agosto de 1978
Il^{tm.}º Sr. D. Jacobo del Barco y Yáñez-Blumentahl
López Robledales, 6
MADRID

Querido D. Jacobo:

Sorprendido y abrumado por su respuesta del 24, que acabo de recibir, lo que más siento ahora es haberle enviado (¡esta misma mañana!) las transcripciones de dos nuevas cintas, mucho más largas, que la estudiante en cuestión, sin encomendarse a Dios ni al Diablo como todos los jóvenes, le ha grabado luego en un gran magnetófono a D.^a Hortensia Romero Vallejo. Vengo de Correos y ya no se podía hacer nada para evitar este otro envío que le llegará a Vd., como el anterior, por carta certificada.

Siento en el alma haber herido su sensibilidad y tomo en cuenta su consejo de que todo tiene un límite y de que hay cosas que «es mejor no meneallas», sobre todo cuando, como me dice Vd., aparecen nombres y apellidos. Creo que lo mejor es que tenga la bondad de devolverme a ésta su casa los dos nuevos textos en cuanto los reciba, o bien los destruya, y no sabe cuánto me contraría causarle esta incomodidad. En líneas generales, también estoy de acuerdo con Vd. en que, incluso a nivel científico, «no hay que confundir libertad con libertinaje», y en que hay muchos caminos para hacer trabajos interesantes sin molestar a nadie ni «recrearse en lacras sociales» como Vd. me dice, consejo que pasaré, en cuanto la vea, a la autora de las grabaciones.

No puedo ni debo olvidar que, en la etapa política precedente y antes de obtener Vd. los cargos que hoy ocupa, era considerado como uno de los catedráticos liberales de la Facultad, de manera que si estos trabajos merecen su repulsa y sus escrúpulos, no será por capricho. Pero, ¡cuánto me interesaría echar con Vd. una buena parrafada, como en aquellos tiempos, para matizar un poco tal o cual detalle de sus observaciones!

Le ruego acepte mis excusas y comprenda que aunque el ejercicio en cuestión «tampoco es para tanto» según me dice, yo no podía ni debía negarle a la muchacha la orientación que me pidió para un trabajo en principio interesante. Mi más cordial saludo a la espera de la devolución de los textos de las cintas 4 y 5. Suyo afmº,

RODRIGO PALMA

PD: Me permito insistirle en la necesidad de su buena mediación para lo del asunto de mi encargo de Cátedra en ésta, que supongo está a punto de concederse y en el que su gestión sería decisiva. GRACIAS.

NOTA BENE:

A su pregunta o duda, «bienmesabe», como asimismo «magallana» y «perlana» son sinónimos que se aplican aquí al sexo masculino, entre el pueblo bajo por supuesto. Perdón.

El primero de ellos también designa un plato típico regional de pescado frito (cazón en adobo, concretamente).

SEGUNDO DÍA DE GRABACIÓN

CUARTA CINTA B 15/Legionaria (4)

....., ¡uy pero buenas tardes, otra vez por aquí!

...¿Y tu amigo no viene hoy?... ¡Ya lo sé, me lo dijo Luis el de abajo que habían vuelto ustedes, me dice "*han venido a buscarte la rubita y el de las melenas, los de los otros días*", qué lástima que yo no estaba, hija, si lo llego a saber no salgo! Bueno, ya veo el aparato y que ya está con su bobina y hasta puesto: venga: a sacarle bien el zumo a la Horte... ¡Pero qué calor hoy, hija, qué cosa; menos mal que has venido ahora que acababa de dormir la siesta, y mira cómo me he levantado: empapaíta!: ¿qué hora es, a ver?... Las cinco... ¿menos diez o menos cuarto?

... oye, este aparato no es el de la otra vez, ¿no?, esto es más grande. Pero mucho más. El aparato, la bobina y todo... Ah, que te lo han prestado... ¿Y has cargado tú sola con esto tan grande y con la calor que hace?: vendrás muerta... Claro, aquí tiene que salir todo mejor y más clarito. Y. que entrará mucha más charla. Pero mucha.

Dime una cosa: ¿se molestó alguien con lo de los otros días?... Ya: que

todavía no lo ha escuchado nadie, que es para hacer un libro: entonces se molestarán luego, ya verás. La gente es así, sobre todo la gente antigua y la gente gorda, ¡digo! Ellos, que han hecho y que hacen lo que les sale de allí abajo, pero a la tapá, y luego la escandalera y a echarle el mundo encima al que cuente algo o diga algo. Si lo sabré yo... Como los que se llevan los dinerales tan a gusto y va preso el que roba una gallina, mira qué cosa más simpática...

¿Entonces qué, sigo?... Siéntate, siéntate... Porque yo siempre me acuerdo de lo que dije. Y de lo que no dije, también; lo que pasa es que, así seguido todo, me hago un lío de cuando en cuando y me salto de una cosa a otra y pierdo el hilo. Cuando se fueron ustedes las otras tardes, me se vinieron a la cabeza un puñado de cosas; digo "*ay qué lástima, a ver si vienen y me acuerdo otra vez*". Y mira por dónde. Oye, lo que te dije; que si tú quieres poner en el libro mi nombre, lo pones, a mí me da lo mismo...

Verás, vamos a hacerlo como los otros días, yo hablo-hablo lo que me vaya saliendo y tú me preguntas lo que tú quieras. Como los otros días. A lo mejor hasta te empiezo algo que ya salió, pero ya verás cómo me doy cuenta yo sola y, si no, tú me lo dices: "*¡oye, Legionaria, que eso ya me lo contaste!*", ¿vale?

¿Lo de los vicios?... ¡Pero siéntate, chiquilla!... qué calor... ¿Que de las cosas mejores fue lo de los vicios?... Sí, sí, lo de la Kiti y el marino del calamar y todo eso... Ah, pues luego me acordé de más. Bueno que si me acordé... Si es que lo de la cama tiene más hojas que el Libro del Santo Juan, eso no se acaba nunca. ¿A que los otros días no te hablé de uno que hacía la cosa por derecho, en su sitio, pero que luego le entraba la picá de vaciarse en una oreja de la mujer, qué pasa, te lo crees o no te lo crees?

Conmigo no le salió y me alegré: lo mismo se pudre o se echa eso a perder dentro de la oreja, y coge una cualquier cosa mala. Se lo dije:

—Conmigo, nanay, lo que sea pero eso no, que no me hace gracia.

Ahora: siempre había en la Casa quien le diera el gusto. Si no era una era otra, él siempre se salía con la suya. Claro, cuando le salía, que yo sabía por las demás que no le salía siempre, calcúlate si no es difícil: la puntería y ese viaje tan largo marineando p'arriba por el cuerpo mientras te se está escapando la morterá.

Con una y aunque yo hubiera tragado con ese depolte, no tenía nada que hacer; con este cuerpo tan grande que tengo, si a él en esa bulla no le hubiera dado tiempo de llegarme ni al ombligo porque era bajito, una pirripia, ¿cómo me iba a llegar hasta la oreja?, ¡ni agachando yo la cabeza ni na...! Además, que se aturrullaba mucho. Yo me acuerdo de que esa vez que estuvo conmigo, que fue de las primeras veces que él entró en la Casa y luego vino bastante, no me llegaba en la cama ni a la caja del pecho, yo sentía algo casi sin verlo y que me tenía abrazada por los muslos; yo como si tuviera por allí abajo un perro o un gato.

Y con lo de la oreja se ponía pesado pero, quitando esa maña, era bueno y algo más, y por eso, con las mujeres, se salió con la suya muchas veces. Muchas. Creo que era maestro de obras. Una buena persona y que daba confianza, daba él una confianza, así que como yo sabía que podía decírselo y que no se iba a cabrear conmigo ni nada, lo cogí un día fuera aparte y le dije una cosa que no fuera a molestarle él, se la dije artístico:

—Ya sé por la Piru que anoche te salió bien con ella eso, que le pusiste una oreja como un bombón relleno y te quedaste la mar de contento, ¿pero eso cuántas veces pasa, gachó? A mí ni me va ni me viene, te lo digo por ti, que, perder tu dinero y perder tu fuerza teniéndola a lo justo, es igual que comprarte un número a los ciegos sin tener más que un duro, con lo difícil que es que toque.

¿Y sabes lo que me dijo?... Me dice:

—Sí, ¿pero y cuando toca?

Fíjate la contestación, que me hizo gracia pero me dio pena porque lo había dicho de verdá y sintiéndolo él con una ilusión.

Conmigo, eso: que, por el aquel de los tamaños, él era el punto y yo la i. Pero la Piru y otras dos sin este cuerpo mío grande me hablaron de que, fuera aparte el vicio ese de la oreja, que eso echaba a perder lo otro, aquel menudito era una cosa en la cama... pero una cosa que impresionaba a la que fuera, no ya por lo que hacía o dejara de hacer, sino por la manera de estar con una mujer. Yo ni me enteré, porque ya te he dicho que casi ni lo veía cuando estuvo conmigo, pero yo sé lo que es eso. Yo sé lo que le llega a una cuando tú ves a un hombre con los ojos cerrados y casi, sin moverse, embobao, tocando y temblando como si estuviera palpando algo del otro mundo, ¡ay, que no sé explicarme!: que está él como un bicho y allí quieto, ciego de gusto pero como con un respeto y una cosa que ya ni caben en la cama. Entonces sientes tú esa misma cosa, ESO, te haces cargo tú del gusto

que estás dando y de lo que está sintiendo contigo un hombre, y cómo está él mirando por ti aunque no sepa ni como te llamas, aunque no te haya visto antes y ya no vaya a verte más, ay Dios mío ¿tú sabes lo que es *eso*, a que no?...

Espérate que tengo aquí un licor que me regaló Luis el de abajo, el del bar, y que está buenísimo. Pero bueno-bueno. Ahí atrás tuya tienes unas copitas, esas chicas, ¡ahí atrás, chiquilla...!: aaahí.

Pues aquel mijita era de éstos, y luego saltaba con lo de la oreja y ya era un cachondeo, ya era como si alguien te está hablando de algo especia, algo fuerte o algo bonito, y de pronto va y te sale con una cuchufleta que ni pega ni llega.

Pero mira que le he dado yo vueltas, y las que le di con Julio, a lo raro que es todo lo del cuerpo, y lo del folleto y eso. Lo malvisto y lo castigado que está por la gente, cuando todo el mundo está en eso y lo sigue. Y ahora menos malvisto, porque mira que antes... ¡qué de tapujos y qué de mentiras, uh!... No, hoy es otra cosa. Ya eso sale hasta en los libros y a montones, que están a montones por los quioscos y los escaparates. Esos libros de la siensia'l plasé. Pero yo no, yo libros no, yo estoy en que es una cosa que viene sola, ya te lo dije: que se tiene o no se tiene. La Marilyn la tenía que no veas, y cosa más linda de mujer, ¿no?, seguro que ella no sabía de siensia'l plasé ni de los libros ni de nada de eso.

Como me pasó a mí con un embarcao joven, de Holanda creo que era o de Suecia, que se traía unos cálculos con la siensia'l plasé hasta para quitarse los calcetines. Me aburrió el joío tonto que yo ya no podía más: ponte así, ahora asá, tócame pero así, ahora esto, ahora un beso aquí en el sobaco: como el que hace la instrucción en el cuartel, y todo aprendido y además por señas, porque él el español no lo hablaba. Y para todo ese trajín mirando antes en una libretita, que le vi a la libretita los dibujos con las posturas de la pareja: las cosas de esa gente... ¿eso es saber?

Lo que es saber, pero saber, mi Julio me leyó un día despacio un recorte largo que él tenía guardado y que yo no lo entendía. Pero, entre lo que cogí y lo que él me iba explicando, me gustó muchísimo: el que había escrito aquello sí que sabía, y no los que se toman ese coña de los anuncios ni los que hacen los libros para enseñarte a pasar gusto, eso cómo va a ser...

Pero por ahí sí que no, lo del recorte sí que no te lo voy a poder explicar, y mira que me gustaría porque además lo siento adentro: que lo entiendo yo para mí misma. Pero explicarlo, eso es muy difícil... ese recorte venía a decir

que hay una equivocación grande con lo del cuerpo y el alma y todo el jaleo ese, como que el cuerpo y el alma no son dos cosas fuera aparte sino una, o sea, que es lo mismo... ¡bueno, lo que sea, ya te dije que por ahí no, coño, que eso no es lo mío y que no me sale!... Él, sí. Julio estaba una hora hablándote de esas cosas, o de lo que fuera, y no te cansaba; lo que se le pasa a cualquiera por la cabeza, él tenía esa habilidá de ponerlo en las palabras al momento y yo no. Y que sabía más que los ratones coloraos: de eso y de lo que fuera.

Ay pero espérate, espérate... que no me se vaya a pasar otro caso que me acordé en cuantito ustedes se fueron.

... Aquello fue de miedo, pero de miedo, y fue con una de Málaga, una paisana mía... Bueno, que yo soy de Málaga pero es como si fuera de aquí, a ver: llegar hecha una chiquilla y treinticuatro años aquí en Cadi, a ver si no voy a ser de aquí.

Pues a aquella mujer le entró una cosa, le dio por uno de una forma que lo hizo todo al revés, lo hartó en tres semanas cuando él era al principio el que estaba de cabeza por ella, que ella ni se había fijado en él. Pero cuando se fijó... Ju. Ya te digo: tres semanas o menos duraría aquello según se puso. Fue en La Barquillera.

Qué no le entraría a aquella mujer con aquel hombre (que él trabajaba en el despacho del de las gomas, ¿sabes?, de aquel de las gomas en los tobillos, pero mucho más joven) que, cuando alguien dice que uno se ha vuelto loco por otro, eso es un dicho: yo, verlo, no lo he visto más que con ella. Ahora hay una película del Japón que también creo que van por ahí los dos, por el mismo despeñero, que ella al finá le corta a él lo de abajo entero y no dejaron echarla aquí en el Festivá ése de las películas de la caracola, con la bulla que había para verla. Pues aquellos, lo mismo: cogían la cama y ya no los alevantaban ni con una grúa.

Y aquélla ya era mayorcita pero, de guapa, ni una artista del cine, no es por nada pero las malagueñas es que tenemos fama. Se llamaba Regina y nos llevábamos así-así, tenía un orgullo, ¡uh! Ahora: su mérito hay que dárselo, que conmigo, con ella y con una sevillana de Cazalla que se llamaba Loli, decía la señora:

—No decírselo a las demás, pero si aquí falta una de ustedes tres, es como si faltaran diez.

Y la Regina se enredó con aquel hombre y, bueno, ya lágrimas y peleas y darle dinero y eso, eso no es nada, eso es corriente: es que se empicaba en

acompañarlo hasta a sus necesidades, allí a su vera sentada en el suelo del retrete como un perro, con la peste y todo; con lo guapa que era y aquel orgullo que tenía, que ni una reina ni una sultana, y quedándose hasta con la peste de él, cuando los primeros días ni lo miraba. Y en la alcoba, al principio de meterse ella fuerte en aquello, pues los dos sin salir de allí ni de día ni de noche. La señora yo no sé cómo aguantó: porque llegó a un arreglo con los dos y él se dejó allí un dinero bueno.

Les ponían la comida en la puerta del cuarto, que era el del fondo del todo, el que no tenía balcón ni ventana, y una vez que ella salió a la calle fue para llevarle a él la hija que era una monería, con quince o dieciséis años, y se la llevó a que él la desvirgara y disfrutara con la hija sin él decírselo ni pedírselo, ¡si él ni sabía que existía la criatura!...

Y otro día, que ya habían empezado ellos con las peleas y los llantos, Regina le pegó a él en el hombro un cuchillazo con un cuchillo de la cocina y ahí se terminó la cosa: él con el hombro a la Casa de Socorro, y ella hizo una maleta y cogió el portante sin decir ni adonde, y yo me enteré luego (pero dos o tres años después me enteré) de que se había matado en Ceuta al poco tiempo. Qué no tendría esa mujer por dentro que hasta le dijo a otra de la Casa, que ésa era amiga suya y mía, a Chari la que estaba estudiando, le dijo que el tío le parecía un desgraciao, un tonto'l culo, pero que ella no podía remediar lo que le estaba pasando con él y que, si él le pedía los ojos, iba y se los daba.

Bueno, amor-amor, a ver, yo creo que eso no es amor-amor, ¿no te parece?, y si lo era tiró a enfermedá: las cosas del cuerpo. Que es que el cuerpo se mete de pronto en esas cegueras y a unos les coge mejor y a otros peor, y a ella le cogió así quién sabe si por su mismo orgullo. Que era de un orgullo...

Ah, pero para gente rara, los estrujaos, éstos todos.

Vicioso no era casi ninguno, pero hija, ¡era tan raro siempre cómo venían y cómo estaban y cómo se iban, siendo hombres hechos y derechos!; ay, bueno, que es que tú no sabes lo que son los estrujaos: que es que se les ve ligero en la cara que vienen como en un estrujón o en un apuro, como si estuvieran cagándose vivos, o sea, mal del vientre; o como si llevaran detrás la mujer o la novia o seis guardias buscándolos, ellos mirando de reojo para todas partes y así alobaos que a alguno daba hasta fatiga verlo, cuando no había uno que

venía ya como cagao del to, con una cara y un achantamiento que ni el de las Arrecogías de Córdoba.

Y a esa gente lo mismo le entra unos seguidos que se tiran un tiempo yendo por la Casa todos los días (y hasta más de una vez al día), que de la noche a la mañana ya no volvías a verlos ni por el forro. En eso tampoco eran como los clientes corrientes, tampoco.

La Paqui les decía los arrugaos, pero eso era un capricho de ella porque son los estrujaos, que es como los mentábamos las demás y como se han llamado de toda la vida.

Desde la puerta se les notaba ya el estrujón, alobaos perdidos y casi sin escuchársele el metal de la vo, pero no como los muchachos que estaban poco acostumbrados y les daba corte, eso es muy diferente: el estrujao-verdá es un hombre muy especia y da lo mismo que sea viejo o joven, rico que pobre o educao o bastina. Ellos venga a mirar siempre p'acá y p'allá, que le dije yo un día a la señora:

—Si uno de éstos viene a otra cosa, a estudiar un robo o lo que sea, se va sabiendo hasta dónde está la cama'l gato.

Y en la alcoba lo mismo, venga a mirar para la puerta de la alcoba unos más y otros menos, unos con más disimulillo y otros por derecho, pero esa puerta sin perderla ellos de vista, no fuera a entrar yo qué sé quién, cuando aquello era la tranquilidad más grande, que hasta los borrachos se portaban bien allí y casi nunca dieron quebraeros de cabeza ni dieron disgustos.

Y a la hora de irse un estruja o, ya sabes: el dinero en la mesilla de noche y corriendo p'afuera que se las pelaban, "*¿adonde vas con tanta bulla?*" Uno hasta miraba por el hueco de la escalera antes de bajar. Bueno, aquél es que era ya una cosa; se llamaba Damián Fernande, que es que yo me enteré del nombre por chamba. Y ése sí que era un estrujao especia, de estrujao y de vicioso. Ése sí era vicioso, pero tela, ése de vicios seis kilos y medio, sobre todo de aquí de boca un puercachón que ni te lo cuento, de ésos "boquerones" como decía El Friti:

*Paví, paví,
con la mano no,
con la boca sí.*

No veas el Damián Fernande lo que se emperraba con esa boca y por donde fuera, el culo, lo que fuera; lo que yo no sé es cómo no se le caía cualquier

noche la boca al suelo con los dientes y to, oy qué hombre.

Ahora, lo que te dije: los estrujaos da lo mismo la educación que tengan veinte años que cincuenta que ochenta, lo mismo, es que ellos nacen así, que son muy cortos para las Casas o yo qué sé, aunque hay muchos que lo llevan mejor, vaya, que no hacen ellos el ridículo ni se ponen a mirar por la escalera.

Pero conocerlos nosotras, volando, sobre todo por lo de mirar en la cama para la puerta del cuarto; eso, todos. Pero fijo.

Lo que te dije: que la gente es muy rara.

Oye, y hablando ahora de otra cosa, de eso de los celos, ¿tú te has fijado bien, te has fijado? Mira que es raro también... ¡no tiene guasa eso de los celos, qué de desgracias a cuenta de eso! Y en el fondo viene a ser como lo de aquel chiste de "*jeste bolso es mío, mío, mío!*" Mucha gente, y yo se lo he escuchado a algunos que, de tontos, nada, pues dicen que si no hay celos es que tampoco hay amor.

Será verdá pero a mí me cuesta un trabajo creérmelo, oye, yo creo que muchas veces no es más que eso: lo del "*mío, mío, mío*", aunque allí no haya amor. Y es no entender bien la vida.

Y que los celos es una cosa de los antiguos, qué va, eso es lo que quiere la gente de hoy, que sea de los antiguos. Y dicen "*ya hoy no se lleva, tío*", y que no es más que un estorbo. Porque eso es lo que en verdá quiere la juventú, que ya hoy no se lleven los celos. Pero luego muchos de ellos mismos...

Mira, yo es que hablo bastante con Juanito, el chiquillo de Luis el de abajo, el del bar, que Juanito fue el que me dijo lo del "Ultimo tango" y que va siempre de americano con una guerrera de soldao y unas chapas grandes (en una lleva a la Marilyn) y toca la guitarra en una orquestita que tienen ellos, y me quiere a mí mucho ese niño y yo a él: así de tu edá o si acaso un poco más chico, muy poco. La guitarra que tiene se la regalé yo, que se le había olvidado a un hombre en mi alcoba en la Casa de la calle San Telmo y ya no volvió a buscarla. Y la guitarra estaba siempre por aquí por medio, que ni sabía ya dónde meterla y a mí me gusta tenerlo todo arreglado y con las cosas en su sitio y limpio, ya ves cómo está esto de limpio que se puede comer en el suelo. Pero siempre. Así que, como yo no sé tocar la guitarra, ¡si no sé ni cogerla!, un día que subió el Juanito aquí, estuvo mirándola y me dice el niño:

—Pero tía, si yo creo que es una guitarra buena.

Y le dije:

—Pues para ti para siempre,

pero antes se la llevé a que se la barnizara y se la arreglara el de las guitarras de la calle Arbolí, el viejo, que también se la llevé para que me dijera si era buena-buena y yo me había equivocado y no era cosa de regalarla. Y la barnizó y le puso las cuerdas nuevas y está loco con esa guitarra Juanito.

Bueno, pues yo hablo mucho con él y él me cuenta cosas suyas y de sus amigos y de las amiguillas y eso, y me pregunta también muchas cosas. Tantas como tú no, pero muchas, que qué me parece a mí esto o lo otro, y me habla de las películas que valen porque él al cine va cada vez que puede, más de una vez sube a que yo le dé para el cine sin que se entere el padre, y de las del Festivá de la caracola no se pierde ni una, para ésas se lleva juntando tres meses y saca corriendo todas las entradas, y él me dice siempre las que hay que ver y las que no hay que ver, pero yo muchas de las que a él le gustan no las entiendo. Y más de un día y más de dos, él saca lo de los celos, él es el que lo saca. Y veo que por una parte dicen una cosa y luego nada, luego lo de siempre: mucho rollo, como dice él, que tienen ellos a cuenta de los celos, aunque los muchachos no lo lleven eso ahora como los de mi tiempo ni se pelean como antes, es raro que se peleen, sino que se aguantan las cosas y las hablan entre ellos. Pero para mí que, en eso de los celos, lo que son los celos, no se ha adelantado mucho.

Ustedes la juventú, a mí me gusta la juventú de ahora, me gusta el estilo de la juventú de ahora aunque haya como siempre, buenos y cabrones y de todo, y muchas ganas de tenerlo todo y de echarse al pico lo que sea, y mucha prisa. Mucha. Pero me gusta. Que no te vayas tú a creer que no hablo más que con el Juanito: con otros y con otras así jovencillos, también, y por eso sé que ustedes hablan ahora mucho las cosas y les dan muchas vueltas, y por eso me entiendo contigo.

Y es que ahora todo es muy diferente y muchos muchachos están también mu desconcertáitos. Lo primero porque con tantas cosas como hay, ¿verdá?... Claro, es que hay de todo, pero hace falta mucho dinero y a ver quién tiene para tanto, y les meten a ustedes las cosas por los ojos con la propaganda y la tele y lo que sea. O sea, que si ustedes tienen ya una cosa, sacan corriendo otra más bonita y mejor, y otra y otra, y no tienen ustedes el dinero. Ni si lo tienen. Con todo lo que hay, cualquiera... Ni rico ni pobre.

Y además que, como ustedes se han criado ya en esto y no les ha faltado que comer a la mayoría de ustedes, ni sus cositas ni sus gustos, pues les cuesta a ustedes mucho trabajo enterarse de que hay esto y lo otro y no poderlo tener, es naturá, por eso muchos guindan lo que pueden y hay hasta atracos y cosas. Y luego a lo mejor, a los que están de estudiantes les dicen que no van a tener trabajo cuando terminen, y que no hay trabajo, y se les quitan las ganas, con las pocas que tienen.

Ahora: eso de que no quieran ustedes celos y los tengan, eso me llama a mí la atención mucho: ¿en qué quedamos?... Y hay hasta quienes lo aguantan, "*vale, vale*", y luego se vienen abajo y es por eso, porque por ahí en lo de los celos no se ha visto un adelanto.

No digo tú; yo tú, no sé.

¿Y ahora qué, lo de vedete?, ¿pero no te lo dije que yo de eso no?... Qué pesaíta, hija... Bueno, sí, trabajar, sí. Trabajar, llegué a trabajar de vedete... Pero un mes o un mes y pico, de ahí no pasó... Antes de entrar en la Casa de la calle San Telmo. Y es que no llegué a firmar el contrato; si lo firmo, me voy lo mismo de la compañía y acabo con una multa o presa. Porque no lo aguanté y, como no lo aguanté y yo de aquello no me fiaba, al Don José que me vino con el contrato, que él fue el que me convenció, cuando me vino con el papel, le dije:

—Yo no. Yo me voy con la compañía pero firmar no firmo nada hasta que yo no vea bien lo que es esto.

Y menos mal que no firmé porque, si no, me voy lo mismo y me la busco.

Fue que a ese Don José lo llamó por teléfono a Madrí uno de la revista de varieté, uno que había estado conmigo dos veces. Eso fue lo que pasó. Y entonces Don José vino de Madrí para verme y él también se acostó conmigo dos veces y luego ya se quedó con la revista.

Y me dice:

—Como la vedete no viene más que de meritoria, ahora mismo es tuyo ese trabajo, tú no sabes lo que puedes ganar con ese cuerpo y esa cara si te vienes con la compañía.

Y venga y venga, más pesao que un choco. Y como yo había tenido un disgusto grande en la Casa, porque tuve una picá de las mías y armé otra trapatiesta, pues dije "*ea, me voy*".

La compañía no es que fuera la de la Celia Gámez ni la de las Hermanas Daina, eso no, era una cosa más sencillita, sin tantos lujos ni tanto dinero como el de esa gente pero así a ese estilo y ganando mucho también; la función se llamaba "La reina del Culicancán", que era una nación de por la India.

Estuvieron ensayando aquí conmigo y enseñándome mis números tres o cuatro días sin parar, hasta que dijeron: "*vale*", y esos días, como yo ya me había salido de la Casa, estuve parando en una fonda de la calle Cristóbal Colón. Luego me fui con la compañía y yo te voy a decir dónde estuve trabajando: trabajé en Jeré y en Sevilla, y luego en Écija y en Córdoba y... dónde más, ¿cómo se llama eso?... ahora me acuerdo: Jaén, se llama Jaén, que allí gustó muchísimo la revista, pero una bulla, y por la mañana me llevó uno de allí a lo alto del Castillo y es mu bonito Jaén. Y al otro día en Alfájar, que ya allí fue donde me harté y me fui y la compañía siguió p'arriba ya por la parte de La Mancha, así que de Andalucía creo yo que no pasé.

Yo era la reina del Culicancán, la vedete, y tenía que salir cinco veces en la revista y luego tenía los dos fines de fiesta, o sea, el de antes del descanso y el de lo último del finá. Cantaba con el coro dos veces, eso dos veces. Otra vez hablaba paseándome. Otra bailaba y cantaba un poquito. Otra vez salía pero sin hablar ni cantar ni bailar, unos meneítos y ya está, que en ese número cantaban las dos segundas vedetes, ¿sabes?, las otras dos: cantaban juntas y por separao. Y luego los fines de fiesta, que en el de lo último del finá ahí cantaba todo el mundo, hasta Fermín el que ponía los altavó y las luces y echaba desde arriba el foco a colores.

Pero allí daba lo mismo que cantara uno o que cantaran treinta, te lo digo yo, porque allí en la función casi nadie escuchaba, ni en la de las siete ni en la de la noche. Allí no había más que ojos. Todo el mundo pendiente de mí y del mujerío, que de coristas había bastantes y cuatro o cinco muy guapas.

... Mira, hija: entorna un poquito esa ventana o ábrela del todo, que es que nos vamos a morir aquí adentro, ¡uy qué día, por Dio!... Y eso que esta casa es fresquita... Pero hoy... A ver si luego con la fresca llega un poco de aire... Y veme echando otra copita, anda, y échate tú otra si quieres... Bfff...

Bueno, pues la paliza en ese trabajo, tú no te puedes figurar. Ya lo que es tener que cambiarse entre número y número, ya eso acaba con cualquiera.

Ahora: lo que es tener que cantar y que bailar sin ganas y sin saber, eso ya pa tos sus muertos. Empezó por darme un coraje la segunda copla que ya no podía ni escucharla, ay, ¿cómo era, Horte?... Era que la reina, aunque era de por la India y vivía allí en su tierra, estaba de viaje y había llegado a Madrí. Y como ella era yo, salía en ese cuadro de chula madrileña, con el mantón, mi pañolito en la cabeza con su pico y una falda hasta los pies pero abierta: esos muslos fuera siempre, aunque luego mandaron de la Autoridá a ponerme un pantaloncito muy cortito, pegado a la misma ingle. Y luego ese descote grande con las domingas p'alante. Y venga:

*La madrileña,
la madrileña,
la madrileña es una cosa 'straordinaria,*

¿no te da coraje?: ¡como si las madrileñas tuvieran el chocho de lao y no derecho como todo el mundo!... Además, que yo nunca he tenido vo y no me escuchaban ni los de la fila una, aunque ya te he dicho que a la gente le daba igual... ¿pero por qué tiene una que hacer ese ridículo, por Dio, cantando y bailando sin saber y encima esos meneítos y ese ridículo tan grande?

La otra copla larga ya me caía mejor, sino que yo tampoco podía con ella, ¡pero si es que yo no soy artista!... El número de esa copla pasaba en el mismo Culicancán con todas las coristas, o sea, las, indias y los indios alreledó mía, que ya te he dicho que yo en la función era la reina y la jefa de ellos. Y ahí salía con las plumas y la faldita de plumas:

*Culicancán, sol tropicá,
mujeres y alegría...*

... ahora estoy yo cayendo en que esa faldita era una minifalda. Pero muchísimo antes de que saliera la moda de las minifaldas... Cortita-cortita.

Artista, el caricato que iba en la compañía, ése sí, que se meaba la gente con él, y yo. Y las dos vedetes segundas, que venían en los carteles debajo mía, también, esas cantaban y bailaban pero bien.

Y Don José me decía a mí:

—Tonta, ¿pero no ves tú que da lo mismo, que te aplauden lo mismo? ¿Qué más da que no cantes ni bailes bien, mujer?

Y tenía razón, pero a mí no me entraba aquello, oye; yo, a disgusto.

Los fines de fiesta ya me quedaba más comodillo que yo no supiera

trabajar; claro, salía todo el mundo, que se llenaba aquello, y además esos dos trajes tan maravillosos, no veas. Sobre todo el de lo último del finá, que me caía divino: la capa negra de hombre con la vuelta granate, el sombrero de copa, un bastón plateado, una estrella de oro en cada pezón y to el musulmen, que los tíos, y arriba en el gallinero figúrate, chillando y rebuznando como los burros, y de todo. Todo el mundo salido.

Luego había un incordio grande y era el de los admiradores y lo que había que hacer con eso. Porque a mí, irme a la cama con éste o con el otro, calcúlate tú si me iba a mí a dar un apuro de irme; pero como no estaba yo en mi ambientito, tampoco sabía manejarlo, yo qué sabía: de pronto tenía que irme por cojones con uno y me iba con otro. Ya nada más salir la compañía de aquí, me la formó el Don José, porque el hombre que le había dado yo el plantón (eso fue en Jeré) le interesaba a la compañía tenerlo contento y yo no lo hubiera tenido que dejar; me parece que querían, sacarle que costeara unas propagandas en el diario y por la radio, y el que llevaba siempre esas cosas y ajustaba con los empresarios de los teatros y eso, era el mismo Don José.

Y por ahí, igual; después de la función de la noche, esos tíos de pasta, jóvenes o viejos, esperándome en la puerta del camerino: las florecitas o la pulserita, y la tarjetita o el papelito, que algunos ponían ya hasta la cantidad, un parné que entonces era un dinero loco, cinco y seis mil pesetas la noche. O más. Uno puso diez, y dio además la casualidad de que me gustó un montón, era muy simpático y pasé dos noches la mar de bien con él. A la cama en cuanto se terminaba la función y al finá catorce mil pesetas al canto, ¡catorce!

Pero eso fue una vez... Las demás, a comer sin ganas y a las tantas, o la juerguecita. Y en Alfájar fue donde saltó aquel señor, con gente metida en la política de Madrí y con los negocios del aceite de aquella parte, unos cortijos de él que aquello era la gloria, y me dijeron que hacían en sus campos unas cacerías que no veas la gente que iba de Madrí, y una vez fue hasta Franco. Uy, aquello una cosa linda. Pero él, ¿él?... Un sieso-manío. Como el don Buenaventura del piso de Sevilla o peor. ¡Y al principio caía bien!: ese ramo de flores, qué tal por aquí, qué tal por allí, lo que tú quieras... Eso de momento se lo decía a todo el mundo, "*lo que tú quieras*". Ahora: a los tres detalles ya se le estaban viendo la jibia y la soberbia, ¡una soberbia!... Y cuando estaba puesto, ya con sus copas encima, ya como si cualquiera fuera

un esclavo suyo; pero siempre con un aire de estarle haciendo el favó a medio mundo y de ser muy bueno y muy campechano con la gente menos cuando se remontaba, y siempre pisando a unos y a otros y que nadie le tocara una voluntá suya, grande o chica. Él decía "*esto*" y todo el mundo de culo o no veas: "*sí, señor, ahora mismo*", él otra cosa no podía escucharla.

Una madrugá de borrachería trajo loco al chófer, yo no sé dónde pero me parece que no fue allí en Alfájar (y no sé si él tampoco era de allí, creo que no). Lo trajo loco porque estaba todo cerrado y lo mandó al chófer con el coche, después de una juerga y a las cinco o las seis de la mañana, a que le dieran una caja de vino en el Hospitá, que era el único sitio que estaba abierto, y cuando volvió sin ella le echó la bronca; esto me lo contó a mí el mismo chófer. Claro, ¿cómo iban a tener una caja de vino en el Hospitá, que entonces no tenían bares los Hospitá ni tenían na?... Pues ea, la bronca al chófer:

—¡Vuelve y que te la den inmediatamente! ¡Inmediatamente! ¡Y si no la tienen, que la busquen! ¡Les dices que la pido yo y que mi familia fue la que costó ese Hospitá!, ¿te enteras?

Y fíjate en la fuerza que tendría ese hombre, que la compañía, como tampoco había ninguna función urgente sino ya por La Mancha dentro de cuatro o cinco días, se quedó allí en Alfájar para que yo estuviera allí con el tío y él me trajera y me llevara a su gusto, cuando siempre, en cuanto terminaba la compañía en un sitio, salía corriendo para el otro aunque hubiera tiempo, por si caía otro teatro por aquella parte adonde iban.

Y me dice Don José:

—Horte, tú lo que él te diga, no hay más remedio, Horte, que este hombre nos viene muy bien-muy bien, hasta en Madrí nos puede venir bien, y tú tampoco vas a arrepentirte.

Y si la compañía no se iba, era como para que el tío viera que sin mí no se podían ir, y así me daban más mérito, claro, y también por si se encaprichaba demasiao conmigo.

Y yo qué iba a hacerle: me quedé con él. Pero me se engoñipó. Me se fue engoñipando y atravesando el hijoputa y a los tres días, en uno de aquellos cortijos de él y con los criados y toda la pesca y dos convidados a comer, me rebelé porque me hizo un feo grande y, como me lo hizo además delante de la gente, cogí y lo mandé al carajo, me levanté y salí del comedor: ¡que me iba!

Eso fue a la hora de almorzar. Al carajo pero con todas las letras, con aquellos dos allí a comer, y él me escuchaba como si estuviera en un mal

sueño. Luego se fue a la paré, que estaba llena de cabezas de ciervo y de cochinos-jabalí, cogió una fusta de la paré, un látigo de esos pa los caballos, y salió detrás mía. Pero yo, en lugar de aligerar, me volví. Y qué cara no me vería que soltó el látigo en la mesa más ligero que si le hubiera dado un calambre. Porque es que si llega a arriarme un latigazo, nada más que uno, lo dejo allí seco como fuera, o me entra a mí eso que a mí me entra y le dejo todo el comedó sin muebles y sin cristales ni espejos, y él lo notó, se dio cuenta de que todo me daba igual en ese momento.

Salí a mi aire y ni volví la cabeza cuando él fue quien echó patas arriba la mesa con toda la vajilla fina y la cristalería y la comida, que la sopa de picadillo del soperón llegó hasta la puerta grande del comedó, con los cuadraítos de pan frito y los pedacitos de menudillo y de huevo duro por la puerta: a lo mejor le entró luego un insulto y se murió de un berrenchín como los gorriones. Pero yo ni miré, yo tranquila, ahí me salió la Legión.

Y ya, por no escuchar tampoco al Don José, que tú no sabes cómo se puso, aproveché y dejé también el culeo y la compañía. Me vine otra vez p'acá, se terminó "Hortensia Romey — La Vedete Esculturá" y volvió La Legionaria a sus alcobas; además, que en las compañías se gana bien pero se gasta también muchísimo. Pero muchísimo.

Esa soberbia de aquel hombre... Esa soberbia me la he encontrado luego dos veces. ¿Esa soberbia así?: nada más que dos veces.

Una, con un desgraciao que no tenía ni donde soltar los mocos, un ebanista de la calle Rosario que iba por La Barquillera y que además no valía un duro, parecía que lo había hecho el padre con las escurriduras. Y la otra vez fue en Madrí, en otro plan y como repartida la soberbia entre mucha gente.

Bueno, eso fue con otro señor, fue un compromiso de la dueña de San Telmo, que también tenía que tener su fuerza el gachó: ¡como para que ella, que algunos días ni dejaba salir a la calle, me dejara irme a Madrí con él!... Y ella también de culo con el tío, por el teléfono:

—Lo que usted quiera, lo que usted diga.

Un dinero bueno cogería y yo por ese lado también escapé bien. Pero bien.

Me acuerdo de la ropa de él, qué bien vestía aquel hombre. Un traje a cada rato y unos pañuelos de cuello y unas corbatas, cosa más bonita. Tenía el bigote fino y rubio, unas pajillas que ni se las veías encima de la boca; si no

lo mirabas de cerca, ni se le notaba el bigote. Y ése hablaba poco, ni conmigo ni con nadie hablaba mucho. Era muy educado y no se ponía así mal más que de cuando en cuando y estando él en su ambiente.

Pues estuve en Madrid unos días y me pegué un buen tute, pero lo que es Madrid ni lo vi: unas calles muy grandísimas, de paso en el coche del del bigotito, un restaurán una noche con él por la parte del campo'furbo, y una casa de modas el primer día. Sin la modista, fíjate, no había más que dos hombres, como si fuera una sastrería de hombres, que él me llevó y me compró un traje divino, blanco, para mientras estuviera con él por si había que ir a un sitio o algo.

Y ya lo que vi fueron casas: el chalé de él que estaba lejos, cerca del río y por unas cuevas con verde y árboles la mar de bonitas, por la parte de la Puerta del Cierro o la Puerta del Hierro. Y luego, la casa del americano y, ya la última noche, la casa grande de la fiesta. Parar, estuve parando todo el tiempo en el chalé de él, que vivía solo con una criada mayor y un criado, y el jardinero que venía de cuando en cuando; el chalé, una divinidad. Y al otro día de comprarme el traje, fue ya lo del americano y allí lo estrené.

Allí en casa del americano lo que no había era soberbia, eso no. Esa reunión, que me llevó el que te digo del bigotito y tuve que arreglarme corriendo porque al principio él no quería ir y luego a última hora le dio por ir, esa reunión fue con artistas y con gente rara, y el americano trabajaba en los diarios pero de los de fuera, en los de su tierra, que él les mandaba las noticias y las cosas y, por lo que yo vi, las escribía allí mismo en su casa. Bueno, casa... Yo te voy a explicar lo que era aquello; aquello no era más que un cuarto muy grande, grandísimo, pero hasta sin el retrete, luego te cuento eso del retrete, que eso tiene un montón de ángel.

Y el muchacho, el americano, vivía también solo en ese cuarto pero sin criada y sin nadie, arriba de una casa en el centro-centro de Madrid; el sitio es como si lo estuviera viendo. Estaba en la esquina misma de una plaza con unas puertas muy grandes y jardines con flores, pegando la plaza por la otra parte con un parque que me dijeron que había un estanque con lanchas y, más p'allá, las jaulas del parque con las fieras y con muchos bichos. Yo entrar en el parque, no llegue a entrar, qué lástima.

La casa, allí en la misma esquina. Una casa que era como un palacio la casa entera. Y arriba vivía el americano y allí hacía él sus reuniones con los artistas y sus cosas, sin cocina y sin retrete y sin na. Y me dijo que dormía allí, pero cama tampoco la vi yo por ninguna parte, un tresillo muy raro es lo

que había y luego muchas sillas de madera, de esas sencillas de tijera de las que ponen por la calle en las procesiones y los desfiles. Pero muchísimas.

El ascensor no llegaba hasta arriba del todo; se paraba y había luego que subir un poquito de escalera, pero muy poco. Subimos, llamó a la puerta el del bigotito y ya desde afuera, antes de abrírnos, se escuchaba la bulla de las charlas y la gente riéndose. En la puerta me acuerdo que estaba pintada así en grande una sirenita de esas que son mitá mujer y mitá pescao, con la cola del pescao y luego su ombligo y sus pechos y sus pelos y su cara de mujer.

Bueno, pues llegamos, mucha gente allí dentro y el muchacho la mar de simpático, ya con mucho güisqui encima porque allí, lo que es beber, se bebían el manso.

Las ventanas estilo antiguo, y el techo estaba en cuesta por algunos sitios porque era la parte alta de la casa. Y en un rincón allí cerquita de la puerta tenía el muchacho la máquina de escribir con sus papeles y los diarios y eso, y un poco más p'allá había una mesa muy larga con las botellas y los vasos y un saco grande de papas fritas, y luego una pila de morcillas de Ronda y de chorizos con teleras de pueblo, sin platos y sin nada: servilletas de papel, que era la primera vez que las veía y me llamaron la atención, y unos cuchillos largos pa que cada uno se despachara a su gusto.

Él tenía el apellido español, seguro, un apellido largo pero español, y el nombre Yimi porque era americano, eso seguro también, y además hablando se le notaba bastante.

Y ese muchacho hizo una cosa que a mí me dio fatiga, oye, me dio fatiga y me di cuenta que a los demás les hizo gracia o, si les dio fatiga también, disimularon. Y mira que era una tontería, si lo pienso. Pero cuando al finá se encajó la bandera me dio un poquito de fatiga, y yo no soy delicá ni me asqueo así tan fácil: que no me gustaba y me daba una impresión verlo con eso.

Lo que le pasaba a ese muchacho (que guapo, lo era, alto y rubio) es que tenía un ojo de cristal, el ojo derecho; me dijo el del bigotito que creía que el suyo lo perdió en una pelea yo no sé adonde, en España no. Y entonces, como allí la gente bebía tanto y él el primero, pues claro, se le iba poniendo colorao del mollate el ojo bueno, que eso le pasa a mucha gente, que se les acongestionan los ojos cuando beben. Y me dijo también el del bigote que al Yimi tenía que hacerle eso muy poca gracia que le faltara un ojo y tenerlo de cristal.

Pero ese ojo que llevaba, el falsuno, estaba tan bien hecho que tenías que

fijarte un poco para darte cuenta de que no era el suyo. Ahora: ya en cuanto empezaba a pegarle al güisqui, ya se iba notando más; le veías el ojo chungo en su color, y el de verdá empezaba a ponérsele colorao, con las venillas colorás y así humedito, y ya cualquiera podía darse cuenta corriendo de que le pasaba algo en la vista.

Y como él lo sabía, tenía allí a la vera de la máquina de escribir una cajita abierta con un juego de ojos, para cuando se emborrachaba que no se le fuera viendo tanto la falta. Aunque luego al finá...

En la cajita había cuatro ojos en fila, y el último estaba así vuelto, puesto al revés. Y el primero era menos colorao y los otros a más y a más, para él írselos poniendo según tuviera el de verdá. Pasaba un rato grande y entonces se iba a un espejo, sé miraba y luego se iba a la cajita, se quitaba el ojo y se ponía el que pertenecía a la inritación, pero sin procurar él de que nadie lo viera: se cambiaba el ojo allí de espaldas y ya está.

Y ya todo el mundo cantando y con una tajá muy grande, y el Yimi yo creo que se había jalao él solo una botella de güisqui. Se echaba a cantar en inglés él también, con los brazos así por cima de los amigos y las amigas... Y de pronto, ya muy tarde, terminaba con el disimulo del ojo, o es que estaba ya morao y le daba lo mismo. Y entonces cogía y se ponía de un palmetazo el último ojo de la caja, el que estaba vuelto, que en vez de ojo lo que tenía pintada era la bandera americana esa de los marine con las rayas y las estrellitas, y a mí aquello me cogió por sorpresa y me dio fatiga, un repeluco. Pero él pasándoselo la mar de bien, allí cantando como un loco y guiñándole a la gente con la bandera.

Ay sí, lo del retrete... ya me se estaba olvidando... Bueno, eso sí que no lo he visto yo en todos los días de mi vida... Ya te he dicho que aquel cuarto tan grande no tenía ni cocina ni baño ni nada, y de pronto me entraron ganas de oriná y se lo dije a Yimi, le digo "*el servido, por favo*", y él mismo me llevó al sitio y me enseñó lo que tenía que hacer. Menos mal que no era más que oriná, porque otros no, otros fueron a hacer la mayor y la hicieron, y aunque la hicieron muy bien, pues claro, eso ya tenía que notarse; con uno salió la peste yo creo que hasta por abajo de la puerta'l piso.

Verás, verás que te explico: él me llevó al baño, que no era baño ni tenía retrete y que estaba allí al fondo, en una rinconá que hacía el cuarto con el techo casi rozándote la cabeza, una bombilla dentro y unas cortinitas como las de los fotomatonés de la calle. Y luego los tarros y las cosas.

Y el Yimi, a los que era la primera vez, les decía lo que había que hacer,

que era hacer la necesidá en una palanganilla que pesaba más de lo corriente, pero mucho más, y que tenía a colores un gato jugando con un ovillo de lana. Tú echabas las cortinitas, te agachabas un poco, hacías lo que fuera en la palangana y en seguida tenías que ponerla en una banquetita (porque allí no había bate ni el bidé ni na) y echarle corriendo un chorro de una cosa como agua que estaba en un tarro tapado y que había que tener muchísimo cuidao con aquello; el americano te avisaba que si lo tocabas aquello o te caía una gota, podía hacerte un daño grande por poquito que fuera. Ea, pues se le echaba por cima a la porquería, y al momento, pero, oye, al momento, yo no sé qué fuerza tendría eso que se ponían el meao o lo otro como a consumirse y a hervir pero sin hervir, así con un humito espeso-espeso que no se alzaba pero que tenía que ser fuertísimo; yo creo que si ese humillo hace así y se va p'arriba y por el cuarto, nos aficiamos allí todo el mundo, porque yo metí un poco la narí y no veas la punzá que me entró. Y de pronto, aunque hubiera mucha suciedá, lo que quedaba allí en la palangana era una cenicilla sin chispa de peste y sin nada: la echabas en una papelera que estaba allí para eso y ya te podías ir.

El Yimi terminó haciendo el pino con la cabeza contra el suelo y los pies p'arriba, derecho-derecho sin mover ni un pelo y cantando así unas cosas que dijeron que eran rusas. Bueno, yo al finá estaba ya un poco harta y me aburría, pero allí lo pasaron todos muy bien y, lo que es distraerme, me distraje.

Me acuerdo que había en la paré un cuadro muy grande, rarísimo que me estuve fijando un rato, así con muchas manchas a colores y unos rayones en negro, y yo para mí "*¿eso qué es?*", y lo volvía a mirar y puse un empeño pero no llegué a quedarme con lo que era: una tormenta o muchos rayos con unas rayas negras atravesadas, o tripas, con esas rayas negras y unas bolas así p'abajo, yo qué sé. Pero a la vista era bonito.

El Yimi mu servicié y mu bien, sí, pero ya poco antes de irnos y aprovechándose que el del bigotito estaba con otro por allí lejos, se vino por atrás y me tiró al culo un viaje con las dos manos que por poco me levanta en peso. No se lo tomé a mal porque estaba ya sin vista y porque, quitando lo de la bandera, me había caído bien el muchacho.

Y el del bigotito estuvo aquella noche bien. Yo creo que es que allí estaba

él como la gallina en corral ajeno, tengo esa impresión, de que había ido por ir, y además bebió poco, lo corriente.

Pero cuando él se sentía en su ambiente y se tomaba cinco o seis güisquis, entonces era cuando se le salían p'afuera la soberbia y la condición: mientras, callao. Bueno, siempre no, en la casa de Yimi sí, pero en su chalé le formó una a uno que fue a verlo allí, que estuve yo escuchando en la habitación de junto, y le dio el sofocón al hombre, un sofocón atró que el otro salió descompuesto. Y en cambio con otro, que fue también a ver al del bigotito al chalé, y que me pareció que estaba en un apuro de dinero, con ése estuvo bien, y además el hombre se fue con su avío porque me parece que le prestó o le dio el dinero, me gusta decirlo tal como fue.

Aunque luego en la fiesta, ¡uy allí!... Ahora: allí no era él solo.

Aquello no me se olvida a mí en cien años. Y fue cerca del chalé de él, media hora de coche o menos y ya más lejos de Madrí, en otro chalé por el campo y mucho más grande: una casa para caerse ya de espaldas. Y qué de árboles y qué de jardines. No se acababan nunca. No llegabas a la casa nunca.

Cuarenta mil duros o más, éstos no había quien se los quitara al plan de la fiesta, que él dijo que se llamaba una orgía.

La piscina, más bonita y casi más larga que la de aquí de la playa; por la otra parte venía así en redondo y en medio había una pista de baile chica, y mesitas alrededor con velas y todas-todas con su mantelería de encaje fino y jarrillos con flores.

Ochenta o noventa personas o más, los hombres y las mujeres en traje de noche. Y algunos bailaban de cuando en cuando. Pero pocos: cinco o seis parejas como mucho. Aquello estaba presioso, y de pronto se encendió encima mismo de la piscina un letrero grande de bombillas de color que ponía: "*RAQUEL*". Presioso...

En la comida, ni primero ni segundo, pero sus fritos y sus guisos calientes, fiambres, de todo, las cosas más buenas que tú te puedas calculá y un montón de camareros p'arriba y p'abajo, luego te cuento la que se formó con los camareros. Y de beber, qué no había allí; para mí que, si la pedías, te daban hasta Agua'Carabaña.

Empezaron a pegarle, pumpun, vengan esos vasos y esas copas a llenarse y a vaciarse a tutiplén, pumpun, pumpun; comer, comían menos. Yo no, yo me puse verde y oro. Había unas bolitas negras y chicas, en bultito y feas de vista, así como albondiguillas y negras, pero naturá, el gusto tirando un poco al champiñón aunque mucho más buenas y más tiernas, qué cosa más rica, y

creo que valen un ojo de la cara y no le ponían a cada uno más que dos o tres, al lado de las otras cosas. Bueno, pues muchísimas se quedaban en los platos y se las llevaban los camareros como si nada; de todas las comidas se llevaban una barbaridá de sobras y aquello era de un señor, no era un restaurán ni una sala de fiestas ni nada, sino la casa del señor que daba la fiesta.

Y lo que te decía: empezó a funcionar el mollate y empezaron a pasar cosas.

Cualquiera se daba cuenta rápido de que allí muchos no se podían ni ver, aunque todos fueran del mismo paño; eso salía p'afuera y ya iba yo notando las soberbias encampanás cada uno a su estilo, sin dislocarse nunca nadie y siempre en plan educao, eso siempre, claro.

Unos pocos se fueron pronto; tendrían que irse o no querrían ellos seguir allí aunque se despidieron fino y bien, menos una pareja jovencilla que estaba como un poco cortada y que se fueron a la remanguillé, sin decirle adiós a nadie y por detrás mía, y yo me fijé; tendrían que tener los dos, o uno de los dos, un compromiso grande de ir allí, pero a gusto no estaban.

Y uno que me llamó a mí la atención fue un señor ya bastante mayor que parecía una persona muy importante. Pero mucho. Tenía que ser un señorón pero de los gordos-gordos. Y ése hablaba por las mesas con unos y con otros, dándoles la mano, y casi todos se ponían de pie cuando él se les acercaba, pero creo que no era el dueño de la casa. Y ese señor estaba algo tristón, iba así como tristón y yo se lo noté, ¿no se lo iba a notar?: antes de que me hablara. Porque me dijo ya a las tantas, no sé si con las copas o que le entró una confianza conmigo como para decírmelo, me dice dos veces:

—Esto no es así, hija.

Lo decía por la fiesta, seguro, y lo decía con un dejo de coraje y de pena aunque él fuera uno de ellos y estuviera allí también. Le dolería el gasto o lo que fuera. Porque es que allí había mucha gente y vete enterando de que ni los pobres ni los ricos ni nadie están cortaos con la misma tijera, eso que te se quite de la cabeza. Mira: hacerse como un cajón en la cabeza y, sin pararse una a ver quién es cada quién, echar la gente a barullo a la parte del cajón que uno cree que le toca por esto o por lo otro, eso ni hablar. Porque yo he conocido también a gente muy santurrona y era buena. Y una cosa mala de santurrona, ¡joy!, que se horrorizaban volando de lo que fuera. Y su misa todos los días, y muchas noches rezando toda la noche, que se juntan a hacerlo porque es que ellos lo sienten así y les da su gana, joé: dos médicos

de aquí sin ir más lejos, y dos buenísimas personas sin querer mandar ni lucirse y que no han hecho más que mucho bien, sobra; te lo digo yo y figúrate lo que yo tendré que ver con ellos...

Bueno, pues aquel señor decía:

—Esto no es, hija.

Y lo decía así como con un disgusto y sin echarle cuento. Claro, a mí me daba igual, allá cada cual con sus cosas.

¿Pero tú sabes lo que hizo el del bigotito, el que me llevó? Pues estuvo echándome encima a otro que él tenía que tenerlo aquí, atravesao, hasta que el otro se calentó conmigo, ¡a ver!: animándolo-animándolo y venga a darle güisqui, y el otro ya calentísimo conmigo y metiéndome mano. Que eso tenía que ser lo que andaba buscando el del bigotito, porque de buenas a primeras se levanta y le dice cabrón delante de los otros dos que estaban en nuestra mesa, y ya eso sí que no me lo esperaba. Los otros dos, la pareja que estaba allí, se fueron corriendo a bailar, yo creo que por quitarse de en medio, y el del bigote le dice al otro que se quitara de su vista y que ya estaba fuera de la Sociedad, yo qué sé qué Sociedad ni qué sería aquello.

Y yo:

—Hombre, por Dio...

Y el otro blanco, cagaíto:

—Pero hombre, si yo...

Y la soberbia del del bigote, p'arriba. Sin chillar fuerte:

—¡Cállate, vete de aquí y lo dicho, que ya no estás en la Sociedad; esto no se hace, cabrón!, ¡vete!

Yo fría porque, claro, había pasado lo que tenía que pasar: ¡si me lo había estado echando encima y yo iba divina!... Te meten en la boca un pestiño y quién no le hinca el diente... Total, que el otro se fue, pero el del bigotito ya estaba embalao y con un malhumó horroroso, como si se le hubiera roto algo o le hubiera picado un bicho, ya sin un contró y cada vez más destemplao conmigo y hasta con él mismo: a peor. Porque otro que lo que tenía que conocer, y que estaba en una mesa por allí cerca, se dio cuenta y vino en plan de amigo con su copa, le habló así por encima de cualquier cosa y luego fue ya a lo que iba y le preguntó si le pasaba algo. Y el del bigotito, que ya estaba hasta arriba de güisqui, se encocoró y le contestó fatal, y el otro fue perdiendo la paciencia, pero sin achantarse y con una educación grande, y además tenía que ser buena persona, o que temía que el otro diera la noche. Me gustó su forma de hablarle al del bigotito. Hasta que el del bigotito acabó

ya medio chillando, y el otro (siempre en buen plan, ¿eh?, buscando siempre la manera de decirle algo que le sentara bien) fue y le dijo que descomponerse así no era corriente y que por qué no lo veía un docto. Le hablaba de un docto de esos como de locos pero que no están locos, no me viene la palabra, y el del bigote le contestó que a esos médicos los habían inventado los rojos y los señoritos, y que él tenía dos cojones y mucho que hacer, ¡me hizo una gracia que él dijera lo de los señoritos!...

A todo esto, la fiesta estaba ya que crujía y, según fue corriendo la noche, a más y a más.

Algunos medio durmiendo encima'la mesa y un magreo generá que no veas, pero bueno, eso está bien, éstos estaban disfrutando, y no otros con los odios y las cosas que saltaban por allí, porfiando, algunos hasta con la cara congestioná como si fuera a darles un jamacuco malo y diciéndose lo que fuera, pero siempre sin levantá mucho la vo hombres ni mujeres, ¿sabes tú los perros cuando roncan para meterse los colmillos, que entonces no ladran?: pues una cosa así. Y las dos parejas de la mesa de atrás mía, que tengo yo un oído más fino que el coral y me entero de lo que sea, como los trapos se estaban poniendo y tirándose mierda las dos parejas. Yo al tanto pero, el que los viera, como si estuvieran tan a gusto, oye, encendiéndose los cigarritos unos a otros; si tú no los escuchabas, es como si estuvieran tan a gusto; hablaban a su estilo y de sus cosas, y yo no me quedaba con la mitá del cante, claro. Pero con la toná, sí. Enterita. Ellas hablaban menos, y la que estaba con uno, en lugar de defender al que estaba con ella, lo tiraba por tierra y defendía al otro...

Al rato, otra con gafas de sol, muy guapa, salió por las mesas montada en borricate encima de uno, "*¡arre, caballito!*", y luego, con el cachondeo y el disimulo del caballito, se fueron p'adentro de la casa, y el que había llegado con ella, que estaba charlando él con otra gente, volvió la cabeza y les dio una vo cuando ya estaban entrando en la casa. Pero sin cortarles el paripé. Le dice a ella:

—¡Raquel, yo me voy a las cuatro todo lo más! ¡Si me he ido, que te lleve Diego o algún amigo, o vienes ya por la mañana!

Y los que estaban con él, que estaban todos allí en pie, siguieron charlando y haciéndose el loco, pero otros, cerca mía, dijeron bajito que a ése había que darle dos verónicas y una manoletina. Y yo, al tanto.

Pero bueno, eso que cada cual haga lo que le dé su gana; Julio tampoco se ponía tonto con esas cosas y con esa manía de los cuernos; lo feo era lo otro,

la soberbia y la mala leche y los critiqueos que había por allí.

Y en esto, sin hacerse de notar, se echa a llorar una de las mujeres de los cuatro que estaban dándose puñalás con la boca, allí en la mesa de atrás mía, y los otros tres le dijeron que por favó que no diera el numerito. Y yo al tanto.

Los camareros, ya con un mando en plaza. Se les fue el aire serio y estirao y hacían todo lo que les salía a ellos de allí menos comer y beber delante de la gente, que se ponían moraos pero por atrás, por la parte del servicio. Pero, fuera aparte de eso, no veas cómo se juntaban a hacer sus comentarios los camareros, y el cachondeo que se traían con aquella gente sin que nadie se diera ya ni cuenta, y al finá hasta por el micrófono, que eso se cuenta y no se cree, cuando ya estaban mareaos ellos y todo el mundo.

—Aquél es un hijoputa, aquél...

¡Sin chillar pero por el micrófono, con el micrófono puesto delante'la boca!

—Fíjate aquélla, aquella del traje verde, fíjate qué culo.

—Oiga, oiga, usté. El de los cuernos.

Uno de los señores se daba cuenta a lo mejor, y entonces le decía a cualquier camarero, "*¿pero qué pasa?*", algunos hasta con la cara mala porque los habían escuchao. Pero ahí entraba la habilidá y el arte grande de los camareros, sobre todo uno simpatiquísimo que se llamaba Carlos y era de Córdoba, muy aficionao al flamenco y pasionista de Manolo Caracó, que estuve hablando un rato con él y luego quedé con él porque el del bigotito, que ya se había desahogao y se le había pasado lo peor del sofocón, llevaba dos horas con otra gente en otra mesa.

Bueno, pues en cuanto alguno de los señores se mosqueaba con aquel pitorreo que se traía el servicio y preguntaba, los camareros, en vez de disimular, pues seguían un poquito en lo mismo, un momentito, porque si pegan el corte y se ponen serios de golpe, entonces se hubiera mosqueado más el que preguntaba, ¿te das cuenta? Y luego:

—No, por favó, que es que nos estábamos metiendo con aquel camarero de allí, decía Carlos o el que fuera, y señalaban al que estuviera más lejos.

—Señor, una broma de uno con un compañero, perdone usté.

Ya el otro se quedaba tranquilo y hasta le daba una palmaíta en la espalda. Y, en cuanto se quitaba de en medio, si a más no viene era a él mismo a quien le tocaba que lo pusieran por el micrófono de sieso p'arriba. Oye: pero cuando me quedé cuajá, fue cuando le escuché a uno de los señores hablarle a otro de eso que estaban haciendo los camareros. Le dice:

—Se creen que nos las están dando pero, mira, ésta no es tu casa ni la mía.

Y el pueblo también se tiene que divertir. Y con quién mejor que con nosotros; mientras no nos coman el terreno, así un poquito no importa. ¡Que se divierta el pueblo, eso, viva el pueblo!

Borracho como los demás, pero aquél por lo menos se había dado cuenta y le daba lo mismo, yo creo que le hacía hasta gracia. Pero es que él tenía que tener ese genio bueno y por eso dijo lo que dijo; si llega a ser otro, cualquiera sabe la que forma. Ya con eso, me quedé... Y luego me reía yo sola, me cayó bien el tío.

De moscones aquella noche, tuve pero en cantidá, uno muy alto y muy bien, que no me había quitado la vista desde que llegué. Ya muy tarde, me se vino a la mesa:

—*Olé er mundo, chiquiya...*,

porque me había escuchao el habla. Con la malaje que tiene toda esa gente cuando se quieren poner a remedarnos el habla a los andaluces y no les salen más que tres chorrás. Y otros dos, uno ya mayorcito y el otro en plan fino-fino, oy por Dio, ya como si yo fuera la Marquesa del Pomporoné.

Pero del que estaba yo pendiente era de Carlos el de Córdoba, el camarero. Y a las cuatro o las cinco, como ya ni veía al del bigotito y todo el mundo andaba por su cuenta, me fui con él a darme un paseo, y allí en un rincón del parque, que no hacía frío ni calor, más allá de una fuente con dos niños aguantando a un pato que soltaba el chorro del agua por el pico, allí echamos dos polvos con la única pena de que aquel traje blanco-blanquísimo me se echó a perder con los yerbajos y la tierra, que era como marrón fuerte, y luego no hubo quien se las quitara las manchas, ni tinte ni nada.

Por allí cerca de nosotros, delante de unos matorralones grandes y ya sin esconderse por atrás siquiera, vimos cuando nos volvíamos a dos mujeres y a un hombre guapísimos los tres y en cueros vivos, con los trajes y los sostenes y los cucos y los calzoncillos por allí regados por la hierba, y la mayor de las dos, que yo me había fijado en ella en la comida por lo elegante y lo guapa y toda la gente que tenía alreodó, ésa boca arriba y llorando de gusto con el tío abajo y la otra encima comiéndole la boca de lao, una muy joven monísima también, delgaíta. Allí ya nadie se extrañaba de nada ni nadie se metía en eso con nadie, menos algunos que siguieron con las porfias de los odios y las cosas, que hasta alguna piña apartá hubo.

Mira: todo esto lo cuenta otro o lo pones en un libro y dicen que es una esageración, como si yo no hubiera estado allí o me asustara de algo, cuando yo soy de las que no critican el follisqueo ni la libertá sesuá. Pero si lo mismo

que había allí armado llega a ser entre gente pobre, imagínate cómo acaba, con la Guardia Civil.

Lo que pasa es que, claro, la gente con pasta y con una educación grande y mucho compromiso entre ellos y muchas cosas, saben no formar polvarea y tienen sus fiestas y sus líos, que de allí del ambiente de ellos no salen.

Tampoco digo yo que todas esas fiestas y esas orgías lleven ese plan, pero que las hubo y las hay, eso tenlo por seguro. Y escúchame bien: porque fuera una cosa de los ricos y porque yo te la cuente, a mí que no me joan con lo de roja, a mí que me dejen de roja ni de rojo, que yo no soy na y eso está saliendo siempre de un tiempo a esta parte, aunque no pegue ni con cola. Yo no sé lo que harán los rojos, a lo mejor hacen otras cosas o hacen lo mismo, ya te digo que no lo sé. Pero yo lo vi con aquella gente. Entonces.

Allí me eché a dormir un rato en un sofá grandísimo y por la mañana, serían las diez o las once que yo ya estaba medio despierta con los pájaros de afuera, vino un coche a recogerme de parte del del bigotito, y el chófer me traía la maleta.

Me arreglé y me puse otro traje, me pusieron el desayuno y el chófer me llevó a la estación.

Allí me dio un billete para el Talgo, un sobre con dinero y una revista de modas, y me vine otra vez p'acá. Así terminó aquello.

Y luego en Torremolinos, viviendo ya con mi Julio, estuve también en otra cosa que no tuvo nada que ver con aquélla menos en lo del rebujamiento sesuá, un piso de gente joven y con una simpatía.

Los había españoles y de otras dos o tres naciones, ya no me acuerdo, y fumaban; a mí me dieron un cigarro de esos raros, y de mal hecho que estaba se abrió, se cayó lo de adentro y por poco me quemo; luego ya con el otro tuve más tiento y me lo fumé entero y no me hizo ni fu ni fa, una risa que me entró como si me hubiera tomado dos o tres copas, o un poco menos; otro, en cambio, se fumaría o se echaría otra cosa y le entró un bajón que se puso malo. Pero malo: unos sudores y una angustia que perdió hasta la vista y dije yo para mí "*a ver si acaba esto malamente, no vaya yo a pringarla con esto*". Porque además, entonces, eso no se llevaba y estaba más castigao que ahora.

Ésa fue una de las dos veces que he vuelto por Málaga, cuatro o cinco meses después de estar viviendo con Julio, que me quiso llevar y me dice una

noche ya cuando estábamos allí parando:

—Anda, yo me acuesto que estoy cansado y tú vete a darte una vuelta si se te apetece, Horte, que no te veo ganas de quedarte...

... mira cómo era él; a ver quién es la que no va a estar a gusto con un hombre así.

Me arreglé bien, caí por un bar de la Cortina del Muelle, me encontré allí con aquella gente, que me dio charla en la barra, y de allí nos fuimos, al cabo de un rato, allí cerca al pueblo Los Boliches y al piso, que yo ya luego ni más porro de fumar ni más na: una cama redonda linda con un italiano y uno de Ayamonte para mí sola.

Pero qué calor, hija... Qué calor... Échame y échate otra copilla de licor, anda...

Y el otro viaje a Málaga fue antes, sería como dos años antes. Con un ingeniero de Bilbao que lo mandaban aquí a Andalucía a cosas de su trabajo, y que también le dio un dinero a la señora de San Telmo para que me dejara acompañarlo a Málaga.

Dijo que iba a echar conmigo unos días de descanso, pero vaya con el descanso: tenía que ver a un señor (el teléfono), y luego otra cosa de los negocios (el teléfono), y conferencia con Bilbao y comer con otros dos señores (el teléfono): fíjate tú que descanso el suyo, en vez de darle un martillazo al teléfono y quedarse un poquito tranquilo, ¿no?; él ya con un malhumó grande y tomando pastillas pa los nervios cuando él mismo se estaba echando encima aquel mogollón de trabajo y se había ido a Málaga a descansar conmigo. Y eso dicen que es bueno, andar como los locos, que ya parece tonto el que no anda como un loco y eso es el pogrezo, o sea, el adelanto.

Una buena persona el bilbaíno, pero le dije adiós como el que se lo dice a un tren que escarrila y que ya no hay quien lo pare.

Y a mí, ni caso: medio polvo me echó, ¡si no tenía tiempo!, y eso que le costó un pico llevarme, y todos los gastos y cinco días del hoté, y lo que él le diera a la señora de la casa y dieciséis verdes para mí: total, lo que sacó fue un ratito de cama y ni una playa como él quería, ni salir una noche a comer a gusto ni nada de lo que él pensaba de hacer. Decía que siempre terminaba liándolo el trabajo o, si no, se liaba él solo.

Y ya para terminar con esto de los viajes, te va a contar tu Legionaria el último que hizo así curioso y lejos, a París, ¿qué te parece? Ya después no he ido más que a La Isla y a Chiclana y por aquí cerca.

Aquel viaje fue que se fijó en mí otro señor que estaba en la fiesta de Madrí; yo ni lo había visto. O sea: no el que te dije que iba tristón, sino otro, viejo también y muy buen hombre, que tuvo que enterarse de mi paradero por el del bigotito, digo yo. En la fiesta aquella ni se me acercó ni nada, porque, si no, me hubiera acordado luego de él al verlo ya en París, y no. No lo había ni visto.

Dos o tres semanas haría que había vuelto yo de Madrí cuando me llama aparte la señora y me dice que si quería irme a París, todo costeao, y estarme allí unos días con un caballero. Me dijo lo que yo iba cobrando en limpio y lo que ella iba a trincar por dejarme y no estaba mal. Y que no tuviera preocupación:

—Horte, vete a gusto que es un caballerazo.

Le dije que sí pero lo que no sé es para qué me lo preguntó, cojones, si ya lo tenía ella todo preparao para salir yo en el avión a París montándome en Sevilla y empalmando otro avión en Madrí, que ya todos los billetes de los aviones los había arreglado el de los Viajes de la Calle Ancha.

Yo no me había montado nunca en el avión y ni me mareé ni nada.

Allí en París estaba un coche esperándome con su chófer, que era ya uno de allí y yo no le entendía más que los gorrazos que nos daba y las carreras que se pegaba para abirnos y cerrarnos las puertas del coche a cada uno por su sitio, y ayudar a subirnos y a bajarnos sujetando la puerta. Como si una fuera manca o coja. Y yo:

—Que no, que no se moleste usted, hombre.

Y él, nada, las carreras alrederó del coche y los gorrazos, "uí, uí", así todo el tiempo. Desde que llegué hasta que me vine.

Me recogió, debajo misma del avión y me llevó al coche y luego al Hoté Ponruallá, donde estaba parando el paganini: un cuarto fenómeno y con música, con dos camas, y el paganini no me tocó en los doce días, escucha, pero ni llegarme; tenía más edá que el Pópulo y siempre iba muy despacio, "*mujer, no corras*". Ahora: bueno, mucho; más bueno que el pan y muy rumboso. Un encanto de hombre.

A París lo vi hasta con más coches y más jaleo que Madrí, pero me pareció como más cómodo y más bonito, no sé: que me gustó más.

El viejati estaba ya de vuelta de todo y a gusto con mi compañía; ya te he

dicho que no me llegó, pero se conoce que yo le daba una calor y que le agradaba estar conmigo porque estaba solo, era viudo creo, español, y vivía solo entre Madrí y París, se aburría más que un burgaíllo y yo no lo mareaba y le gustaba a él lucirme y llevarme por los sitios. Le decía a sus conocimientos allí en París:

—Mira, mira qué españolas quedan.

Una tarde me llevó a unas tiendas después de la siesta y me compró un abrigo que es una prenda, ahora te lo enseño, y otras cositas que él se dio cuenta que me se antojaban, mira, aquella muñeca tan mona que está encima de la cama al lado de la de Chiclana, aquella de allí, la Pochola. Y hasta le pedí yo alguna cosa pero el abrigo no, lo del abrigo salió de él. Me regaló también unos perfumes, tres tarritos que todavía está ahí uno sin abrir, en uno de los cajones de la cómoda; calcúlate el tiempo que tiene. No quise ponérmelo ni lo quiero abrir por tenerlo de recuerdo y porque eso debe de ser, digo yo, como los licores y los vinos, que contrimás tiempo tienen, mejor se ponen y valen más; además, que es un tarro de los chiquititos, de los buenos-buenos.

Otra vez se le antojó comprarme una camisa y corbata de hombre, y yo:

—¿Qué dices, yo ahora con una camisa y con una corbata de hombre?

Pero me las compró y me las puse y iba la mar de bien, con el pelo atrás en moño.

Cuando no comíamos en el Hoté me llevaba a restauranes de los caros, fuimos a cinco o seis y él me aconsejaba de las comidas que tenía que pedir y me decía:

—Aprovéchate, niña, que la cocina francesa es lo mejor del mundo.

No veas tú lo que tenían que ser las cuentas en aquellos restauranes, uno como muy antiguo y en plan campero, como del campo pero en una calle de las grandes, con su chimenea encendida con troncos de verdá, una cosa presiosa y una carne divina, de ciervo creo que era, con un puré dulcecito que me estorbaba el gusto de la carne y lo dejé. Eso fue una noche que luego no tuvo él bastante y dice:

—Uy, que no me alcanza.

Y yo: "*ay Dios mío, a ver qué pasa ahora en este sitio de tanto plan y con este hombre sin dinero*". Ni se alteró. Llamó al metre y vino de dentro hasta el dueño a darle la mano: ni quisieron tomarle un recibito que él les quería hacer. Ni eso. Y al otro día fue el chófer a la hora de almorzar y pagó la cuenta.

Otra vez comí las patitas de rana, ¿las comiste?; aquí ni las he visto; con el muslo y el hueso como si fueran de un pollo así de chico.

Y, sobre todo, un restaurán muy alto a la vera del río de París, con un lujazo y viéndose la Catedrá, los puentes, los barcos pasando por abajo... una cosa. El cubierto todo en plata y una de las comidas, fíjate tú si no es curioso, eran unos pájaros preparaos dentro de los nidos, que los nidos se comían también, con una salsa aparte buenísima clarita, y yo además me eché p'adentro la mitá de lo del viejo porque él comía poquísimo. Y al principio nos dieron un dedo de vino, como para probarlo, en un cenicero de plata, que te lo colgaba el metre del cuello con una cinta de raso.

Lo que no me hizo gracia allí fueron los postres, un dulce que no estaba malo al gusto pero que, de vista, aquello era una majá del mono del Parque.

Y en otro sitio, o no sé si eso fue en el mismo Hoté, nos pusieron un pescao grande, un robalo, pero que allí tenía que costar cualquiera sabe y con un avío de lo más trabajoso, todo adornado con salsa mayonesa y de otro color y hasta con unas lucecitas, que a aquello daba pena meterle el cuchillo, era para llevártelo a tu casa y ponerlo en un marco, yo hubiera dado algo. Y no veas cómo estaba el robalo.

Pero lo que más me gustaba de las comidas de París eran los desayunos del Hoté. Yo siempre me despierto con hambre, aunque haya comido fuerte por la noche. Y ahora lo mismo: mi pan de Viena por la mañana, con su manteca colorá y su azúcar, no hay quien me los quite con el café. Y esos desayunos que te traían a la cama en París... las tostadas calientes y el café, y como unos bollos con cuernos así p'adentro pero calientes, mejores que como los hacen aquí, que los he tomao también aquí de "La Camelia" y de "La Perla" pero no eran lo mismo. Tu mantequita de vaca y tu mermelada de naranja o de melocotón o fresa, mmmm. Como si querías huevos fritos con jamón frito, que, cuando me enteré que también los ponían de desayuno, los tomaba ya todos los días, porque además yo tengo una cosa buena, que es que, por mucho que coma, no engordo o engordo muy poco; ahora es cuando yo me veo un poco gorda y dice todo el mundo que no, que estoy bien, así que imagínate entonces. Y bueno: lo que eran esos desayunos del Hoté... Eso sí que estaba rico... ¿De qué te ríes?... De algo tuyo te habrás acordao, digo yo, porque lo que es que me gustara un desayuno como ése no le veo la gracia, ¿a quién no le va a gustar?...

Ea, pues aquel señor lo que quería ya es que me quedara con él el tiempo que fuera. Y yo estaba apreciando bastante al hombre, pero claro, eso no es lo

mismo, eso ya no me petó y se lo dije, que de quedarme ya con él, eso no.

Y lo tomó muy bien y muy educao, no le sentó mal ni me dijo nada ni nada, ya estuvo hasta el finá tan cariñoso como siempre y con las mismas atenciones conmigo. Así que le dije:

—Bueno, me quedo tres o cuatro días más.

Y él la mar de contento.

La última noche en París estuve con él y con un matrimonio amigo de él y también mayorcillos (creo que eran ingleses, pero un poco más jóvenes que él), y fuimos los cuatro a comer por ahí y luego a un estriptí por una plaza que le dicen El Pigá y me quedé fría: un sitio muy oscurito así de gente que no cabía un alma, todo tan elegante pero chico el sitio, el champán corriendo como si fuera agua.

Y salen al escenario dos parejas, una negra y otra blanca, y echan un polvo cruzao que allí morí: el negro se lo echó a la blanca y el blanco a la negra. O sea, a estilo sorpresa, porque, además, primero habían estado hasta calentándose cada uno con el de su color, un magreo a punto y ese refregoteo grande mientras hacían el estriptí, y cada uno con su pareja. Y luego a última hora les dio por cambiar.

Antes de ellos había salido una de pantera y el hombre era el domado, con un látigo que parecía que la iba desnudando con el látigo. También de estriptí. Y luego las dos parejas, la blanca y la negra, con una música mu bonita y las luces que se encendían y se apagaban, y con una preparación calentona y larga, ya te digo, una calentaera y un lengüeteo de mucho estudio. Y luego, venga: allí mismo y delante de todo el mundo, se cambian de pronto las parejas, se van a dos divanes que estaban alante, casi encima de la gente, y todo eso p'adentro, ¡arsa!, pero con unas luces y una música y una presentación presioso, presioso, mu bonito.....

QUINTA CINTA B 16/LEGIONARIA (5)

....., unas pocas de cosas, y de los ambientes que te llevo contados, ya los tienes tú que conocer de sobra y, si no, por tus libros o por otra gente,

... yo es que tengo esta salú y este genio, que yo soy así. Y además cogí buenas Casas y buenos tiempos para lo mío y me ha ido bien, yo no me puedo quejar. Pero de todas formas, mira que es malo el puteo... Es malo. El de pago. Eso de vivir tú de tus partes y de tus carnes. Porque lo demás no es

puteo, yo no creo que sea puteo si no hay dinero por medio.

Pero el puteo-puteo es malo, hija, tú qué sabes. Hasta un día que te coge sin chispa de gana, a ti o a cualquiera, y venga, a tragar. A mí misma me ha pasado algunas noches, pero hay a quien le pasa mucho y muchísimo, titi: que les pesa acostarse tanto. Y venga: a tragar. Si yo te contara...

Fíjate en la Casa de San Telmo o en una Barquillera, y a qué decirte ya en La Plata, o fuera, en una Madam Petí, lo que eran cincuenta o sesenta duros de entonces, cuando hasta en las Casas de pago corrientes, en la misma de la calle del Marqués de Cadi, iba un hombre y echaba su polvo la mar de bien por diez o por quince duros, con mujeres buenas y que estaban sanas, sin tener que temerle ellos a un sifilazo ni a unas purgaciones ni a un nada.

Pero, ¿y las callejeras?... Que ésas siguieron después de que mandaran cerrar las Casas y por ahí andan. Así, a montones. Y ahora en otro plan. ¿Porque y las de cuatro y las de tres y las de dos duros, antes?, ¡que las había!... Esa parte de la estación, con esas mujeres muertas de calor o de frío en un invierno, acostándose en los vagones abandonaos y viejas-viejas de darle un susto al miedo. O esas madres... Qué cosa más mala.

Aunque mira, tampoco hay que irse a eso; me acuerdo de una que no me se olvida y aquélla era de las de coger una pasta y se veía que la cogía: me la encontré la noche que el del bigotito me llevó en Madrí al restaurán cerca del campo'furbo, que pedí yo langosta y me trajeron media, cortada así a lo largo, y él se tomó unos langostinos de Huelva y carne mechá: otra cuenta curiosa.

Bueno, pues al salir del restaurán, paró él el coche un poco más allá, que había una cafetería con una terraza, y entró allí a llamar por teléfono, porque desde el mismo restaurán no quiso llamar.

Entonces yo me bajé del coche y estuve esperándolo por allí, por la terraza, que estaba vacía porque hacía bastante fresco, no había en la terraza más que una mujer bien vestida y monísima allí sentada en una mesa, un poco estropeada ella pero linda, sola en la mesa con el viruji que corría y con una media borrachera encima, que a lo mejor por eso no sentía el frío. Y, en cuanto me vio, le faltó tiempo para hablarme. Lo que yo le entendí, porque ya te digo que estaba muy puesta; si no tenía seis copas, tenía ocho. Pero la manera de mirar se la entendí ligero, lo que había en aquellos ojos, y me hablaba así muy despacio y sin llorar con lágrimas, ella sentada y yo en pie:

—Móney, móney, otro, boca arriba y móney, boca arriba y móney, y otro, y otro, qué sabrás tú con tu marido...

(Fíjate la inocente: mi marido aquél...)

—Qué sabrás tú las lentejitas que me hacía mi madre. Con su tocino. Con su chorizo. Eso sí que era lo bueno. Móney, móney, boca arriba y otro, móney...

Yo no le dije nada porque qué le iba a decir, pero ya ves que no se me ha olvidado: tenía un amargurón dentro que es de los que no te se despintan.

Y había que ver qué abrigo y qué blusa y lo bien que estaba ella, menos la forma de mirarte tan tristísima y lo que decía, cuando ésa no es de las que están sin un duro, no había más que verla. Y me se puso la media langosta en pie, aquí en la boca del estómago, oye.

Que el puteo es malo.

Me dijiste... socióloga... Con lo joven que eres... Vaya, aquí no soy yo la que pregunta, ¿pero eso de socióloga qué es?, que yo me entere bien ya. Sonar, suena muy bien. Socióloga. ¿Y qué hacen ustedes?...

... A ver, a ver, más despacito. Más despacito... Relaciones de la sociedad, el fattó económico... sí, bueno: el móney... que hacéis unos estudios.. Ah, ya, ya, los problemas y las cosas de la gente, pero no de éste ni de aquélla, sino del montón... Eeeso es... Y cómo vive cada cual, ¿no, hija?... Sí, así lo entiendo divino. Y para eso quieres que te hable y que te cuente las cosas que yo sepa. Yo o el que caiga.

Pero bueno, aunque sea ya demasiado preguntarte: ¿se adelanta algo sacando p'afuera esas cosas y poniéndolas en los papeles, con el lío que es la vida, por Dio?... Porque tú no es que te metas ya en lo que gana éste o el otro, que, aunque te digan la verdá, tampoco ibas a sacar mucho en limpio, creo yo. Es que te metes en todo. Conmigo has venido a meterte hasta con las cosas del amor y de la cama, que es en lo que menos se aclara nadie en el mundo entero, ¿y eso también lo estudian ustedes?... Ah: que sí.

Pues voy a ponerte una comparación y que no te vaya a extrañar, porque a mí en las comparaciones me se ocurre cada cosa rara... yo creo que es que estoy medio majara... Pero no me la voy a callar, verás: me se vino a la cabeza que lo del amor y la cama viene a ser como un pueblo entero con todo, con sus casitas limpias y bonitas y sus cosas escondías y sus florecitas por los balcones y sus ratas y su mierda por abajo, que de pronto salta a su tiempo lo que sea y está todo enredao que no hay quien lo baraje, ¿es mentira?...

Pero ya te dije que yo creo que lo conocí entero el amor, yo creo que sí. Así no fueran más que tres años y medio. Ahora: aquello fue aquello, y con esas cosas sigue habiendo un lío que a ver por dónde lo coges, si ni el mismo que lo está pasando sabe cogerlo y entenderlo, ése menos.

Y además que dure, y que los dos sepan o no sepan que la vida no es más que estar lo más a gusto que se pueda; pero es que hay a quien la vida le gusta y a quien no le gusta y... bueno lo que sea, ya no sé por dónde iba, hija... Mira ese matrimonio ahora en América, que Luis el de abajo me lo leyó ayer en el Diario: un niño con veintiún años que coge y se casa con la viuda del abuelo, o sea con la agüelastra: SETENTA Y SIETE AÑOS, sin un duro la vieja y diciendo el niño que es que le veía a ella, por atrás de las gafas, la juventú tan bonita que ella tuvo, figúrate. En sus tiempos. Y se casan, se meten en el cuarto del hoté y ponen en la puerta el letrero de "*No molestar*", ya me dirás tú. Como si fuera para tener él con la vieja esa atención de los novios corrientes y darle luego un caldito con una yema... Porque para echarle un polvo no iba a ser. ¿O sí...?

Así que a ver, a ver si aquí hay alguien que entienda algo...

Ni los diez sabios de Grecia.

Porque es lo que me decía don Pedro que en pa descanse, el médico. Que, saber, no sabemos ni dónde estamos en pie.

—"Legionaria", ¿no ves las moscas, los chocazos que se pegan por las ventanas sin darse cuenta de que está el cristal? Pues nosotros, lo mismo.

Y yo, "*sí hijo, sí*". Como que me sonaban a una verdá muy grande, coño... Saber-saber, ¿sabes tú algo?... ¿De qué va a ser?: de todo este lío. ¿SABES TÚ ALGO?

Don Pedro... Eso mismo me lo decía de muchas maneras, y él sabía mucho y le gustaban muchísimo todas las cosas antiguas. Y las modernas también. Todo. Y me decía:

—Horte, una cosa que tú no sabes es que esto es muy antiguo, a que no. ¿Cadi?: antigüísimo. No era más que cuatro casas por La Caleta y lo hicieron los fenicios... si no fue gente de mucho antes. Y adonde está el faro había una torre de piedras unas encima de otras, y en lo alto un fuego que no se apagaba nunca, allí encendido de día y de noche para que no se perdieran los barcos, ¿a que no lo sabías? Fíjate tú entonces la gente que ha pasado ya por aquí. Tú

piensa nada más que en la esquina de la Heladería Italiana, es un poner. Piensa en esa esquina y quita la Heladería, quítala. Y la casa entera. Luego quita la casa que estaba ahí antes de ésa, quítala aunque no la llegaras a ver. Y la que estaba antes... ya verás cómo acabas entendiéndome, Horte. Echa p'atrás y empieza a figurarte la de hombres y la de criaturas que han pisado esa misma esquina, esas mujeres y esos niños y esos viejos que se pararon ahí hace un siglo. Hace diez. Hace veinte. Tú imagínate qué caras y qué ropas y qué tipos, y lo que toda esa gente tendría por la cabeza y lo que pasó en verdá. Calcúlate. Y hay muchos que nos estamos creyendo que sabemos, y lo que sabemos son cuatro cosas cuando había que saber cuatrocientas. Y lo mismo pasa conmigo, "Legionaria", y contigo, y con la música, y con la medicina... ¿Sabes tú siquiera quiénes eran tus tataragüelos, a que no? Pues yo tampoco, y soy don Pedro Quintana. No sé ni cómo se llamaban. Ni qué va a pasarnos de aquí a media hora.

Ése era don Pedro, las cosas que decía y la cabeza que tenía don Pedro.

Y el menos engreído del mundo, siendo el que era.

Y ahora espérate que me estoy acordando de golpe de aquellos dos, aquellos dos que me entrecogieron en la misma Casa, en La Barquillera los dos, los que me trajeron a mal traer y lo del uno fue casi detrás de lo del otro; es que tuvo que cogerme a mí una mala racha o que lo del primero me embolsó a lo del otro: ni lo sé; yo lo que sé es que con esos dos ya yo no era más que un coño y dos tetas, que se me aflojaron mi voluntá y mi persona y me llevaron por la calle'La Amargura.

Bueno, eso sí: después de lo de la Regina, que ya te conté que hasta llegó a gustarle la peste del retrete de uno que en el fondo le parecía un tonto'l culo, lo mío con aquellos dos, o con la Paqui, es una cosa como de las monjitas. Y, con todo y con eso, ni se me alcanza a mí todavía lo que me pasó con aquellos dos, ni se me va a alcanzar el tiempo que yo dure.

De uno de ellos, ni hablo. Nunca. Malditos sean sus muertos. Ya me da lo mismo, pero si la pienso aquella maldá, una maldá que me hizo, me pongo a parir: me hizo una cosa que ésa sí que no la cuento. No me la cuento ni a mí, es que me pongo mala. Y hasta medio salí por él de aquella Casa que estaba yo tan bien, porque me entró con aquello la desesperación esa rara mía que, de las tres o las cuatro veces que me ha entrado, nunca me pasó tan fuerte, no

me quiero ni acordar; cuando viene eso así, yo misma me asusto, porque luego lo pienso y es que ni me conozco. Me entra la picá y es como si fuera otra, oye.

Y aquella vez, cuando me vi luego achocá y vi el destrozo que había hecho, me dio un miedo grande, y yo "*¿Pero qué has hecho, Horte?*", porque es que allí en mi cuarto no dejé buenos ni los clavos de la paré, yo no sé lo que tuve que pagarle de reparaciones a la señora: carpinteros, cristaleros... el espejo... Me encerré con la llave y empecé a cargármelo todo con los dientes apretados, que aquello era la fin del mundo. Al finá me lié con los cristales del balcón y me hice unos pocos de cardenales y un corte en la cabeza que, cuando se me pasó la picá, tuvieron que echarme tres puntos en la Casa'Socorro: aquí, mira. Y la cama vuelta y medio rota, el espejo roto, el armario boca abajo en el suelo, ay...

A eso le he dado yo sus vueltas, también se las he dado y ya sé por qué me pasa: eso hace ya mucho tiempo que no me entra, y cuando me entra es porque me veo en un acorralamiento grande y que no sé cómo salir de él. Como la primera vez, en Málaga, con el acoso del que me sacó la foto en el diario.

Y asustarme, me asusto luego y lloro y todo, pero pesarme y arrepentirme, no.

Aquella noche, como me encerré con la llave, tuvieron que echar abajo la puerta de la alcoba para pararme, y si no llego yo a ser en la Casa la que era, me pone la señora en mitá de la calle porque ella no tragaba con nada, y menos con esas cosas ni con los escándalos que salieran p'afuera, y al otro día se quejaron tres vecinos de la calle. De manera que la dueña me cobró el destrozo y tragó con eso, pero ya cuando me volvió a pasar allí mismo, por lo de la brasileña, entonces yo fui la que no tragué, yo ya le veía a la señora una cara muy larga con el miedo de que fuera a pasarme cada dos por tres, ya ella con esa desconfianza. Y entonces fue cuando me salió lo deirme con la compañía de la revista y me fui, y cuando volví ya entré en otra Casa.

Pero aquella vez, ya te he dicho, me entró luego un miedo que hice un poder y se lo conté a don Pedro Quintana y le pregunté que por qué me pasaba eso a mí y que qué era aquello. Y él me dijo, acariciándome la cara en la cama, me dijo:

—Yo también sé lo que es eso, Horte, lo mismo, y eso hay que aguantárselo y, mejor que aguantárselo, acabar con eso, no llegar ni a sentirlo.

Y me dijo que ponerse así y llevarse por delante lo que sea y a quien sea, hay que fijarse en que nosotros somos personas y no bichos; que eso le pasa al bicho grande ese de la trompa, a los elefantes, y que a él, al mismo don Pedro, le venían también de cuando en cuando esos empujones y chillaba y eso, pero se aguantaba el tirón y no seguía porque las personas, como los bichos no podemos ser.

Así que, de aquel hijoputa que me hizo a mí aquello, ni el nombre... Ni el nombre.

Bueno, ¿y si nos tomamos otro dedito de licor?, anda, échalo tú que lo tienes más cerca... Que se me ha secado la boca... hijoputa... Anda, echa... Aaajá, vale... Oye, y venga calor. Para mí que hace ya unos pocos de veranos que no hacía un día como éste.

Lo del otro, lo de Antonio el de Infantería'Marina, eso ya fue otra cosa. Pero muy diferente. Ahí fui yo la que perdí la cabeza y la que lo empujé al chuleo conmigo: que no supe yo llevarlo.

Ése era boseadó aficionado, ¡digo!, y yo iba a verlo siempre en aquellas peleas que daban antes en la murallita San Carlos, al lado de la Plaza'España, que luego pusieron allí con esas mismas sillas un cine de verano, y cada vez que pitaba fuerte un barco en el muelle ya ni te enterabas de la película.

Pues en una de esas peleas le dio a Antonio una estiba un malaje de fuera, de ese pueblo donde hacen los bolsos, que lo dejó esmoreció, sin conocimiento lo dejó, pero luego ganó por lo menos dos, y empató otra con otro y quedó bien en las demás aunque perdiera.

Pero a mí me gusta acordarme de él después de eso, peladito del cuartel y con su uniforme nuevo de la Infantería'Marina que le caía divino aunque, ya tú sabes, cuando una está por un hombre lo mismo te gusta verlo en cueros que de levita o con dos velas de mocos, o durmiendo o jugando a la pelota o enfadado o contento, que eso también me choca que guste lo mismo: eso es de lo esclava que una está.

Él vivía abajo de la Cuesta'La Murga y todos los días cogía su calzón de espó, se iba al ginnasio de la Plaza Viudas, domingos y todo, hacía allí dos horas de ginnasia y además le mandaban por carta unas clases y unas cosas para él desarrollar sus músculos; no veas qué cuerpo y qué abajo más bravio tenía el Antonio, Antonio Lupián.

Pero si no hubiera sido más que por eso, un cuerpo y un abajo bueno, tampoco creo yo que diera para tanto como me dio a mí. Es que gastaba un estilo... Con dieciocho o diecinueve años que tenía. Un estilo... Luego ya lo he visto casado y aplastado con una muy gorda y con muchos niños, y ya él era otro. Pero antes tenía un estilo... La cara y la vo fuertes también, como el cuerpo, y un aguante grande en la cama, ya te he dicho. Oye, y de pronto, así tan tiarrón, decía unas cosas y te miraba de una forma que parecía un chiquillo chico asustao, no sé, como un nene asustao y lastimao sin saber por dónde tirar.

Y yo veía eso con lo otro, con aquella fuerza que me daba un beso en la barriga y me fundía los pies, y me entraba algo como con lo de mi Julio y el Lucas, como si Antonio fuera dos personas en lugar de una: una para el quererse y echarle una mano en el mundo y echársela tú a él, y un macho de jartarse a lo loco.

Llevaba siempre unas pulseras, bueno, pulseras no, unas cadenitas de hierro en las muñecas, que a mí en la cama me daba porque se las pusiera en los tobillos y al finá me traía frita hasta con eso, con no darme el gusto de ponérselas y que yo me rozara fuerte las espinillas y me las clavara un poquito, que también le cogí con él una afición a eso. Como la de Ronda a lo de las gomas.

Y aquel Antoñillo hasta los huesos me sacó a mí; hasta un relicario en oro, pero de la joyería, no de un refino ni del rebusco, que me lo regaló un militá teniente coroné y se lo dejé a Antonio un día y lo vendió. Acabé pagándole hasta las cartas del boseo... Pero mira, con ése no me pesa y además es que yo le di lugar, ya te lo dije. Y los buenos ratos que me dio no hay ya quien me los quite. Buenísimos. Pero también digo yo ahora si valdrían la pena, coño... Porque sí, bueno, ahora lo de él no me pesa ni nada, pero el amor-amor tampoco creo yo que sea eso. Y ese sacrificio grande de una, para que luego no lo sea... Con mi Julio y el Lucas, sí, seguro. Ahora: con el Antonio, así tan esclava no acababa yo de hallarme, y con el que ya te he dicho, peor, maldita sea la leche que mamó. Antonio es que también era muy joven, claro... Tan esclava, y además venga a sufrir nada más que con que miraran a otra, aguantando, pasando un quinario y diciendo yo con las perrerías que me gastaban: "*¿qué?, jésta es la última, por mi madre!*" Pero no hacía más que verlos y como tonta: que se me olvidaba todo y me echaba al suelo, parece mentira que eso te pase. Y te pasa. Y ellos al tanto de mi debilidá, contrimás porque La Legionaria no tenía fama de tonta ni de endeble y me veían

vendidita, así que ellos a un mandoneo y a un pasarse, y una a sufrir: ¿cómo va el amor a ser ese sinvivir, carajo? Y si lo es, que se vaya a la mierda el amor. Eso lo que es una ceguera que sí, que muchos tienen que pasarla y que dará sus ratos buenos, pero malos muchos más y, cuanto antes se termine, mejor. Si una no es uno de esos que les gusta que los martiricen.

Y con uno de esos dos, me quedé yo en dos o tres meses así, como Gasparito. Empecé a perder de mis carnes y perdí, qué sé yo, diez o quince kilos. Con el Antonio, no: con el hijoputa. Así me quedé.

Pero todo el peso que perdía no lo iba perdiendo la cruz de la mujer, lo que es la mujer; el pecho y los muslos no me bajaron, sino, la barriga y aquí en el talle, el cuello un poco y los cachetes, la cara cansadla... Total, que como en lo de mujer no perdía, le tiraba yo a los hombres más que antes, yo creo que más que nunca. A mí que me parecía que estaba hecha un estropajo y qué va: como locos. Algunas noches, hasta tres y cuatro horas esperándome un hombre o dos para acostarse conmigo, cuando aquello estaba así de mujeres y buenas, que eso a ellas cómo les iba a agradar, ellas mirando, de brazos cruzados, y yo ocupada y ocupada, y encima esperándome.

Eso ya era un agobio para mí; aunque ya había salido de los enchulamientos y estaba a gusto, eso era un agobio, que algunas me malmiraran a cuenta de eso, cuando además tenía la contra de creerme que estaba hecha un trapito, sobre todo al principio de verme yo así. Y el que me quitó en verdad esa preocupación fue un pintor, el boina, ese de la boina que vive en Calderón de la Barca, cerca de la esquina de la calle Horozco.

Porque con ése estuve yo todavía más apurá, según lo vi una noche venirse en el salón derecho para mí, que a ése le gustaba yo mucho, y además un artista bueno, con lo que saben ellos apreciar los cuerpos de las mujeres y las cosas bien hechas y bonitas, y que fuera a verme así, delgada y tan cambiada...

Pero al revés: no te puedes figurar cómo se puso el boina cuando vio que yo había aflojado y que estaba con dos ojeras como dos castoras, pero sin perder de mis carnes principales. Porque yo gorda no he estado nunca: ahora y no mucho. Gorda, nunca. Pero con un aliciente y unas mollas buenas, eso sí. De manera que, al quedarme canina y desnudarme delante de los tíos, lo que te he dicho: yo segura de que iba a parecerle un mamarracho al hombre.

Bueno, pues el pintor ese, que es buenísimo y pinta los pueblos y las mujeres y las flores que es que se están saliendo del cuadro (el año pasao o el otro puso él otra vez sus cuadros ahí en el sitio ese de la Plaza San Agustín, que lo vi yo en el Diario), cuando me encontraba sin mis carnes y me quité la bata con ese roe-roe para acostarme con él, pues a que no sabes tú lo que él hizo: yo medio mirando p'abajo, que contra menos me viera tan desmejoré mejor, y veo que él, al verme en cueros, pega con las dos rodillas en el suelo delante de la cama, que yo no sé cómo no se las partió, los ojos que se le saltaban.

Y yo:

—Pero hombre...

A mí me parece que en ese momento no estaba él viendo ni una mujer, sino eso... bueno, las cosas de los artistas.

—Pero hombre...

Y el boina allí de rodillas con los ojos saltaos.

Me dice:

—No hables. No hables ni te acuestes. No te muevas.

Y ése no era de los lamiosos que se le caen las babas, sino un tío muy puesto y sin perder nunca su sitio y muy bien, así que yo, desconcertá.

Me dice:

—Voy a pintarte, Legionaria. Aquí no, ni ahora. Pero yo sé que te voy a pintar.

Para mí que se había tomado antes, mucho no, pero dos o tres lingotazos por lo menos.

No sé si luego me pintaría acordándose él según me vio aquella noche, o si se acordó de otras noches, porque él estuvo después a buscarme unas pocas, estuvo yendo todos los días y esperaba todo lo que hiciera falta. Pero aquella noche, la del rodillazo, mirarme me estuvo mirando más de un cuarto' hora. Y ponte ahí. Y ahora allí, así un poquito vuelta. Tápate el coño con una mano. Levanta aquel brazo. Ahora de espaldas. Que a mí no se me olvide, Horte.

Yo ya estaba hasta pasando frío, y le digo:

—¿Tú que te crees, joé, que yo soy el caballito del fotógrafo de la Plaza'la Catedrá?, ¡venga y vente ya a la cama!

Y él en lo mismo.

Luego me echó dos polvitos, eso sí.

Pintarme creo que también me pintó, pero bastante después, y compró el cuadro un señor de la calle Ancha. Yo no lo vi: me dijeron que me pintó en

cueros, sentada delante de una baranda y con una jaulita con un pájaro atrás mía.

Ahora: porque yo te hable así y te ande diciendo tantas cosas de mí y de lo que yo gustaba, tú no vayas a pensarte que yo estoy toda engreída; yo no me creo de ser la más guapa ni me lo he creído nunca. Ni que una no tuviera ojos en la cara... Y mira que lo he escuchado y que me lo han dicho, pero ya tú sabes cómo son los hombres, y además que no hay más que salir a la calle o meterte en un cine, para darte cuenta de las maravillas que hay por ahí: en hombre lo mismo. Y en cualquier parte. Y como cada cual tiene también su gusto, pues lo mismo que nos pasa a nosotras con ellos: para este de aquí, ésta es la más guapa y la que más se le apetece, y al de más allá, aquélla. O que, aun sin ser más guapa le gusta más, ¿no? Aun sin serlo.

El tirón sesuá ya eso es otra cosa, hay quien lo tiene más fuerte y lo va pregonando aunque no quiera. Y en eso, sin despreciar a nadie, ahí tengo que reconocer que una ha sido una cosa especia.

Sobre todo en los ambientes de las Casas de aquí de Cadi, más fama que La Legionaria, nadie, te lo digo sin ponerme tonta ni darme mérito.

Mira: en la última Casa que estuve, aquello no era ya una Plata ni una Barquillera. Ni con mucho. Yo había pegado ya un bajoncillo y era como uno de esos futbolistas buenos-buenos que ya tienen su edá y, con todo y con eso, entran en un equipo de Segunda y se viene el equipo p'arriba. Por ponértelo claro, como le está pasando al Cadi con Quino, o como le pasó con Eloy. Lo mismo. Así que, cuando yo entré en esa última Casa que estuve, empezaron a ir más clientes Y aunque muchos no se vinieran conmigo, que también se venían, llegaban más porque es que se había corrido la vo y, los que no me habían visto, querían verme.

—Oye, ¿sabes quién está ahora en la de San Telmo?: La Legionaria.

Y en las Casas grandes tantos años, para qué te cuento: allí es que no daba abasto, algunos venían hasta de otras capitales a la calor de mi nombre, y algunos de ellos venían más de una vez.

Y los enamoraos, y los que quisieron liarme y sacarme de la vida (que eso fueron tres, luego te lo cuento), uy, qué sé yo... No había más que mentarme y ya sabían quién era yo hasta las gaviotas del muelle. Por lo menos, sonarle les sonaba.

Y a mí, que creo que nunca me ha picado un orgullo grande, tuve el mío por aquel tiempo, tengo que reconocerlo; porque en mi trabajo es que aquí no había nadie que me hiciera una sombra, y eso que entonces estaba esto así de Casas y de mujeres maravillosas. Pero así...

Y mira tú por dónde, empiezan a hablar de que había llegado a la Casa de las Columnas una brasileña que quitaba todas las tapaeras del sentío, y Tica la brasileña y Tica la brasileña, y los amigos y las amigas:

—Horte, que te ha salido un grano: con ésa te caíste.

Y sobre todo las mujeres, imagínate, refregándome a la brasileña por la mañana, por la tarde y por la noche. Y a mí me daba igual pero ya terminé harta, ya me cabreaba aunque no fuera por el orgullo (que también), sino porque no hacía más que escuchar todo el día el nombre de Tica, que hasta en la peluquería me la mentaban.

Y yo:

—Bueno, bueno, y a mí qué. Ésa y cuarenta serán mejores que yo, bueno.

Eso si no me cogía ya harta, porque entonces mandaba a la mierda a la Tica y a quien me la estuviera mentando. Ya entonces saltaba.

—¿Pero esa mujer qué tiene más que nosotras? ¿Es que tiene un pianillo en las tetas? ¿O una confitería en el coño? ¿Eh?

Y al finá, aunque no me cogiera así malamente, me picaba el orgullo y estaba harta.

Y como yo sabía que don Paco Ros estaba siempre al salto de la novedá, y ya había estado con ella y era muy amigo mío, le dije:

—Escucha, Paco, esa Tica, la brasileña de Las Columnas, ¿de verdá que es tan linda y tan caliente?

Y él, que me decía hechisera y La Generosa.

—Horte, yo no había visto a nadie como tú en una cama, pero, si tengo que decirte las cosas tal como son, ésa no se queda atrás. No digo que sea mejor o peor que tú, pero no se queda atrás.

Y yo:

—Vaya, hombre, mira qué bien, me alegro del ratito bueno que pasaste.

Y ahí aquella noche sí que me picó eso que él me dijo. Pero fuerte. Porque ése era un hombre de mucho paladar y además, aunque andaba siempre con El Friti y todos aquellos cachondos, don Paco nunca me había dicho a mí una cosa por otra, y yo noté que no me estaba diciendo lo de la brasileña para buscarme las cosquillas sino porque era verdá, así que me picó fuerte y, por otro lado, me entró una curiosidá grande de verla a la brasileña.

Y luego otro hombre que iba también por Las Columnas, porque ésa era otra de las Casas de aquí pero buenas-buenas, ¿sabes?, pues ése me dijo que a la Tica, como había hecho fama corriendo, también la traían loca conmigo. Pero lo mismo-lo mismo. Todo el día refregándole a La Legionaria: que ésa sí que es guapa (yo), como ésa ninguna... igual que a mí con ella. Y me dijo que la brasileña también estaba ya harta de mí, sin conocerme.

Al enterarme de eso me entraron todavía más ganas de verla, ya con rabia, ya es que a la fuerza teníamos que tenernos las dos una rabia porque, sin querer y queriendo, la gente nos estaba achuchando a la una contra la otra como a dos gallos de pelea; si llegan a anunciar que íbamos a echar las dos un campeonato o una pelea, se ponen las entradas a mil duros y hay bofetones por un sitio.

Y fíjate lo que son las cosas: como me daba tanto coraje, estaba loca yo por preguntarle a alguien cómo era la Tica y qué tipo tenía; por lo menos enterarme un poco. Pero nunca me lo decía nadie, dio esa casualidad, y el orgullo me aguantaba a mí de preguntarlo. Claro: si lo preguntaba, ya iba la gente a creerse que eso era para mí un cauterio y un sinvivir, cuando no era más que un cabreo grande que yo tenía; con que ese gusto de preguntar cómo era ella, no se lo daba a nadie. Y yo, figurándomela.

Así estaba la cosa, cuando una mañana que iba yo por la calle Columela, me la encontré entre El Palillero y la esquina de Sacramento.

Ibamos a cruzarnos y noté yo una bullida en los hombres un poco más p'allá, porque yo también llevaba atrás la mía, los piropos y los silbíos y esas cosas en cuanto cogía la puerta. Bueno noté esa bullilla, levanté la cabeza y me fijé: la brasileña por la calle arriba.

No tenía nada que ver con ninguna de las que había estado figurándome yo, pero la conocí a aquella mujer como si llevara un letrero con el nombre puesto. Y desde luego, ¡vaya tela!... Una cosa fuera de lo corriente. El cuerpo que ni una escultura y una cara y un pelo divinos, con los ojos claros pero medio negra, mulata, un tostao así fuertecito pero que se le antojaba hasta a un muerto, dos pechos locos, chatunguilla y con la boca grande, ¡unos labios!... Oye, qué pedazo de mujer.

La miro fija y me doy cuenta de que ella también me estaba mirando y mirando. Y fíjate lo que pasó: así de primeras dar, veo yo que se le malhumora la cara un momento, nada más que un momentito, más bien así con una desconfianza la cara, y me di cuenta que yo estaba igual. Pero luego se le anima la vista y también me se estaba animando a mí. Y se viene para

mí y yo para ella y nos damos de golpe dos besos cariñosos, "Mmua, Mmua", y luego me mira de cerca a la cara, poniéndome las manos en los brazos y con aquellos ojos tan lindos, y me dice suavito:

—*Lellionaria...*

Y le digo yo:

—Tica...

Con un revuelo de hombres por allí que no veas; un cachondo aplaudió y todo.

Pues mira, nos cogimos del brazo como si nos conociéramos de toda la vida y nos fuimos allí al lado, al Café de Morante, dentro en un rincón, que estaba aquella mesita con nosotras que daba gloria verla y los tíos mirando hasta por las ventanas y todo el mundo pendiente, ¡digo!, como si estuvieran allí la Marilyn y la Sofía Loren. Yo me tomé una copita de ponche, ella pidió un café y allí nos contamos nuestras cosas; me dijo que, de chiquilla, había estado un tiempo trabajando en su tierra de lavandera y hablamos de todo, porque ella hablaba la mar de gracioso el español, y nos pasamos allí por la misma entrepierna todo lo que decían de las dos. Pero bien-bien la una con la otra, a gusto. A ver si no es curioso.

¿Y sabes tú por qué creo yo que pasó eso? Pues a lo mejor fue porque no nos parecíamos ni en una pestañita, a lo mejor fue por eso, éramos como “el lenguao y la ternera, a gusto pa el que los quiera”; así viéndonos, ella no podía envidiarme nada a mí ni yo a ella. Y las dos estábamos pensando lo mismo la una de la otra, y hartas la una de la otra, pero a las dos se nos cayeron las varillas al vernos y nos despedimos como amigas-verdá, que le dieran por culo a la gente.

Ya no volví a verla más que en una bulla y de refilón, viendo al Nazareno en una procesión de Semana Santa un año o dos después, y así de lejos nos saludamos con la misma satisfacción, “una hemorragia de satisfacción”, como dice Felipe el de La Frasca. Como que es hoy y me acuerdo de ella, y juraría que ella de mí, como lo que te he dicho, una amiga-verdá. Creo que se casó con un forastero pero español, uno de Almería me parece, que tenía un hoté allí en Almería; ya hace mucho tiempo que se fue de aquí.

Una amiga-verdá- Y así de lejos, en la procesión pasó lo mismo aunque, después que nos encontramos en la calle Columela, a los dos o a los tres días ya estaba yo harta otra vez de ella, y me imagino que ella de mí igual. Sin querer. Porque la gente no paraba con lo mismo, que si ella era mejor o yo era mejor, y todo aquel montón de parpallas y de malmeter que no se podía

aguantar; sobre todo después de conocerla a Tica, ya me se hacía muy cuesta arriba aborrecerla, y la estaba aborreciendo, así que un día que me cogió malamente, me entró otra vez después de almorzar el jamacuco ese del destrozo, que ya te he dicho que no me ha pasado más que cuatro o cinco veces: me metí en mi cuarto y formé otra vez la de San Quintín. Pero esa tarde rompí menos porque, como ya sabían lo que era, entraron ligero y me aguantaron entre unas pocas, la Paqui llorando; además, la señora se acordaba del otro destrozo y le había quitado a mi puerta la llave y el pestillo para que yo no me pudiera encerrar.

Y la dueña esa vez también se comió con papas el sofocón, pero luego yo la veía que ya conmigo era otra cosa y que era natural que estuviera ya tan mosca conmigo y con esos arrechuchos míos, así que cogí la puerta yo sola y me fui de vedete con la revista, ya te lo dije.

Tica la brasileña... Qué mala leche tuvo eso. Qué mala leche. No pudimos querernos más que aquellas dos veces que nos vimos: de lejos no podía ser. La gente, que es mu joía. Y en lo nuestro, más. En nuestro trabajo, para qué te cuento. Yo es que me descompongo.

No, no... Sí. Te dije que se casó la Tica, ésa sí. Como la Juana Vázquez, que también. Pero casarse, no: casarse se casaban muy poquitas... ¿Cómo?... No, no: rejuntarse, menos todavía, eso sí que era raro. ¿Irse con un hombre para rejuntarse?: yo y otra, no conozco más. Ahí, cuando un hombre sacaba a una mujer de una Casa, era para casarse. Pero ya te digo que eso era muy raro.

Y la mayoría están deseando que llegue ese hombre aunque, si te digo mi verdad, yo no sufrí nunca por eso. Yo no.

Y las que se casaban, tenían luego sus problemas, no los corrientes, que ésos todas los tienen, todas, sino otros. Sobre todo, el hombre. Eso de que puta la madre, puta la hija, y que la cabra siempre tira al monte, todo eso es mentira y te lo digo yo que me da lo mismo: en las que se casan hay luego de todo, como pasa con las de honra. Está la que a lo mejor se lía luego con otro, y está la que ya no quiere enterarse de más nada, aparte su casa y su marido y su familia. Al revés: muchas de las de la vida salen luego buenísimas para eso, unas mujeres para el hombre y unas mujeres de su casa que dejan a las otras así de chicas, porque estaban deseando de casarse y porque le tienen al

hombre un agradecimiento, para ellas es como si les hubiera caído el premio gordo a la lotería, a pesar de la cruz y de la obligación que es un matrimonio, porque serlo lo es para cualquiera.

Pero, con las que estuvieron en la vida, el hombre es el que tiene luego más contras, eso pasa casi siempre. Porque a él es a quien le toca cargar más con la mala leche de la gente: él ha hecho eso, se ha casao, lo ha hecho de corazón. Pero siempre con la mosquita en la oreja por los demás: a cuenta de los critiqueos de que ella estuvo de puta.

De mi tiempo, muchos de los que se casaban se iban a otra parte donde no la conociera a ella nadie; yo creo que todos los que podían irse, se iban. Pero claro, si el hombre tenía ya un trabajo fijo y venían niños y eso, pues se tenían que quedar por cojones y éstos eran los que las pasaban malas, siempre con el mosqueo de que, yendo ella sola por la calle, o con los niños, se le fuera a echar encima cualquier tío que la conocía, y temiéndolé a las lenguas por mucha confianza que el hombre tuviera en su mujer. Lo de siempre: lo mierda que es la gente.

¡Pero si con las Casas pasa lo mismo! ¡Hasta con las casas! Tú sabes la de años que lleva cerrada la de la Plata, como todas, y ahora vive allí una familia corriente. Bueno, pues un muchacho que había estado muchos años fuera de aquí, va, sube y llama a la puerta por la noche, a las once o así, y sale el señor, que se dio cuenta a lo que él iba y quería hasta matarlo, "*¡sinvergüenza, canalla!*", chillando, que el muchacho por poco se parte la cabeza corriendo por las escaleras, en vez de entender la cosa ese señor y decirle al muchacho: "*no, ya aquí no*", que tampoco era tan tarde ni los había levantado de la cama ni nada: los mismos nervios y el mismo plan de los maridos.

Bueno, en Sevilla yo creo que es otra cosa, allí no; uno de Sevilla se casó y luego al cabo de un tiempo volvió la mujer a la Casa de pago porque, se dejaron. Y él iba a verla allí a la Casa de cuando en cuando, ya como amigos o yo qué sé, y se acostaba con ella y todo y creo que hasta le pagaba, o por lo menos la cama se la pagaba a la señora.

Pero esa que te menté antes, Juana Vázquez, después de casarse hizo por verme y me vio, para desahogarse conmigo de lo que ella estaba pasando nada más que de ver al marido sufriendo con esas cosas las veinticuatro horas del día, y con el genio de punta. Lo que yo digo es que ese hombre no tuvo que haberse casado con ella y, si se casó, lo que tenía que haber hecho era irse de aquí y no se fue, no quiso irse o no pudo y no se dio cuenta antes de

que le faltaban pelotas para decir: "*me limpio el culo con la gente y con todo*".

Daba hasta fatiga verlo por la calle con ella, mirando de reojo para todas partes y del brazo pero fuerte, como si la llevara presa, muy tieso y siempre serio: amargao. Y luego en su casa hacía un poder para que todos esos nervios y esas figuraciones de él no salieran p'afuera. Pero salían. ¡Vaya que si salían!...

Y si se le acerca cualquier hombre a Juana, a preguntarle nada más que la hora o por dónde se iba a un sitio y él lo ve, lo deja allí tirao a mascazos al hombre y no sé si a ella también, a ver si no está feo y no es triste eso, que ya una vez estuvo a pique de pasarles, yendo por el Balneario junto al Hotel Playa. Pero claro: quién va a saber, antes de casarse, que eso va a llegar tan lejos, eso no pueden saberlo ni ella ni él, con las ilusiones y las cosas. Ni pasaba siempre así de fuerte; eso así, yo no he conocido más que a aquellos dos. Pero camino de eso, a muchos más. Lo que es que otros sabían pensar con la cabeza, echarle valor y decir "*para el carro*", sin amargarse tanto la vida.

Al que le sabía a gloria que se casara alguna de las mujeres, era a don Pedro Quintana el médico, y es que él era mu religioso; me acuerdo de que le hizo un regalo a otra de La Plata que se casó, y ésa se casó fuera, se casó en La Línea porque tenía el antojo de casarse de blanco y aquí la conocía medio Cadi y el mismo don Pedro había estado con ella una vez. Y cuando se iba a casar, encima del regalo le dio un dinero bueno y estaba contentísimo, "*ole, ole*", decía. Las cosas de él. Lo ganaba a espuestas pero, lo que es tener guardado, yo creo que no tenía un duro.

Ahora: para lo que don Pedro era muy especiá, era para lo de los preñes, él por ahí sí que no, por ahí le salía el beato y no echaba una mano ni aunque lo mataran. Con todo lo que hacía por nosotras y por quien fuera, pero eso no, de eso a él ni hablarle. Ni de los homosesuá. ¡Digo!: Angelita el de La Barquillera tenía la pobre que ni hacerse de ver cuando don Pedro aparecía por allí. Y no es que don Pedro le dijera na, meterse no se metió con él nunca. Pero que no lo podía ver: que se ponía descompuesto con los que les gusta que les almidonen la solitaria, como decía él.

—Qué asco, Horte, yo es que no lo entiendo.

Lo de los preñes sí lo entendía, eso sí. Y la mar de bien. Pero no tragaba. Llegaba una, de la vida o no de la vida, que la habían dejao preñá:

—Don Pedro, que me viene esto la mar de mal, que yo no puedo, que no tengo a nadie a quien mandarle luego el niño, ayúdeme usté, don Pedro: si no estoy más que de dos meses...

Y él:

—No, hija. ¿Te preñaron?: pues a parir.

A todas les decía lo mismo. Y si es que alguna se le ocurría no escucharlo o seguir llorándole con eso, le soltaba don Pedro una vo que la tiraba al suelo de culo:

—¡¡Que noooo!!

Luego, como le daba lástima, igual le arrimaba un dinerillo o algo. Pero el aborto, no.

Dime, dime... ¿Que si nos pasaba mucho?... No. Y a mí, nunca. En el campo con mi Julio y porque yo quise, que luego la perdí a la niña, ya te lo conté. No: yo tenía mucha cuenta.

Y la gente es que está con eso muy equivocáita. Mucha gente. Yo lo comprendo, es natural que lo esté; la gente qué va a pensar: que en una Casa de pago, o una mujer de la vida, vengan polvos, pues vengan preñes.

Y no, eso no es así. Porque primero está la cuenta que tenemos nosotras con que no pase, los desinfestantes y los potingues que nos poníamos, aunque no hubiera tantas cosas ni fueran tan buenas como las de hoy en día.

Y además, todo lo que se sabe en el oficio para que el bicherazo no agarre, que se sabe mucho, aparte de que un señor de Tetuán calvo y muy gordo, que venía bastante y se llamaba Bendraín o Bendrajín y sudaba muchísimo juh: la cama empapá!, ése me enseñó a mí dos o tres pillerías que, con eso, ya puede la que sea disfrutar a gusto y estar tranquila... Unas cosas raras pero que, teniendo un poquito de miramiento, sirven; ¡no sabía na aquel gordanchón...!

Y si a las primeras de cambio no viene eso claro, pues también se saben muchas mañas para quitártelo de encima: en siendo una de nosotras, muy tonta y muy pava tiene que ser para que le coja un preñe, o es que ella quiere el niño aunque diga que no.

Claro que algunas veces llega sin quererlo, ¿no va a llegar?... Y también hay muchas con una facilidá que yo creo que las preña hasta el Levante, oye, el viento las preña. Y los que tenían que venir, venían las criaturas; los criaba la madre al pecho allí en la Casa, o le llevaban a la Casa el niño cuando tenía que darle el pecho.

Y luego, con la familia de ella, o una mujer que se le daba un tanto y lo criaba, o a apencar con el niño.

Ahora: si era de esas que preñaban ligero, eso ya... Ya para eso, poco arreglo, hija. Hubo una que le iba divino en el trabajo pero que tuvo que irse de "La Otra Maruja", que era una Casa que estaba bien. Tuvo que irse y tuvo que dejar de acostarse porque aquello era una coneja, no hacía más que tocarla un hombre y pum. Y yo le dije, al cabo de seis o siete sustos seguidos que se llevó y dos abortos, y por fin dos niñas que ella tuvo, me acuerdo que le dije:

—¿Quién te arrienda en esto la ganancia, Lili?: para mí que es mejor que te metas a buzo y que, al salir del agua, ni te quites la armaúra.

Y se fue y lo dejó.

Pero ésa es que era también demasiaio: lo corriente es que, si tú tienes cuenta, no hay quien te preñe. Y hoy menos, con la de pastillas y con la de cosas que hay para que no cale, tú las tienes que conocer, claro, y lo que yo no sé es cómo no se entera todo el mundo de esas cosas y siguen las barrigas a la fuerza, cuando eso les trae a las muchachas y a mucha gente tanta ruina: los hijos así a la fuerza es una cosa mala; solteras y en los matrimonios y como sea: una cosa mala.

Los otros días me quedé helá, cuando me contaron lo que había pasado con una chiquilla de diecisiete o dieciocho años, aquí en España, aquí, que se vio con su barriga ¿y sabes lo que hizo?... pues cogió un libro de esos de los partos y se fue a parir sola, guiándose por lo que ponía en el libro, tú fíjate qué rato pasaría. Claro: ella leyendo el libro y guiándose, las posturas y las cosas para parir mejor, sola la criatura y sin que se enterara nadie. Y luego dejó al niño en una iglesia, pero cuando volvió a ver si el niño seguía allí o si lo había arrecogido alguien, la trincó la policía, que tenían al sitio en vigilancia por si volvía la madre. Y resulta que el niño estaba bien, ya lo habían llevado a una Casa-Cuna y estaba bien la criatura, pero ella estaba fatal, que tuvieron también que llevársela al Seguro, de la debilidá que tenía encima y de lo mal que estaba. Yo, ya te digo, es que me quedé fría porque me puse en lo que pasaría la chiquilla pariendo con un libro en la mano, sin más nadie ni más nada. Ella se prepararía antes su agüita caliente y sus cuatro trapos, y venga, a mirar el libro y a soltarlo un poco pa rempujar, ese estorbo del libro con los dolores encima y el rato tan malo, y luego tener que llevar el niño a esa iglesia, haciendo porque nadie la viera, y tener que dejarlo allí con la preocupación y la contrariedad que sería eso para ella porque, si no, ni

vuelve ni la cogen, ¿es mentira? Lo que te dije: que todo el mundo tendría que saber lo de las pastillas y las pildoras y todas esas cosas, y poder comprarlas o que se las dieran, porque un hijo a la fuerza, eso es un contradió, además con la de gente que hay en el mundo, que dicen que ya ni cabemos. Y no te digo por ahí afuera, los negros y los de la India y eso, con el hambre que hay por esas tierras y venga, y luego esos niños como telarañitas y muriéndose como piojos o para engordar las guerras, mira qué bien.

Y con los casaos lo mismo, porque cuando la pareja va malamente, a ver: yo creo que son muy poquitas veces las que pasa eso que dicen de que por los niños se arreglan; al revés, más contradió porque están amarraos por los hijos y van fatal ellos y las criaturas, ¿sí o no?... Y cuando no hay un duro y no ponen pies en paré y vienen muchos, pues por el estilo. A sufrir. Los chicos y los grandes. Poner niños en el mundo pa no sacarlos adelante como es menester... Porque eso de que los hijos vienen ya con un pan debajo'l brazo, tururú. Ésa es otra mentira muy grande que no hay más que verlo, y a mí me suena que el dicho ese se lo inventaron los que mandan y los curas; yo no trago. Vamos... Traer más niños como el que compra medio'kilo carne, según está el mundo de bonito y sin saberse lo que va a ser de ellos. Porque saberse lo que va a pasar con ellos... eso, ni con dinero hay quien lo sepa, ¿no? ¿Así que cómo va a ser, cómo no ve la gente lo que hace?...

Preservativo, no, eso no. Bueno, antes, cuando no había otra cosa, bueno. Pero es que eso le quita el gusto al que sea, es lo mismo que estarte comiendo un merengue con el papel. Y luego, lo feo y lo cochambroso que es. Cuántos hombres no habré visto yo la mar de bien puestos ya p'arriba, y en cuanto se ponían eso, p'abajo.

Un Carnavá llegó El Friti a La Plata en un coche de caballos, vestido de indio de los comboi, y la corona de plumas que lleva en la cabeza el jefe de los indios se la había hecho el hijoputa de condones, yo no sé cómo no me meé, los condones de punta y así p'atrás, todos amarrados alreledó de una guita que era con la que no se les salía el aire.

No veas la que se formó allí con las mujeres, ¡yo formé una...! Porque tengo una risa muy fuerte y que se pega. Y la señora:

—¡Horte, mujer, ya! Que se estarán enterando de esos gritos hasta en la

calle, por Dio...

Y ella con ese apuro, y yo es que no podía cada vez que veía al Friti, que venía con Curro el de las dragas, también de indio, y con el de la ferretería de la calle'la Torre, y con Herminio... el Herminio iba de Búfalo Bi, con su bigote, esa perilla y una guerrera hecha así con una colcha de flecos largos. Y de cuando en cuando hacían los tres como que se peleaban con el hacha y a pi- ñas; no veas la planta del Friti peleándose, to pintao y con los condones por la cabeza.

Ahí sí funcionaban bien los condones, ¿tú ves?

Y Herminio no me figuraba yo que era así, ¡Herminio, mujer, el furbolista, el delantero centro del Cadi!... Como a jugar salía tan serio... Bueno, es que ellos en el campo están muy serios siempre, no se ríen más que cuando meten el go, ya tú lo habrás visto. Y luego Eloy el portero, lo mismo. En el campo o citando iba a verme a La Barquillera. Lo mismo, muy serio siempre; sino que Herminio era de aquí de Cadi y aquella noche de los indios le salió el chirigoteo, y en cambio Eloy era de la parte del Norte, asturiano o bilbaíno y con otra manera de ser.

Ffff... Qué calor, chiquilla...

Pues ése, el Eloy, ése es uno de los tres hombres que estuvo la cosa conmigo mitá y mitá. No estaba ya muy claro si era un querido mío o si no era más que otro cliente de La Barquillera de los especia-verdá, de los amigos buenos-buenos de la Casa y míos.

Por más que, mirándolo bien, el bueno es el que llega, se acuesta, paga y adiós, si te vi no me acuerdo; con ése es muy raro que pueda pasar esto o lo otro. Y luego están los que una sabe que, aunque se vayan mucho contigo, no te van a liar la vida ni se las lías tú a ellos, sino al revés, se la aligeras y les quitas el peso un rato, como a don Pedro el médico o al Friti o a don Rogelio Cano o a tantísimos.

Pero ya esos que se empican, que les molesta ya hasta que tú hagas la vida en una Casa y quisieron sacarme, ya a esos tres les dije yo:

—¿De qué? Yo fija con un hombre, no. Ni salirme de aquí, tampoco, así que ya lo sabes. Mujeres, a millones las tienes. Yo no.

Se lo dije lo mismo a los tres: al Eloy, al señor Juan el del remolcador, y al otro, al Maera Chico.

Claro: tres amigos especia-especia, eso es bonito. Pero ya luego no, porque luego trae sus líos y sus pejugueras cuando te quieren quitar de lo tuyo y a una mujer no le da la gana de casarse ni de rejuntarse ni de salirse de la vida, así que esos tres iban muy descaminaos. El Maera fue el que se lo tomó mejor y con el que estuve más a gusto. Por lo mismo y porque él es muy tranquilo, es muy tranquilo y muy entretenido, El Maera sí.

A Eloy el portero del Cadi, aparte lo serio que era, le notaba yo el angustión del emperre que tenía conmigo. Porque ése, ¿uy: Eloy?... a verme un día sí y otro no y el de en medio, y el encoñamiento le duró unos pocos de meses, si es que no llegó al año. Y en el equipo fueron tan antipáticos y tan malaje que terminaron llamándole la atención de que fuera tanto por la Casa, porque empezaron a meterle al Cadi muchos goles y a perder muchos domingos, y ya era a cuenta de lo de Eloy conmigo, qué tendrá que ver.

Muchos días me daba dos entradas para los partidos y fui dos o tres veces con una de Huelva que estaba conmigo en la Casa y que se vestía de antigua y era saladísima, y yo iba a verlo a él, a Eloy, aunque luego ya fui viendo claro que, gustarme, me gustaba Herminio mucho más. Pero, ya ves, a ése no pude llegar a echármelo al bote; ése, nada; al Herminio, lo que es en una Casa, no lo vi más que en La Plata aquel Carnavá que llegó con El Friti, y conmigo no estuvo nunca: ahí la pringó La Legionaria. Más guapo el Herminio... Un pecho y una cara y un aire...

Eloy lo que era, muy buena gente. Serio-serio: un entierro era. Y corto, alobaíllo. Pero buena gente. Y conmigo, loco. Como que tuve yo que pararlo y eso que el portero era él: venga a forzarme con que me saliera de la Casa y con que me ponía un piso, y yo " *¡que no: déjate de piso ni piso!*", y él venga y venga, ¡más cabezón!... Y lo que te dije: que yo notaba que, a cuenta de eso, andaba él conmigo como si estuviera arrastrando una piedra ya sin poder, como enganchado y sin poder soltarse, con lo ligero que era para los balones. Y así una no está a gusto.

Y a otro de los que tuve que decirle "*ya está*" fue al Maera Chico, el hermano chico, el de los gallos de pelea, que tú eres muchísimo más joven pero seguramente lo conoces porque lo conoce medio Cadi... tiene que ser que ahora no caes. Con ir cualquier mañana por el bar Andalucía y sentarte afuera, en cuanto aparezca ya te dice cualquiera: ése. Ya mayorcillo, claro; más edá de la que parece tiene que tener. Pero bastante más; si era mucho más viejo que yo... Lo que es que está casi como en mis tiempos, mu conservao y mu bien.

Y el último de los tres que se encoñó conmigo de esa forma, fue el señor Juan el del remolcador... que eso fue un caso. Pero de pena.

Al Maera, en cambio, no tuve que decirle más que una vez que, de liarme con un hombre fijo, de eso nada. Una vez. Y que con él estaba yo más a gusto y me hallaba más, porque no le veía ese agobio que les metía yo sin querer en el cuerpo al Eloy y al señor Juan, ese sufrimiento y ese emperre conmigo y venga con los pisos. El Maera, no. Me lo dijo, le dije que no como a los otros y, como ya no volvió a decírmelo, ya yo fui sintiéndome cómoda con él. Si la amistá se echó luego a perder, no fue por eso, sino a cuenta de una pelea de gallos con un gallo suyo, que me vi yo en medio de aquello y... Pero mientras no pasó aquello, con El Maera bien. En cuanto se le quitó la cabezoná de ponerme casa porque se le había ido su mujer, la Tuí, y estaba él solo con la niña y yo le gustaba.

Y además, como El Maera ha viajado tanto y ha visto tantas cosas y le han pasado tantas cosas, a mí es que me embobaba escucharlo, porque es que siempre me ha vuelto loca que me cuenten cosas, eso de toda la vida; y ese hombre te cuenta lo que sea y es igual que si lo estuvieras viendo, oye... ¡Pero si lo tienes que conocer!... Siempre muy arreglao, una cara así redonda con los cachetes gordos, moreno gitanito cuarterón. Y simpático: corriendo pega la hebra con quien sea. Y ya te digo que con su edá encima, pero la mar de bien... ¡seguro que lo has visto al Maera! El más sangregorda y el más tranquilo en el mundo entero.

Estuvo muchos años por América viviendo allí, siempre por la parte que hablan el español, y ahora va también de cuando en cuando a sus negocios de los gallos y a sus cosas. El más tranquilo del mundo. Ése, ya puede pasar lo que pase: se alevanta una guerra o se le muere alguien o se sube el mar hasta las azoteas, y dice:

—Primero voy a tomarme un café.

Y además se lo toma.

Que no se altera por na.

¿Y lo bien que cuenta las cosas de allí de América?: eso y lo que sea.

En Méjico, de joven, estuvo de banderillero con "Rebujina", que era amigo suyo y era también de aquí, y un toro le dio al Maera un cornalón pero bueno. En Aguacaliente fue, tú fíjate el nombre del pueblo...

... un cornalón aquí en el muslo que se lo cosieron en la misma plaza con una aguja grande y con hilo tonto, él me enseñaba el costurón y estaba la mar de mal hecho, con las carnes apegujás unas encima de otras y las puntadas a como cayeran: una chapuza. Y El Maera sabía que iban a curarlo dándole primero una pechá de tesquila para que, estando él borracho, le doliera menos; él sabía que allí las curas las hacían así entonces, y antes del paseíllo había visto por casualidá hasta la botella'tesquila en la enfermería, allí encima de la camilla.

Y como él se vio luego la sangre chorreando por el suelo, les dice El Maera por el callejón a los que se lo estaban llevando pa la enfermería, les dice:

—Sss, pararse un momentito.

Y se pararon y les dice El Maera despacio y muy claro:

—Yo llevo esta corná, vale. Pero si el matador va también p'adentro y sucede algo malo, como los demás que vienen en la cuadrilla son de aquí de Méjico y no nos conocen, a quien hay que escribirle carta si es que pasa algo, es a Fulano y Mengana, calle tal, número tal, Cadi. Vámonos.

Él, tranquilo, y estaba más p'allá que p'acá Pero lo curaron.

Y cómo te pinta El Maera, así hablando, las calles de Aguacaliente y las mujeres de allí y las peleas que había, que las había en algunos sitios a cada dos por tres; de esto hace ya muchos años... Pero a él le gusta mucho Méjico y vivió también en Veracrú y estuvo también en Méjico-la-Capitá. Y en Méjico-la-Capitá, o en Veracrú, creo que fue donde se juntó con otro gaditano, que esto tiene ángel porque ese hombre quería poner allí una fábrica de palillos de dientes al gusto, que los había inventado él mismo. O sea, que al limpiarte los dientes con el palillo, podía luego quedársete en la boca un gusto a plátano o naranja o limón o al sabor que el palillo llevara, y El Maera trabajó en eso con ese hombre. Lo que pasa es que les fue mal porque a los palillos los hacían y les ponían el gusto y los empaquetaban ellos mismos como podían, con otros dos o tres muchachos que tampoco tenían un duro; y hacerles la puntita esa finita era muy difícil, con que no se la hacían más que por un lado y cada uno la tenía de una hechura distinta y casi todos así muy basta, y lo de los sabores al gusto tampoco resultó: el palillo que tenía que saber a limón o a canela (es un poner), pues sabía a otra cosa, y algunos sabían hasta feo y a otros no se les sacaba el gusto, y encima echaban mucho tiempo y salían muy caros y no les podían hacer ni la cajita.

El Maera estuvo también en Méjico en una revolución o una guerra, con su caballo y su escopeta y su sombrero grande igual que en las películas, y después de eso se tuvo que ir con otros dos o tres de allí a una parte de Méjico que era muy lejos y era como un llano sequerón con chumberas, grandísimo, y allí hacía siempre-siempre una calor... Igual o peor que la que hace aquí hoy. Y no sé por qué pero, entre que estaba allí a la fuerza después de aquella guerra, pero estaba bien también, El Maera tardó en salir de ese sitio año y medio o dos. Y él se acordaba mucho de que, en los desiertos esos, en una tabernilla de mala muerte en medio'l campo, sin pueblo y sin na, estaba un borracho allí solo cantando una copla que decía muchas veces "*de repente*"; ese hombre siempre allí, solo y en la misma mesa y cantando lo mismo.

Luego, en Méjico-la-Capitá (esto ya fue en la Capitá), El Maera estuvo viviendo un tiempo de enseñarle a los restaurán y a las casas de comidas y a

los hoteles de allí cómo se hace el pescao frito al estilo de aquí, con su harinita ni gorda ni fina y con el aceite muy caliente ya casi pasao y esas vueltas con arte, poquito tiempo en la sartén. Y El Maera, por enseñarlo, les llevaba a los dueños de los restaurán comer de balde una semana en el restaurán o en el sitio que fuera, y así tiró otros pocos de meses, porque además El Maera, con su tranquilidad y con esa labia, en seguida convencía a los dueños de que, sin el pescao frito al estilo gaditano, no se podía poner un restaurán bueno en ninguna parte, que ya verían como iban a tener que terminar abriendo un freidor como los de aquí y que, si lo abrían, él se iba a encargar de llevarlo. Lo que pasó fue que, como por allí por lo visto, no gusta el pescao tanto como aquí, y como ni el pescao es el mismo ni el aceite es el mismo ni la harina es la misma, pues la gente no pedía en los restaurán el pescao frito de Cadi, y lo de los freidores también frascasó.

Pero donde él estuvo más tiempo fue en Venezuela. Y allí es donde va ahora de cuando en cuando, a hacer sus negocios con sus gallos de pelea, que tiene él los corrales, o los tenía, ahí por Conil junto a la Venta del Colorao, animalitos.

Las cosas que ese hombre cuenta de Venezuela... Seguro que a ti, con la curiosidá que tú tienes, si te las cuenta te se caen las babas... Con que vayas por el Andalucía cualquier mañana, das con él. Ve de mi parte. Tú dile: "*vengo de parte de La Legionaria*"... yo creo que se tendrá que acordar más de los ratitos buenos que echó conmigo que de aquel disgusto que nos llevamos a cuenta de los gallos... Pero ve y ya verás, ese hombre, qué forma de ponerte las cosas por delante: ni un cine ni un teatro ni na, al Maera es que da gloria oírlo.

Bueno, Caracas la conoce él como si fuera esto, igual. Allí en Caracas también estuvo de banderillero y estuvo a todo lo que cayera porque allí toreaba poco. Vivía por un barrio que le dicen... a ver si me acuerdo... sí: La Pastora, ¿a que parece un nombre de aquí, La Divina Pastora y eso?... Pero Caracas es lo de menos: es que, por allí por Venezuela, El Maera estuvo muy lejos, pero lejísimos...

... ya por unas selvas y unos campos como los de Tarzán, que cuando

fueron a darse cuenta, estaban en el Brasil o en Cuba o en un sitio de esos. Y es que El Maera estaba desmayao en Caracas, estaba muy mal del móney y entonces le salió de irse de viaje con unos extranjeros que iban apuntándolo todo y midiéndolo todo, creo que eran alemanes, midiendo las tierras y los sitios con unos metros muy largos en unas bobinas. Y apuntaban los metros que tenían los sitios, y otros de los que iban apuntaban los bichos y las flores y todo.

Pues con esa gente, que llevaban todo lo que hace falta y que le pagaron bien, estuvo El Maera cuatro o cinco meses sin ver ni un pueblo; cuando más, unas chocillas con unas vaquillas, y al cabo de unos cuantos días se cruzaban con un tío muy raro a caballo, y al cabo de otros pocos de días veían a lo mejor tres o cuatro indios mansos que iban para otra parte, ellos siempre por todo lo más solo. Y así llegaron a un río grandísimo que primero era como si estuviera derramao, porque dice el Maera que, mucho antes de llegar a ver el río, pasaron unos llanos encharcaos que no se terminaban nunca, todo como la palma de la mano. Y venga p'alante y venga p'alante, y los pies: *fia fia*, con el fango por los tobillos, y allí tenían que parar y comer y dormir, buscando lo más sequito: menos mal que llevaban de todo.

Y una mañana sale El Maera, que se había despertado antes que nadie, y dice "*¿esto que es, Dios mío de mi alma?*" Aquello era una manifestación: allí paraos en el fango, mil o dos mil pájaros grandes que por la noche no estaban o no los vieron, blancos y de color de rosa, una cosa linda, y que se perdían de vista miraras adonde miraras: allí quietos. Da dos palmadas El Maera, sale otro y pega un tiro, y hacen así todos los pájaros y cogen el vuelo que no se veía el sol, El Maera con la boca abierta.

Y cuando llegaron a aquel río tan grande, eso era ya en la selva.

Y le dice El Maera al capitán de los que iban que si tenían que seguir, que estaba muy cansao y que por qué no se volvían ya. Y le dice el capitán :

—No, señor Maera. Seguir siempre. Cuando llegar momento de volver p'atrás, yo decirlo.

Y El Maera p'alante con los demás, qué iba a hacer, ya solo no podía volverse, y diciendo: me cago en dié, a qué me habré metido yo en esto, yo tenía que haberme quedado en Caracas con la canina y con todo; veremos a ver ahora esta gente el tiempo que me tiene por estos andurriales.

Y ahora fíjate tú que en la selva, según me explicó él, pasa todo lo contrario de lo que sale en las películas, que en las películas está todo el mundo y todos los bichos de la selva metiendo bulla siempre, cuando es al revés: allí no

escuchas ni una hoja porque no hace viento casi nunca y porque, cuando sienten llegar a la gente, los pájaros y los bichos se van o se callan o se esconden, así que tú no te escuchas más que el resuello y los pasos. Además, claro, como hay que ir rompiendo matas y cosas, se enteran todos los bichos y se callan o se van. De cuando en cuando pasa por allí delante tuya una mariposa grande de color, del tamaño de una servilletita de las de los bares, y ya está. To callao. Ahora: si en algún sitio pegas un tiro, no veas ya el aleteo y el chillerío que se arma arriba con los pájaros y los monos. Pero, si no, lo que hay es un silencio. Por la noche ya se oye más y hay otro trajín, porque los bichos y las fieras van buscándose la vida y la gente está quieta, durmiendo.

Y dice El Maera que hay un mono grande, que el chillido de ese mono era de lo que más le llamaba la atención porque le parecía a él que pasaba algo malo, y eso que ya le habían dicho que no era más que un mono.

Y algunas noches andaba también brujuleando cerca de ellos un gato muy grande que los de allí le temen mucho. A la hechura del tigre y más chico pero de malino tanto o más. Sin las rayas. Y más de una noche escuchó El Maera muy cerca el brando de ese gato, así corto y del tirón, *um*, que decía él que le sonaba como el eco de un tablón cuando se cae al suelo y da ese golpe; y El Maera: *"ay me cago en tus castas, no vayas a venir por aquí que te voy a dar"*. Pero es que te lo cuenta de una forma que yo hasta me agarraba a él en la cama del miedo que me entraba a mí misma.

Y luego estuvieron parando en una choza grande a la vera del agua, donde vivía un indio muy viejo que hablaba el español y el habla de allí de ellos, y se llamaba Juan de Dio, la choza a la vera del agua y en medio de los árboles, que allí vio El Maera unos pájaros, como un dedal de chicos y a colores, que se quedan en el aire sin moverse del sitio y que se meten dentro de las flores, y a otro que dice "Cristo fue", pero no un loro de los que hablan sino un pajarito chico que le dicen eso, el cristofué. Y Juan de Dio el viejo les dijo que era mejor que no siguieran, porque ya un poco más allá había indios bravos de los que no se ven con la selva, que ésos mataban al que podían y que él no sabía cómo no se los habían encontrado ya. Y El Maera tenía los tobillos hinchados, que le dolían de tanto andar, y Juan de Dio le dio en los tobillos con una pluma mojada en la pringue de unos lagartos grandes y con pinchos que hay por allí pero que ni pinchan ni hacen nada, son tontos-tontos, y se le aliviaron los tobillos al ratito.

Y en la choza estaba también una india muy mona, que era la nieta de Juan

de Dio y le decían Tuí, con dieciséis o diecisiete años, y El Maera durmió una noche con ella y se quedó loco con Tuí, y le dijo por la mañana.

—Cuando volvamos, como tenemos que pasar por aquí otra vez, te vienes conmigo.

Y ella dijo que bueno.

Luego siguieron por la selva midiendo y apuntando, y tuvieron que matar una bicha grande, como la rueda de un coche de gorda, y, a los dos o tres días de eso, dice uno de los que iban: "*jay!*" Lo miran y tenía en el cuello una flechita larga y finita, como una espina larga y derecha, que llevaba en la punta una cosa como café espeso, y el hombre estuvo a la muerte porque ese café era un veneno malísimo, pero malísimo; no se murió por el canto de un duro y luego se quedó un tiempo como envarao, que le costaba a él trabajo moverse normá. Las flechitas esas, ¿sabes tú?, se esconden los indios y te las echan con un canuto de caña. Las mojan primero por la punta en ese veneno, las meten en el canuto y soplan por la otra parte con una puntería y una habilidá que las flechas se jincan donde ellos quieren.

Y como el capitán de los alemanes vio que aquello se estaba ya poniendo muy mal y que se los iban a cargar los indios bravos, que ellos ni los veían, dijo que no seguían, y El Maera loco de contento.

Se volvieron p'atrás aligerando, y cuando pasaron otra vez por la choza de Juan de Dio, que pararon allí otra noche, El Maera habló con el capitán para que le diera el permiso de llevarse a Tuí, y le dijo que los gastos de ella, de la comida o lo que fuera, se los descontara luego a él de lo que tenía que pagarle.

Y se llevó a Tuí y vivió con ella allí en Caracas, y cuando volvió aquí se la trajo y vivieron por la calle La Rosa y tuvieron dos niñas que son de aquí de Cadi, las dos nacieron aquí.

Y luego, con el tiempo, Tuí empezó a echar mucho de menos su tierra y se volvió a Venezuela y se llevó a una de las dos niñas, ya con ocho o nueve años la niña, y El Maera se quedo con la otra que es la madre clavá, yo no he visto nunca un parecido más grande, por una foto de la madre que me enseñó él. Y ésa es gaditana hasta las trancas, en el habla y en todo, y está casada con un carnicero de la plaza'abastos, mientras que la hermana es venezolana, como la madre, aunque naciera aquí también.

Tuí y El Maera se dejaron como buenos amigos y queriéndose; con la calma de ese hombre, claro, tenía que ser así, que se dejaran bien, yo lo sé por una amiga del yerno. Y ya él no volvió a casarse ni a arrejuntarse, aunque estaba con el capricho mío; lo que pasa es que yo le dije que nanay.

Pero a él le pesó que ella se fuera, le pesó mucho, porque además siempre me decía que lo que más le gustaba en el mundo eran las indias de allí y las gitanas, tú sabes que se parecen mucho. Y contrimás jóvenes y más pobres, más le agradaban al Maera, descalzas y así con esas carnes morenas y esos pechos tan lindos, más duros que una piedra, y ese pelo negro y esas caras raras pero bonitas.

—Es que las miro y me entra una debilidad, Horte —me decía.

Y no sé si fue en Méjico o en Venezuela, no, esto no, esto fue en otro sitio de por allí...

... en Nicaragua me parece, no me hagas mucho caso, donde me contó El Maera que no lo mataron por un pelo, de joven, porque vio en una tienda, que él se estaba comprando unas gafas de sol, a una indita de ésas con un indio pero vestido de español con sus pantalones y su chaqueta corrientes, que estaban comprando también, y El Maera perdió la cabeza así de pronto. Perdió la vista y la cabeza y empezó a coquetear con ella una cosa deseará, y ella mirando, ¡¿cómo?: que le había gustao también El Maera!... Y el indio llevaba en la mano un machete y lo alevantó de golpe contra El Maera, que por poco no lo descabeza como a una gamba, y él tuvo que salir corriendo por las calles porque, además, todos los que estaban en la tienda se pusieron contra él y, si no se quita de en medio ligero, cogen y hacen con El Maera una olla de menudo. No paró hasta la fonda.

Pero él puede contártelo mejor que yo, y decirte bien dónde le pasó eso.

Lo que yo no sé es cómo, gustándole al Maera las gitanas y las indias y las carnes morenas, la tomara conmigo como la tomó, porque yo no las tengo.

Bueno, y si yo con él no terminé así bien, fue por otra cosa, ya te dije que a cuenta de los gallos, que me dijo que tenía un gallo lindo, y:

—Anda, Horte, vente el domingo a verlo, que pelea el domingo.

Y fui al circo de los gallos y, cuando yo vi lo que era aquello, me cagué en

los mismos muertos de los gallos y de la pelea de gallos y de todos los que estaban allí mirando, y a uno que se puso en pie y fue a decirme algo cuando ya me estaba yendo, le pegué un bolsazo en la jeta que lo senté otra vez en el asiento.

Y le digo luego al Maera:

—¿Y eso es lo bonito de las peleas de gallos y eso es lo que tú haces?

Y él:

—¿Pero qué pasó, qué pasó?

Claro, yo creía que los dos gallos, lo que hacen es una fuerza a ver quién puede más, pegándole aletazos y con las patas al otro, y algunos picotazos. Pero cuando yo vi aquello lo que es y cómo se habían puesto los animales, que eran ya dos trapitos y que seguían y seguían, me puse mala. Me levanto y digo lo más fuerte que pude:

—¡Yo me cago en los muertos de tos ustedes, canallas y cabrones tos!

Oye: porque los tíos poniendo dinero tan tranquilos y tomándose sus copitas, y los gallos, uno era ya una pelota de sangre, allí tirado en el suelo, el otro con un ojo colgando, y yo: "*¿pero y esto?*", ciegos los animales, sin soltarse y ya sin poder, y todos aquellos tíos como castillos, pues sin apartarlos y cada vez más contentos, yo no he visto una cosa más hijalagranputa.

Y luego El Maera:

—¿Pero qué pasó?

Y como vi yo que, con esa tranquilidad suya y todo, ya iba a echarme la bronca, lo paré y le dije:

—A mí no me vuelvas tú a decir más que vaya a una pelea de ésas, se ha terminao. Y lo que yo no sé es cómo no me lié allí con todos ustedes, ¿te enteras?

Entonces El Maera se quedó malamente y se fue sin acostarnos. Menos mal, porque a mí tampoco me se estaba apeteciendo. Ya fue dejando de ir en busca mía, y es que aquello de la pelea de los gallos nos salía p'afuera a los dos y nos echaba a perder la cama.

Y ya para terminar con esos tres que te dije que quisieron sacarme de la vida y vivir conmigo, el pobre infelí del señor Juan el del remolcador, aunque lo de él me da hasta fatiga contarlo... Fatiga me da... ¿Qué?... Que sí, que sí

que te lo voy a contar, tú tranquila... ¿Pero cómo que "*tiene que ser bonito*", qué dices?... Para mí que las cosas que te estoy contando, todas estas cosas son bonitas o son feas, claro. Pero que no me pega: "*bonito*", No me sonó... "*Bonito*"... A ver si te vas a creer tú ahora que todo esto es una novela.

Y además lo del señor Juan, de bonito nada. Pero nada.

¿Te enteraste bien de todo lo que te dije del Maera y de su manera de ser?... Pues aquel pobre infelí del señor Juan, todo lo contrario. Y ése tenía que ser el que la cogiera más fuerte conmigo, más que Eloy todavía. Qué malaje tuvo aquello... Un hombre con una mujer y con cuatro hijos, ganándolo a lo justo y que tendría que maldecir cuarenta veces el momento en que se le ocurrió ir por La Barquillera y verme y venirse conmigo. Qué embarque, hija... Venía el pobre con un abrigo vuelto que desde luego le estaba mejor al difunto, un abrigo a cuadros así grandes que aquello era una casapuerta. Y yo me daba cuenta de que él no había querido liarse así, sino que se había liado y yo estaba siendo la ruina para ese hombre. Empezando por el gasto. Aunque no fuera más que el de los polvos. Que además me llevaba de regalo un montón de chucherías, y se gastaba lo que no ganaba: y yo dándome cuenta de lo mal que iba, y de lo que le había caído encima conmigo.

Verlo, daba ya pena. Muy canosillo ya y uno de esos que te resbala la vista por cima, muy corto de genio: un infelí. Pero él en lo mismo: que tenía que sacarme de la Casa, y que por lo que tú más quieras, y que ya saldríamos adelante como fuera, fíjate tú qué plan.

Y en la cama yo veía claro que él estaba sufriendo más que disfrutando, se quedaba agotado y una noche se volvió un rato de espaldas y me senté yo en la cama y le miré la cara y estaba llorando. Esa noche fue cuando yo dije: "*fuera*".

Porque además, como lo estaba pasando mal de dinero con la perra que él tenía conmigo, y la familia estaba pasándolo mal, yo me enteré de que la mujer iba a denunciarme o a hacer cualquier cosa, que estaba como loca, y además a él le daba ella lástima y quería a su familia, así que dije: "*fuera*".

Pero aquello costó un trabajo, no fue cosa de dos días ni de tres. Y tú me dirás si una tiene la culpa de que pasen esas cosas, ¿es que no pasan también con las mujeres que no están en la vida?, ¡¿cómo puta ni puta, joé?!: ¿es que no pasa con las demás?

Y yo al finá le dije:

—Juan, me hace usté el favó: si usté viene por aquí otra ve, se lleva a otra porque yo ya no me voy con usté, yo no, se acabó.

Si no llego a ponerme así, hasta hoy.

Pero cállate: que la mujer no lo sabía que yo había terminado con aquello y un día viene a la Casa a verme pero en plan farota y poniendo el mingo; ya entró a chillidos limpios con "*¡¡¿adonde está ésa?!!*", sin querer escuchar nada de lo que yo le estaba diciendo. Una de esas desgraciás que siguen siendo como niñas chicas nerviosas y que no entienden lo que es la vida y se ahogan con un pelo: no entienden la vida o no les da su gana entenderla.

Y yo:

—Pero mire usted, mujer, que eso se ha terminao ya.

—¡Putá, tú lo que eres mu puta y una ruina, que te estás comiendo a mi hombre, puta! ¡Y yo te voy a sacar los ojos!

Digo, y queriendo tirarse ya para mí (allí en mi alcoba, solas las dos), y yo aguantándome como podía:

—¿Pero no le digo a usted que eso se ha terminao? ¡Ya está! ¡Además, que ni yo lo traje ni yo he querido embarcarlo conmigo!

Oye, y nada.

Hasta que le entró algo a esa mujer que ya no sabía por dónde tirar. Daba entre pena y asco verla, pegándose y pegándome y armando el numerito... ¡vaya de la playa! Y contrimás la calmaba yo y más razones le estaba dando, pues ella a peor. Hasta que, con toda la lástima que me dio al principio, me tuve ya que poner de mala leche y la saqué de la Casa a empujones y a patadas en el culo, y ya le dije:

—¡Si no fuera usted tan mierda, no le hubiera pasao eso! ¡So mierda, mojón! ¡Que eres un mojón y te estoy hablando y ni te enteras, con esa cara'coño que tienes!

Así que me puso al finá que, si la sigo viendo, la dejo allí en el sitio con toda la pena y con todo: ¿pero tú te crees que una puede ser así en la vida?... Porque es que ésa se notaba que estaba así con todo, la amargaba lo que fuera, que ya el marido también me había dicho algo y ya yo sabía que ésa estaba desajustá y que no iba en la vida con un ojo p'afuera, puesto en la gente, y el otro ojo p'adentro de ella misma, y los dos ajustándose, como decía mi Julio y tiene que ser. Y si ella estaba mal de los nervios y no tenía un mando, ¿tienen los demás que tragar con lo que se le ocurra a ella o al que sea?, ¿a santo de qué?...

... Luego, cuando ya se fue la tía, a pique estuvo de entrarme mi cosa, y yo horrorizá porque me la veía venir. Eso del destrozo y de cargarme otra vez lo que fuera. Sino que dije: "*no, Horte, esto no es como otras veces, esto no es*

poblema tuyo, Horte, no lo es". Y sabiendo ya que no lo era, me pude yo aguantar y no me entró eso.

Oye, otro licorcillo.

¡Anda, tonta, si entra solo!... Pero ya el último, ¿eh?, que luego no vamos a poder ni ponernos en pie y te vas a hacer un lío hasta con las bobinas: fíjate por dónde va ya la botella.

...Ya está: como El Maera me contaba siempre esas cosas y esos viajes que me gustaban, me se quedó una maña, me se quedó la maña de preguntarles a todos los embarcaos que se acostaban conmigo dónde habían estado. Y, si me lo decían y había tiempo, entonces les preguntaba cómo eran el sitio y la gente, ya por preguntar que no quedara, y así me fui enterando de muchas cosas. Aunque, claro, si llega a ser El Maera quien me las cuenta... porque la mayoría de los embarcaos no tenían ese arte suyo ni por pienso. Cuántas veces no tenía yo que sacarles las cosas de la boca:

—Anda, ¿y qué más?

Un tío antipático, un sobrecargo, se me molestó una noche, y eso que la tenía toda por delante porque estaba de dormida. Pero estaría él de malas y me dice:

—¡Déjame ya, que yo he venido aquí a echar polvos y no a dar explicaciones!

Antipático. Y con muy mal genio el cabrón.

Pero otros no, muchos no, y hasta les hacía gracia que yo les preguntara tanto por sus viajes, porque a la gente le cae bien que le hablen de su oficio. Eso cuando no me traían unos regalos de fuera que eran para caerse de espaldas, ¡como en la copla!

*mira qué vestío,
mira qué brillante,
de Holanda me lo han traído
dos niños amigos míos
de la Marina Mercante.*

Uno que se llamaba Méndez me dijo que Londres era grandísima. Él iba mucho allí y le gustaba bastante.

Y me contó que, en la misma Holanda creo que era, las mujeres de la vida, unas chinitas divinas, se ponen sentadas en un escapatito a la calle, y cuando entra un hombre echan su cortinilla y allí mismo lo hacen, a ver si no está simpático eso.

Luego, en una calle de Nuevayó, Méndez vio a un perro que era de un negro y que leía en un libro señalando las letras, ¡el perro!, y sacaba con la pata cuentas de números sin equivocarse, las sacaba a una seña que le hacía el negro.

Y un sitio que a él le gustaba especia era Buenos Aires, Buenos Aires le gustaba muchísimo. Allí él, todo. Los tangos, las mujeres, los sitios, la carne, todo, que la carne la hacen allí por la mañana temprano en muchos establecimientos como aquí los churros; el humito ése bueno, todavía con las calles vacías, pues allí es de carne, no son los churros. Y tú has estado por ahí de juerga y andas cansao y a gusto y con hambre, y entras en un sitio de ésos y te ponen un pedazo de carne recién hecha, tierna como el agua.

Y en Génova-en-Italia, en unos hornos que están en unos callejones allí a la vera misma del muelle, hacen panizas como las que se hacían aquí. De las de harina de garbanzos.

Y también me contaban muchas cosas del trabajo de ellos, y de la pesca, los patronos de los barcos de pesca, de los de alta mar, que no sé si sabrás tú que, lo que es pescadilla y merluza, es muy difícil ver una viva porque, como están muy abajo, al sacarlas con las redes se les revienta el buche y salen ya muertas, a que no lo sabías...

Y ésos, los de altura, ¡ay las que les tocan!... Dos y tres y cuatro meses en la mar, sin ver su casa y metiéndose por lo peor con la niebla y el frío y los ventarrones y los maretazos, y lejísimos, porque por esos sitios malos es por donde está el pescao bueno; contra más mala sea la mar, mejor es el pescao y hay mucho más, mira si tiene coña.

Y ellos me contaban los trabajos y las fatigas que pasan muchas veces, y lo bonito que es cuando el troli o la pareja jalan del copo, lo sacan del aguarlo alevantan encima del barco y cae al barco esa troná de pescao, que allí hay de todo, rapes rebujados con yerbajos del fondo y con caracolas y merluzas, y salen pintarrojas, congrios, bacalaos, de todo, y muchas cosas de la mar con las hechuras más raras del mundo, algunas como ojitos, y todo moviéndose, y

muchos pescaos que no sirven y los tienen que tirar.

Un amigo mío que es de Motril y que venía en un barco de ésos, se cayó al agua en invierno aquí, ya con el barco en Cadi, en el muelle, de esto hace poco, y cogió una pulmonía o algo peor que se le pasó a la cabeza y a todo el cuerpo, y ya estaba muerto. Pero muerto. Lo llevaron al Seguro y allí muerto, con dos gomas en la narí y dándole de comer con el gotero, y al lado el televisó ese con la rayita que es la marcha del corazón, ay, allí días y días.

Y yo que había estado con él unas pocas de veces, y que se había portado divino conmigo, pues me enteré de lo que había pasado, me arreglé y fui a verlo aunque él ni conocía ni nada; los ojos a medio cerrar como los de un muerto: nada. Y cuando llegué arriba, en el Seguro, me enteré de que estaba allí la mujer, que había venido de Motril, y estaba llorando como una Madalena y yo deseandito preguntarle si estaba él mejor, pero dije "*no, que esta mujer puede formar aquí la de Dios es Cristo*". Así que, como él no conocía y además era la hora de las visitas, estuve por allí como si fuera a ver a otro de los graves, yo haciendo el paripé, y allí lo vi tirado boca arriba, tan grande y tan fuerte, con un pecho de metro y medio y esas gomas por la narí, ay. Y ya fuera en el corredor, aproveché que la mujer estaba sentada a la vera de él, y le pregunté a la señorita qué tal estaba, si se iba a salvar. Y entonces me dijeron la señorita y el médico que estaba muy mal, que lo más seguro era que se muriera porque también le había cogido la cabeza. Pero no se murió, oye, lo salvaron. Y estaba muerto y lo salvaron. Lo que no sé es cómo se quedaría.

Uno de los patrones, don Venancio Botana, nos mandó un año en La Plata, para la señora y para mí, una canasta de una arroba que aquello era una pintura: tres merluzas así de grandes, lenguados negros de los de medio kilo y cinco o seis bogavantes grandes, que en la Casa acabamos todas hasta aquí de pescao, en sopa, y frito, y guisado con papas, y en salsa verde con chícharos, y cocido con mayonesa: dos días comiendo pescao.

¡Y otra vez lo llevé yo misma, que salí en un barco y pesqué, digo, yo también!... Pero, claro, eso fue aquí al lado. Una cosilla en el día, en plan excursión.

Pregúntame más despacito lo que sea, porque es que ya ni me entero, hija. Ya entre esta calor y el tiempo que llevo hablando... Dímelo más despacito...

Ah sí, que te dije antes que yo en lo nuestro me descompongo. Claro, ¿no me voy a descomponer? Me descompongo porque es que no hay derecho a eso, no hay derecho. Tú fíjate nada más en cómo nos mientan a nosotras. La gente. ¡Pero todos, los de arriba y los de abajo!... Dicen:

—Una puta. Ésa, una puta.

Como el que dice que es un gato o un conejo: "*una puta*", ya está.

Lo dicen y ya no ven más que una tía muy pintá y muy maquillá, boca arriba en una cama y con lujo o sin lujo, como el gato de Angora y el callejero, o el conejo fino o el basto. Pero lo mismo: gatos y conejos. Y nosotras, putas. Todas iguales. Como si cada una no hubiera venido de donde vino y no fuera la que es, con su vida y con su manera de ser, como las tienen los bomberos o los de las colocaciones en los despachos o las del Teléfono.

Precisamente, tú quédate bien con lo que te digo, precisamente entre nosotras, hay de lo más distinto que tú veas, en educación, en el tipo, en todo... ¡si es que es así!, ¿no te das cuenta?... Pero qué va: "*una puta*", con eso ya lo dejan dicho. Nos han visto en una Casa o en un cabaré o por la calle, o se lo han dicho, y venga: todas a la misma canasta.

Bueno: que nosotras hagamos lo mismo (¡que ni eso, ¿eh?, ni eso!), o que en una Casa nos diera a las mujeres por estar con el ojo en las demás, a ver qué blusa se ha puesto ésta, cuando era una Casa bien, o a ver quién es la que se ha llevado a la cama a éste o al otro, o que gastemos unos truquitos y unas palabras que siempre son lo mismo más o menos, ¿y qué?: eso es igual que cuando las del Teléfono meten su clavijita, o los bomberos sueltan las mangueras con esa habilidá que las sueltan, o cuando los de las colocaciones se meten por bajini con el de al lado o con el que tienen por encima, que los ponen verdes, o hacen sus papeleos y sus cosas en sus máquinas de escribir... ¿Y ya por eso son iguales?

"*Una puta*"...

Mira: la que yo he conocido de mujeres de la vida, yo cómo voy a acordarme: lo que te digo es que de lo más diferente que tú te puedas calcular.

En las mismas Casas de La Barquillera o La Plata, aquello era una colección, fuera aparte de los cuerpos y de las caras: las maneras de ser. Pero de lo más diferente.

Primero estaban las tristes y las alegres, que, para alegre, una ya tranconcilla con el pelo colorao y largo, Mina. O sea, se llamaba Fermina pero se había dejado Mina porque decía que le habían puesto nombre de

barbero. Y ésa, de alegre, era ya hasta un mareo. Siempre contenta. Riéndose con nada y pegando brincos, a pesar de que la pobre mojaba poco pan con los clientes: oye, pero más contenta que un chiquillo chico con los patos del Parque. Le sacaba punta a lo que fuera. Y Pepa la Caballo es lo mismo.

Claro que tampoco es normá: tristes y tristonas y aburridas, yo creo que muchas más. Una que se llamaba Cristina Ruiz, a ésa me parece que no llegué a verla contenta de verdá. Pero nunca. Bizquilla de un ojo, aunque con un cuerpo que acababa con todo, y siempre estaba así de hombres. Cristinilla... Y la Paqui misma que ya te conté, ésa menos pero tristona también, tan joven y siempre calladita. O aunque estuviera de charla: tristona. Una falta de ánimo, yo qué sé. Y a ella también le iba muy bien en el trabajo, lo que es que cada cual tiene su genio.

Ahora: triste-triste, una doña Amparo que tenía la señora en La Plata y que, cuando entré en la Casa, dije yo para mí: "*¿pero esto qué hace aquí?*". Y además, mayor, ya casi de la edá de la señora. Y hablando muy bajito, suavito, que muchas veces ni te llegaba el metal de la vo y te tenías que acercar: "*¿qué, qué dice usté?*" pero hablaba agradable. De negro, muy seria, que le dije yo a otra:

—Ésta a lo mejor es que iba ahí a la novena de San Antonio y se ha equivocado de sitio.

Pero fíjate cómo me quedé cuando fui viendo que esa señora no era de las que tenían menos trabajo según me figuré yo al principio, yo dije "*ésta, ni una rosca se come*"; ¡pero si yo me creí que era una parienta o una amiga o algo de la dueña, que estaba echando unos días con ella!... Y cuando la vi haciendo salón, me quedé fría. Lo que pasa es que no hacía salón más que de cuando en cuando, cuando a ella le parecía y con nosotras casi no se trataba, las horas de comer y muy poquito más, ni quería que ninguna entrara nunca en su cuarto ni nada, aunque tampoco tenía una soberbia ni le daba un mal trato a nadie. Antipática no era, sino eso: muy seria y muy suya.

Claro, es que la dueña se las sabía todas y, si la tenía allí, era por algo, porque la mayoría de los que se iban con doña Amparo eran hombres también mayorcillos y de los formales, aunque, de gente joven, también se la llevaba alguno de cuando en cuando por el capricho, porque ya tú sabes que, de pronto, a ustedes la gente joven se le antoja lo que sea. Estrujaos, también se iban con ella bastantes. Y, fijándose bien, todavía estaba bien de cuerpo y en la cama debía tener su arte.

Imagínate lo que iba de doña Amparo, así con todo ese golpe del "doña", a

cualquier chiquilla con diecinueve o veinte años de las que venían de los pueblos, se metían a servir aquí en Cadi, venía el barrigón o ese virgo p'afuera porque eran guapas, y ya flechás a las Casas de pago. Y ni catetas ni nada, mentira: había de todo, y, sobre todo en las Casas buenas, había cada presiosidá de los pueblos y del servicio, que habían estado de criadas, que ya quisieran otras de bonitas y de simpáticas. A su estilo, claro. Y con una salú y unas carnes duras, y esos cachetes coloraitos, que ya los quisieran muchas.

Y al estilo de doña Amparo, pero todavía mucho más a su estilo que ella, una señora viuda que estuvo también en La Plata, que ésa sí que era de llamar la atención aparte de ser la primera mujer que se puso aquí en Cadi botas altas. Pero no de las de cuando llueve, esas brillantitas que se llevaban tanto, sino botas camperas de hombre hasta aquí, hasta la rodilla. Y ésta, joven, treinta o treinticinco años tendría: doña Amparo, menos de cuarentinueve o cincuenta, nada. Pero esta viuda de las botas que te digo, ésta era de muy buenísimos pañales, del Puerto Santa María. Guapota. Y simpática. Pero en su sitio. Ella, en su sitio siempre, como la otra. Una calen- tona de fama en la Casa; creo que se echó a la vida dos o tres años después de quedarse viuda y que se echó por gusto, no por una necesidá; hijos no había dejado, me parece, y uno del Puerto me dijo que había salido del marido a fuerza de llevarle la contra y darle sofocones, un señó importante de allí del Puerto. Pero eso no lo sabía nadie.

Para mí que ella tenía que ser uno de esos culos de mal asiento que ni viven ni saben vivir con nadie porque se malhumoran con nada, y todo tiene que ir como ellas quieren y muchas veces ni saben lo que quieren, a lo mejor porque les fue malamente o porque no supieron llevarlas: que están mejor por su cuenta y hasta más tranquilas, y sin echarle encima su guerra y su vinagre, de las puertas p'adentro, al que tienen más cerca. Y si es un tío, lo mismo, que no encajan bien con la pareja. Pero lo de la muerte del marido de ésa no llegó a saberlo luego nadie, porque además le debió luego de mejorar un poquillo el genio, en cuanto se quedó viuda, y después cuando entró en la Casa.

No: de lo del marido no se enteraron allí en la Casa. Lo que es que muchos hombres se quedaban impresionados con ella, ¡esas botas, ese señorío!, y no se iban con ella por lo mismo, porque ella imponía sin querer, sin motivo ni razón, y además los tíos se creían que luego iban a encontrarse en la cama a un sargento chillón, o mucho miramiento y reverencias por lo fino, cuando qué va... Y me parece que al dejarnos yo y el Antonio, el de Infantería'Marina, ella anduvo unos diíllas como detrás de él, pero siempre

sin salirse del tiesto, ella a su aire, y al finá me parece que no se lo ligó.

Luego, aparte de las serias y las alegres, estaban desde las que no sabían leer ni decir buenas noches hasta las educás-educás como la Kiti, ya te lo conté, ella siempre con un libro. Y de hablar, eso hablaba lo que le echaran. Bueno, del francés es que a la Kiti le preguntabas lo que fuera, el niño o el pan, o la luna y el sol, y te decía corriendo cómo se dice en francés. Eso y lo que fuera: te lo decía al momento y sin pensarlo. Y fijo como un clavo. Porque me quedé yo con dos o tres palabras, que me callé mi boca y me las aprendí de memoria, y luego se las pregunté a don Paco Ros y era verdá que se decían en francés así. Y ya en inglés, no veas: claro, es que era de Gibraltá, que están los ingleses, y ella misma era inglesa o medio inglesa la Kiti. Me acuerdo de que le decía a la luna en francés la lin, y en inglés le decía al caballo el jorze. Bueno, y con el español nada de hablarlo así a trompezones: lo hablaba como tú y como yo. Así que vete viendo si la Kiti tenía una educación y lo que sabía: por eso estaba casi siempre leyendo un libro, poesías, lo que fuera, cuando no estaba baldá de las palizas que se daba en la cama con los tia- rrones... qué sería de ella, dónde estará ahora ese cuerpecillo, Dios mío. Si es que está.

Y en educación no era ella la única: en La Barquillera estuvo otra que tenía ya hasta los papeles de la carrera, aunque no la había terminado, Chari, muy bien ella y con gafas, que se las quitaba a la hora de los clientes. Y era ya practicante o enfermera, así que allí en la Casa no había que llamar a nadie cuando alguien tenía que ponerse una inyección, porque Chari venía corriendo con su estuchito y todos los avíos, y casi no se notaba el pinchazo. Y bueno, ésa se pasaba con sus libros casi toda la mañana y después de almorzar, porque quería terminar sus estudios y luego irse de la Casa y de aquí de Cadi para trabajar con su carrera en otra parte, pero creo que alguien metió la pata con lo de siempre: que era una puta y que estaba en tal sitio. Y, después de eso, ya formaron una que Chari tenía que irse fuera, a Córdoba creo, a que le hicieran allí los examen y las cosas. La carrera no sé si la acabaría o no, y todo porque ella se estaba ganando la vida en una Casa de pago, cuando alguno de los que se fue de la lengua y le echaron la zancaílla y no la dejaban hacer sus examen, iba luego a esa misma Casa a disfrutar y a echar su ratito bueno sin que nadie se metiera con él: qué de hijos de la gran puta hay.

¡Ah, oye, y una con unos pies...! Ésa no era de por aquí. Unos pies que no los veas de grandes. Y tenía un mérito: que salía a hacer salón con unos zapatitos plateaos pero así de chicos y de estrechos, de esos finos. Porque

vestía muy bien. Bueno, pues se sentaba con esos zapatitos a alternar con los hombres allí en la sala o a charlar con nosotras, y, como no podía ya más, se quitaba un zapato. Se lo quitaba y empezaba el pie a dar de sí, que al ratito cogía media alfombra el pie: una cosa.

Y de pronto había alguna así hasta feorrón, porque en los gustos de los hombres entra de pronto lo que sea, y a esas feorróns, si son simpáticas y saben ellas desenvolverse, tampoco les va peor que a muchas de las guapas, y las señoras lo sabían y las tomaban en las Casas.

Ahora, fea y borde... ya eso no. Eso no.

Borde-borde, una que entró en La Barquillera, que entró por guapísima, y, con toda su guapura, cuatro días duró allí dentro: la señora no. La señora no tragaba con que su Casa pareciera, de buenas a primeras, cualquier patio peleón, y aquélla no veas qué lengua, qué chillerío y qué desplantes, porque además era muy atravesá, más atravesá que una tranca. Y ese amargamiento se le salía hasta por los tacones y se le iba a eso, a que no sabía estar.

Y en esos cuatro días, se disgustó por hache o por be con las mujeres y con los clientes, medio se peleó con dos o tres, y dijo la señora:

—¿Qué?: fuera.

Guapa, cantidá. Pero de qué les sirve en este trabajo a las que tienen ese genio, ¿no? Había que oírla.

Y una que tuvo muchísima fama en La Barquillera, yo creo que casi tanta como yo pero es que tenía diez o doce años menos, era una que le decían Manolita La Verde porque no se vestía más que de verde: los vestidos, el salto de cama, la bata de trabajo, la ropa interiód entera, todo en verde, y porque era muy verde también en la cama, como yo: los tíos, de culo, y eso que Manoli no hablaba nunca ni para saber la hora: es que no abría su boca. Como que, los primeros días de conocerla, yo ya creyéndome que era muda y no: una vo ronquilla pero hasta bonita; a lo mejor no hablaba por no gastarla. Eso era lo más callao... ¡para que digan que las mujeres no hacemos más que charlar! Y, por lo visto, eso también les gustaba a los hombres, ese silencio de La Verde. Yo lo entiendo: hay que ver, en todo el santo día, la de cosas que se hablan y se escuchan y que no van a ningún sitio, ni para distraerse sirven: se encuentra un hombre con una cara y un cuerpo como el de Manoli, rubia, con esas carnes apretadas y a un tono dorao, y ese cuerpo lindo, llenita

sin estar gorda, y que ni habla ni paula, y a ver si eso no es un descanso.

Y La Verde de trabajo tenía, ¡uh!: para el patio y la casapuerta. Había uno, oye, un embarcao, que algunas noches pagaba más del doble por venirse conmigo y con ella, aunque no en plan de cama redonda ni de remonta moruna, sino por separao; algunas noches estaba primero conmigo y luego con Manoli en su cuarto, y otras noches al revés, primero con ella. Terminaba con una y ya estaba la otra preparada en la alcoba, porque él pagaba más que si fuera pa la remonta moruna, se dejaba toda la pasta que hiciera falta, así que, cuando terminaba con una, no tenía que esperar a que estuviera la otra desocupé y se iba al cuarto de la otra a medio vestir o, si había poca gente en la Casa y no veía a nadie por el corredó, lo pasaba en cueros y tapándose abajo con la ropa, sin ponérsela.

Y, con todo lo callada que era mientras que yo no lo soy, me llevé muy bien siempre con Manoli.

Yo estaba con un antojo de verle el cuerpo, pero me daba un apuro decírselo; tenía esa curiosidá y no era por acostarme con ella porque me gustara, sino porque tenía la curiosidá, y más por lo del embarcao que se gastaba todo aquel dinero por estar con las dos. Pero me daba apuro. Oye, y parece que ella, yo no sé cómo se daría cuenta de mi antojo, que una mañana que iba yo por el corredó, abrió la puerta de su cuarto y me hizo una seña así con la cabeza para que entrara. Cierra y deja caer al suelo el salto de cama, que estaba recién bañada, y la vi enterita, divina, todo esto sin media palabra. Y le digo:

—Muchas gracias, mujer, tenía yo el capricho de verte y parece hasta que me lo adivinaste.

Y luego me enseñó todas sus cosas y el ropero, que tenía mucha ropa y hasta las ligas eran verdes, pero todo de un verde bonito, así en verdes oscurillos o al revés, muy claros. Y un traje verde y blanco, floreado y con pájaros grandes, que todavía me acuerdo.

Manoli era de La Carlota, por la parte esa de Córdoba o de Sevilla, y un día que le cogió así raro, ella, que no hablaba nunca, se lió un rato a hablarme de su pueblo. Pero un buen rato que yo estaba ya hasta asustá, yo ni la conocía: *"chiquilla, no hables tanto que vas a caer mala"...*

Me contó que a su pueblo lo había hecho un rey hace mucho tiempo, llevando franceses o alemanes a que lo hicieran y para que hubiera gente por esa parte, y que ella era de los tipos así entre franceses y andaluces de los puros de allí de La Carlota, que ya hay menos porque luego fueron llegando

más de por aquí, pero que todavía quedan. Y ella era de los puros y los típicos: el rubio naturá del pelo, como el trigo, el corte de cara, todo, y la piel morena tirando a doraíta.

Y me dijo también que, siendo ella una muchachilla, llegaron de Sevilla al pueblo, en dos coches, unos señores que estuvieron preguntándole a la gente del pueblo por eso de los franceses, y buscando papeles antiguos donde los municipales y en la iglesia. Esa gente le hizo a ella fotos y le dieron a la madre un rollo grande con el apellido, que el apellido de la madre ya era francés o alemán, y hablaron también con el padre y con el panadero y con muchos, siempre de lo mismo; en fin, la gente que estudia esas cosas. Pues igual que tú: a preguntar y a saber de aquí y de allí.

Ahora: yo no sé si con lo del ropero-con lo del ropero, que Manoli La Verde me tuvo todo el tiempo de la manita, y con lo de enseñarme el cuerpo según me lo enseñó, con una picardía, y con el besillo tan largo que me dio en la boca al despedirme en su puerta, quiso decirme ella algo o no. No lo sé. Lo que es que a mí no me se apetecía; a lo mejor esperaba Manoli que diera yo un pasito más, y ya. Pero como no lo di...

Mira que no me estoy acordando más que de unas pocas de las que yo he conocido: unas pocas nada más, y a que son de lo más diferente, ¿lo son o no lo son?...

Más claro, el agua. Y tienen que serlo desde que esto existe, que yo creo también que es de toda la vida.

Oye, y al propósito de esto, había unas beatonas, y también unos jovencitos de hoy que no saben todavía ni adonde están en pie, que dicen que el trabajo nuestro ha venido con todo lo de ahora y es una cosa de la gente moderna, vamos, de hace poco tiempo más o menos. Y alguno y alguna de esa gente jovencilla hasta te lo porfía. Anteanoche mismo estuve yo porfiándole que no a una muchacha, una así un poco regordía, amiguilla de Juanito el de abajo, el de Luis, y no hubo manera, coño: la más cabezona en el mundo.

Y ella, venga: que si las cosas cambiaran del todo ya no iba a haber más mujeres de la vida y que si los caudales y el dinero eran los que tenían la culpa, y a cada momento venga con que yo qué sé del sistema y venga con el sistema y que este oficio lo ha traído el sistema, cuando esto es más viejo que andar p'álante. Y se ponía negra conmigo cuando se lo decía, oye, no quería

ni escucharme cuando le decía que no, que esto del puteo es de toda la vida, ¡porque es que lo es!... Mira, pues como yo no le veía la punta a lo que me decía ella, ella negra conmigo, ya como si en lugar de estarle explicando las cosas, lo hubiera inventado yo, o fuera yo también de lo del sistema que ella decía y tuviera yo un capitá. Bueno, tú sabes que, cuando ya alguien se pone así, es mejor no discutir más y dejarlo por imposible. Ya podías decirle lo que le dijeras, y le dije lo que yo sé. Pero ella, nada: su cabreo; no se escuchaba más que a ella y todo lo que tenía metido en la cabeza. Hasta que dije: yo a qué voy a discutir más, anda y que te den por'saco.

Pero tú que eres de estudios, tú seguro que me das la razón, que este oficio es muy viejo, a que sí... ¿Cómo?... ¡¡Claro, ¿ves tú?!... Si yo lo sabía... Y tú lo sabes lo mismo que yo, y es porque tienes una educación. Yo no, yo es que soy curiosa y me fui quedando hoy con una cosa y mañana con otra.

Don Paco Ros ya me hablaba a mí bastante de eso, pero bastante, porque él sabía que a mí me gusta escuchar lo que sea, y de esas cosas, más; escuchar lo que quieran hablarme, eso es mi delirio. Y luego otra gente también me lo fue diciendo, y don Pedro Quintana igual, un día que se lo pregunté.

Y don Pedro:

—¡Uy, Horte, por Dio, si es lo más antiguo que se ha hecho!... ¿Pero tú por qué lo quieres saber?: porque te quieres enterar de todo. Y eso es bueno. Eres como el gato de mi casa, que metes la narí y la patita donde sea.

—Seré así, don Pedro.

—Mira que lo que me has dicho, niña... ¡casi nada! ¿Cobrar las mujeres por sus carnes?, eso desde que el mundo es mundo. Y yo no digo que esté bien, no; aunque yo venga a verte, no digo que esté bien, ahí no me meto ahora. Pero que siempre ha sido así, eso desde María Madalena y antes. Pero mucho antes. Ahora: si me meto a hablártelo, se quedan hoy mis enfermos sin sus visitas... ¡uno que se va!

Me lo dijo una mañana, porque algunas veces él no venía a verme por la noche, sino por la mañana temprano.

—¡Desde María Madalena y mucho antes!... Adiós.

Con el tiempo que hace, y me parece que estoy escuchándolo...

Desde María Madalena, fíjate tú, ella igual: esa que lloraba tanto que por eso se dice lo de llorar como una Madalena. Y eso fue en los tiempos del Señor, que tú sabes que se la encontró y la perdonó. Y ella era una mujer de la vida, de las callejeras por más señas. De manera que desde los antiguos, y eso no se ha terminado. Ni va a terminarse así como así.

Y don Paco Ros me contó también una historia de un rey antigüísimo yo no sé de qué parte, que se empicó con otra y no paró hasta que no la sacó de la Casa y se casó con ella y la hizo reina. Y la familia del rey y los ministros y todo el mundo, negro con eso que hasta hubo un montón de guerras, pero ella nada, ella con su corona puesta; lo que pasa es que no me acuerdo cómo se llamaba el rey, un nombre muy difícil.

Y en otro sitio de hace una barbaridá de tiempo, eso del polvisqueo con el primero que caiga era hasta de las cosas de la religión, me dijo don Paco; había una especie de iglesia con el santo y todo, o una santa creo que era, que era la patrona de todas ellas porque allí dentro no había ni un hombre, no había más que mujeres, era el templo pero allí en lugar de curas había unas muchachas de blanco, pero no de blanco de novia: otra ropa. Y ésas lo que hacían era acostarse con los que iban a buscarlas, allí mismo o donde fuera. Pero vamos, eso antiguo-antiguo, de los romanos y eso. Lo que no sé es quién cobraba, si cobraban ellas o el santo.

Déjame decirte bien todo esto porque me está gustando. Me está gustando que, tú que sabes, me des la razón, y no aquella mierda de niña que se creía que sabía tanto y me hizo gastar pa na un jarro de saliva, y tuve que terminar diciéndole:

—¡¡Bueno, se ha acabao!!: pa ti la perra gorda.

Ah, y otro sitio es Francia, ya esto creo que un poco después pero también hace mucho tiempo, que en Francia ha habido muchas mujeres de fama, con el rey y eso, que primero han sido putas, pero cantidá, y cuando yo digo putas es que trincaban móney, un tanto y venga; si no, no lo digo. Francia sí, en Francia ha habido siempre una soltura grande para eso y una gracia.

Y en América, lo mismo, las artistas, Jólibu, las del cine, ésas todas o casi todas, que los que hacen las películas las veían tan guapas y pagaban lo que fuera menester, y lo pagan, para que salgan de cualquier Casa de Nuevayó o del sitio que sea, y luego ya las ves haciendo de emperaora o de monja o de madre de familia o de lo que le toque. Y como sean buenas artistas, a ver quién puede calcularse que habían estado antes diciéndole a cualquiera: "diez dolla o buenas noches". Sobre todo cuando hacen el papel de madres de familia, eso es que te llama la atención porque es que estás viendo una madre de familia clavaíta que, si no se supiera lo que se sabe, tragas con ese papel y con el que sea y te parece que es verdá.

Y ahora digo yo: y esas que se casan por un interés, sin gustarle el hombre y sin na, a ver lo que pasa con ésas, ¿no viene a ser lo mismo?... Claro, se han

dado cuenta de que lo que él está es ciegucecito y han dicho: "*¿sí?: pues ahora voy a cobrártelo. Y yo voy también a correr mi suerte, pero yo más sobre seguro porque, de momento, tengo en la mano esta carta de que tú estás por mí, y yo voy al matrimonio con los ojos abiertos y tú cerraos, y yo no te quiero pero ahora cojo y me caso contigo y ya estoy asegurada y en lo mío*". Muchas lo hacen hasta sin maldada, lo hacen porque es lo que se hace, sobre todo como se vivía antes. O sea, no es que vayan buscando el money ni lo que él gana o tiene (aunque también), pero venderse se venden lo mismo y hasta con una ilusión.

Y otra cosa que yo sé, tú me dirás si sí o si no. Antigüísima también, esa la más antigua de todas y que también tiene mucho que ver con todo lo que estamos hablando: lo mismo que hoy en día, bueno, tú sabes que se casan muchas muchachas y les dan los padres al matrimonio dinero y eso... bueno, pues cuando no había ni dinero, porque no existía el dinero siquiera (tú échale tiempo), entonces le daban al muchacho de lo que había, vacas o trigo o casas o barcos o lo que fuera. Y eso tampoco es que ella estuviera cobrando, al revés, pero venderse se vendía ella lo mismo. ¿O no?... Lo de siempre: el interés por medio y trincando y, si no, pues nada.

¡Qué me alegra que me digas que sí, sin ponerme ni un pelo en contra de lo que yo me barruntaba, qué bonita eres, hija!

Qué bonita pero qué preguntona: ¿cómo?... ¡No preguntas tu na!... Y la calor en todo lo suyo; ni la hora de la fresca se ha notado ni se está notando... Verás: échame un dedito de licor. Uno solo... Eso... Y échale agua... Más, más agua... Sí, porque si no...

De manera que me dices que sí a todo y ahora me preguntas si estoy conforme yo con que las cosas sean como son. ¡Y yo qué sé!... Con unas cosas sí, con otras no. Con muchas no, hija. Pero que me vengan a mí por cojones con que lo nuestro es de ayer por la mañana, eso no, o que digan "una puta" como quien dice "una pescadilla"...

Ah, espérate... una cosa graciosa eran unas que les decían "Las Tres Iguales"... Como los números de la lotería. Tres hermanas mellizas pero iguales-iguales, y a ellas les daba coraje que las confundieran en la Casa los hombres y hasta nosotras mismas, que estábamos viéndolas todo el día. Pero cómo no las íbamos a confundir, si es que eran tres gotas de agua. Y hasta en

la forma de hablar y en todo; algunas veces hablaban a la par, y otras veces como los tres patitos del pato Dona, decían entre las tres lo que fuera, y luego también les daba coraje de eso porque lo habían dicho así un poquito cada una. Valer de físicamente no es que fueran ninguna cosa, pero que era gracioso verlas a las tres haciendo salón, y además que eran monillas; a lo mejor ya había quedado con una de ellas un hombre, y si se distraía una miaja se llevaba a otra de las hermanas, a ver si no es un caso curioso.

Mira, y como les daba coraje, se vestían las tres distintas, pero con eso arreglaban muy poco, seguía pasando lo mismo. Si ellas van y se ponen cada una en una parte del salón, a lo mejor cambiaba la cosa y ya estaba más clarito quién era ésta y quién era la otra, pero como la gracia era también que se parecieran tanto y llamaban la atención por lo mismo, decía la señora:

—No, no: juntitas. Que los clientes no se aclaren.

Y desde luego no se aclaraban, pero así y todo era como ellas ganaban y dejaban más dinero,, aunque una de las tres, eso lo sé yo, no podía ni ver a los hombres, un odio una cosa mala. Que no tragaba con el follisqueo ni con la cama, ya ves qué carrerita la suya.

Pero una cosa que a mí no me caía bien era que a otra de "Las Tres Iguales" le gustaban las cosas *DE ALLI*, ya tú sabes lo que te estoy diciendo, lo de los muertos, los muertos que vienen y hablan por la mesita, y todas esas cosas raras que me traían a mal traer.

Y se lo dije. Se lo dije.

—Cualquier día te pasa algo malo con eso.

Pero qué va: ella, los muertos y la mesita. Y como a la señora le encantaban también esos trajines... Pero encanté. Claro, como a ellas les agradaba...

Mira, yo no sé eso de los muertos. Yo creo que, si es verdá que vienen, tendrían que venir un poquito más, ¿no?, verlos bien un poco, que dijeran con su voz normá alguna cosita... Ya que se toman ese trabajo y vienen... O a lo mejor es que ellos no quieren hacerse más de ver. O no pueden. A mí no me hace gracia. Que estén por ahí, bueno, pero eso de que lleguen dando golpes en una mesa, hablando raro o moviendo tres cartas, y que tenga que estar todo oscuro, así por qué: no me gusta, así lo que puede echarse encima no son más que ruinas o malos ratos.

Porque, ¿sabes lo que pasó en La Isla en una de éstas?... Cualquiera sabe lo que fue aquello, no lo sé, hija, y además fue hace muchísimos años. Pero que una vieja... una vieja de la gente de La Isla donde pasó aquello se ponía que no quería ni hablarlo, descompuestita, eso lo vi yo. Porque a esa mujer, que

vivía por la calle Diego Arias y iba por la Casa de San Telmo a vender quincalla, se lo preguntó la dueña más de una vez, hasta delante mía, y la vieja se lo contaba...

... claro, se lo contaba con tal de tenerla contenta y de vender, pero se ponía que no veas. No veas. Un color se le iba y otro se le venía. Y eso que el susto se lo llevaron siendo ella muy chica y, cuando yo la conocí, tenía ya cerca de ochenta años pero con mucha salud y la cabeza bien, y era muy limpia y muy tranquila: menos cuando hablaba de aquello que pasó en su casa.

Y es que a la madre y al padre de esa vieja les daba también por lo de juntarse a llamar a los muertos, y una noche que habían llamado a uno con los golpes y las cosas, se presenta el muerto con unas ganas, que dos de los que estaban alrededor de la mesa le llegaron a ver la cara, tirando al gris oscuro y llena de bultos y con el hueso asomándosele así un poquito por los cachetes y por la frente, y una cosa por atrás de la cabeza, una cosa que no se veía bien pero que era como si hubiera gente corriendo y peleando por allí atrás de la cabeza del muerto, sin escucharse nada, y de pronto paraba eso, oye, como cuando en el cine se queda to quieto que no se mueve, o en la tele, ¿no lo has visto?... Y luego seguía... Y eso y verle la cara no fueron más que dos, pero todos los que estaban, que eran cinco o seis, también vieron una luz mala que no gustaba, como un barullo de candelas meneándose despacio por el suelo en un rincón del cuarto pero sin dar calor ni hacer ruido, igual que una pelota chica de ascuillas así entrelargas y temblonas como gusanos grandes reliándose, y oyeron rajarse las cortinas, que algunos, sentados y todo, por poco se caen al suelo de la misma impresión porque es que, con el susto y con los nervios, no podían ya ni alevantarse. Y cuando ya pasó lo peor y fue entrando la gente en caja y encendieron la luz, hasta los que no le habían visto la cara al muerto, como también lo notaron a su vera, pues sentían ellos como si se la hubieran visto y hablaban de lo mismo sin que los otros dos, los que lo vieron, hubieran dicho todavía ni esto.

Y no sé si lo de la mesa-camilla fue allí mismo o fue en otra parte con otra reunión: que la mesa-camilla ya no estaba. Bueno, estaba en el suelo pero hecha un polvito fino, el tablero era un redondel de ceniza y las patas, en su sitio, así unos montones de ceniza un poquillo más grandes. Y eso pasó sin peste a quemao y sin nada, y estuvieron cinco o seis días sin barrer aquello

para que lo vieran los vecinos y la gente, y fueron dos curas y todo.

Y la familia de esa vieja, que ya te he dicho que cuando pasó eso era muy chica, quiso con el miedo hasta mudarse de la casa; lo que es que no andaban bien de dinero y estaban muy bien allí y por eso se quedaron, pero ya con el sobresalto de que el muerto hubiera aprendido el camino y le diera por volver; creo que el que se apareció era el padre de una de las muchachas que estaban allí, que no sabía su gente lo que fue de él y decían que había muerto en América, en Montevideo me parece, porque un buen día cogió la puerta y ya no lo vieron más.

Bueno, ¿pues y otro muchacho también con el padre, que el padre era maquinista del tren y vivían por San Severiano, más p'allá de donde estaban las Cuestas, entre San Severiano y la Segunda Aguada?, ¿y lo que le pasó a ese muchacho?... A mí me lo contó una noche, y me lo creí y me lo voy a seguir creyendo mientras viva porque ese muchacho era al estilo de Conchi la Cojita, no le gustaban las tonterías ni las pamplinas, ni él se hacía ilusiones con na y era un hombre formá que ni hablaba de eso para que no lo tomaran por tonto ni por loco, ¿él?... ¡bueno era él!...

... ea, pues ese muchacho trabajaba en el muelle, de listero, y el padre siempre estaba por ahí, llevando los trenes. Vivían los dos solos porque el padre era viudo y el muchacho no tenía más hermanos. Y el padre, lo mismo llegaba del trabajo o se iba en cualquier momento, de día o de noche, que tardaba en aparecer cinco o seis días cuando lo mandaban lejos. Y una noche se despierta el muchacho porque oye la puerta de su cuarto o notó algo durmiendo, y ve desde la cama al padre en la puerta muy triste y cansadísimo, sucio de carbón que casi no se le veía la cara y allí quieto, mirándolo muy triste. Y le dice el padre:

—Adiós, hijo, y él lo vio y lo oyó la mar de bien. Tanto es así que, como el muchacho estaba medio dormido, aunque a él se le pasó por la cabeza un momentito que el padre ya llevaba dos o tres días por ahí,, pues tampoco le chocó que le dijera adiós en vez de hola porque siempre estaba viniendo o yéndose, a la hora que fuera.

Adiós, hijo, mirándolo-mirándolo muy triste, y él con tanto sueño que ni le

contestó. Pero lo oyó y lo vio tal como te estoy viendo yo a ti ahora, y, antes de dormirse otra vez, se le ocurre mirar el reló de la mesilla de noche y ve que eran las cuatro y media. Y por la mañana, a eso de las diez, llega un telegrama de urgencia diciéndole que había habido un choque de trenes por la parte de Levante, ¡tan lejos!, y que el padre se había muerto, y luego se entera el muchacho de que el choque había sido a las cuatro y media de esa noche, oye, en el momento que él vio al padre despedirse de él... Y todo con tan pocas cosas de muerto asustando ni de cosas raras... pero tan clarito-y tan de fijo lo que pasó según lo contaba él, que ya tú me dirás si eso no es pa llamar la atención. A ver si no lo es. Y encima... Espérate, espérate que ya no sé por dónde iba... Qué calor.

Qué calor, hija...

Esto... Ah, bueno, lo de las mujeres, sí... Las mujeres...

Juana Vázquez, Juana... Ésa es otra que me acuerdo mucho de ella y que me parece que ya te la menté antes, sí: la del marido con esos celos, que anduvieron los dos por la calle'La Amargura. Pues ésa era también de Barcelona, como la catalana del Friti, pero los padres eran de aquí de Cadi, del barrio La Viña, y los abuelos eran de aquí, y ella se vino con diecinueve o veinte años como me pasó a mí, así que también es ya de aquí, y era muy amiga mía. En La Barquillera.

Muy mona. Monísima la Juana...

Había empezado de bailaora en Barcelona y estuvo en dos compañías y luego frascasó, no lo sé por qué pero frascasó como artista y ya dejó a la familia y se fue y se echó a la vida. Se echó aquí. En Valladolid o en Madrí fue donde dejó el arte, y un hombre se la trajo aquí a Andalucía, vivió con él dos o tres meses y luego se metió en la vida.

Y ésa siempre estaba en su cuarto. Pero siempre. No salía más que cuando tenían que vernos los clientes, o a alguna precisión, y juntaba las cosas más raras que tú te puedas figurar. Lo guardaba todo, pero muy bien puesto y cada cosa con su cosa. Juntaba caracolas y hasta las almejas vacías de la playa, era como una niña chica; si se encontraba en el arroz con almejas alguna así un poquito más rara en el dibujo, la apartaba y se la llevaba al cuarto y la ponía con las demás. De abanicos, veinte o treinta tenía allí, chicos y grandes, y fotos de toreros y de artistas flamencos, eso todas, y estampas y llaveros y

alfileres del pelo, yo qué sé, todo en cajas de carne de membrillo y azafrán, de esas de lata. Y ella siempre con sus cosas, entresacándolas y mirándolas y sobándolas, y no salía a la calle más que los domingos por la mañana, un rato, a ver si encontraba más. Pero, aunque estaba con esa torrija encima, no vayas tú a creerte que era tonta: ni un pelo. A mí me parece que es que no quería enterarse de nada de su puerta p'afuera, de nada, y que se había quedado como cuando una tiene nueve o diez añillos, con unas ilusiones y unas cosas que a mí me daba hasta pena. Mirando a la paré como atontá, así fijo... y luego, que cambiaba de parecer más pronto que nadie, hoy decía verde y mañana colorao. En lo que fuera. Pero sin alterarse ella ni malhumorarse: nada más que como si ya no se acordara.

Y yo, los días buenos:

—¡Chiquilla, espabila, Juana, vámonos a dar una vueltecita, vámonos a la playa!

Pero qué va.

—No, no, Legionaria.

Siempre:

—No, no tengo gana, otro día. Vete tú.

Y yo no salí más de una vez por quedarme con ella, me daba hasta fatiga verla tan sola y tan encerrada allí, yo ya contándole algunos días hasta los cuentos de mi abuela Pepa y eso sí le gustaba. Le conté el de Ramón y La Mora Muerta, qué bonito, y el de Los Tres Perros, y el del Pulgarcito y los hermanos, y uno que le gustó especíe fue el de ese que se llamaba Cristobita y se metía dentro de un gorrión cada vez que él quería y, dentro del gorrión, se enteraba de todo lo que le convenía, y cuando no le convenía a él, no había quien diera con él porque estaba escondido dentro del gorrión, y así llegó a rey, qué te parece. Y Juana, loca.

Ahora: lo que disfrutaba ella con sus cosas, es que se le caían las babas. Demasiao. Ya te he dicho que cuando salía era algunas mañanas de los domingos al rebusco y a los baratillos, que están los domingos allí en la plaza al lado de los churros, y allí encontraba ella esas postales y esos alfileres viejos y esas cosas. Ella se entretenía así, y fíjate que allí en la Casa no había ni radio y entonces no había televisión ni na ni na.

Pues se casó, ya te lo dije, y cualquiera sabe si estaba mejor como estaba,

allí en la Casa.

Ese hombre estuvo con ella tres o cuatro veces y luego la sacó de la Casa y se casó con ella, uno del Dique. Se fueron a vivir por el Corralón de los Carros, detrás de la Audiencia, y yo qué sé lo que salió de allí de su cuarto cuando Juana se fue; empezaron a salir los caprichos del cuarto al patio, que aquello no acababa: dos viajes tuvo que hacer el carrillo'mano nada más que pa las colecciones y las fotos y las almejas y los caprichos.

Luego creo que se le quitó la manía, o sea, siguió juntando sus cositas pero salía con su marido a la calle las veces normá y corrientes, como todo el mundo, aunque luego él se amargó y la amargó porque había estado en la vida, y él con los celos y todo ese sinvivir y esa mierda. Pero allí en La Barquillera, Juana estuvo dos o tres años que, aparte esos ratitos de los domingos por la mañana, no veía el cielo ni por el patio.

Y otra curiosa-curiosa, ésta en otro plan, ésta con mucho ángel, era una de Huelva que le daba por vestirse a estilo artista pero de las antiguas, que eso hoy en día casi no se fijaría nadie, pero hay que ver lo que era entonces; entonces daba el golpe: se vestía a la moda de hace treinta o cuarenta años y era joven y guapa, no era una vieja-manía.

Se ponía esas camisitas negras con el cuello de piqué blanco en redondo y muy grande, con sus encajes, como los de las telefonistas de antes o las Niñas de María, con mucho colorete en la cara, bien puesto, dos rabos así de grandes de pintura en los ojos y una falda casi hasta los pies, y luego se echaba una boa de peluche, y, cuando la señora llamaba a salón, venga a pegarle boazos a los hombres por encima del hombro, en plan de mujer fatá pero con una gracia y sin tomárselo tampoco a pecho, o sea, ella en el papel, haciéndole ver al hombre que era de cachondeo pero liándolo que no veas. Y hacía como que hablaba en inglés, "*yu hué, uch uch*", y a muchos les caía a genio todo ese cachondeo porque además era guapa, y esos rabos largos en los ojos, unos ojos así raros y con un tirón grande, aguanosillos y muy negros, me parece que la estoy viendo.

Y se gastaba otra maña buena esa mujer: que es que las demás hacíamos salón que se vieran bien los muslos y los brazos y la pechera, y ella no, ella todo tapao. Pero, claro, detrás de lo tapao se estaban notando esas caderas y esas cachas y esas tetas buenas, y a muchos les entraba más ganas por lo mismo, porque además no llevaba nada debajo, qué gracia tenía la de Huelva y cómo sabía ella por dónde iban sus tiros...

Ahora: una de las mujeres más especia que yo me haya encontrado en una

Casa, una que le decían La Arrepentía.

Más especiá y más hijalagranputa.

Otra calentona, pero con el aguante más grande del mundo, tengo que reconocerlo que eso era famoso. Famoso era. Hombres, mujeres, le daba igual: ésa sí que no paraba. Y acabó malamente. Pero mientras hizo su guerra... Y era muy rara, rarísima, con una cara de burro... yo no sé cómo juntaba tanta clientela.

Verla y caerme a muerte, eso pasó todavía más ligero que cuando mi Julio me cayó bien, que fue poquito después. Y es que la calé en seguida, es que era una hijalagranputa que Dios no la haya perdonao, que le vi yo corriendo una cosa como de bicha y es que la llevaba dentro.

Oye, oye, que es que yo era algo mayor y llegó con una cara de llevárselo todo por delante que es que no se podía aguantar. Y respondona. ¡Hijalagranputa!...

Un día que ella no estaba, entré en su cuarto por la tarde, le eché en la cama los polvos del pica-pica, y se estuvieron arrascando una semana ella y el hombre que se fue con ella de dormida esa noche. Cabrona...

Bueno, y Arrepentía, yo no sé de qué forma ni manera le decían La Arrepentía: ¿de qué? Porque tú sabes que hay mujeres que se quitan de la vida y se meten en un convento, y ésas son las Arrepentías-verdá, las monjas ésas. Pero ésta, a ver quién sabe cuál era el arrepentimiento de la gachí. Porque es que ella (y ella misma lo decía, ella misma) primero fue monjita por la parte del Norte, que ella era de allí, de Pamplona o de por allí. Luego se salió de monja y se metió en la vida y se vino aquí, ya con una fama. Luego se salió de la vida otra vez y se metió en el convento de Las Arrepentías de aquí, que ése era entonces el que le pertenecía en verdá. Y allí estuvo cinco o seis meses hasta que se salió otra vez, qué te parece: la maleta, un coche y venga: derechita del convento a casa de La Barquillera otra vez, que además no había sitio y La Arrepentía le dio un dinero a la señora y le estuvo rogando para que la admitiera...

Y allí estuvo embalá dos o tres años, cagándose en quien podía, pero mira por dónde que se puso mala del pecho y se fue p'allá en poco más de dos meses.

A mí no me dolía ni la lloré, tengo que decirlo. Y todas muy mal en la Casa porque eran unos dolores y unas cosas, y los lamentos, hasta que se la llevaron al Hospitalito de Mujeres, que la operó corriendo don Pedro Quintana y ya no había nada que hacer. Y a mí no me dolió ni esto. No me

dolió. Yo hice el paripé pero no me dolió: era una hijalagranputa. Siempre tirando la piedra y escondiendo la mano. Sin comerlo ni beberlo. Y encima, respondona.

—Tú espérate, Legionaria.

Y:

—¡Cállate, Legionaria!

O:

—¿Tú qué sabes?

Y cachondeándose de mí con los clientes:

—¡No está ya vieja ésa!

Lo decía por mí, por mí. Y a mis espaldas. Sino que luego me lo contaban ellos o las mujeres, o yo se los sonsacaba. Y ella, venga a remedarme y a cachondearse conmigo y a tirarme por los suelos. La de maldá y canallería que hay por ahí, es que una ni se entera... Menos la que se entera.

Una maldá a estilo canalla, y una mala leche por el interés o por lo que sea, que es hasta mejor no enterarse...

Las canallerías al sopetón y las que duran. ¡Pero durar!... Años y años poniéndose grande una mierda cabrona y soltando veneno por todas partes, como si no pudiera ya nadie terminar con ella. Mari La Arrepentía...

También es que tiene que haber gente con mal farío, ¿no te has fijado?... Y sitios. Sitios, también. Mira, me han dicho que hay un banco por San José, en Puerta Tierra, un banco que es una cosa mala. Pero no un banco del dinero, sino de los de sentarse... Y en ese banco se han muerto ya dos viejos de pronto, y un novio le pegó una puñalá a ella, y un coche se salió de la carretera y se fue contra el banco: dos criaturas p'al Hospital Mora, y el que llevaba el coche allí palmó... Y hay quien dice que es una casualidá: ¿una casualidá tantas cosas, joé?... Lo que te he dicho: que hay gente y hay sitios con el sangui; y espérate, espérate porque me estoy acordando ya mismo de todo lo que me contó Joaquín El Loco, el de Albitaya, que eso da para dos películas y seis novelas... lo de Los Palomares.

Joaquín. Con un bar en Madrí ahora. Pero a ése, como se fue y tú eres

chica, a ése es difícil que lo conozcas: cincuenta años o más tendrá ahora. Y ese Joaquín El Loco ha estado en la cárcel veinte veces y lo echaron de todas partes, lo echaron dos veces de Albitaya, que él es de allí, y de Arcos otras dos. Una de aquí de Cadi. Y de Alemania, cuando él estuvo allí trabajando, lo echaron otra vez. Lo del "Loco" se quedaba corto, te lo digo yo... Desde jovencillo... No quieras saber las que armó ése en la Casa de pago de Albitaya, ya sin meternos en más ni salir de aquel berreadero. Sin hablarte del petardo que le puso al paso del obispo y del alcalde en una procesión del Corpus, un año aquí en la calle Santiago; no te voy a decir más que dos o tres de las que armó Joaquín allí en la Casa de Albitaya.

Una noche, sin que las mujeres lo vieran, se metió en la cocina de la Casa, se comió la comida de las mujeres y luego se cagó en la olla y la tapó otra vez, que yo también casi me cagué de risa cuando me lo contó.

Otra noche, ya esto tiene menos gracia, como no quisieron fiarle el polvo, le metió fuego a la Casa pero queriendo, que si no llegan a darse cuenta, la quema entera.

Otra vez, que salió embalao con dos amigos de una taberna de allí de Albitayá, que le dicen la del Antojito, se fueron pa la Casa y se les antojó a los tres mearse en la tinaja del agua de beber, que entonces el agua no llegaba a Albitaya por las tuberías, sino que la llevaba un carrito con un burro y un grifo; te estoy hablando de hace veinticinco años o más.

Y otra noche que llegó Joaquín borracho a su casa y no daba con la llave de la luz, como estaba loco del hambre esa que da el vino de pronto, se tiró en la cocina a una piriñaca que le tenía hecha la madre y empezó a comérsela en lo oscuro, jaun jaun, y sentía él unos crujios rarillos en la boca y decía: *"será la cebolla, que le ha echado mi madre mucha cebolla"*. Pero el gusto tampoco era el de la cebolla, y entonces enciende un fósforo Joaquín y se encuentra a la piriñaca negrita de cucarachas, fjjjj, que la madre no se la había tapado, y apaga el fósforo y dice: *"ni asco ni na; ya que han entao dos o tres, pues to p'adentro"*, jaun jaun jaun, y hasta rebañó la fuente; esa piriñaca con las cucarachas corriendo por cima del pimiento y del tomate, y él sin mirar.

Ése era Joaquín El Loco; yo no sé cómo andará ahora ni cómo le va en Madrí con ese bar: el verano pasado lo vi, que vino él de veraneo, y me dijo que le iba bien.

Y en la política también estuvo después metido, y también tuvo unas pocas de sofocaciones a cuenta de eso.

Y la cárcel, bueno, la cárcel, eso en aquellos tiempos era para Joaquín una

entrada por salida, como que me decía medio de cachondeo y así medio con pena:

—A mí me dicen El Loco y tendrían que decirme El Jaula porque siempre estoy en una.

Pero saber Joaquín, lo que es saber, ése sabe muchas cosas. Sabe demasiaio: por eso tuvo que irse de Albitaya.

Y nada más que hace un año, que yo sepa, ha podido él volver a poner allí un pie. Uno. Porque cuando vino el año pasado de veraneo, allí él no se hallaba y no se quedó más que un día.

Y de joven también estuvo en La Legión, como el Yori. Un año o dos. Ahí en África. Y allí no, me dijo Joaquín que allí él no hizo faenas ni puñeterías de las suyas en las Casas de las moras: que también me contó que aquello es divino, un disfrute grande. En las Casas de las moras no, allí no, porque además, estando en La Legión, ya sabes, te atrincan en esto o en aquello y te la buscaste pero bien, unos castigos y unos trabajos que no veas, así que los legionarios tienen que mirar bien con el moro lo que hacen.

Pero, fuera aparte de eso, es que las Casas de las moras le gustaban a Joaquín una cosa mala. Las Casas, antigüísimas, muchas medio cayéndose y grandes-grandes, con patios y corredores y más patios. Y la mar de bien muchas: ya me lo había dicho a mí el señor Bendrajín el gordo, y más de uno. Lo que pasa es que tienes que saber dónde te metes y tener cuidao con no coger un sifilazo o cualquier cosa mala, y con que no vayan a mangarte hasta los calcetines. Pero estar, se está la mar de bien porque las moras, de pronto, les echan a los clientes esos bailes suyos bonitos, uno es el Baile de la Coja, y hay otras que tocan con unos palillos de mejillones, así con los dedos, y te ponen un té con yerbabuena que creo que está buenísimo.

Y en algunas casas, al que va ya de dinero a lo que sea y si él quiere gastárselo y no tiene bulla, le ponen hasta el alcuscú ese, que se pone jipato. Con el pollo y su cordero sin pringue y la semolita y sus pasas y sus verduras y todos los avíos buenos que lleva, yo no lo he comido nunca pero sé cómo es y que el bueno no lleva pringue.

Cuando no, la mora te enciende en la alcoba unas cosas de olor, de matas del campo y ramitas que ellos saben, y luego el kifi y eso, que todas esas cosas ya te van poniendo en el palo. Y a la cama flechao. Con unas mujeres que, como tú vayas bien encaminao de dónde hay que ir y estés bien del móney y tengas un arte para llevarte lo que merece la pena, entonces te acuestas con las más bonitas del mundo y con todo lo que entienden de cama,

que entienden cantidá, ¡pero cantidá!... Y niñas-niñas. Allí en algunos pueblos, por un verde, un virgo. Niñas. Y en las Casas, a Joaquín es que lo volvían loco en la cama, más loco de lo que estaba. Con una mora se vio una vez en un lío grande pero ésa no era de la vida, era una casada joven que vivía cerca del cuartel de La Legión. Se liaron y ella, además, estaba casada con uno de la policía de ellos, la policía de los moros o la guardia o algo así, de manera que fíjate tú el compromiso. Y un día la mora le dice a Joaquín que ella hacía lo que fuera y que iba a matar al marido, o lo que fuera, para irse a vivir con él. Y ya después de que le dijo eso, imagínate; cuando él vio cómo se había puesto la cosa, Joaquín empezó a dejarla y por fin la dejó, pero le costó muchísimo trabajo porque la mora iba a esperarlo hasta a la puerta del cuartel, ya le daba igual que la vieran, y él cogía y salía por otra puerta, por la de atrás, porque lo de Joaquín no había sido más que el capricho.

Pero en las Casas, loco.

Ya nada más que con el tintín de esas pulseras y esos aretes de las moras, y con unas marquitas y unos dibujos que llevan ellas en la garganta o en los muslos, y en la frente, ya con eso, y encima lo que saben, loco. Porque es que con las caras y los cuerpos tan ricos que tienen, hasta la manera de irse quitando esas ropas tan bonitas... y luego eso, que se acuestan con muchas pulseras en los tobillos y en los brazos, y sus aretes grandes en las orejas, en cueros y con esa joyería en las carnes, con esos brillos del metá en los cutis oscuritos y los achuchones fuertes en la cama con ese tintín suave, es que pierde la vista hasta Moré el de la estatua del muelle.

Y de loco, lo que fuera, pero embustes Joaquín, nunca. Ése tampoco echaba embustes nunca, igual que don Paco Ros y la Conchi y don Pedro el médico: eso por lo menos lo tenía, conmigo por lo menos, y yo lo sé por dos o tres detalles: uno, porque conmigo podía él haberse ahorrado una contrariedad, y no se la ahorró a sabiendas y por no decirme una cosa por otra, que era lo más fácil y hubiera sido hasta mejor. Hasta mejor hubiera sido, ahora me estoy dando cuenta...

Y Joaquín fue el que me contó aquello de Los Palomares y el sangui de ese sitio, aquello que te estaba diciendo, echando veneno años y años. Que, si eso se cree, será porque suena a verdá, porque es verdá; si no, no se lo cree nadie. Si tú echas luego una cuenta de lo que duró, la de años que duró toda esa mierda de la finca Los Palomares, y que todavía están por ahí algunos de ellos como quien no quiere la cosa, ya tú verás.

Yo esto ni tendría que contártelo, porque esto no es ninguno de los cuentos

ni de las cosas de mi abuela Pepa o del Maera, sino una cosa fea y pesada y que, lo que es gustarle, a nadie puede gustarle, creo yo.

Lo que pasa es que, como me aficionaron de chica a que me cuenten lo que sea, y como me deja una impresión si me lo cuentan bien, me se queda, me sale p'afuera cuando menos lo pienso y tengo que soltarlo. Pero esto no te lo tendría que contar; es hasta un peligro porque están por ahí la gente, el sitio: para que tú veas lo que es un sitio con mal fario. Y ese sitio, hoy en día, es de los mismos que era, de los Sánchez de Albitaya, que no le tocan nada a los Sánchez de mi Julio ni tienen nada que ver con ellos.

Así que ten cuidado, porque a más de uno no le conviene que salga p'afuera todo ese lío de Los Palomares, y por eso Joaquín no me lo quería contar ni, mucho menos, que lo contara yo. Te lo voy a contar.

... Esto empieza con los Peste, con el hijo de La Peste, de toda la vida vendiendo los Peste en la plaza de Albitaya cabritos, corderos y conejos y cacería, y los espárragos trigueros cuando era el tiempo.

Entonces, por el mote (que qué mote más feo, ¿no?), el abuelo o la madre serían Paco o Juana o Luisa La Peste, y a ellos, claro, les decían los de La Peste, pero una gente guapa y sana a pesar del mote, altos y con los ojos azules; lo que es que ya tú sabes que, en los pueblos, cuando un mote viene de atrás ya no para, y el mote ese les toca a los hijos, a los nietos y al que sea. Y ellos ni apestaban ni nada: más limpios que los chorros del oro.

Bueno, pues el hijo de La Peste era cazador *fortuito*, con un ojo y un dedo que echaba abajo lo que fuera, así que la mitá de la venta del puesto que ponían en la plaza (que el puesto eran tres sacos en el suelo, según me contó Joaquín), estaba viniendo de la puntería del hijo de La Peste y de las piernas que él tenía para el campo.

Yahora aparece uno de los principales de esta historia tan larga, un cabrón pero de mucho cuidao, ya verás si lo era y si las pagó: el guarda montará de esa finca de Los Palomares que tienen los Sánchez en Albitaya.

Ese hombre ya había visto tres o cuatro veces al hijo de La Peste cazando por Los Palomares, que eso no se acaba nunca, eso solo ya es un capitalazo; llega la finca, me dijo Joaquín, casi desde la parte de Ijares hasta la misma playa La Restinga, que ahora van ya a esa playa tanta gente y tantos coches, pero entonces ni un alma.

Y ese guarda le pidió al de La Peste parte de lo que él estaba cazando por allí, o sea, de la venta en la plaza de los conejos y las perdices de Los Palomares, y el otro le dijo que un carajo a la vela marinera, que no le daba na. Entonces el montará le dijo al de La Peste que iba a denunciarlo también por cosas políticas que él sabía, y hubo una amenaza entre ellos dos. Y una tarde, al cabo de dos o tres meses, se le puso el de La Peste al guarda delante de la escopeta. Por allí no había nadie y... pum. En Los Palomares. Cerca de la playa. Cayendo ya el sol. Dos tiros le colocó el guarda al cazador, y luego lo arremató en el suelo con otro. Arrastra al muerto detrás de unos matojos y se va muy tranquilo a la casetilla, coge una pala, vuelve con la pala y empieza a enterrarlo serenito pero ligero, antes de que el sol terminara de echarse.

En esto, un hermano chico del montará, que estaba mariscando en La Restinga, había escuchado los tres tiros. Dice el chavea: "*¿eso qué es?*", y va y ve al hermano enterrando al muerto; este hermanillo del asesino tendría entonces nueve o diez años, y se escondió que el hermano no lo viera, pero el otro lo vio y le dijo:

—Ven p'acá... (como se llamara el hermano chico)... Yo he tenido que matar a este hombre porque era un ladrón sinvergüenza y además me tenía hecha una amenaza grande y, si no se la doy yo, me la da él, así que yo primero. Pero tú de esto no vas a decirle a nadie nada, ¿te enteras? Nunca en tu vida. Porque, si no, me enchiqueran y yo no lo he matado por las buenas ni lo he matado por gusto. Júramelo que no lo vas a decir.

Y el hermano chico fue y se lo juró. Y, como se vio forzado a juramento, ese secreto lo guardó el niño hasta los dieciocho o los diecinueve años, poco antes de irse a la mili. Entonces lo contó. Bueno, no lo contó: lo denunció, el niño denunció al hermano.

Por dos cosas lo denunció. Le dolieron dos cosas que el hermano mayor le hizo, y la primera fue que el mayor se encaprichó por una muchacha que andaba con el chico, que le cogió a ella fuerte con el hermano chico y no estaba más que con él, y el guarda con las ganas y la fatiga de acostarse con ella y siempre detrás de ella porque ese hombre era un fatiga, todo para él, todo quería echárselo al buche. Y la muchacha que no y que no. Y la otra cosa fue que la madre de los dos hermanos tenía en arriendo una finquita, que era de otros ricos de allí, y el montará siempre lo mismo: le pidió a la madre una parte de la cosecha y, que si no se la daba, iba a denunciarle los chanchullos esos que se hacen para no pagarle todo lo que hay que pagarle al ayuntamiento o a los que se llevan esas partes de lo que gana cada uno, ya tú

sabes. ¡Pero eso se lo hizo a la madre!... Y como además las cuentas y los chanchullos se los llevaba a la madre él mismo, le dice:

—Tú piénsalo que tú eres la que pierdes, porque, como eso está a tu nombre, tú vas a decir que yo era el que te falseaba las cuentas; pero, al ser yo mismo quien te denuncia, dirán: "*claro, ella qué va a decir, si está negra con el hijo que la denuncia*". Y, como nadie puede demostrarlo que yo te llevo las cuentas, pues a mí no me pasa nada.

Así es que la madre ya con esa preocupación y esa pena, hasta que dice: "Anda ya, ése cómo va a denunciarme a mí que soy su madre. Yo no le doy ni una gorda." Pero entonces fue el montará y la denunció en el ayuntamiento. Y el hermano chico, que ya estaba muy quemao con lo de la novia, dice: "¿Ah, sí? ¿Que tú has denunciado a mamá y que tú eres el que eres con mi novia y con todo? ¡Pues ahora voy a hablar yo!"

Y se fue al cuartelillo, rompió el juramento y denunció al hermano por la muerte del hijo de La Peste, que llevaba enterrado en Los Palomares nueve o diez años, y que la familia de los Peste y todo el mundo creían que se había ido él del pueblo, que se había quitado de en medio a cuenta de la política, porque el de La Peste ya había estado detenido dos veces por causa de la política y, cuando faltó, acababa de meterse en otro lío gordo con cuatro de Ijares y del Almendrillo y de por allí cerca, que a dos del Almendrillo ya los habían cogido por eso y los habían mandado a un penal, muy poquito antes de que el de La Peste se perdiera de vista; así que la madre y la familia creían que se había escapado y que no se lo había dicho a ella por no darle esa pena, ni les escribía no fueran a cogerlo por el sello de la carta. Y estaban la madre y todo el mundo engañándose con eso y por eso no movieron una mano cuando él desapareció.

Pero va el hermano chico al cuartelillo y dice:

—En el mes de junio del año tal o del año cual, ahí en Los Palomares cerca de la playa, mató mi hermano a un hombre y lo enterró allí mismo y yo sé el sitio.

Y con ese paso que dio el hermano chico, la primera que pagó el pato fue la muchacha que andaba con él, mira por dónde. Porque es que ella le tenía dicho al novio, al chico, que no hiciera caso de que el mayor anduviera detrás de ella, que ella sabía que era un cabrón pero que no le importaba que la persiguiera porque nunca iba a darle gusto ni mirándolo, y porque lo que no quería es que, a cuenta de ella, fueran dos hermanos a tener un disgusto grande. De manera que cuando el hermano chico denunció al mayor, ella se

puso descompuestita y no había forma de convencerla que él lo había hecho por lo de la madre.

Y el chico:

—Pero, tonta, ¡si es que ha denunciao a mi madre!

Y la muchacha:

—No, tú lo has hecho por lo nuestro, tú lo has hecho por lo nuestro —llorando, que empezó a beber sin ton ni son y a desperdigarse con quienes cayeran.

Y una noche hubo una juerga en la venta de la Revuelta de Las Pájaras que acabó malamente, y la muchacha se resbaló o le darían un mal golpe o algo, y se cayó p'atrás y se desnucó, y lo de siempre: "*un accidente-un accidente*", y así se quedó aquello. Pero si ella no hubiera llevado encima lo de la denuncia y los hermanos enfrentados, no se trastorna ni se embala y a lo mejor no acaba como acabó, ¿es mentira?

Y a cuenta de eso, el hermano chico lo que quería ya era matar al mayor, al montará. Pero matarlo. Sino que dijo:

—Como lo haga, ese disgusto ya no lo aguanta mi madre; ya tengo bastante con haberle denunciado a mi hermano su crimen.

Así que, con aquella denuncia puesta, ya iban a ir los guardias a Los Palomares con él, a que les dijera dónde estaba el muerto.

Pero la cosa se paró, los Sánchez fueron los que tuvieron que pararla, porque dirían: "*Eso es en una finca nuestra y con un hombre que trabaja con nosotros y que puede sacar a relucir muchas cosas si no le echamos una mano, así que fuera.*" Y como eran los dueños del pueblo, que lo son todavía, pues todo el mundo quieto y el hermano chico esperando a que lo avisaran para ir con los guardias a Los Palomares, y hasta hoy. Ni los guardias fueron ni na, y los papeles de la denuncia los tirarían o los esconderían también, como al muerto, porque además, como de allí al poco entró en la mili el hermano chico, ya se quedó parado todo, se paró hasta la multa a la madre por lo de los chanchullos en las cuentas, no fuera a salir por ahí algún rabo que no les conviniera a los de arriba. Y el canalla, el guarda, siguió de montar en Los Palomares, con el muerto en su sitio y la muchacha en el suyo, en el cementerio de Albitaya, y el hermano en la mili, en la Marina, que luego cogió el reenganche y no volvió ya por el pueblo casi nunca.

Bueno, pues pasa un tiempo y, lo mismo que la había tomado antes con el de La Peste, la toma el montará con un desgraciaíto que tenía la aparcería junto a Los Palomares, y este hombre, como se pasaban a su parte las

perdices y los conejos de Los Palomares, él a tirarles y a matarlos, pero siempre dentro de lo suyo. Y el otro, el criminá, "*que son míos, que son míos*". Total, que lo acosó y lo achuchó tanto, que un día perdió el otro la paciencia; estaban en el pueblo, en un bar de enfrente a la plaza de abastos, y el montar á andaba por allí con otros de su pelaje, y empezó a tirarle en el mostrador puyazos al otro, y llegó a decirle ratero delante de todo el mundo. Y ya el otro se rebeló y le dijo chillando que cualquier día iba a pegarle un tiro o un navajazo, que lo dejara ya tranquilo o se los pegaba.

Y fíjate lo que son las cosas. Uno de los que estaban con el montar á, y que decían que era compadre suyo, se quedó con aquel cante en la oreja y dijo: "*ésta es la mía*".

A ése le decían Fernando El Colita. Había matado en la guerra a unos pocos, y luego fue uno de los fijos que afusilaban en Albitaya a los que cogían, pero de los fijos, y llevaba un tiempo queriendo pegarse a los Sánchez, que él se traía con ellos unos alcahuetes y unas cosas, y dos de los Sánchez ya habían hecho algo por él. Pero lo que Fernando El Colita quería de verdá, era meterse a guarda de Los Palomares; allí en el pueblo no quería estar siempre porque mucha gente no lo tragaba en Albitaya y, además, como una vez lo vieron con una que era la más vieja y la más guarra del mundo, le sacaron hasta una copla que también me la dijo Joaquín y fíjate si me se quedó; él me la cantó y todo:

*Fernando
por qué te fuiste andando
p'al Callejón Las Matas
con esa pajarraca.*

Pero claro, eso que quería El Colita de meterse a montar á en Los Palomares, eso no podía ser porque ya estaba allí el otro.

Así que El Colita, que hablaba de que era su compadre, dijo "*ésta es la mía, ahora va a ser*", y esa misma noche le colocó al compadre un navajazo en el pecho que lo dejó seco a la misma entrada de Los Palomares: ahí las pagó el montar á todas las que tenía que pagar.

El Colita era muy listo, mató al montar á porque estaba solo y con mucho vino en lo alto, lo esperó, le cogió las vueltas y allí se lo encontraron tieso por la mañana. Y luego, ¿qué pasó?... Claro, El Colita era listo: pues las culpas, al que había dicho delante de una reunión que iba a darle al montar á un

navajazo o un tiro. Y el primero que le echó los perros con eso, y con que lo habían encontrado al muerto cerca de la parte del otro, fue el mismo Colita:

—¡Míralo, y se lo dio!

Para mí que no tiene perdón. Pero, si no lo tiene, es por aprovecharse del otro pobre; por matar al que mató, bien perdonao está el que se carga a un bicharraco como ése. Creo yo.

Total: cogen al otro desgraciao, lo brean a palos y, tanto le pegaron que, como además tenía en su contra la amenaza y el sitio, casi dijo que sí, que había sido él el que se había cargao al montará; lo dijo porque el que le dio la escarda en el cuartelillo fue un tal Castro que no veas endiñando y, si era menester, matando, ya verás.

Y El Colita se presenta a los Sánchez, les dice que si les parecía bien dejarlo a él de guarda montará en Los Palomares ahora que su compadre había muerto (eso les dijo, con toda la cara) y que él lo iba a hacer bien. Y en Los Palomares se quedó de guarda, y el otro a presidio.

Ahora: la mierda muchas veces se enreda de una forma que acaban cayendo en ella todos los que tienen que caer, eso que no te se olvide, eso pasa mucho aunque la mierda también se lleve por delante a algún inocente.

Y ya tienes al Colita tan tranquilo, de montará en Los Palomares, cuando, al cabo de un año o año y medio, lo trincan por una cosa gorda de contrabando: una lancha hasta los topes en la playa La Restinga, con un contrabando de unos pocos de millones y Fernando El Colita pringado hasta las trancas. Aquello era una cosa que, de momento, no había quien la parara ni quien le echara tierra encima, o sea, que no había manera de taparla porque hasta salió en el Diario, que la mandó al Diario el hombre de Albitaya de los que mandan las noticias de los pueblos. Fíjate que eso fue por la parte de La Restinga que pertenece a Los Palomares: allí en la orilla la cogieron de noche a aquella lancha, con El Colita y otros pocos bajando los contrabandos a la playa, así que les salió el tiro por mal sitio a él y a los Sánchez, que eran seguramente los que estaban detrás del negocio. Y ahora es El Colita el que va a la cárcel de Albitaya, que es donde se fue de la boca y pagó también las que le tocaban, verás lo que pasó.

Pues allí en la cárcel del pueblo se encuentra El Colita con otro de su paño, que también había matado en la guerra a un puñado de gente. Y ellos dos se entretenían contándose sus jechurías y sus cosas, a ver quién se había cargado a más y cómo habían hecho esto y lo otro, ya como una porfia entre los dos, a ver quién era más echao p'alante y había hecho más cosas. Y al Colita, en la

porfía-en la porfía, se le va la lengua una tarde con el vino, porque allí en Albitaya le llevaba el carcelero su botellita de vino a todo el que la pidiera y la pagara. Bueno, pues El Colita le cuenta al otro lo de la muerte del montará y le dice que él fue el que lo mató, presumiendo de lo bien que le salió y de lo listo que había sido. Lo soltó.

Y tú me dirás ahora: "*¿y me lo voy yo a creer que El Colita le contó eso al otro?*" Y yo que soy más vieja te digo que sí, que te lo creas.

Y te lo digo, fíjate, no ya porque aquello pasara en verdá o no pasara (que pasó), sino porque, en este mundo, el más vivo mete de pronto la pata hasta el zancajo, el más listo que tú veas, y por llevarse una porfía tonta he visto yo a la gente hacer y decir lo que menos cuenta le traía, por una porfía o en un cabreo con mucha rabia y hasta sin vino encima, eso lo he visto yo. Y la gente, pero cualquiera, pega unos resbalones que a tu edá ni se entiende que la gente mayor los pegue de esa forma. Pero los pega. Y además, como el otro también le había contado al Colita dos o tres canallerías de las que había hecho, pues El Colita diría con la porfía y el vino: "*éste es igual que yo y también tiene mucho que callar y a mí no me achanta nadie: le cuento lo mío del guarda y lo dejo ya así de chico*". Claro: en lo que él no cayó es en que, todo lo que había hecho el otro, lo había hecho cuando la guerra, o sea, que ya por eso no le iba a pasar nada aunque lo contara alguien. Total: que al Colita le llegó su hora tonta y por ahí lo cogió su perdición.

En el entretanto, ya los Sánchez o quienes fueran había ido moviendo las cosas para que lo del contrabando fuera parándose poquito a poco, y lo primero era poner al Colita en la calle y lo pusieron, porque ellos hacían allí lo que les salía de los cojones. Así que sale El Colita libre y se vuelve a Los Palomares, que convenía que estuviera allí como si no hubiera pasado nada y los Sánchez tenían su razón de no echarlo, porque ya él tenía que saber también muchas cosas de ellos y de sus tejemanejes.

Y al mes o así, sale también en libertad el otro, el amigote del Colita en la cárcel, que ya estaba cumplido. Y a éste le falta tiempo para irse a Los Palomares, buscar al Colita y decirle que ya le estaba dando un dinero porque, si no, lo denunciaba dentro de quince días por la muerte del montará, todo esto se lo dijo en Los Palomares, que le faltaba hasta para comer y que venga ese dinero, y que si El Colita tenía que vender o que empeñar una viñita chica que tenía, y que él sabía que la tenía, ya la estaba empeñando o vendiendo.

De manera que el otro le cae al Colita encima en ese plan, y El Colita

cobarde no era, era otro asesino y un cabrón muy grande, pero cobarde no; ya te lo ha dicho que no la misma forma de jalarsé al montará de un viaje, porque, borracho y todo, el montará era un hombrón con mucho que matar.

Y El Colita lo escucha al otro y le dice:

—Yo ni vendo ni te doy un duro, ya te estás yendo de aquí o te dejo en el sitio, y, como cuentes lo que tú sabes, te dejo en el sitio lo mismo, antes o después.

Y le dice el otro:

—Tú piénsatelo bien.

—Yo no tengo que pensar ni pensar: lo que te he dicho —le contesta El Colita—. Anda y quítate de mi vista.

—Pues ya verás —dice el otro—. Yo voy a esperar estos quince días, pero ya verás.

Y se fue a Albitaya y anduvo los quince días por Albitaya y por Puerto Real y San Fernando, sin perderse mucho de vista para que El Colita fuera a darle el dinero o a hablar con él; en Albitaya estaba un día sí y otro no, haciéndose de ver. Pero, como El Colita no lo quiso ver, a los quince días justos va el otro y lo denuncia de la muerte del montará con todos los detalles, y dice que lo había matado para quedarse él de guarda en Los Palomares, y que el que estaba preso no había sido: en fin, todo. Van por El Colita, le coge a él de sorpresa que no sabe lo que decir, y, por si sí o por si no, vuelven a llevárselo a la cárcel.

Y por el camino llegando ya a la cárcel, fíjate bien en esto, se cruzan de casualidá con una muchacha de Albitaya que conocía a la gente por los olores; de aquí hasta allí y con los ojos cerrados, distinguía por el olor a los blancos, a los negros y a los rubios así muy rubios, sin equivocarse. Y se cruza con El Colita y dice la muchacha sin que él se enterara:

—Ay, ése huele a muerto, que la oyó uno de los guardias y lo contó luego por el pueblo.

Bueno, pues cuando El Colita se vio otra vez preso y le dijeron todo lo que había contado el otro, él, que tan vivo había sido para quitarse de en medio al montará aprovechándose de la amenaza de aquel vecino, vuelve a meter la pata hasta el zancajo del mismo agobio que le entró. Le echó un valor pero volvió a equivocarse porque fue y dijo que mucho ojo con lo que hacían con él; que, si él iba p'alante, se llevaba con él p'alante al Sánchez viejo y a uno de los chicos y a medio Albitaya porque él sabía muchas cosas, así que lo soltaran pero ya: para que tú veas que los pobres nunca se enteran de las

cosas...

Le manda un propio el Castro a los Sánchez, vuelve el propio, habla con el Castro, y esa misma noche entra el Castro en el calabozo y le pegó con otro al Colita una paliza que lo mató. Dijeron que es que había tenido un ataque al corazón, porque le estaban preguntando muchas cosas pa que declarara y le entró eso, y todo el mundo dijo que bueno, pero creérselo no se lo creyó nadie porque cualquiera del pueblo sabía cómo era el Castro y cómo endiñaba el Castro, que ahora está ya viejo pero con un sueldo bueno en Albitaya para tenerle la boca tapá, porque ése es, hoy por hoy, el que se lleva p'alante a medio Albitaya si se le ocurre abrir la boca. Y el que había denunciado al Colita, ése se fue del pueblo y hasta hoy.

Bueno: lo del sueldo que está ganando ahora el Castro también me lo contó Joaquín El Loco cuando me lo encontré el verano pasado, que te he dicho que estuvo él por aquí de veraneo y una noche estuvimos acordándonos de mis buenos tiempos y tomándonos un cafelito ahí en el Bar Coruña; ahí fue donde él me contó todo esto.

Ya te dije que ese hombre sabe mucho. Y todo eso de Albitaya y de Los Palomares, con cuatro muertos en fila, lo supo él por dos personas: una que no me la dijo, y la otra, el hermano chico del montará, el que está en la Marina, que ése, al cabo de tantos años de romper el secreto del hermano por matar al de La Peste, le dijo a Joaquín que, cuando el Castro se cargó al Colita en la cárcel, si él hubiera seguido en Albitaya en vez de estar en la Marina, hubiera tenido que salir pitando del pueblo porque, como se había removido toda la mierda, si alguien por casualidá se acordaba de que él sabía que su hermano había matado al de La Peste, como aquello se quedó parado, no fuera a saltar otra vez la cosa p'arriba por mano del Diablo y se empestillara un lío contra los dueños de Los Palomares, que ahora están vendiendo tierras por allí por la playa La Restinga para los chalés, y cualquier día aparece en una obra el muerto si a más no viene, el de La Peste.

Y también me dijo Joaquín El Loco que, dos días antes de que me lo encontrara el verano pasado, él había salido pitando de Albitaya nada más que de verle la cara al Castro, que se lo encontró por la calle y lo miró de una forma que Joaquín, cagaíto. Como que Joaquín tenía idea de pasarse en su pueblo dos o tres semanillas, y, después de encontrarse al Castro y de la

mirada que le echó el Castro, hizo la maleta, cogió a la mujer, cogió el coche y se vino aquí a Cadi de veraneo, y no llevaba en Albitaya más que un día. Y me dijo que, hasta que no supiera que ese hombre se había muerto, no volvía él a pisar aquello.

Así que ya tú estás viendo, hija, ya tú estás viendo lo que es la vida cuando la canallería y la maldá, que eso no tiene fondo, te trabajan a gente y a sitios con mal fario. Ya ves.

....., ¿Pero qué haces, que ya te tienes que ir?... ¡Ay, pero si son las once y pico de la noche!... ¿Cómo puede ser?... Y el calor sin bajarse del burro... ¡Las once y pico de la noche ya!

TERCERA, CUARTA Y QUINTA CARTAS,
EN SEPTIEMBRE Y OCTUBRE,
DE DON RODRIGO PALMA A DON JACOBO DEL BARCO

Cádiz, 25 de septiembre de 1978
Iltnº Sr. D. Jacobo del Barco y Yáñez-Blumentahl
López Robledales, 6
MADRID

Estimado D. Jacobo:

Como respuesta a mi última del 27 de agosto, recibí en su día devueltos por Vd., sin ninguna otra comunicación, los textos de las grabaciones 4 y 5, hechas a D.ª Hortensia Romero Vallejo «La Legionaria», por la estudiante de Sociología Isabel López Luna.

Sin negar las objeciones de su carta del 24 de agosto, creo que, de todos modos, se trata de un trabajo por lo menos curioso. A la muchacha no he vuelto a verla, pero como todavía no habrá marchado a ésa (aunque lo hará pronto, por la proximidad de comienzo del curso), le diré si me la encuentro que no deje de verle a Vd. (si no es que la tiene de alumna, como le indiqué

en una de mis anteriores).

Por otra parte, y créame que sintiéndolo infinitamente, no voy a tener más remedio que molestarle de nuevo, pues las circunstancias me obligan a hacerlo y estoy seguro de poder responder positivamente a su buena gestión. Resulta que, por un «reajuste» en el profesorado de aquí, y a pesar de mi buena hoja de servicios, acabo de enterarme de que he perdido el ya poco satisfactorio puesto de trabajo que tenía en ésta, así que me encuentro en una forzosa «disponibilidad» que quién sabe si podría ser hasta para bien. Le digo esto porque aquí en Cádiz no se ven horizontes (ya sabrá que, en ésta y en muchas cosas, Andalucía sigue en un abandono penoso), no hacía más que vegetar o sobrevivir, y quizás esta circunstancia, aparentemente negativa, me obliga —ya inexorablemente— a emprender la aventura madrileña que, por otra parte, me permitirá entregarme de un modo más serio y creativo a nuestra común dedicación (salvando las distancias, claro).

Así pues, si mi tema de la Facultad no prospera, estoy seguro de que, con que Vd. mueva una mano, puede encontrarme algo en ésa, incluso como colaborador-becario del Consejo de Investigaciones y, si no, en tareas universitarias o docentes, quizá por el momento en una editorial o en cualquier otro tipo de trabajo donde pueda ser útil.

Lo que sí le ruego es una respuesta pronta en el sentido que sea, puesto que ahora mismo estoy lo que se dice al aire... Confío con toda el alma en su gestión y, si nada pudiera lograr, gracias de todos modos.

A la espera de su respuesta y con mi anticipada gratitud, le envía un nuevo y cordial saludo su antiguo alumno,

RODRIGO PALMA

PD: En realidad, mis necesidades son cortas y más de tipo profesional que propiamente económico; un sueldo muy sencillo me bastaría para defenderme perfectamente en Madrid a pesar de lo que ha subido la vida, porque, solo y soltero, estoy más que capacitado para vivir en la «fecunda austeridad» de que tanto me hablaba Vd. cuando trabajamos juntos en ésa.

Cádiz, 10 de octubre de 1978

*Sr. D. Jacobo del Barco
López Robledales, 6
MADRID*

Muy Sr. mío:

*Paso a acusarle recibo de su comunicación. Yo también siento y lamento muchas cosas. Atentamente,
RODRIGO PALMA*

*Cádiz, 11 de octubre de 1978
Magnífico, Ilmo y Excmº Sr. D. Jacobo del Barco y Yáñez-Blumentahl
López Robledales, 6
MADRID*

Muy Sr. mío:

Sucede que no me conformo con la mía de ayer. No me conformo sin expresarle mi decepción por sus respuestas y mi completo desacuerdo con toda su actitud anterior en cuanto al trabajo realizado sobre «La Legionaria», actitud de lo más REACCIONARIA, ANTICIENTIFICA e incluso le diría que HORTERA, increíble en alguien como Vd. sino fuera porque, según veo, el tiempo y las conveniencias convierten a cualquier persona seria en un miserable coleccionista de cargos y de honores, por no decir también de sueldos, que en su caso ya no lo sé (aunque parece que sí y es lo corriente en las alturas).

Sé desde luego el daño que esta carta me va a hacer en el momento menos pensado, pero no me la quiero ahorrar. Que me responda seis palabras a máquina, en un Saluda de oficio y sin firmar siquiera, "Sintiendo no poder atender su deseo", no merece otra respuesta, no ya recordando nuestra antigua relación de trabajo (en la que, aunque aprendí mucho, no dejó Vd. de utilizarme como burro de carga), ni aun recordando tampoco su predilección y afecto por mí (que ya estoy viendo lo que valían), sino sólo atendiendo con un mínimo de consideración, digamos «gremial», mis últimas

cartas y envíos, y, a nivel personal, la situación de un «discípulo predilecto» de su Cátedra.

Por otra parte, y como le decía, retiro por completo mi anterior conformidad a sus objeciones (si es que se las puede llamar así), miedos y escándalos de lo más burgués en cuanto al trabajo con «La Legionaria», y no dejo de pensar de qué otra manera hubiera Vd. recibido y estudiado Vd. ese material cuando, militando Vd. en la oposición cultural democrática, no era un devoto de las medallas como lo es ahora. Lo siento, pero veo que hay prostituciones bastante más notables que la de la señora Hortensia de su horror.

Le añadiré, ya puesto y en cuanto a su último libro, que, aparte de que los anteriores estaban muy por encima de éste, sobre todo «Rituales matrimoniales en la España rural del siglo XVII» e incluso «Feriantes, curanderos y buhoneros» (superioridad que a Vd. mismo puede no habérsele escapado y que ya señalaron dos o tres críticas que leí); aparte de esto, le decía, me cuesta cierto trabajo creer que su última obra, por lo que todavía tiene de positivo, sea verdaderamente de Vd., a no ser que la escribiera en otros años suyos menos «señoriales» y más auténticos. De todos modos, en lo de Dithley, en lo de Courton-Fóret y en lo de Mulligan (que no es poco), bien pudo confesar a los autores o, por lo menos, poner sus citas entre comillas o en cursivas, ya que, en todos los demás sentidos, veo que ha hecho lo posible, en este último libro, por no «cogerse los dedos». De no ser así, nunca hubiera pasado por encima de muchos puntos tan interesantes como conflictivos y con claro timbre de actualidad (por ejemplo, sus conocimientos sobre los intentos liberadores de la mujer en el XIX, EN CUANTO A SU PROYECCIÓN EN EL PRESENTE) y sobre los que posee Vd. una documentación (¡si la tengo hasta yo!) como para poner encima de la mesa espinosas aclaraciones, verdades y problemas. Pero para qué: «todo tiene un límite y hay cosas que es mejor no meneallas», como me decía en su anterior.

Adiós, don Jacobo, y muchos saludos de su muy temida «Legionaria». Lo que es yo, espero no fallecer a consecuencia de su importante enemistad. Le deseo muchos más cargos, muchas más medallas, muchas más apariciones en la tele, muchos más libros, mucho más de todo. Termine de enterrar bien al que fue Vd., y a ver si entonces nos lo hacen Papa-De-Todas-Las-Ciencias-Humanas, plaza todavía vacante y a la que creo no aspiran por ahora ni el de Roma ni el del Palmar de Troya. O bien Director General de Salazones.

Su ahora sí que antiguo alumno,
RODRIGO PALMA

TERCER DÍA DE GRABACIÓN

SEXTA CINTA B 17/Legionaria (6)

....., ¡Hola, Isabelilla, ¿otra vez sin tu amigo?!...

Y otra vez con el chisme ése, el grande, hay que ver cómo vienes, hija... Pero hoy el chisme grande no sé... hoy vamos a hablar un poquito menos, que estoy yo, pachucha no: un poco cansada. Me lié a aljofifar la casa esta mañana y lo noto, así que hoy, menos. Aunque ya verás cómo van saliendo cosas de las que a ti te gustan, qué linda eres.

¿Qué?... Di tú que sí: de lo que yo no me acuerde... Pero eso, que ando cansadilla. Y menos mal que hoy no hace un día como el de la última vez que viniste, ¿te acuerdas? Claro: ya va notándose el verano cuesta abajo.

Y hablando de otra cosa, yo no es que te fuerce... si tú no puedes o no lo tienes, pues nada; yo te cuento igual lo que sea... Pero si cae una atencioncita para la Horte como el primer día, mejor, que yo a ti no te escatimo y luego a lo mejor nos cogen de tontas a las dos, niña... Se echa cualquier cabrón a ganar dinero con esta trabajera tuya y mía, y ni tú ves un duro como te descantilles, ni yo. Si no es hoy, otro día me das algo... Que es que está la vida imposible.

Siéntate, hija.

... Tú sabes ya de amores, ¿a qué sí? Tu amigo el de las melenas, que tampoco ha venido hoy contigo, ¿ése qué?... Simpático y guapo lo es el muchacho, claro que eso no tiene luego nada que ver... Como ya somos amigas, si algún día te viene a ti bien y quieres otro amiguillo, yo te presento corriendo a alguno de los míos, de los de Juanito el de abajo y de tu edad, claro, que tú te avies. O el mismo Juanito. Aunque yo creo que no, que a ti no

te hace falta. Con tus amigos de los estudios y eso, ¡pues no conocerás tú a montones, charrana!

...Ah, que allí tienes más amistades y que te gusta estar más en Madrí que aquí. Aunque esto también te guste porque es tu tierra, que sí, hija, sí... Cada cual tiene su gusto.

Ahora: tú lo que nunca tienes que hacer es casarte, ¡no te cases-no te cases, que después...! No te ahorques, chiquilla; tú, una vista grande. Ni ahora que ya van a dejar hacer el divorcio. Y que está bien que lo dejen, muy bien, ya lo dice el cante ese:

*Si yo no sabía
lo que era el amó
no he de estar pagando pa toa la vía
mi equivocación,*

a ver si no es verdá eso, dicho en cuatro palabras, y si no está en su sitio, y muy bien, que lo permitan el divorcio. Pero con todo y con eso...

A más, en una pareja, fíjate, contra más grande sea el entenderse de los dos y contra mejor se entiendan y se lleven, más penas y más rabia pasan luego los dos muchas veces, cuando salen p'afuera poco a poco todas las cosas en las que ya no se entienden; contrímás ilusión, muchas de esas parejas son las que luego lo pasan peor cuando viene el Tío Paco con la rebaja. Que viene siempre, ¿eh? En la cama y fuera de la cama. Así que... Ya sentirse los dos amarrados por los papeles y las sogas del matrimonio, ya para muchísima gente acaba con los amores pero cantidá.

Y lo que es a lo de la cama, yo no sé por qué les dan tantas vueltas los de los libros y eso, si eso es lo más sencillo que hay: si la mujer no le va al hombre, o al revés, o si tiene ella con él y él con ella aburrimientos y sinsabores por fuera o por dentro, pues se quitan las ganas de cama, se desinfla el pijo y con otra no: no pasa más.

¿Y estarse aguantando para qué, para estar como ese matrimonio de ahí de la calle Silencio, que acabó el domingo y por una tontera a cuchillazos limpios, con ochenta años él y ella setenta y cinco, no te enteraste?... Vivían solos en la azotea, oye la pelea un vecino, sube y se los encuentra por el suelo con unos pocos de cortes graves cada uno: al Hospitá los dos. Y eso ya llevaba mucho tiempo en el pescante, ya él le había entrado a ella con la navaja hace tres años. De tanto aguantarse; a ver de qué, si no...

Pero lo que te decía los otros días es verdá: que las cosas es menester mirarlas despacio y que hasta con los sueños trae cuenta verlas sin bulla... Tú... ¿tú de eso de los sueños entiendes, aunque sea un poquito?... No: qué lástima... Porque últimamente me están gustando a mí mucho esas cosas raras y esas figuraciones de los sueños y por qué pasarán, oye, aunque yo sueñe pocas noches. Yo no, yo caigo en la cama y como un plomo. Pero cuando sueño, me gusta. Aunque no sea agradable, mira. Aunque el sueño no sea bonito.

Las otras noches sí soñé, tela, y luego me acordaba de todo cuando me desperté, y dije yo: "*¿pero qué ha pasao?*" Y estuve dándole vueltas y nada, hasta que me di cuenta de lo que era y entonces ya caí. Sería también por eso del destape, digo yo: soñé con un sitio bonito y elegante, tenía que ser la parte de abajo de un hoté como el Ponruallá o el Atlántico, y había muchos fotógrafos y muchos de los periódicos, y todos estaban esperándome a mí. Se abre una puerta y me voy para ellos en cueros, nada más que con una cadenita de oro aquí al cuello y con veintitrés o veinticuatro años, no veas cómo estaba yo. Toda aquella gente aplaudiéndome, y me subieron a una mesita baja, me dieron una copa de una cosa oscura que yo no sabía lo que era, y cuando me tomé eso me puse como loca, no quería más que fotos, las fotos, pin pin, esas luces de las fotos que no paraban, sin yo coger un dinero y sin na: yo no quería más que que las fotos salieran luego en todas partes y poner en el palo a medio mundo con mi cuerpo y con mi cara, y que empezaran a meterme mano allí mismo.

Y en cuantito los de los periódicos me preguntaron algo, dije:

—Aunque yo tenga a un hombre encima haciéndomelo bien, me tiento siempre abajo que así me da más gusto.

¡Toma ya!... Porque lo que yo quería en el sueño era eso: volver locos allí y fuera de allí a doscientos mil. Y aquella misma gente terminó colocándome por todo el cuerpo una de manos y de lenguas que ya ni me veía yo el pellejo. Y las luces de las fotos, pin pin, y yo a más, yo no quería más que fotos en cueros, contra más de cerca se viera todo, mejor, y más lenguas y más manos encima. Pero ya una cosa desbocá, un disloque.

Y cuando me despierto por la mañana, empiezo a pensar en el sueño, "*Horte, ¿eso qué ha sido?*" (diciendo yo para mí), será que estoy ya como la gaviota, que contra más vieja más loca. Pero acabé dándome cuenta, ¿sabes?... Me di cuenta que es que iban para tres o cuatro semanas que no me desahogaba yo a gusto. Naturá. Así que esa misma tarde me apañé con un

amigo mío y como nueva. Lo que te he dicho: que todo hay que mirarlo despacio.

Y hay una cosa que yo también he mirado siempre muy bien, hasta antes de aprender a fijarme un poquito mejor en lo que es la vida, otra cosa: las que pasan los que se enamoran, los que se enamoran de uno o de una, y el otro no está en lo mismo, ya te conté el lío con el pobre del remolcador y el lío con Eloy. Pero, aparte de ellos, calcúlate la de veces que me habré visto yo en ese apuro; fuera aparte de las que pasé yo misma, la de hombres que se enamoraban de una, ya aunque ellos no quisieran sacarte de la Casa ni vivir contigo.

Y yo siempre temiéndomelo, y pendiente en cuanto lo notaba, y luego a ver si lo arreglaba porque es que la gente sufre con eso tela del telón. Y yo por el estilo, yo también las pasaba malas y, cuando le entraba a alguien conmigo... llegué a echar una vista para eso que me daba cuenta casi antes de que pasara y lo avisaba corriendo al hombre: "*oye, que por ahí no*". Oye, y me daba una maña que lo que yo hacía era como curarlo y me salía bien casi siempre. Y él se quitaba de mí o se echaba atrás de su emperre y se acababa el problema; bueno, si él podía...

Ay niña, eso ha sido para mí una pejiquera muy grande y más de una vez hasta un amargamiento, sobre todo con muchachos jóvenes que venían a echar su polvito y luego volvían conmigo y les pasaba eso. Y cuando yo ya les decía que no y veía que no servía, me callaba mi boca y me ponía yo en plan sieso para que se les fuera el pasionismo, y si era un hombre mayor, igual, me ponía en la cama como una tabla, eso lo primero, sin un detalle y apretando las piernas en lo mejor para molestarlo, y con una cara de aburrimiento y de mala leche que les quitaba hasta las ganas. Y si eso no servía, le soltaba al hombre todo lo que podía soltarle según se iba encartando, que no me gustaba, que por qué no se iba con otra, lo que fuera.

Pero algunas veces no me servía, no me servía ni eso ni nada, y yo no podía seguir forzándome en ese plan de más y más guerra que no la sentía yo, que lo hacía fitisio, y como él le pagaba su dinero a la señora y se venía conmigo porque pagaba, ya qué iba yo a hacer con el hombre: aguantarme y aflojarle la guerra, o dejarlo ya por imposible y esperar que se le pasara, pasándolo una mal también con eso y con esa culpa encima que no tenía yo ni tenía

nadie: el amor, que de pronto es como un perro rabioso, hay que ver.

Claro, hasta ahí no llegó la cosa más que tres o cuatro veces porque, a todo lo que hacía yo antes por despegarlo de mí al hombre, ya le había cogido el tranquilo y me salía bien casi siempre, menos mal. Casi siempre. Porque, claro, aunque a todos nos gusta que nos quieran y a las mujeres mas (el que sea o quienes sean), a ver si no es triste que esté una persona pasando fatigas y echando de menos a quien no lo echa, y con su alegría por los suelos en vez de darse un gusto y ya está: ésa es otra de las cabronás, que, hasta queriéndose los dos, siempre hay uno que le toca cargar más que al otro...

Mira, y me sacaba de quicio, ¡y ahora me pasa lo mismo!, que el que está enamorado ya no ve en el otro más que cosas buenas y bonitas: si él es un borrico o un infelí, pues para ella es el más listo y el más vivo del mundo; si uno salta con detalles feos y de mal genio, dice el otro "*eso es que ahora no está a gusto, eso se arregla en cuantito vivamos juntos*", y si le han cortado una teta a ella porque han tenido que cortársela, eso es lo bonito para él, ¡qué bonito! Y si le dices por cumplir, "*hola, qué hay*", lo que él escucha es "*buenas nochesss, mi amorrrr, ¿cómo está mi hombre?*"... ¡me entra un coraje y una rabia! Oye, que se pone la gente empavá y ciega, del más listo al más bruto, y encima hay quienes dicen que eso es presioso que pase. ¿Presioso?, ¿habrá mierda ni engaño ni mentira más grande?: así acaba luego la mayoría de la gente.

¿Tú sabes la ceguera mía con Antoñito el de Infantería'Marina, sabes por lo que me dio también?... Si es que una se vuelve loca, por Dio... Pues me emperraba hasta en que se pusiera él mis bragas, que las tuviera puestas todo el tiempo que pudiera. Y él me decía "*¿y esto para qué?*", y a mí me daba qué sé yo decírselo pero se lo dije y se calentó mucho él también cuando se lo dije. Porque lo que me gustaba a mí de eso es que él pusiera esa hermosura de sus partes donde iba a poner yo mi coño luego, que me dejara las bragas como con su marca de fábrica, que lo notaba yo luego porque anchaban por abajo con el bulto y me gustaba muchísimo llevarlas y hasta me calentaba cuando me las ponía. Y ahora me acuerdo de eso y que yo lo veía como una cosa bonita, y a lo mejor hasta lo es, pero a ver si no es un disparate y a ver si no da una idea de lo tonto y lo engañado que se pone cualquiera con lo de los enamoramientos, ¿será posible?

Ah, y me acuerdo de uno, uno de una botica, que como yo no tragaba con su enamoramiento y estaba así de medio lado con él para desengañarlo, una noche en la cama me dio un guantazo y dije "*¿sí?, pues ahora verás*". Me

callé mi boca pero me se quitó la lástima y, sin que él se diera cuenta, le coloqué en la chaqueta antes de irse dos besos fuertes con la barra de labios, en la idea de que no los viera él pero que se los viera en su casa la mujer. Y se los vio y no veas.

Lo que ya es diferente, y es fuera aparte de toda esa ceguera de los enamoramientos, es cuando te ponen por las nubes pero ya de otra forma: en sabiendo tú que es mentira y que el que lo dijo es el primero que no se lo cree y que no sufre. Ya eso es otra cosa, eso puede ser hasta bonito.

Verás: me parece que te conté que, cuando yo estaba en la Casa de la calle La Plata, muchas mañanas tomaba el sol en la azotea por no salir.

Subía sola o con otras mujeres, y algunas mañanas me echaba al sol en un rinconcillo por la parte del lavadero, como un callejón estrecho que está entre un pretil y el cuarto del lavadero. Y como allí no podía verme nadie, me quitaba el bañado y me ponía en cueros para que me diera el sol por igual y porque estaba así más cómoda y mejor, como cuando te bañas en cueros en la playa, que eso ya es la gloria. Y creía yo que no me veían pero, ¡jajay!, me veía uno. ¡Y no era nadie el que me veía!... ¿Sabes quién era?: pues era ese señó que está ya muy viejecito y que tiene en el Parque un monumento y todo, tú sabes quién es, para qué te lo voy a decir... ¡ése!..., que está su casa pegando por atrás con la de La Plata.

Y es que, según me dijeron, él tenía antes en la torre alta de la azotea su mesa y sus avíos, y escribía allí viendo la plaza San Antonio y toda la calle Ancha y el mar y la Alameda y todo, y se fijó en mí sin yo saber de que él me estaba mirando.

Bueno, pues aquel de la risa que se ponía malo, el que conoció mi Julio, fue el que me dijo que ese señó me había estado viendo dos o tres mañanas solearme en cueros y que luego les contó, a unos íntimos amigos suyos de allí del Ateneo Gaditano, que había escrito sobre mí una cosa bonita pero sin mentarme y que yo se la había inspirao. O sea, que conmigo en cueros en la azotea, y viendo él el mar y el sol y eso, le había dado a él la idea para una poesía muy bonita, que me ponía como si yo fuera una antigüísima de Roma o de por ahí, con un nombre raro, y me comparaba con ella sin meterse en lo que yo era o dejara de ser, y la poesía salió hasta en un diario de Madrí. Y el de la risa me dijo también que me iba a traer la poesía copiada, pero no llegó

a traérmela.

Claro, cuando la hizo ese señó, el poeta, él era ya mayor pero no estaba viejecito todavía y se conoce que le agradé; si no, de qué y de cuándo.

Bueno, pues eso sí gusta, eso sí: que te pongan así muy bien aunque no te mienten y porque nadie sufre con eso, al revés: le gusta al que lo hace y al que lo lee. Vaya, al que le guste, porque yo me he puesto a ver algunas de esas poesías que ya te dije que la Kiti tenía hasta libros enteros, pero enteritos, y no las entiendo. Hija, será que mi cabeza no alcanza o que eso tiene que ser como todo, como los que les gusta una orquesta grande de música, de esas sin cantar, en un teatro, y una pintura buena y don Quijote de la Mancha y Falla y esas cosas: que los han hecho a eso desde chicos o se han acostumbrado a tiempo y les gusta a ellos, ¿es así o no es así?

Y al que le gustaban muchísimo todas esas cosas del arte era a don Pedro Quintana el médico, que ya te lo he venido mentando mucho porque, como se ha muerto hace tanto tiempo, ya no estará mal que hable de él, me parece a mí, ni que diga ahora lo que yo siento: que era un caballero con una cabeza y dos pelotas muy grandes en la vida, y una buenísima persona de las que entran pocas en libra, muy poquitas, qué bueno era don Pedro para todo el mundo... Con sus manías y con lo que fuera.

Él, claro, venía a verme, pero llegaba a la Casa más o menos como don Román el viejo, sin hacerse él de notar y siempre con atenciones y pagando muy bien, hasta con un dinero fuera aparte para que no se supiera que iba. Y a mí también me daba algunas veces, fuera aparte, un billete de los buenos para que yo tampoco me fuera a ir de la mojarra diciendo que había estado conmigo, así que yo hasta hoy no he dicho ni esto, cuando ya va a hacer cerca de treinta años que se ha muerto esa persona. O más.

Porque es lo que él me explicaba y a la señora (pero a ella se lo explicaba menos, porque es que a mí me quería mucho): que con el sitio que él tenía aquí en Cadi, y de directo de la clínica y primer teniente'alcalde y todo eso, era un daño muy grande que se lucra a saber que él venía por La Plata. Y, aunque no lo decía, tampoco querría él que se supiera (digo yo) porque él era mu religioso, y por la familia y por todo, claro. Pero de cariñoso y de bueno, eso era...

Charlando con él algunas noches o alguna mañana, como él venía casi tanto

a charlar en la cama como a hacer el amor, porque le gustaba charlar conmigo, me acordaba luego fuerte de él cuando yo estaba ya viviendo con mi Julio, porque es que se parecían. En la manera de pensar y de hablar, ¿eh?; en muchas cosas no, pero en otras se parecían, y ya no tenían luego nada que ver el uno con el otro en el tipo ni en nada; ni se conocieron, creo.

Y don Pedro, que hablaba un gaditano puro que era una cosa linda, me decía:

—Legionaria, yo te juro que con esa cabecita y con ese cuerpo y esa cara, si tú llegas a caer en otra cuna y otras manos, tú eres ahora mismo la reina de España. Tú tendrías que haber estudiado, que haber viajado...

Y yo:

—Don Pedro, pero si yo he viajado, yo he estado hasta fuera.

Y él me decía:

—Pero así no, Horte, así no. Con unos estudios. En otro plan.

No me extraña que Cadi estuviera tan loco con él; que, cuando se murió, esa calle Santa Inés de punta a punta que no cabía un alma. Lloviendo a cántaros y nadie se fue, que fue el día que ha caído más agua en Cadi, hasta una inundación hubo en Puerta Tierra por la parte de Las Tres Marías. Pero de ese entierro no se fue nadie y Santa Inés así, pobres, ricos, porque él era de los que dejaban veinte duros debajo de la almohada en la visita de médico que le estaba haciendo a un pobre, veinte duros de los de entonces, y luego a los de arriba les cobraba el oro y el moro, les llevaba por la consulta o por la operación más que en un Madrí, y ellos pagándolo a gusto porque era puntero.

Y don Pedro iba a la calle La Plata, y lo mismo lo veías luego en una procesión con la varilla en la mano y el gobernado y toda la pesca, y además estaba apuntado en eso de los que están rezando juntos toda la noche, y casi todos los días iba a misa, eso también. Y luego, en La Plata a cada dos por tres, que, de esa gente tan religioza, por allí nadie iba en la vida. Y él se martirizaba, se martirizaba como los frailes, le gustaban tanto las mujeres que se ponía aquí en la cintura, abajo de la camiseta, unos alambres así con pinchitos para él castigarse y aguantar, y alguna vez le vi esos alambres y las señales en sus carnes. Pero le gustaba muchísimo una cama, no lo podía remediar, y, lo que es por La Plata, nunca faltaba mucho tiempo seguido. Y siempre se venía conmigo; ni una vez iba que no se viniera conmigo, ya él no tenía ni que decirlo. Y, muchas noches, llamaba a la señora y mandaba abajo por media botella de vino y un papelón de pescao, al freidor del Veedor, que

le encantaba el pescao frito y se lo comía conmigo en el cuarto, calentito de la sartén. Y, si el Veedor estaba cerrado, entonces tenían que ir Angelita o El Culichi al freidor de Sagasta, o hasta al de La Palma del Hondillo.

Y me dice don Pedro una noche, me dice:

—Horte, ¿a ti quién te parece que pasa más gusto en la cama, el hombre o la mujer?

Y le digo:

—Don Pedro, yo creo que los dos igual.

—Pues a mí me parece que no —me dijo—. Eso no hay manera de saberlo, pero a mí me parece que es la mujer. Y además se lo merece porque luego al hombre no le toca parir, sino a ella, así que está bien que ella pase más gusto.

Todo esto, metiéndonos mano. Y yo:

—Don Pedro, ¿pero cómo pasa más gusto la mujer?... Usté que es médico, tiene que saberlo.

—No, eso no tiene nada que ver. Que yo sea médico no tiene nada que ver. Sino que yo creo que sí.

—¿Y por qué no me lo explica usté?

—Mira, nosotros los hombres estamos muy bien ahí dentro, claro, se está muy bien. Pero no es lo mismo llenar que que te llenen, cómo va a ser lo mismo. Y luego ese roción suavito y calentito.

—Pues es verdá.

Y de una cosa que me hablaba mucho era de los antiguos de hace tiempo, pero de hace muchísimo tiempo, y de lo que le agradaban a él la música y los libros buenos, que algunos hasta me los contaba así por encima y yo embobá. Y también me hablaba de sus cosas y de los estudios suyos, que él siempre se traía entre manos unos estudios y unas cosas rarísimas. Un día me contó que en la Facultá de la Medicina había cogido un gato y lo había puesto por todo el cuarto como el que pone farolillas, la cabeza aquí, el rabo en la otra paré, las dos patas de alante allí enfrente... pero que el gato seguía vivo porque la sangre seguía corriendo por unos tubillos que daban unos a otros y el corazón del gato seguía andando, animalito. Y entonces hacía él con aquel gato repartió sus pruebas y sus cosas y escribía sus cosas de la Medicina, que luego las ponían en las revistas de los médicos en Francia y en Alemania y en cualquier sitio.

Y una noche me dijo don Pedro que, uno de los muchachos que estudiaban con él, tuvo una mala hora y mandó fuera una de esas cosas que él escribía y, en lugar de ponerle abajo el nombre de don Pedro, le puso el de él, el del

muchacho, como si eso lo hubiera hecho él, fíjate lo que es la gente. Y don Pedro, luego, lo vio eso, que salió con el nombre del muchacho en Alemania o no sé dónde, pero no le dijo nada, se calló su boca y fuera, se le olvidó al rato, porque él esas cosas y muchas cosas se las pasaba por ahí abajo, él era muy suyo.

Y allí tenían también cuines, y don Pedro les hacía unas operaciones a los cuines y también me las contaba, y como yo no entiendo de esas cosas, él venga a hablar y notaba de pronto que yo estaba extraña y se cabreaba porque es que tenía que contárselo a alguien y hablar de sus cosas, y me las contaba a mí que no las entendía. Pero en cuanto él caía en la cuenta de quién era yo y de lo que me estaba contando, pegaba media carcajada, él se reía así, y me daba un abrazo:

—Tú déjame que te cuente mis cosas, Legionaria, que yo sé que tú entiendes, ¡a ti habría que sacarte de este pueblo! Que esto es un joío pueblo.

Y yo:

—¿Y entonces usted por qué no se va?

—Ya ves, es lo que digo yo. Eso es lo que digo yo, que por qué no me voy... Para que veas que entiendes.

Qué hombre. Y unas manos para las operaciones que eso era una lumbrera, venía gente de Jeré y de Sevilla y de todas partes a que él los operara.

Un día, una mujer de aquí del barrio, una pobre, le llevó a su casa una hija suya de seis o siete meses que estaba malísima la niña, ahogándose que no le salía la respiración, y la mujer se la llevó a don Pedro a su casa a la hora de almorzar. Y él estaba comiendo y salió del comedor a la consulta y vio a la niña, la madre llorando, y dice don Pedro:

—¡Calla, mujer, que así no puedo darme cuenta de lo que tiene la niña!

La misma madre fue la que me lo contó.

Y don Pedro:

—Uy, uy, esto ni cinco minutos, esta niña se va, ¡a ver, Pepita (que Pepita era la mujer), traerme las tijeras esas largas de la cocina!

Porque él en su casa no tenía los avíos de operar, operaba en el Hospitá o en la Clínica.

Coge las tijeras, las calienta hirviéndolas para quitarle las miasmas, hace lo mismo con un cuchillo de los grandes y le pega allí mismo a la niña un corte en la garganta que ya empezó la niña a respirar y la salvó, con esto te lo digo todo de lo que eran las manos y la manera de ser de ese hombre, que se murió en cuatro días y estaba la mar de bien el pobre, yo es que ni me lo creía. Y es

que operó en malas condiciones a una mujer de la vida, de la Casa del Chantre, y don Pedro tenía un granito en la narí y se arrascó y le entró una infección que se le puso la cara que dicen que daba miedo verlo. Y a morir y a morir, y cuarenta médicos, hasta de Madrí que vinieron, y su hermano, y nada, porque entonces no había la penicilina, que dicen que llegó poco después y que, si se la llegan a poner, se salva. Pero nada.

Y el hermano, don Rafael Quintana, lo mismo, un médico buenísimo, que luego estuvo también conmigo más de una vez. Más joven que él y viudo. Lo que es que don Rafael era más corto de genio y que no operaba. Uh, pero ese entraba en una habitación y, desde la puerta, empezaba a darse cuenta de la enfermedá que tenía o lo que le pasaba al hombre o a la mujer o al chiquillo que iba a ver, ¡una vista para eso!... Pero que don Rafael era más corto de genio.

El hermano en cambio era una polvorilla: ¿don Pedro? Ése estaba en todo y lo conocía todo el mundo. Aunque creo que, cuando se le ahumaba el pescao, era una cosa de echarse a temblar y apabullaba a quien fuera, unos gritos y un genio que no veas. Pero eso muy de cuando en cuando y además se le pasaba corriendo, se ponía muy colorao y apretaba así los dientes y se le pasaba cuando le venía fuerte... una cosa como la mía pero que él hacía un poder y se la tragaba. Yo creo que sería de los mismos nervios, que era muy nervioso, a lo mejor por todo el trabajo y el aperreo que tenía encima. Si eso es que no paraba...

Oye, ¿y a mí que me daba luego la impresión de que estaba más solo que la una, con toda la gente que tenía alrededó y con lo que era él en Cadi?...

—Horte, no sabemos ni dónde estamos en pie.

Eso también me lo decía mucho.

—Ni sabemos dónde estamos en pie ni nadie quiere a nadie.

Eso: que la gente va cada uno a lo suyo y no se entienden. También me lo decía mucho. Y le pesaba mucho a él.

—Legionaria, la gente no se quiere ni se entiende. La gente es como los ratones y los bichos que tengo yo en la Facultá. Y yo también, yo también. Yo no me quito de esa lista.

Porque tú sabes que los médicos cogen a un ratón y le echan una inyección o lo que sea, o le pegan una enfermedá queriendo, y a otros menos cantidá de lo mismo y a otros más, y así van viendo ellos si una medicina es buena y qué pasa con una enfermedá y todas esas cosas. Y a esos ratones los tienen apartaos unos de otros en unas cajitas de cristal, que yo los vi. Y ellos se ven

pero no se tocan ni se escuchan ni se huelen, cada uno en su caja.

—Lo mismo, Horte, nosotros estamos lo mismo. Las personas. Pero lo mismito.

Y una tarde me dice:

—Si tú puedes, vente de aquí a media hora justa por la Facultá, que ahora no hay nadie en el laboratorio y voy a dejarte abierta la puerta de la calle de al lado y así lo ves aquello. No vas a estar fuera más que un ratito, yo se lo digo a la dueña.

Y estuve allí y él me lo enseñó todo en cinco minutos antes que llegara nadie, los ratones y todas las cosas, que por eso sé lo que te hablo.

Y allí fue donde me dijo "*¿ves tú?*": eso, que toda la gente estamos así separaos y solos como esos ratones.

A ver si, así al momento, no iba a llamarme a mí la atención que un don Pedro Quintana me dijera aquello, cuando él salía en el Diario un día sí y otro no, y en el de en medio le daban una comida en "El Telescopio", cuando no era en el "Comedor Vasco" o en "El Anteojo", y le ponían una medalla, y estaba siempre en candelero, que lo mismo lo veías en el balcón grande del ayuntamiento hablando con el alcalde, que lo veías en la casa de vecinos más pobre y con más mierda de La Viña o de Santa María, y lo quería todo el mundo. Pero todo el mundo.

Así que yo, estrañáísima de que don Pedro me dijera aquello y más de una vez y más de dos: lo de los ratones apartaos. Pero, como me lo decía sintiéndolo él tanto y tenía aquella cabeza, decía yo: "*Bueno, Horte, pues será verdá. O será que le pasa algo a él y no me lo quiere decir, eso será.*" Hasta que me fue pareciendo que sí, que, a lo mejor, él y cualquiera está así más o menos, como el ratón en su cajita, hija. Solo. La que sea o el que sea. Ahora: a él le pesaba eso mucho y conmigo se desahogaba. Echaba su polvo la mar de bien y, antes o después de echarlo, charlaba siempre un rato conmigo de lo que a él se le ocurría, y se daba cuenta de que no le comprendía la mitá pero que, con todo y con eso, lo estaba escuchando y entendiendo, y que le tenía un cariño a él y a lo que él decía. Porque es que tampoco faltaban los que dijeron que estaba medio loco... en seguida la gente, en cuantito no le ajusta el que sea, pues eso: o loco o de la piompa. Pero don Pedro qué va, qué iba a estar loco, con esa cabeza... Mu nervioso sí, eso sí.

Cada vez que iba fuera me traía alguna cosita y, a fin de año, siempre me mandaba de tapaílo un pavo o dos, porque a él se los regalaban esos días por colleras, se los mandaban de los pueblos y de todas partes, y las cajas de vino

y de licores, y las bateas de salmonetes y de langostinos de Sanlúcar, de todo, que ya doña Pepita no sabía ni dónde poner las cosas, y los pavos por la consulta y por todas partes, esa piara de pavos por la casa, la casa grande de la calle Santa Inés. Ah, y una cosa que don Pedro se reía como un niño chico contándomela, los sobresaltos que a cuenta de los pavos se llevaba su gato, que le hacía gracia a él lo de los pavos y el gato pegando carreras todo el día por Navidad, con las orejas p'atrás y el rabo gordo.

Bueno, pues don Pedro, que estaba loco con los nietecitos (ya tendría unos sesenta años cuando esto que te cuento, poco antes de irse él p'allá, pero estaba la mar de bien, y yo tenía poco más de veinte, veintidós o veintitrés como mucho), a don Pedro le entraron unas ganas locas de que yo conociera a sus nietecitos, oye, que se le fue agrandando ese antojo y se puso con eso como Mateo con la guitarra, ya no me hablaba más que de los nietos y de que yo tenía que verlos.

Me dice:

—Que tengo yo ese gusto, Legionaria, y no me quiero quedar con él, ya verás qué cosa más bonita de niños.

Y yo:

—Bueno, bueno, yo encantá, don Pedro.

Y me dice:

—Lo que pasa es que eso tenemos que hacerlo bien hecho, que tú los veas pero que no se entere nadie.

Y entonces arregló de irse una tarde él solo al Parque con los dos nietos y que yo apareciera por allí, por el Paseo de Palmeras, a la hora que me dijera él, que me iba a estar esperando allí con los niños. Y me dijo:

—A eso de las cinco, si no estoy por el Paseo de Palmeras, estoy en la Cascada o por donde los patos.

Pero que a él no me fuera a acercar, sino que, como los nietos iban a estar jugando por allí, me fuera para ellos a decirles las cosas que se les dicen a los niños, y así los veía.

Yo ya me hice el cálculo; dije: "*Horte, que es que si alguien lo ve por casualidad conmigo, él tiene el achaque de que yo a quien me acerqué fue a los niños.*" Y como aquello estaba muy bien pensao y muy bien preparao, me arreglé bien, me fui por el Parque como dando una vuelta, que el Parque está allí a cuatro pasos de La Plata, y ya de lejos me veo a don Pedro, con su bigotazo, muy sentado en un banco del Paseo de Palmeras, y dos monicaquillos jugando delante de él allí en la arena, y me acerco y les digo:

—¡Uy qué niños más monos y más buenos!...

Sin yo mirarlo a don Pedro ni él a mí. Y saqué unos caramelos que llevaba ya en el bolso para dárselos, que los compré en la puerta del Parque, y se los di a los niños, tres años tendría el niño y dos la niña, la mar de bonitos los dos y la niña graciosísima conmigo, y luego seguí como si nada y así le di el gusto a don Pedro, que estaba él luego contentísimo.

—¿A qué te gustaron?

Y me dice:

—¿Te lastimaste, Horte?

Porque, ya al irme, me se torció un tacón y pegué un culazo en el suelo que no veas. Y los niños fueron corriendo a ver si me ayudaban a levantarme, o que se creerían que yo estaba jugando, y a don Pedro lo vi yo muy apurado pero quieto, hizo así un poquito, el amago de que se levantaba a ayudarme, pero yo ya estaba casi en pie, y él se echó p'atrás, se quedó sentado en el banco y miró a otra parte, a la bahía.

Los padres de los niños, o sea, la hija de don Pedro y el marido, no estaban allí, no sé ni quiénes eran, yo fui por él, por don Pedro, y luego los niños eran lindos y me gustaron. Pero a los padres es que no los conocí ni de vista.

¿Quién, mis padres? ¿Mi padre y mi madre? ¡Uh...! Si yo nunca hablo de eso, hija. Nunca... ¿Pero cómo?, ¿qué perdón ni perdón, qué dices?: no te apures, tú no te apures, chocho, yo te cuento lo que sepa, que no es mucho, no te apures... Ya lo sé, ya lo sé, sí: que es que lo que le pasa a uno cuando chico pesa mucho luego, ya me lo dijiste los otros días y no me se despintó. Que por eso me lo has preguntao lo de mis padres, que sí... ¡no te apures, mujer! Porque lo de mi padre y mi madre también es una cosa bastante corriente, no te vayas tú a creer... O sea, que aunque a mí me dé pena acordarme de algunas cosas, tampoco son de esconderlas como loca, ni son de no poderse contar, cuántos no hay así.

Bueno, a mi padre es que yo no llegué ni a conocerlo. Y cuando le preguntaba por él a mi abuela, siempre me decía que es que había tenido que irse al poco de yo nacer y que no sabían ni dónde estaba, cualquiera sabe. Lo que sí sé es que ella no podía ni verlo, mi abuela Pepa, porque mi madre era la hija única, sin más hermano ni más nada, y mi abuela le echaba a mi padre todas las culpas de que se muriera mi madre, aunque ella se murió de una

enfermedá antes de la guerra, cuando yo tenía ocho o nueve años, que de eso me enteré yo en seguida muy bien y no era el caso de echarle las culpas a mi padre. Lo que es que mi abuela, que quitando esa manía era muy buena, decía que si mi madre hubiera tenido un hombre a su vera, eso no pasa: una equivocación grande, porque yo sé que lo de mi madre fue una enfermedad mala y sin cura.

Así que de mi padre, mi abuela nunca me decía na, ni malo ni bueno. Ni mi madre tampoco, que yo me acuerde. No sé ni de dónde era, se llamaba Luis. Creo que era de la parte de Almería.

Por el lado de mi madre, sí, mi madre y toda su gente eran de la sierra de aquí de Cadi, y se fueron a Málaga y yo nací ya en Málaga: así que una, un rebujo pero andaluza por los cuatro costados.

Mi madre era de Setenil de las Bodegas, que allí en Setenil no le fue bien a mi abuelo, él era carpintero, Alejandro Vallejo, y se fue el matrimonio con la hija muy chica, o sea, con mi madre, a buscarse el potaje en Málaga, y mi abuela es que era una locura por mi madre. Fíjate, sin una gorda que estábamos en Málaga las dos cuando mi madre se murió, y mi abuela tenía un retrato grande de mi madre sentada en una butaca así de frente, guapísima, un retrato grande-grande, y otro mío al tamaño postal, yo con siete o con ocho meses, sentada yo también, encima de la cómoda (que esa cómoda la había hecho mi abuelo) y muy gordita y muy mona. Bueno, pues estábamos casi sin comer pero mi abuela le llevó esas dos fotos a un retratista de la calle Larios, a que le hiciera el arreglo de colocar los retratos de forma que a mí me se viera sentada en la falda de mi madre, y sacarle a eso otro retrato, que le costó la cosa un buen dinero. Y a ese retrato con las dos, le puso mi abuela un marco dorao grande, siempre le tenía encendida una mariposa y le ponía delante una taza de agua con unos jaramagos o con lo que encontraba, y algunas noches hasta le quemaba al retrato un poquito de alhucema. El retrato era un trabajo fino, pero, fijándose bien, se notaba el apaño aun si no lo mirabas tan de cerca, porque es que si a esa edá llevo yo a estar sentada tan derecha en la falda de mi madre, sin ella sujetarme, pego un batacazo que me mato, yo y cualquiera, aparte que el retrato de mi madre era a color, clarito pero color, y el mío no, un marrón tabaco así fuerte, y además en el arreglo se le notaba un poco al mío el filito del recorte que había hecho el retratista.

Ahora: para mi abuela Pepa, aquel retrato era el día y la noche y todo, qué sería de ella. Como yo salí de Málaga como salí... Y cuando volví al cabo de tanto tiempo, ya era imposible que mi abuela viviera, imposible, así que,

como además me acordaba de mi calle y me daba pena de muchas cosas, ni fui por allí. Es que ni fui... La mañana que salí en cueros corriendo del corralón, eso me daba lo mismo. Pero no quería yo tener que ver a ocho o diez caras de las que me corretearon, y algunas, seguro que me las iba a encontrar.

De mi madre, del tipo y la cara y el genio, me acuerdo. Me acuerdo a rachas y de pronto muy bien, la veo como si la tuviera delante, lo mismo que a mi abuela, pobrecita. Del entierro de mi madre y eso, de eso no me acuerdo, porque aquellos días, en cuanto ella se puso ya a morir, me llevaron a la casa de unos vecinos que tenían un perro muy chico y un carro lo había dejado cojito, y yo estaba jugando todo el día con él y, cuando ya me volví a mi casa con mi abuela, me lo traían esos vecinos de cuando en cuando o iba a verlo yo, que estaba loca con ese perro y me se quedó una afición a los bichos.

Ahí empezó una racha de tiempo que para mí que mi abuela iba a perder la cabeza con lo de mi madre, pero loca; ésa fue una pena suya que no se le quitó nunca, y yo creo que me quería a mí porque era de su hija, no porque era yo, pero eso da lo mismo: como me quería mucho y fue conmigo buena, a mí qué más me da que me quisiera por esto o por lo otro, ¿no?

Mi madre era alta y guapa y yo salí a los dos, a mi madre y a mi padre, mi padre creo que era también guapísimo, pero cantidá. Qué haría o qué no haría, yo no lo sé, ni si es que rompió con mi madre o se quitó de en medio por otra cosa, que eso también lo he pensao yo, por cualquier cosa. Pero guapo y muy hombre, eso cantidá.

De mi madre sí sabía yo más, porque me lo contaba mi abuela y a mí me gustaba muchísimo cuando se ponía a contarme cosas de mi madre, sobre todo de cuando ella era chica.

Lo que yo no sé es cómo vivimos aquellos años. Mi abuela se puso a hacer sopladores y canastitos, como esos que hacen los gitanos pero chiquititos, y el del almacén de al lado se los llevaba y los vendía y le daba el dinero o cosas de comer, y ella fue vendiendo algunas cosillas que tenía, y luego vendió la cómoda y otros muebles, y hacía costura para la calle... ¿cómo?... ¿Hambre?... Claro. Sobre todo cuando la guerra y después de la guerra. Pero entonces también la pasó todo el mundo. Y allí en mi calle, más; allí en mi calle nos comíamos los chiquillos hasta el pan-y-quesito ese blanco de los árboles, las flores.

De mi madre me acuerdo muy bien, sí... Un poquillo triste, también por lo de mi padre sería, pero con un ánimo y muy cariñosa, buen genio. Hacer no

sé lo que haría, hija, ni cómo llegaría a coger esa enfermedad que a mí no me gusta ni mentarla. Y fue *eso*, ¿sabes? Veintitrés años tenía cuando se murió y mi abuela era ya mayor. Pero bastante.

Ah, y mi madre cantaba muy bien. Cantaba para ella sola y, en cuanto alguien la estaba escuchando, se callaba.

Me acuerdo, yo no sé cómo me acordaré de eso, que cuando estaba tendiendo la ropa allí en la acera de la calle y no veía ella a nadie, cantaba sin darse cuenta, bajito pero bien, y el del almacén se ponía a escucharla y a verla, se salía de atrás del mostrador y se ponía cerca de la puerta, que ella no lo viera. Y cuando ella se había muerto, me decía:

—Qué bien cantaba tu madre, Horte.

Me lo decía acariciándome sin una maldá, aunque luego se le iban las manitas en un dos por tres, me colocaba todas las manitas que podía y me sobaba tela, pero en plan medio cariñoso y sin atosigarme, eso sí. No como otro que me entrecogió una noche en un descampao y se hartó conmigo el hijoputa, más de doce o trece años no tendría yo, pero ya con dos tetitas buenas y los tíos empezando a fijarse; ya una con el tirón grande a los hombres, que los miraba yo y lo notaba. Pero con aquél no quería y, menos metérmela, me hizo de todo, se puso las botas conmigo el cabrón, y yo me solté y salí corriendo dos o tres veces, pero él detrás mía y me trincaba siempre. Y ya al dejarme me dijo que, si contaba algo, me iba a acordar de él, así que luego ni desahogarme pude, ¿será posible?; me tragué la pelota y por la mañana, pensándolo y sin saber por dónde tirar con los pensamientos, me entraron en la cama unos nervios y un pataleo, que estuve allí llorando por bajini debajo la sábana y tirándome de los pelos toda la mañana, sin levantarme: oye, que no podía levantarme ni salir del sofocón.

Y mi abuela:

—¿Te pasa algo, Hortensi?

—Que no, que no.

Y contrimás decía que no, peor me ponía, allí callada, rabiando y mordiendo debajo la sábana, que ni me conocía yo misma. Como que no me se ha olvidado, y a lo mejor me entraron esa vez por el cuerpo, si a más no viene, los berrenchines y los ataques esos que te dije, cualquiera sabe.

Ay, y una cosa que cantaba mi madre mucho era

*Al pasar la barca,
me dijo el barquero:*

*las niñas bonitas
no pagan dinero,*

que luego la cantaba también mi abuela Pepa como podía, y lloraba, y yo que no cantara eso:

—¡Venga ya, abuela, hija!

Pobrecita.

Espérate, que ya no sé por dónde iba... Y bueno, si yo me pongo ahora también un poco triste, tú no te apures, chichi; hay que acordarse de las cosas buenas y de las malas según vienen, y yo creo, por lo que me dijiste de que lo que le pase a una cuando chica ya sale una entera tal como va a ser, yo creo que a pesar de que me de mucha pena acordarme de cosas de aquella calle y de aquellos tiempos, a mí tan mal no debió irme, digo yo, porque yo no he tenido luego nunca angustias ni penas, a no ser que me pase algo de verdad, y otras las tienen aunque no les pase, así que algo bueno le tuvieron que dejar esas dos mujeres a mi persona, a lo mejor hasta mi padre mismo me dejó algo bueno, yo qué sé, fuera aparte del terremoto ése que me entra y que ya no puedo salirme del sofocón cuando algo me agobia ya demasiao. Pero tiene que ser demasiao.

... Me parece a mí que mi abuela tenía una parte de gitana, un pellizco bueno, mi abuela Pepa, aunque ella nunca hablaba de eso ni de mi padre. Ni media palabra. Pero yo creo que sí, que la madre o la abuela de ella fue gitana, pero de familia gitana asentaíta, no de los que van por ahí p'arriba y p'abajo, y me está pareciendo ahora que esa gente tendría que ser de Alcalá de los Gazules o de Tarifa, porque mi abuela me hablaba de cuando estuvo muchas veces de niña y muchachilla en esos dos pueblos antes de irse del todo a Setenil, que fue donde se casó con Alejandro Vallejo, mi abuelo el carpintero, y donde nació mi madre antes de tirar los tres para Málaga con la ilusión de vivir mejor, porque en Setenil tuvo mi abuelo que cerrar la carpintería. Es más: tuvo que ser viviendo ella en Tarifa, cuando hizo mi abuela un viaje en barco al Moro que me contaba ella, y que la cogió un moraco en brazos para llevarla a la playa con todas las maletas de la gente y las cosas.

Bueno, y si ella tenía algo de gitana, que yo digo que sí, lo que no sé es por qué lo escondía tanto, porque entre los gitanos también hay de todo. Desde

bronquistas y sinvergüenzas que se matan por dos reales, hasta buenos y santos y listos y brutos. Como en todo. Y mira: los que yo he conocido eran todos tranquilones y gente buena, ¿sabes?, uno de ellos Juanito Fariña el bailaor, el cojito, que ahora vive en Chiclana y que es maravilloso, y cinco o seis carniceros de aquí de la plaza, gitanos enteros, y muchos más. Pero gitanos-gitanos.

Mi madre tenía ya más de mi abuelo Alejandro que de mi abuela, o sea, menos planta gitana que mi abuela. Y yo, ya ves, yo creo que nada, ¿no?, ni el color de las carnes. Si me queda algo, es tan poquito que no se ve. Claro; si a mi madre ya no se le notaba apenas; ella ya tiraba para los Vallejo y mi abuela siempre lo decía.

Pero fíjate tú, morirse mi madre con veintitrés años y con lo guapa que era... Una mijita triste, ya te he dicho, pero lo más cariñosa conmigo y con la madre, y muy esclava, de trabajar es que no paraba en todo el día; que, mientras nos vivió ella, mi abuela Pepa no hacía nada, ni los canastitos ni la costura para la calle ni nada; cuando más, contarnos sus cuentos y sus cosas a mí y a otros chiquillos de la calle. Siempre allí al sol, en su silla, menos cuando tenía que hacer la comida y las cosas de la casa porque mi madre cogía la puerta, se iba y se pasaba fuera una tarde o venía tarde por la noche, yo no sé lo que haría por esas Málagas.

Lo que sé es que hubo un tiempo que mi madre le hablaba a un hombre de allí de mi misma calle; yo era muy chica pero estaba al tanto, y me daba cuenta de que algunas veces se peleaban los dos por eso, porque ella salía sola y se iba por ahí y él no quería. Entonces yo le cogí coraje a ese hombre, que tenía la cara como cuadrá, así una cara muy fuerte y no es que fuera feo, feo no era, me acuerdo de él la mar de bien y tampoco era de esos que parece que les han hecho la cara a martillazos, eso no.

Y mi abuela no se metía en esas peleas ni en nada, ella no se metía en nada nunca, ni mío ni de mi madre, mi abuela Pepa no era de esas que se meten y riñen y avasallan.

Bueno, pues a ese hombre que le dio por mi madre, lo mataron cuando la guerra o algo después; ya mi madre hacía mucho tiempo que se había muerto y lo mataron allí a unos pasitos de su puerta, que estaba cerca de la nuestra. Lo sacaron y lo afusilaron. Y entonces, cuando lo vi muerto así al lejos, me dio pena de él y me pesó. Y mi abuela:

—¡Chiquilla, no te asomes!

Lo afusilaron en el llanito. Porque allí detrás de mi casa había un llanito que

un poco más arriba tiraba ya para el monte, el llanito con muchos jaramagos y matojos y unas tapias viejas muy altas, ya todas a pedazos, que yo jugaba allí con los niños y las niñas de mi calle, y un poco más arriba había una alberca con muchos calistros. Y el hombre nos dejaba entrar en la alberca y nos bañábamos los chiquillos en cueros o con los calzones, y me lo pasaba divino y, aunque luego nos entrara más con los baños, se entretenía o se alegraba el hambre que no veas; el viento calentito nos secaba corriendo allí abajo de los árboles... y al agua otra vez.

Pero allí en ese llanito se llevaron y afusilaron en la guerra, ¡y después!, a un montón de hombres. Y a señoritos, también. De día, de noche, en cualquier momento, pero casi siempre de noche. Como estaba apartao, allí subían de Málaga los camiones y los coches con los que habían cogido, y las familias de la calle:

—¡Niños, venga p'adentro!,

en cuanto escuchaban un coche o un camión de ésos por la cuesta, y les veían las luces.

Y al ratito: ¡pim pim!

Y de mi calle misma también buscaron y sacaron a unos pocos, todo el mundo cerrando las puertas y las ventanas pero qué va, los sacaban. Y a unos se los llevaban a Málaga y a otros los afusilaron allí en el llanito, y uno de los que cayó fue aquel que le habló a mi madre, que lo mataron sobre las diez o las once de la noche, él vivía solo, estaba comiendo y se lo llevaron y mi abuela: "*¡Chiquilla, no te asomes!*" Pero yo me salí de mi casa y lo vi, y vi por la ventana el plato de papas aliñadas con perejil y el tenedor y el pan que se quedaban en la mesa, y él me miró cuando se lo llevaron, me miró como si no me viera ni viera a nadie.

Por ese tiempo yo era ya una muchachilla y ya había perdido todo lo que tenía que perder, ya yo me iba con muchachos que andaban detrás mía y con algunos hombres de mi calle aunque no me acuerde de ninguno. De ninguno. Ni siquiera de la cara de uno, ya mayorcillo, que ése me lo hizo despacito y con muchas ganas y me acuerdo que me entró un calambrazo en los pezones que hasta me dolían y, de duros, se los dejé señalaos en el pecho, y luego pasé un gusto que yo no sé cómo no me morí allí atrás de la tapia.

Ya por ese tiempo, un poco después, fue cuando conocí a Cornelio el del Telégrafo, el tío del Yori.

Pues mira: yo que de chica no podía ni verlo a aquel que pretendió a mi madre, y que se peleaba con ella porque salía, me dio una pena cuando lo

sacaron, que era para matarlo, y me acordaba de que ese hombre fue, después de mi abuela, a quien más le pesó la muerte de mi madre y llevaba luego un brazalete negro en la manga de la camisa, que lo llevó mucho tiempo, también me acuerdo de eso.

... ¡Bueno, ¿y ahora qué quieres, chiquilla, los cuentos de mi abuela Pepa también?!... ¡Mira que eres jartible, ya tú no paras ni con que te diga las veces que me corto con las tijeras las peinetas de los pies!... Venga, oye: y que sí, ¡no eres tú cabezona!... ¿Y eso es también para lo de socióloga?: ¡pero si no son ni chistes, si eran cuentos de esos de los niños chicos!... No: que me gusten a mí, eso no tiene nada que ver... ¿Tú sabes además lo largos que son?... ¡Sí, el que sea, el de Ramón y La Mora Muerta o el de Los Tres Perros o el del que se metía dentro del gorrión!: larguísimos... Ah, que te cuente uno por lo menos... Anda que eres... Pues si te vas a quedar con ese gusto... ¡pero mira que son los de los niños chicos, ¿no te lo estoy diciendo?!... Bueeeeno... ¿Y cuál es el que se te antoja? Porque, lo que es más de uno yo no te cuento, ¿tú te crees que yo soy Radio Cadi, joé?...

¿Qué dices?: ah, uno que yo me acuerde bien. Mira que el capricho tuyo...

¿Qué?... ¡Y dale, otra preguntita!: tú sigue haciéndome hablar, y habiéndote dicho que hoy menos, que me he hecho la casa y lo noto: como para que luego no le hagas a tu Legionaria un regalo mono, según está la vida... ¿Cómo?... Mira que la pregunta...: ¡y yo qué sé!, esas cosas las tuvo que aprender mi abuela Pepa por donde ella anduvo de chiquilla, en Setenil o Alcalá o Tarifa, o, si no, luego en cualquier pueblo cerca de Setenil, en Grazalema, Olvera... o, a lo más-lo más, en uno de los que están por allí cerca pero ya por la parte de Sevilla, en Pruna o El Arahal o La Puebla Cazalla, o en uno que cae ya más p'arriba, El Pedroso: cualquiera de esos pueblos que ella me decía que la llevaba mi abuelo algunas veces en los viajillos de trabajo que él hacía como carpintero, porque él valía y le encargaban cosas en muchas partes; si cerró en Setenil la carpintería fue porque allí no podía ser, no había un ambiente bueno para su trabajo y que él ganara dinero.

Una cosa que no me se despinta es que mi abuela me contaba siempre esos cuentos de la misma manera, y además ponía un interés en que se supiera que los contaba lo mismito que cuando ella los escuchó y como se los contaba a mi madre, así en retajila, que así es como se cuentan en el campo. Le salía

hasta otra vo, oye...

Bueno, pues el de Ramón y La Mora Muerta: a ver si me sale bien.

Tráeme un vasito de agua, anda.

Éste era, hace mucho tiempo, un pueblo de por aquí cerca que el Santo Cristo guarde y mire por él, y en ese pueblo había una casa de vecinos con un pozo y un patio muy grande, y en el patio jugaban un niño y una niña.

Los dos niños vivían allí en el patio, cada uno en su casa, y los criaban y los mantenían tres viejos, al niño su abuela, y a la niña un matrimonio viejo que no le tocaba na pero que estaban al cargo de ella, y los chiquillos jugaban con los demás a las prendas y al médico y al salto del cigarrón y a todo lo que tuvieran que jugar o, si no, solos. Pero esto desde que eran así de chicos.

Cuando el niño cumplió los doce años, la abuela lo llamó y le dijo:

—Ramón, nieto mío, yo ya estoy muy vieja. Vete a Sevilla y aprende el oficio que aprendió tu padre porque, si me muero, ya no va a haber quien mire por ti. Toma.

Y le dio una onza de plata, le echó la cruz en la frente y luego le dijo:

—Vete y vuelve con salud, Ramón. Y ahora te lo digo que aquí hay una alcancía con un papel y ese papel lo dejó tu momaíta para ti, pero tú no vas a leerlo hasta que yo no me haya muerto. Y, si lo lees antes, el mismo día que lo leas me muero.

—Yo no, abuela, yo no lo leo antes.

Y el niño se fue a Sevilla y estuvo allí ocho años aprendiendo el oficio del padre, que había sido herrero, y luego se volvió a su pueblo y la abuela se había muerto ya, pero a él se le olvidó la alcancía, que estaba por allí por los rincones, y el papelito de la alcancía. Y con lo poco que ganó y con lo mucho que aprendió en Sevilla, volvió a abrir la herrería del padre, que estaba ya medio por el suelo y en la otra punta del pueblo, según se sale por el camino del atajo a Córdoba.

A todo esto se había muerto también el matrimonio que estaba al cargo de la niña, que ya era una mujer, así que como ellos dos se miraban con un cariño porque se habían criado juntos de chicos, y se gustaban y estaban solos, pues se casaron y ella dejó el cuarto y se fue a vivir al de él, y tuvieron dos niños.

La mujer tenía entre el cuello y el hombro una faltilla, como un anillito

chico de carne entre el cuello y el hombro, y él se había fijado mucho en eso y hasta le gustaba ese anillito.

Y un día que volvió de la herrería en su caballo y habían salido a la calle la mujer y los niños, se acordó él de pronto de la alcancía y "*dónde estará, dónde estará*", hasta que la encontró en un rincón llena de polvo y de bichos de la humedá.

Rompe Ramón la alcancía y saca el papelito, muy arrugao, y como de aprendiz en Sevilla le había enseñado uno a leer, lo leyó y decía:

"Hijo mío Ramón, yo estoy muy mala.

"Yo lo sé que me falta ya poquito tiempo y ahora voy a decirte que tú tuviste una hermana, y que un día que los moros entraron en el pueblo, me asusté tanto que salí corriendo, la dejé, en la calle a la niña y se la llevaron los moros, la niña no había cumplido un año y tú tenías dos.

"Tú tienes que saberlo esto y por eso te lo digo, y te digo también, por si algún día te la encuentras, que tu hermana tenía entre el hombro y el cuello un anillito de carne muy raro, así chico, y que por esa señal tendrías que conocerla.

Tu MADRE"

Ramón pensó lo que tenía que pensar, que se había casao con la hermana y que ni se la habían llevado los moros ni na, que es que la madre no pudo callarse la conciencia de lo de la hermana y le había dicho eso de los moros porque la había tenido a la niña con otro y luego la arrecogió a la niña por lástima el matrimonio que la crió. Y tampoco se le fue el detalle de que él tenía un año más que su mujer, a lo justo.

En esto llega la mujer de la calle con los dos niños, lo ve todo descompuesto y le dice:

—¿Qué pasa, Ramón, pasa algo?

Y él se escondió el papelito atrás.

—No, no, María (que ella se llamaba María). Que es que estaba buscando una cosa.

Y por la noche, ese hombre con los ojos abiertos sin poder dormir, que le caía a él muy mal haberse casao con la hermana y tener dos niños de ella, y que los niños a lo mejor salían tontos o cortos por esa aguasión de la sangre. Y Ramón desesperao con eso hasta que salió el sol, y entonces dijo para él:

"Yo me aguanto con esto y no le digo na a María ni a nadie, porque con

decírselo no arreglo na o le busco una ruina a la familia. Y además ella, que sea mi hermana o no lo sea, me gusta como mujer, como mi mujer. Y, como yo no sabía na, pues es mi mujer, así que p'alante, Ramón."

Y no le dijo nada a ella, sino que se levantó, se lavó, se tomó su café con su migote, sacó el caballo y se fue a trabajar a la herrería.

Ea, pues pasó un tiempo y a Ramón no se le caía esa fijación de su cabeza y empezó a amargársele el genio. Y contrimás trataba él de no pensar en eso, más pensaba, y uno de los niños se puso malo y se quedó un poco endeblillo, y dijo él: " *¡ya está!: los malos humores de la sangre que ya los están trabajando a mis niños porque yo me he casao con mi hermana, ay Dios mío de mi alma*", y así todo el día.

Y por la noche ni dormía ni na, pero ella, María, cogía el sueño como una piedra y no se daba ni cuenta de lo que estaba él pasando.

Y una noche siente Ramón que se entreabría un poquito la puerta del cuarto sin que entrara nadie, así poquito a poco, y oyó al lado de la cama una vo:

—Ramón, Ramón.

Muy bajito:

—Ramón, Ramón.

—¿Qué, qué pasa? —dijo Ramón.

—Ramón, tú tienes que saber una cosa esta noche —dijo la vo, que no era de hombre ni era de mujer.

—¿El qué tengo yo que saber?

—Si eres un hombre vístete y vas a tener tu premio, Ramón.

—¿Y tú quién eres?

—Eso no te lo digo. Pero vístete y te vas a enterar bien de lo de tu hermana. Ya tienes en la calle hasta el caballo aparejao. Móntalo, que él te llevará donde te tiene que llevar.

Ramón se levantó, se asomó a la puerta del cuarto y vio por el patio la calle sola, porque ya era muy tarde, y en la calle el caballo ensillao y aparejao, el caballo bueno que él tenía. Y dijo: "*Pues esto tiene que ser verdá, porque yo dejé ayer tarde al caballo en la cuadra con su pienso y sin la silla ni el aparejo, y allí nadie entra.*"

—¿Lo ves tú cómo es verdá? —le dijo la vo, y Ramón frío de que le hubiera adivinado el pensamiento.

Se vistió, montó y el caballo salió andando al momento sin que él le dijera para dónde, y se echó al campo y la noche estaba oscura, con la luna amagando pero con muchos nubarrones. Y entonces Ramón volvió a

escuchar la vo que iba atrás de él, como montada en la grupa. Y le dijo la vo:

—Cuando veas una montañita con una luz arriba, ahí es donde tienes que ir. Pero antes vas a pasar tres ratos malos. Si le echas un valor a esos tres peligros y sales bien de ellos, ya verás cómo quedas contento con lo de tu hermana, Ramón.

Y Ramón:

—Bueno, bueno.

Y el caballo seguía y seguía, pero Ramón no sabía si iba ligero o despacio ni por dónde iba, ya por unas sierras y unos sitios que no le sonaban a él. Y de pronto relincha el caballo asustao y se encuentra Ramón con un río de agua hirviendo, pero hirviendo a borbollones y con una fuerza el río que iba arrancando el agua hasta las piedras del fondo. Y él buscando un puente, o aunque fueran unas tablas o un algo, y nada, hasta que se paró porque no podía pasar, ¡cualquiera pasaba por allí!

Y la vo:

—Salta, Ramón, salta con tu caballo por encima.

Y él:

—Que no, que es mucho...

Y ahora... ay, bueno... aquí porfiaban la vo y Ramón con que "*salta*" y "*yo no salto*", pero es que no me acuerdo bien y ni quita ni pone: venía a decir que la vo fue echándole abajo a Ramón todo lo que él le decía para no saltarse el río, del miedo que le había cogido.

Hasta que la vo lo convenció por fin...

...y él notó que la vo como que arreaba al caballo p'atrás-p'atrás, para que tomara carrerilla y saltara, y ya no lo pensó más, saltó Ramón como un rayo y saltó por encima del río y llegó bien a la otra orilla, sino que, como el río era tan ancho, al caballo le faltó un pelo de fuerza en la viá y metió un casco en el agua hirviendo, que estuvo relinchando y cojeando luego un poquito, pero ya siguieron.

Y al rato, la vo.

—Ramón, ten cuidao ahora, ten mucho cuidao. Yo voy a ayudarte, pero tú ten cuidao con el toro ese que se te va a poner delante para que no pases, cuando es por ahí por donde tienes que pasar.

Y Ramón, que ya estaba más animaillo con lo del río, mira en una clara de la luna un sitio entre dos peñas altas por donde tenía él que pasar sin poder

dar un rodeo, y ve allí lo más horroroso y lo más malo que tú hayas visto nunca, un toro pero un toro con tres cabezas, seis ojos bizcos y, en lugar del rabo, un tenedor grande que le arrastraba por el suelo, con tres puntas que iban sacando chispas en las piedras del suelo las puntas del tenedor. Y cada vez que el toro vajeaba, una llamará por el hocico que chamuscaba la hierba, ay Dios mío de mi alma.

Y la vo:

—Ramón, tú no te achantes, toma.

Y, sin saber cómo lo tenía, se encuentra Ramón en la mano un rejón de oro que ya le dio una seguridá y dijo él "*¡venga p'alante!*" Sale corriendo, se le echa encima el toro resoplando y Ramón, ¡toma!, le pega con el rejón de oro un rejonazo en cada cabeza que le dejó al toro los tres morros hechos una babasa y el toro se echó p'atrás llorando y maldiciendo, pero cuando se iba ya Ramón, soltó el toro por el morro una vajará con una llama que alcanzó al caballo en la punta de la cola, y tuvo Ramón que bajarse un poco más p'allaíta y apagarle al animal en su cola ese fuego y esa molestia.

—Mu bien, Ramón, mu bien —dijo la vo—; ya no te queda más que una.

Y cuando Ramón vio al cabo de un rato la que le quedaba, dijo "*¡ésta sí que no!*", y la vo "*¡que sí, que sí!*": una muralla altísima, de espinas pero como cuchillos de punta y sin un hueco ni un sitio por donde meterse: una cosa mala. Y el hombre vio entonces que pasaba lo mismo que delante del río: el caballo p'atrás-p'atrás como si la vo lo llevara, y cuando ya estaban de apartaos como para tomar carrerilla, dice Ramón:

—Bueno, ya que hemos salido de esas dos... ¡venga, caballo mío!

Y sale flechao contra el murallón de espinas y se lo saltó enterito, sino que, como era tan alto, el caballo se pegó al saltar dos o tres cortes con las espinas en la barriga, que él tuvo que curárselos con agua y con el pañuelo.

—Adiós, Ramón —dijo la vo—, yo ya no te hago falta. Ya sabes: la montañita con la luz. Cuando llegues, no subas con el caballo, que el animal se puede sobresaltar con eso o hacerte un extraño, deja el caballo abajo y luego lo coges, que no es más que una loma.

Y todavía no había terminado de decírselo, cuando ya vio Ramón por allí enfrente la montañita con la luz.

Llega, deja el caballo abajo, tira por una cuesta p'arriba-p'arriba, y de pronto se ve delante de un palacio moruno chiquito pero presioso, su muralla por afuera con la puerta abierta, y atrás una torre de cristal a estilo la Giralda pero no era la Giralda. Y de allí salía aquella luz, que tampoco era luz sino

como un resplandor raro de una mujer que estaba allí adentro la torre, allí delante de una mesa puesta con muchos ramos de rosas y de clavellinas, y vajilla de oro con los vasos de oro, y jicaras de loza fina con miel y leche de palmera, y las cosas de comer más raras y más ricas del mundo. Y de ella misma salía la luz, de la mujer, una luz azulilla y corta como la del pescao por la noche.

Y esa mujer le decía con la cabeza a Ramón que entrara, y él entró, y luego ella le dijo también con la cabeza que se sentara allí cerca de ella, y Ramón se sentó y la miró bien y vio que era una mora guapísima con el traje todo en perlas, y con zarcillos y pendientes y pulseras de brillantes, y Ramón fue notando que la mora se parecía bastante a él. Y dice de pronto la mora con una vo mu bonita:

—Ramón, yo soy tu hermana, yo, y me he muerto anoche y sé lo que te pasa y por eso estoy aquí. Yo voy a contártelo todo, Ramón, para que tú te quedes tranquilo con que tu mujer no es tu hermana: ¿cómo va a serlo, si tu hermana soy yo?

"Lo que dejó momaíta escrito dentro de la alcancía, ese papel que te dejó, es verdá. A mí, con el miedo, me soltó ella en la calle cuando los moros asaltaron el pueblo. Un capitán de los moros me arrecogió del suelo y me llevó a la Morería cuando volvió, y allí en su casa me crié. Y luego hubo otra guerra y él se murió en esa guerra y la mujer me echó porque tenía ya muchos hijos, y yo me quedé en la calle con nueve años.

"Entonces me arrecogió un pescador, a que le limpiara la casa y la lancha y el pescao, y luego me fui con una vieja que vendía en el zoco orégano y laurel. Y ella me tuvo allí en el puesto hasta los quince años y, al cumplirlos, me vendió a un tratante de esclavos que me llevó con una caravana muy lejos, a un sitio que se llama Fez.

"Allí salí en venta con otras muchachas, en medio de una plaza grande, y me compró de esclava un muchacho rico, que el padre, que todavía era joven, se volvió loco por mí y más cuando supo que yo era de aquí de Andalucía, y es una gente riquísima, así que llegué a ser la reina de las mujeres de aquella casa; una de ellas quiso hasta envenenarme y me echó una cosa en una cazuela de arroz, pero yo me di cuenta.

"Y anoche, cuando iba a tener mi primer niño, me he muerto del parto. Pero tú no te asustes que, aunque esté muerta, no te voy a hacer nada, al revés, quiero que te se quite tu pena y yo ya perdoné hace mucho tiempo a momá, y mira.

Y entonces se baja la mora una de las hombreras de seda con las perlas, y le enseña a su hermano el anillito de carne casi en el mismo sitio que lo tenía María su mujer, un poco más abajo, más cerca del pecho y un poco más chico, pero más en bulto que el de María, más señalao. Y Ramón entonces fue a tocarla, pero tocó el aire, porque la veía allí delante de él pero no podía tocarla nadie porque estaba muerta, y era como si no estuviera aunque estaba.

—Ya me tengo que ir, Ramón —le dijo ella—. Ya has visto bien que era una casualidá lo de tu mujer y el anillito, y ya sé que has sufrido mucho con eso. Mañana vas a saber dos veces que todo esto es verdá, dos veces vas a verlo. Ahora: a mí no vayas tú a mandar a decirme misas ni a rezar por mí a tu estilo, eso que no te se vaya a ocurrir ni por pienso porque yo soy mora y no estoy con eso, tú fíjate bien en lo que te digo. Y ahora toma esta perla de recuerdo. Adiós, Ramón.

Se quita una perla del vestido, se la da a Ramón y al momento empieza a apagársele-apagár- sele aquella luz que soltaba, y se echa la noche a apretar y a ponerse aquello oscuro, al principio así despacio y luego cada vez más ligero, hasta que se perdieron la mesa y el palacio moruno con la torre y la muralla y la mora, y Ramón se encontró en el cerro pelao y ya no escuchaba más que el ruido del viento, y vio al caballo esperándolo allí abajo de la cuesta y se fue para él.

Y cuando Ramón se despertó en su cama y vio su habitación, y a los dos niños durmiendo allí al fondo y María durmiendo a su vera y la primera luz del día en la ventana, primero se sentía él muy contento pero después se le saltaron las lágrimas porque dijo: *"Ha sido un sueño y yo estoy lo mismo que estaba, me he quedado dormido y he soñado con eso."*

Y le entró una pena que se lo comía. Pero, como todo aquello que le había pasado, había sido tan fuerte, no hacía más que pensar en el sueño y ya se consolaba él y le parecía que era verdá y se recreaba en los detalles, aunque luego volvía a ver lo que tenía alrededó y se lo comía la pena.

Pero él como siempre: se calló su boca, se levantó, se lavó, se tomó el café con su migote de pan y salió al trabajo en la herrería antes que la familia se despertara, como todos los días.

Se va a la cuadra Ramón, ensilla y apareja el caballo y echa el pienso en una espuerta para llevárselo, porque él por la mañana no le daba de comer al caballo en su casa, sino en la herrería. Lo saca a la calle sin montarlo y en esto nota que el caballo cojea un poquito de atrás, y ya él se mosqueó, dijo *"¿qué?!"*

Se agacha Ramón, le coge al caballo la pata y ve que tenía el casco un poco hinchao y colorao, y la patita como escaldá. Ya todo nervioso, le suelta la pata al caballo, le coge la cola y le ve clarísimo la punta de la cola chamuscaílla, oliendo todavía a quemao de la vajará del toro. Y ya loco se agacha, le mira la barriga y ve los arañones y los cortes de las espinas que él había tenido que curarle al caballo por la noche en el campo, con el pañuelo y agua. Así que volvió a meter el caballo p'adentro y se fue a tomarse un anís o un algo a la taberna de enfrente que acababan de abrirla, a ver si se aclaraba. El diciendo:

«No puede ser, no puede ser: todo eso se lo tiene que haber hecho mi caballo ahí en su cuadra... ¿pero cómo?»

Y de pronto se acuerda Ramón de que la hermana, la mora, le había dicho que ese día iba a saber dos veces que todo era verdá, y de la misma impresión al acordarse, se le cayó la copa al suelo. Y el de la taberna, que lo veía descompuesto:

—Pero Ramón, ¿qué te pasa, hijo? ¡Uy cómo te has levantao tú hoy!...

Y Ramón:

—Nada, hombre, nada.

Pero él todo nervioso y, por dentro, como loco.

Y así pasó la mañana y la herrería la abrió tarde porque dejó al caballo en su cuadra y se fue andando, al caballo no quería ni mirarlo, lo que quería es que se le olvidara todo aquello, del mismo lío que tenía por adentro y con el miedo de terminar loco. Pero mira: que cuando pensaba en lo de por la noche, sentía él otra vez un consuelo y un alivio grande.

Y Ramón, toda la mañana, diciendo para él:

«Bueno, ha sido una vez, no dos veces. Si lo del caballo es aquello, de todas formas no ha sido más que una señal, no dos señales como ella me dijo. Así que nada, figuraciones mías.»

Vuelve andando a su casa a almorzar, le pone María el almuerzo, que ya ella y los niños habían comido porque era muy tarde, se sienta con él a acompañarlo mientras comía, y de pronto se ríe ella un poquito:

—Ja ja.

—¿Qué pasa, María?

—Nada. Un sueño que he tenido esta noche.

—¿Na más que uno? —le dice Ramón a la mujer—. Pues tendrían que ser tres o cuatro, según duermes.

—No, lo que es soñar, yo sueño pocas veces —dijo ella—. Pero anoche fue

como si lo estuviera viendo, ja ja.

—¿Pero ja ja por qué? —dice Ramón, que ya llevaba un día bueno de los nervios.

—Ramón, si te lo cuento no te lo vas a creer —le dice María.

Y va María y le cuenta que se quedó dormida y que en el sueño empezó a verlo a él bajarse del caballo por la noche al pie de un cerro, dejar el caballo allí abajo y subir por una cuesta donde estaba una mora que soltaba luz y que le dijo a él que era su hermana, y le enseñó un anillito de carne casi corno el de ella. O sea, María con unos detalles que, ni aunque Ramón hubiera hablado durmiendo, que eso no le pasaba nunca en la vida, ni aun así era posible que ella estuviera tan al tanto.

Y Ramón con la cuchara llena, temblándole la mano delante de la boca que ni podía meterse la comida p'adentro, y diciendo para él:

«Bueno, bueno, las cosas no pasan hasta que pasan. Yo no hablo nunca durmiendo, nunca, pero como el sueño que tuve fue tan fuerte, pues anoche hablé durmiendo y ya está.»

—¿Y qué más, María? —le pregunta Ramón alobao.

—Pues na, ya cuando ella te enseñó la falta, ya no vi más na. Pero mira que es un sueño curioso, mira que...

Y él:

—Bueno, bueno.

Pero ya loquito.

Y de pronto dice la mujer:

—Espérate, ¿qué es eso redondito que estoy viendo debajo de la cama?

Y se va para la cama, se agacha, coge aquello y dice:

—Oye, esto es una perla, ¿y de dónde ha salido esta perla? ¡Ay qué perla más bonita!

Y entonces fue cuando ya él se cayó de espaldas y se convenció.

Por el trigo, por la arena, por los ojos de mi morena que así fue, y al que Dios se las dé, San Román se las bendiga.

Qué, que te ha gustado... Y eso que ya hacía yo qué sé el tiempo que no lo contaba... La guasa fue el saltito aquel, que no me acordaba yo de la discusión de Ramón y la vo delante del río, porque es que eso llevaba sus palabras cabales y a lo mejor, como es tan viejo, ya no lo sabe este cuento

más que yo y...

...¿Cómo?... A ver, a ver con la que me saltas tú ahora: ¿cómo?... ¿Elecciones?... ¿Que qué voy a hacer yo en las elecciones?... Uy, no, no, déjame a mí otra vez con la política, ¿no te dije ya que yo eso no?, ¡qué pesaíta tú con la política!...

Ésa es otra cosa de los muchachos de hoy, que ya se les está pasando a ustedes un poquito según la edad y, porque en na de tiempo que lleva lo de ahora, ya estáis más desengañados con el sarampión de la política. Pero todavía me ponen ustedes la cabeza loca con lo mismo, chucuchú-chucuchú-la-política-esto-y-lo-otro. Ahora: si lo que ustedes quieren no es más que tener de todo y vivir bien, a ver dónde está esa política que va a sacarlos a ustedes del currelo si no sale por su cuenta cada uno en lo suyo, cojoncitos. Que ahora hay mucha gente joven sin un duro y muy señoritos: quieren lo mejor de lo mejor, pero que se lo den hecho y ellos a sus porritos y a sus discos y a sus cubatas y a sus cosas, eso cómo va a ser, ésa es la flojera y la manera de ser del señorito. Porque nunca les ha faltado lo preciso y más, y les ponen en la cara cuarenta cosas para que se les antojen, ¿es verdad o es mentira?

...¿Que la política hace falta? Bueno, aunque haga falta, ¿yo qué tengo que ver, niña?: eso para el que lo quiera y tenga ganas de ir p'arriba. Si además yo no entiendo... Me huelo esto o lo otro y ya está. Lo del egoísmo, seguro, eso seguro: que, quitando a unos pocos, hay en la política un egoísmo grande y todo el mundo va a lo suyo. Como en todo. Mi Julio lo explicaba, ahora me acuerdo, decía que en la política, en cuanto uno que empezó sacrificándose de verdad por los demás y luchando, le hacen mucho caso y le van saliendo bien las cosas, entonces cambia, ya no quiere más que tener la razón aunque sepa que no la tiene, ¿te enteras?: aunque él sepa y sienta que no la tiene. Y ya no piensa más que en mandar y en seguir arriba y en ir todavía más p'arriba ¿Y qué pasa?: que ya lo hace todo de medio ganchete y no da la cara casi más que por lo que le importa a él y a algunos de los que estén con él, y menos por lo que le importa a la gente, ya a la gente que le den un poco por culo. O sea, que pasa como en todo, pero en la política más fuerte. Pasa lo mismo: la afición de la gente a ser médico o artista o lo que sea, ese gusto que cualquiera le tiene a lo suyo. El que le tiene al principio. Porque en cuanto llegan la fuerza y el money y echan fama, ya tienen que ajustarse a eso, al forcejeo y al money y no a lo otro, a lo que sentían y les gustaba sin darse ellos todavía ni cuenta... Política-política... más vale que quitaran un poquito

los coches, ¿qué?, tanta mierda de coche, y que no echaran a perder ni dejaran caer los sitios bonitos y con un sabó...

¡Desengáñate, que todo el mundo está así a bocaos limpios! Yo y tú y el que sea: a bocaos. Y que hay mucha envidia.

Uy, ¿eso?: una envidia que ni los que están sin ella se escapan. Ni pueden decir que no están ellos conformes con esto o con aquello, porque entonces es que tienen la envidia y quedan como envidiosos sin serlo. ¡Si a mí misma me pasaba!... Mira que he dicho veces "*ésa me encanta*" o "*vaya mujer*", y mira que he estado y estoy yo en lo mío, sin envidiarle nada a nadie, ¡a nadie!: yo por ahí no, yo no. Bueno, pues en cuanto no te gustaba otra mujer en una Casa, o una artista del cine o quien fuera, ya es que era envidia, fíjate. Y con Tica la brasileña lo mismo, oye: la gente con que yo tenía que tenerle envidia por cojones. Y no se la tenía, y nos jartaron.

"El Cordobés", yo estuve con muy buenos aficionaos al toreo, el Luiti mismo, y un cantaor bueno que también venía en busca mía siempre que venía a Cadi a cantar, el Chano Antequera, y hasta dos toreros, y a ninguno de éstos les caía el toreo del "Cordobés", siempre a mantazos y a trompicones con el toro, me decía el Chano Antequera... Y bueno, a cualquiera de éstos se las traía muy floja que "El Cordobés" se comprara diez fincas y doce coches, y saliera en los papeles hasta en Manila. Ea, pues todos tenían que decir que "El Cordobés" toreaba bien porque, si no, era que le envidiaban lo que él estaba ganando y triunfando, y que no les gustaba más que el toreo antiguo, que eran unos antiguos y unos envidiosos, ¿tú te crees que...? Y eso mismo pasa con los de los periódicos y los libros y con el trabajo y con los artistas y con todo: la envidia que se come a la gente.

Y en la política, por lo poco que yo sé, pasa igual o peor. Quitando a muy poquitos será.

... a ver, a ver, ¿qué me dices que es para terminar? ¿Pero ya?... ¿Que qué quiero yo, qué es lo que quiero de la vida?... Pues lo mismo que todo el mundo: seguir, ¿te parece poco? Pero seguir tal como estoy ahora, ni más ni menos, con eso me conformaba yo. Cincuenticuatro pelotazos, ¡que son ya cincuentieuatro!... Pero, mira, yo todavía no he estado nunca mala, ¿yo?: en la vida, ni a mí me han pegado nada (laillas rubias, dos o tres guarros cochambrosos), ni yo me canso ni he perdido la regla ni na, y todavía hay

quien se vuelve por la calle. Pero eso da igual, lo que vale es que estoy contenta y que me siento fuerte: la salú que yo tengo.

Ya no quiero más que eso, mis paseos y mis cosas, mi plaza'abastos, cuatro amigos y amigas, lo que tengo. Que un día me viene bien un desahogo: pues lo tengo. Mientras una pueda, la casa y la ropa limpia, un plato caliente y mi radio, eso no, eso no va a faltarme. Ni la televisión quiero: cuando me se antoja, me voy abajo al bar de Luis y veo el "Kunfú" o una peliculita buena, porque yo el televisó no lo quiero aquí en mi casa, qué mareo más grande: tititín, que te tomes ese coñaquín, tatatón, cómprate esa colonia y ese jabón, ese coche es el mejor, ese café es el mejor (viéndose los negros cogiendo el café y llevándolo al barco, cuando lo harán ahí en la esquina), cómprate ese sostén y esos pañitos para la regla, mete ese dinero en ese Banco, otro coche, un chaletito, otro coñá, que también son los mejores... Y luego la cantidá de mamarrachos y pamplinas que echan por esa televisión: yo no: aprietas el botoncito, y la casa llena de gente extraña to el día: yo no.

Así que lo que te digo: lo que tengo y contenta. Que otros se maten por más.

Lo que no quiero es verme vieja. Bueno, vieja claro, vieja me tengo que ver. Pero que yo pueda valerme, mira. Mientras una se pueda valer, pero valerme como ahora, bien. Y el día que no pueda, ya veré. Porque yo, meterme en un asilo no me meto, ¿sabes tú?, a mí no me meten, ni yo me veo chocheando ni cagándome y meándome encima, yo no. Me quito de en medio si hace falta. Lola, la del almacén de ahí de Posadilla, que estuvo conmigo en la Casa de San Telmo, y que se fue luego a la del Chantre a cuenta de un jaleo con Quiqui El Cochino, el alto ese de las gambas, me dijo:

—Eso lo dices tú ahora, Legionaria; luego ya verás.

Y la que se equivoca con hablarlo soy yo, porque es que eso no hay que hablarlo mucho porque nadie se lo cree, y además, en charlando de planes y de cosas que tú tengas en la cabeza, lo que pasa es que muchas veces hasta se estropean nada más que con hablarlo: yo no sé por qué será pero ya no salen; es igual que si hubieras acabao con lo que sea antes de tú hacerlo: hablándolo, le echas un sangui y se afloja. Y además a mí no me creen en eso porque es verdá, es verdá que la gente aguanta como sea para seguir tirando un día con otro. Y Lola, mala no es, pero a mí no me gusta porque no me entiende ni me ha entendido nunca: cada cual tiene su genio.

Y no es que la muerte no me dé miedo, tú; a lo mejor, aunque tú eres muy joven, como tienes otra educación, pues me puedes comprender mejor que

Lola. Si luego hay otra Cosa, el Cielo y eso, vete tú a saber. Ahora: si la hay, que a lo mejor la hay, me parece a mí que, por muy bien que se esté allí, desengáñate, titi: como en la casa de una, en ningún sitio.

Así es que, lo que te iba diciendo, mira: no es que no me dé miedo la muerte: me lo da porque se lo da a todo el mundo, ¿no?... Pero todavía me da más miedo verme hecha un estorbo, mareando a unos y a otros y viviendo de cagalástima. Yo no. La Horte, no. Ni manejada como un trapo por las Hermanitas de la Caridá de allí del Olivillo o por quien sea. No, no... Aunque yo quisiera, hija, ¿no ves que una se conoce y que yo sé que, en cuanto yo me vea así y me coma yo misma la morá y me domen, ya no voy a hallarme ni a estar a gusto?... Y yo tengo que estarlo aunque sea con poco. Con muy poquito, pero a gusto. Tengo que estarlo y yo creo que eso no es egoísmo mío, tengo que verme yo en mi sitio, me ha pasado de toda la vida... O sea que aunque quisiera no iba a poder. Pero oye, vamos a echar pa un lao estas conversaciones y estos tristeríos, que eso tampoco está ahí a la vuelta de la esquina, ¡pues no me queda a mí poco!... Mira qué dientes: ni uno picao... Si yo no cojo ni la gripe...

Ahora, esto sí: voy a decirte hasta en lo que voy a pensar si es que me veo teniendo que quitarme de en medio yo misma, o cuando vaya a palmolive. Voy a decírtelo. Porque adtemás lo tengo muy cavilao.

Me voy a poner a acordarme un poquito de mi Julio, eso lo primero. Lo primero. Otro poquito, de todo lo que he tenido y de los gustísimos que me he dado, y luego que me parece que no le he hecho un daño grande a nadie así por las buenas y queriendo. Que ése es otro gusto. Y luego, ya al finá... ¿a que no te lo calculas?... Pues voy a hacer por acordarme bien de los baños en cueros en la mar y de noche: eso va a ser lo último-último y a ver si no es agradable y bonito hasta los topes, lo bien que lo pasé yo con aquellos baños ahí en Santipetri y una noche hasta en La Caleta, qué contenta y qué bien, hija. En cueros y con la luna y dos copillas, a lo justo, y cuatro o cinco más aquella noche en La Caleta, hombres y mujeres, allí nadando y dándonos zambullas entre las lanchitas, que no nos trincaron los carabineros por un casuá, cosa más linda. De eso, de eso es de lo que quiero acordarme bien en cuanto ya me vea más p'allá que p'acá, de esos tres o cuatro remojones. Y de otro día que salí de excursión en el barco de vela de un cliente de La Plata, don Luis Erti-yoquesé, un nombre extranjero y muy largo pero él es de aquí de Cadi, que aquellos días se fue fuera la mujer de él y don Luis nos dijo a mí y a la Juani, otra de La Plata:

—Pasado mañana, tú y tú, callaítas, a las nueve de la mañana en el Club Náutico; se ponen ustedes por allí fuera por la orilla sin entrar en el Club, que nos vamos a pescar y a comer en el barco.

Yo había estado por la noche de dormida con uno que me había dado mucho trabajo, y por la mañana estaba muerta, no podía ni con mi alma, pero dije: "*yo esto no me lo pierdo*", así que a las ocho me levanté muy despacito, lo dejé al hombre durmiendo, me hice un café allí en la cocina, me encajé el bañado, una blusa y una falda y salí andando sin pintar y sin nada. Yo sola porque la otra, la Juani, la avisé pero se quedó en la cama; allí en la Casa, a esa hora y domingo, el único que estaba ya p'arriba y p'abajo era el gato.

Bajé por la calle Antonio Lope, de la Plaza Mina a la Plaza España, que no estaban más que los dos guardas regando y los pájaros, y ya tiré p'abajo, a las murallas de San Carlos y al Club Náutico, el de los *señoresss*. Así que yo sola por fuera del Náutico, cansadísima en el rincillo ese de arena que había allí, y yo: "*veremos a ver si ahora éste me da el plantón, que esta gente siempre hace lo que le parece y, si a más no viene, ya ni se acuerda*".

Pero no: a las nueve en punto mandó don Luis un bote con el marinero a buscarme y el marinero me llevó al barco, una balandra blanca que estaba un poco más allá, más lejos, con don Luis y dos amigos suyos muy simpáticos, creo que eran de Granada, ya con todo arreglado para salir el barco que, en cuanto me montaron, echó la vela y se fue.

Todavía era tempranito, pero luego... ¡un solazo!... A mí me se habían olvidado las gafas de sol, y después a la noche, ya en la Casa, que además tuve bastante trabajo, me dolía un poco la cabeza y al cerrar los ojos veía puntitos y bichos blancos, como gusarapillos. Pero qué cosa más linda fue ese día. El cansancio que llevaba en lo alto me se quitó a la media hora con dos tapas de atún y una cerveza, ¡y cómo se veía todo al cabo de un rato de ir navegando, tú a lo mejor no has tirado por ahí, hija!: primero, por la parte del muelle, se ven la torre del Ayuntamiento y los barcos y la Catedrá, y luego, ya pasando la Punta San Felipe, empiezas a ver la Alameda y el Carmen, la Torre Tavira, el Faro'Las Puercas, todo. Y cuando la balandra, que iba casi pegadita a Cadi porque estaba la marea llena, tiró p'afuera de la bahía, aparecen La Caleta y luego el Campo del Sur con la Catedrá otra vez, la playa grande allí lejos... oye: mucho mejor que ir en el vapor al Puerto Santa María. Y ya más adelante se puso Cadi como una rayilla blanca allí lejos, sin oleaje y sin na, un día presioso...

Ea, y nos ponemos a pescar, y yo, que ésa es la única vez que he pescado,

me hinché; no lo cuento nunca porque ya se sabe esos que dicen que han pescado esto y lo otro, y luego no han cogido ni una cola. Pero es que aquel día cogió ese barco ciento cuarenta kilos de caballa, a punta'pala y así de grandes. Yo misma, y sin saber cogí quince o veinte caballas, que don Luis o el marinero me preparaban la cuerdecita con los anzuelos y me ponían la carná, y a los de Granada lo mismo porque ellos tampoco sabían, todos con nuestra copita'vino allí a mano. Y algunas veces saqué hasta dos y tres caballas del tirón, y los otros más; más contentos estaban que un negro con una trompeta, y yo chillando cuando las veía salir, hasta que me cansé, y don Luis en sus glorias nada más que de ver lo que estábamos disfrutando los demás y yo, que a él le gustaba yo mucho y me apreciaba. Mira, y las caballas así de grandes, que ayudó a sacarlas a la playa Pedro el de "Los Entradores" y me llevé dos docenas para la Casa, y a otras pocas las dejaron allí en el bar del otro Club, el Caleta, para que Alberto, el marinero del Club, les hiciera a ellos a la noche esos fideos con caballa, que eso es Cadi puro y no veas cómo los hace Alberto, cuando ya no los hace nadie. Como el pescao del freidor en sobreusa, que me lo hago yo algunas noches.

Ah, pero los fideos con caballa de Alberto... claro: como él es tan caletero... Hay que ver ese hombre... Noches atrás que estaba en la baranda, mirando a la playa y para los castillos y el faro como si no los hubiera visto nunca, se le acerca el Chele por detrás, el bailaor ese chatillo que vende las entradas para los Festivales, se le acerca y le dice medio riéndose:

—Alberto, ¡va a haber que enterrarte en la Caleta!... Y que te saque la marea alta.

Bueno, pues con las caballas y con el pargo y las mojarras que llevé a la Casa, que sabían casi como las de estero, y diciéndole que es que había estado con don Luis, se le fue un poco el cabreo a la señora, porque yo tenía que haber estado allí en la Casa a eso de las siete, y como recalamos en la Caleta que eran más de las ocho, pues llegué a las nueve pasadas y ya había dos tíos esperándome.

El almuerzo en el barco no veas lo que fue: esa ensaladilla rusa y esas gambas grandes con ese vino de Jeré, esa carne mechá... ¡y un hambre!

Antes de comer tuvo el marinero que echarme por cima dos o tres cubos de agua, yo chillando de la impresión y todos muertos de risa con cómo chillaba.

Es que lo que yo quería, en vez de aquellos cubazos, era bañarme, eso es lo que yo quería. Pero nos dijeron que no, a mí y a uno de los de Granada: que allí lejos, y al olor de la pesca con la sangre de las caballas, lo mismo podía

entrar algún marrajo o un pescao de peligro.

Y luego, después de tanta agua como me echaron, tuve también que lavarme y refregarme bien en el cubo, antes de comer, porque es que estábamos todos hasta la cara con los salpicones de la sangre de las caballas, que al cortarles el pinganillo hacían clocloclo como una gallina, pero es que, cortándoles ese pinganillo aquí abajo de la boca, se mueren corriendo y no saltan ni sufren. Ciento cuarenta kilos... Y no te vayas a creer que éramos nosotros solos, había por allí muchos barquitos, unos muy lejos y otros cerca, y todos cogieron lo mismo o más: había caballas para parar seis trenes y tuve yo la suerte de que me tocara ese día, y además cogieron ellos tres robalos grandes, el pargo, una urta, un sargoburgo y unas pocas de mojarras de piedra grandes, yo qué sé.

Ay, pero sobre todo aquel baño. Aquel baño de noche en esa Caleta... que aquella noche estaba ya casi amaneciendo, serían las cinco o las cinco y media y fue al principio del verano, después de un concurso de ombligos que se les ocurrió de pronto hacerlo en la Alameda, con las copitas, a unas pocas de muchachas y muchachos de lo mejor de aquí, que luego los denunciaron y lodo, y si no llegan a ser los que eran, por las familias y eso, a lo mejor hasta van presos por esa tontera que estaba hasta simpática, ya ves tú lo que eran esos tiempos.

A mí me fueron a buscar dos de los muchachos, clientes buenos de la Casa, a que yo entrara también en el concurso de los ombligos, y yo esa noche no estaba de dormida y fui, y luego casi todos se fueron por ahí y a esperar los churros, y cuatro o cinco nos fuimos echando un paseo hasta La Caleta y nos bañamos, que entonces no había allí por la noche ni un alma, nada más que la pareja de carabineros por todo aquello, si es que estaba; ni estaba el Club Caleta, sino una casetilla arriba, ni había chiringuitos como ese de La Gamba Alegre, que ha puesto ahora ese muchacho Luis con otros dos de La Viña. Nada.

En lo del concurso, como allí en la Alameda había muy poca luz debajo del árbol gordo, pues tenían que mirarnos los ombligos de cerquita, encendiendo fósforos y con una linternilla chica que tenía uno y que se le gastó la pila. ¡Un Levante en calma...! No se movía ni una hoja y el mar como un plato, que me asomé antes a la baranda, y abajo, en la zapata de la muralla, no se escuchaba el agua ni esto.

A los ombligos los miraban y los estudiaban todos pa ver bien el que iba a ganar, todos los miraban unos detrás de otros, hombres y mujeres, pero

enseñarlos no los enseñábamos más que las mujeres, o sea que el concurso era entre nosotras. A mí me lo besaron el ombligo dos o tres de los que hacían el examen, y uno hasta con un lametón, pero no gané, quedé la segunda y me aplaudieron también mucho. La primera fue una señorita de Sevilla que veraneaba aquí, hija de un conde o de un marqués y simpatiquísima y muy guapa; ésa es la que dijeron que tenía el ombligo más bien hecho. Luego, el mío. Y la tercera fue Nati la de Las Campanillas, que otros dos habían ido también en busca suya y era puntera, por lo menos para mi gusto, una cosa fuera de lo corriente. Con la guasa de las orejas, eso sí, que eran muy grandes y se hacía ella los peinados para ver de tapárselas con el pelo, pero qué va, al minuto se le salían por donde podían. Ahora: de cara y de buen tipo la Nati, una cosa.

Ay, pero ese baño luego... cosa más linda... Hay que acordarse de lo bonito, ¿no?... Y cuando llega lo feo, más: lo bonito. Acordarse de lo bonito. Porque tú hazte una cuenta la de gente en el mundo que no habrá tenido ni tiene más que penas y contras y aburrimientos... ¿serán miles o millones, dime tú?... ¡Si yo, que estoy aquí, conozco ya a un ciento!: echa la cuenta... Así que los que hayan sacado un disfrute de la vida poco o mucho, qué menos que se acuerden, carajo, qué menos, y que se den con un canto en el pecho.

... ¿Pero ya te vas?, ay, que es que se está acabando la bobina...

¿No trajiste más?...

¡Pues a ver si te da tiempo de esto y, si no, lo apuntas!: que es que esa Nati, la de la Casa Las Campanillas, antes de entrar en la vida había estado viviendo con uno que yo lo conocía, y que estaba trabajando de jefe en los Astilleros (¡¡deja la bobina, chiquilla!!), y yo y ése y otra...,

Madrid 1979.

ALGUNOS TÉRMINOS Y EXPRESIONES LOCALES Y COMARCALES

La recopilación que sigue ha sido efectuada en colaboración con Mariela

Quiñones y sin pretensión académica, sino puramente facilitadora. Quizás algunos de sus términos y expresiones exceda del área lingüística bajoandaluza en que el libro se sitúa, pero teniendo en cuenta a otros lectores tal vez distantes, pareció mejor no suprimir ciertas expresiones o vocablos algo más difundidos, o bastante difundidos, en España.

Todos se reseñan por su orden de aparición en el relato.

PRIMERA CINTA B 12

Chuchurría: marchita.

Peluquera: vello del pubis (sevillanismo).

Lampando: deseando, ansiando.

Pica: arrebató.

Al espetón: Preparación de pescados pequeños —generalmente sardinas— ensartados y asados en la misma playa.

Tartajoso: tartamudo.

A pique (de): casi, por poco; a punto de.

«*Más palos que a una morena*»: por el pez, al que, como a su pariente la anguila, cuesta trabajo dar muerte una vez cobrado (gaditanismo).

SEGUNDA CINTA B 13

«*Ahumarse el pescado*»: irritarse, encolerizarse.

Alobao: acobardado, intimidado.

«(películas) *de muñequitos*»: de dibujos animados.

Gallorda: masturbación.

Jibias: impacientes y ansiosos.

«*hasta las trancas*»: lleno, con colmo.

«(ser un) *tití*»: se dice de las personas de cuerpo muy menudo, por el monito sudamericano.

Aljofifa: trozo de tela ruda para lavar el suelo.

Cucos: bragas.

Pipo o pipote: chupete.

Picardía (como a veces «maldad»): en el sentido de habilidad o de intencionalidad.

(de) *Baldivia*: de balde, gratis.

Tapao, tapaillo: Casa con habitaciones para alquileres cortos y furtivos.

Chi: por «chile», pimienta picante, guindilla.

Tajao, tajá: borracho.

Raskayú: Canción popular, relanzada hoy y muy difundida por Andalucía y toda España en los años 40.

«*de la piompa*»: homosexual.

Barandas: jefes, dirigentes, patrones.

«*caerse los palos del sombrajo*»: asombrarse en grado sumo, o sorprenderse con decepción.

Mandao (y más adelante *magallana*, *perlana*, *bienmesabe*, *tranco*, *pijo*): sinónimos del sexo masculino (*gaditanismos* en cursiva).

Alcayata: escarpia.

Empalmar, armar: erigirse el sexo masculino.

Amarguillos, alfajores: dulces de la tradición arabigoandaluza, muy cabales y afamados los de Medina Sidonia (Cádiz).

Engurruñío: arrugado, marchito. *Endiñar* (del caló): pegarle a alguien, golpear. *Cosqui*: golpe con los nudillos en el cráneo.

Trancón, trancona: de cierta edad, mayor.

TERCERA CINTA B 14

Gandinga: despojos de vacuno.

Trinqui: bebida alcohólica.

Charrán: sinvergüenza, pillo. En la costa atlántica andaluza, un pescado.

Picú: castellanización de «pick-up», tocadiscos.

Sieso: Mala persona, malintencionado. O nulo, inútil.

Arrimategui: de arrimarse. Inusitado gaditanismo burlón, de espectro antroponímico vascuence.

«*traer al retortero*»: manejar a personas precipitada y autoritariamente.

CUARTA CINTA B15

Morterá: indistintamente, descarga de semen o de excremento.

Pirripia: pequeñez, menudencia.

Gachó, gachí: hombre, mujer (del caló).

Empicarse, emperrarse: empeñarse enconadamente.

Chamba: casualidad.

Choco: sepia, jibia.

Sieso-manío: sieso (ver definición anterior) obsesivo o caprichoso.

Engoñipar(se): atragantarse.

Insulto: en el sentido de ataque nervioso o cardíaco, con pérdida del conocimiento («se cayó insultado»).

«*beberse el manso*»: tomar mucha bebida alcohólica. Expresión frecuente en las localidades vinícolas de la zona gaditana y, sobre todo, en Jerez.

Molíate: vino o bebida alcohólica (probable jerezanismo).

Coraje: en el sentido de enojo, rabia.

Encocorarse: Atravesarse, o enojarse violentamente.

Jamacuco: Crisis física o ataque de nervios.

Tona: En el sentido de entonación expresiva coloquial, no en el del grupo de cantes flamencos así llamados, y ni siquiera en el sentido musical.

«*en borricate*»: a caballo sobre las espaldas.

Paripé: comedia, ficción.

Malaje: mal ángel.

«*más edad que el Pópulo*»: el barrio más antiguo de Cádiz, recinto que ocupó la ciudad medieval.

Burgaíllo, burgao: Bígaro, caracolillo marino comestible.

Majá o plastá: excremento.

Robalo: Lubina en la costa atlántica andaluza.

(me) *petó*: me cayó bien, me convino.

QUINTA CINTA B 16

Titi (llana): apelativo andaluz afectuoso y, a veces, burlón.

Viruji: frío o viento frío.

Achocao: herido en la cabeza.

Estiba: paliza (gaditanismo).

«*pasando un (o el) quinario*»: *sufriendo mucho*.

«*quedarse como Gasparito*»: adelgazar hasta la consunción.

«(ojerías) *como dos castoras*»: en la acepción de sombreros (expresión gaditana). *Lamioso*: empalagoso.

Lingotazo: porción de bebida alcohólica.

«*quitar las tapaeras del sentío*» (como antes «*quitar el sentío*»): encantar, seducir, gustar mucho.

«*caerse las varillas*»: como efecto de una sorpresa grata o ingrata.

Parpallas: Antiguas monedas de cobre, de dos cuartos: palabras o cosas sin valor.

Mascazos: puñetazos.

Guita: cuerda delgada o bien dinero.

Sangregorda: calmoso, tranquilo, lento.

Apegujás: amontonadas.

Pechá: hartazgo.

Menudo: callos de vacuno cocinados a la manera andaluza.

Farota: ordinaria y chillona.

«*poniendo el mingo*»: escandalizando, haciendo el ridículo.

Panizas: Lonchas delgadas y rectangulares de harina de garbanzos cocida, que luego se fríen.

Chícharos: guisantes.

«*estar con la torrija*»: atontado o demasiado distraído.

Sangui (o *sanganguí*): gafe, mala suerte, desgracia.

Berreadero: Prostíbulo (término del siglo XVI, en desuso casi total).

Piriñaca: ensalada de tomate, pimiento, cebolla, aceite, vinagre y sal (en otras zonas andaluzas, *pipirrana*).

Jipato: saciado por de más, harto.

«*mal fario*» (del caló): mal destino o mala suerte.

Escarda: paliza.

Trincar (o *atrincar*): agarrar, coger.

Jechurías: fechorías.

SEXTA CINTA B 17

Empava: (de pavo), atontada.

Calistros: corrupción de «eucaliptos».

Jartible: (de hartar), muy pesado, cansador.

Cigarrón: saltamontes. *Alcancía*: hucha de barro.

Viá: impulso.

Vajará: vaharada.

Cúrrelo (del caló): trabajo.

Palmolive: de «palmar», morir, derivación a la marca de jabón. Gaditanismo.

Urta y sargoburgo: peces frecuentes en la costa atlántica andaluza.

OTRO SAMBENITO ANDALUZ

Por su directa relación con los aspectos narrativo y lingüístico de esta novela, insertamos el artículo siguiente, publicado por el autor en el diario madrileño *Informaciones* (7 de diciembre de 1978).

La obra a que en él se refiere es el *Libro de los andaluces*, de trece relatos, uno de los cuales, «Legionaria», se incluye en su parte titulada «Tres lozanas andaluzas» y es el embrión (ver nota prologal) de LAS MIL NOCHES DE HORTENSIA ROMERO.

N. del E.

ESTOY CONCLUYENDO un libro de relatos: hombres y mujeres del pueblo andaluz, entre los tres y los ochenta años, cuentan sendas historias, en primera persona.

El trabajo exigía escoger entre dos formas de redacción. Una, la transcripción fonética (por ejemplo, escribir «*deh' que zupe*» en lugar de «*desde que supe*»). Otra, la forma dialectal, escribiendo en castellano limpio el habla y las expresiones populares del Sur. Como eran evidentes las complicaciones de la primera fórmula y la desnaturalizada falsedad de la segunda (imposible leer que una prostituta malagueña o un pescadero gaditano, que están hablando a su aire, digan en neto soriano o burgalés «mire uSteD, *poR* favor?»), tiré por un camino de en medio, por el de una escritura convencional y flexible, cuyos resultados, que desconozco, puede que satisfagan a unos y choquen a otros.

Creo de lleno en la expresión verbal andaluza, aunque no como en una lengua, sino como en un habla, que ya es mucho. Pero lo que quería señalar aquí es que una de las razones básicas —la mayor razón, seguramente— por la que abandoné la interesante transcripción fonética, es decir, la reproducción cabal de la pronunciación andaluza, fue porque, aparte sus dificultades de lectura, aquello podía sonar a cómico aun en los pasajes más dramáticos de los relatos.

En nuestro siglo y el pasado, el teatro ínfimo, los chistes baratos, el cine español de pandereta, el indeseable halo de «la gracia» a troche y moche, la despectiva actitud de un centralismo y un nortismo tan «serios» como rapaces, la burriciega identificación de los andaluces, no con un pueblo muy frecuentemente ingenioso y vital, sino con unos divertidos infelices que se pasan la vida diciendo «ozú, chiquiyo» o cantineando flamenco, han espesado, a escala nacional, un trabajo que ya venía de muy atrás, del Siglo

de Oro y de los viajeros románticos. Un triste trabajo al que hay que ir demoliendo a toda prisa.

Nada más penoso —y también me ha ocurrido, y me ocurre, con personas de estimables nivel cultural e inteligencia— que la imitación lingüística del andaluz por parte de quien no lo es. Así, por el hecho de ser yo andaluz, me ha hablado (ha pretendido hablarme) mucha gente: incluso con el «ozú, chiquiyo» por delante. Al margen de lo tristemente mal que lo hacen, y del flanco de ineducación y tontería que ello comporta a no ser que haya de por medio una muy larga confianza, tal «operación», aun realizada sin gota de mala fe, señala con toda claridad cuán extendida está todavía una imagen superficial, deleznable, más que sobrepasada, del ser andaluz. Y así lo señala también el problema expresivo de mi libro, que, de haber reflejado plenamente el decir catalán, o gallego, o vasco, hubiera podido correr cualquier albur menos el de parecer una jocosa españolada.

La del lenguaje es, pues, una forma de marginación como otra cualquiera, ejercida muchas veces incluso desde una inocente actitud de simpatía pero, en el fondo, no exenta de ciertos desdén o incompreensión subconscientes, aunque ambos no se basen más que en el hecho de anteponer la dichosa «sal» al drama amargo de mi tierra, plagada de problemas y expolios de toda índole, a los que afronta hoy como mejor puede y le dejan. Ya sin sombra de Miguel Ligeró, Lola Flores o el ocurrente y lamentable «Bizco Pardo», institucionalizados y falsos dioses de «la gracia» andaluza.

Que, además, es muy otra cosa, y que tampoco tiene por qué faltar.